

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO, (PNUD)
Oficina Nacional Costa Rica

**“COMO GATO
PANZA ARRIBA”**

Historias de vida de personas en condición de pobreza

Consultores

Rodrigo Soto (Coordinador)

Jaime Valverde

Fotografías: Eugenio García Chinchilla

LOS POBRES

Los pobres son muchos
y por eso
es imposible olvidarlos.

(...)

Pueden
llevar en hombros
el féretro de una estrella.

Roberto Sosa

La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.

Gabriel García Márquez

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.

Alba Julia Montero Gómez

Santos Ulloa Madriz

Alfonso Aguilar Cambronero

Carmen Torres Arias

Aleris Rodríguez Vílchez

Carlos Bernardo Ruiz Escobar

Ramona García Centeno

Mauricio Benjarano

Cecilia Barrantes

Felipe Acuña Víctor

Larry Olivas Seas

Eyleft Brown Clark

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo responde a una iniciativa de la Oficina Nacional en Costa Rica del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), encaminada a investigar sobre las condiciones de vida de las personas que viven en condiciones de pobreza en el país, y sobre los impactos de las instituciones y políticas implementadas desde el gobierno de la República para atenderlas. Respondiendo a estas inquietudes, el PNUD publicó, en su serie *Cuadernos de Desarrollo Humano* (I- 2014), el estudio “Reducir la pobreza en Costa Rica es posible”, una investigación económica y de carácter estadístico dirigida, entre otras cosas, a caracterizar los hogares pobres del país, a identificar los aspectos económicos y sociales que inciden en la pobreza de la población, y a identificar alternativas de política que contribuyan a atenderla, entre otros temas relevantes. Tras la publicación de este estudio, los responsables institucionales decidieron complementarlo con otro encaminado a poner de relieve el carácter único, singular, individual, de cada familia y cada persona que vive en tales condiciones.

Para ello, convocaron a un concurso de antecedentes en el que resultó escogido el equipo responsable de este trabajo. Se nos solicitó la elaboración de diez “historias de vida” de personas que viven en condiciones de pobreza. Al discutir con más detalle los perfiles de estas personas, resolvimos de manera conjunta que serían: cinco hombres y cinco mujeres; 5 cinco personas residentes en el Gran Área Metropolitana (GAM) y cinco residentes fuera de ella. Se consideró deseable que hubiese un(a) inmigrante nicaragüense, un(a) persona de los pueblos indígenas y un(a) persona discapacitada. Un(a) adulto mayor también enriquecería la perspectiva del estudio. Luego de realizarse las entrevistas y discutirse una versión preliminar del documento, se resolvió incluir dos historias más, la de un joven residente en las conglomeraciones urbanas y la de una mujer afro-costarricense.

Los consultores preparamos una guía de entrevista que fue discutida y enriquecida por el personal del PNUD. En ella, además de todos los temas propios de una “historia de vida”, se puso especial atención a lo que ha sido la relación de los entrevistados con las instituciones del Estado responsables de las políticas sociales. Se definió además que, dadas las condiciones logísticas y los plazos de la investigación, se realizaría una sola entrevista con cada informante.

La selección de los entrevistados procuró –y logró– responder a los perfiles básicos que se habían definido, y se gestionó mediante contactos institucionales y personales de los consultores. En ningún caso, teníamos conocimiento ni relación previa con las personas que accedieron a participar en el trabajo. Previo a la entrevista, los contactos se limitaron a una serie de llamadas telefónicas en las que las personas fueron informadas: 1) del tipo de entrevista que se les solicitaba; 2) de que el resultado de su entrevista sería publicado junto a otras entrevistas similares; 3) de que además de la entrevista publicada en forma de un relato o narración, serían fotografiados en su entorno familiar o doméstico, y que sus fotografías acompañarían la publicación; 4) de que no mediaría remuneración alguna por su colaboración, aunque sí una donación de víveres; 5) de que el objetivo último de los responsables institucionales es tratar de mejorar las políticas del Estado destinadas a atender a las personas que viven en condiciones de pobreza.

Todas las entrevistas se realizaron durante noviembre y diciembre de 2014, salvo las dos últimas a las que ya hicimos referencia, realizadas entre febrero y abril del año siguiente.

En todos los casos, las entrevistas se realizaron en el domicilio de los informantes. Excepto contadas excepciones, las personas entrevistadas se encontraban sin familiares ni otras personas conocidas a su alrededor, lo que a todas luces es deseable para este tipo de trabajo. En términos generales, las entrevistas tuvieron una duración de entre dos y tres horas (solo en un par de casos, quedaron fuera de esos límites temporales.)

El fotógrafo que acompañó a los consultores se integró como un miembro más del equipo, aportando a los intercambios, reflexiones y discusiones que se suscitaron durante el proceso.

Una vez realizadas, las entrevistas fueron transcritas y, posteriormente, editadas para darles su forma actual de “relato autobiográfico”. Las intervenciones se limitaron a reorganizar el orden buscando la claridad, suprimir partes consideradas innecesarias, oscuras o redundantes para el relato, introducir conectivos lógicos y lingüísticos (del tipo “porque”, “para”, etc.), o bien, a explicitar condiciones de tiempo o de lugar claras en el contexto del diálogo, pero ambiguas en el relato editado. En ocasiones fue necesario reconstruir frases o enunciados, pero se hizo siempre a partir de fragmentos de respuestas brindadas por los entrevistados, todo ello, con miras a hacer de las entrevistas un relato fluido, que dibuje la trayectoria vital de las personas entrevistadas, con los dilemas, las contradicciones, los giros, las rupturas y los desgarramientos propios de toda existencia humana. La versión final de los relatos no ha sido sometida a la consideración de las personas informantes, pero PNUD mantiene los archivos digitales con las grabaciones y las transcripciones de las entrevistas.

Por otro lado, se elaboró una matriz para volcar en ella el contenido de las entrevistas y facilitar su análisis. En la matriz fueron incorporados diferentes aspectos o “dimensiones” de interés: el carácter de las familias de origen, de las familias constituidas y de las familias de descendencia de los entrevistados; la extensión y relevancia de sus vínculos familiares y comunitarios, su inserción y dinámica económica, su relación con las instituciones educativas, los episodios personales (o familiares) que afectaron la salud, los episodios de conflictividad y violencia en los que estuvieron involucrados, los acontecimientos traumáticos en su trayectoria personal, entre otros. La relación con las instituciones responsables de las políticas sociales fue objeto de especial atención, al punto de que, en algunas ocasiones, se realizaron llamadas telefónicas adicionales para ahondar en aspectos puntuales de este tema. Los resultados de este ejercicio, son la base para el capítulo de “Conclusiones y recomendaciones” con que cierra el estudio.

Nuestro primer agradecimiento es para estos hombres y mujeres que, de manera generosa y desinteresada, accedieron a compartir con nosotros experiencias personales, a menudo conflictivas y dolorosas, de sus vidas. ¿Cómo agradecerles sino con devoción y compromiso con nuestro trabajo? Deseamos agradecer también a la Sra. Anabelle Gallegos, responsable del equipo de personas que transcribieron rápida y diligentemente las entrevistas. Asimismo a quienes, desde distintas organizaciones, facilitaron los contactos con las personas entrevistadas: las Sras. Laura Fuentes y Kattia Isabel Castro, de la Escuela de

Ciencias EcuMénicas de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA); el Sr. Gerardo Fuentes, de la Fundación Manos Abiertas; el Sr. Yuri Spendlinwimmer, de la comunidad Longo Mai; el profesor Juan Diego Jara, del Liceo de Savegre; la Sra. Áurea Castro, de la OIM; la Sra. Ivannia Ayales, de Coopesolidar; el Sr. Rodrigo Rojas, de la comunidad de El Jobo; y la Sra. Yessenia Morales, de FUPROVI. Igualmente, el Sr. Adrián González Pacheco, de FUNADIS, las Sras. Diana Rucabado y Adriana Vázquez, de la Fundación “Un Techo para mi País”; el Sr. José Aguilar Berrocal, del proyecto La Esquina de la Fundación Acción Joven; la Sra. María José Longhi; y, finalmente, la Sra. Angie Gutiérrez Mora, de la oficina del INAMU en Limón.

Por último, pero no menos importante, dejamos constancia de nuestro agradecimiento a los responsables del PNUD, por la confianza depositada y por el apoyo brindado para la realización del presente trabajo, que tantas sorpresas y tan inesperadas enseñanzas nos ha deparado, como probablemente lo haga también con quienes se adentren en los testimonios aquí reunidos.

LOS CONSULTORES

“Viví pobremente, pero aquí estoy”

Alba Julia Montero Gómez

El Alto del Carmen de Tres Ríos, Cartago

Mi nombre es Alba Julia Montero Gómez, tengo 71 años y nací en Dulce Nombre de Tres Ríos. Mis papás son nativos de ahí mismo. En Dulce Nombre mi mamá tenía hermanos; tenía primos, tíos, de todo, pero nosotros no teníamos tiempo como de salir con ellos, como de jugar con ellos, como de pasear con ellos, porque teníamos que trabajar; por parte de mi papá fue muy poquita la familia. Conocí a mi abuela por el lado de mi mamá. La de mi papá no, porque mi papá quedó huerfanito pequeño...

En Dulce Nombre mi papá cuidaba una finca grandísima dedicada al cultivo de flores, y era jardinero de la misma finca. Él hacía arreglos florales y los otros que se hacen para los matrimonios. Los patrones de mi papá eran panameños; ellos le daban la casa para vivir, pero no tierra para trabajar. Somos siete hermanos, tres mujeres y cuatro hombres. Yo soy la segunda, tengo un hermano mayor y después sigo yo. Mi mamá no trabajaba, nada más se dedicaba a la casa y a cuidarnos a nosotros... Nosotros trabajábamos regando abono, volando cuchillo. Cuando trabajábamos en las fincas, a las cuatro de la mañana andábamos jalando las vacas, dejándolas ordeñadas para después ir a trabajar. Luego salíamos de la finca de trabajar y teníamos que traernos una carga de leña cada uno para la comida. Pero esa vida yo no la cambio por esta que hay ahorita.

Mis papás eran muy católicos, los dos. ¡Mi papá, Dios libre sentarse a comer y no rezar! El viernes se rezaba la pasión a las tres de la tarde, ahí hincado todo el rato y ¡Dios libre alguien se moviera! Los domingos íbamos a la misa, a la iglesia; ahí íbamos todos. Él nos llevaba a todos a misa y a pie porque en ese entonces aquí no había buses, no había nada.

A veces una persona llegaba y le decía a ellos, “Présteme a sus hijos para que me vayan a hacer un mandado a Tres Ríos” y teníamos que ir a Tres Ríos a pie. En ese entonces, había un quebrador aquí arriba, y bajaban los carros llenos de material... Yo me le colgaba a un carro de esos y bajaba hasta Tres Ríos, y para arriba venía otro y me le colgaba y así me venía. Yo siempre fui muy... Dice mi mamá que fui como un hombre porque todo me gustaba: me encaramaba en los palos y todo... Yo me iba con mi papá; él pasaba a alguna cantinilla a comprarse un cigarro y salían los borrachillos y le decían: “Si no me das un trago, te pego...” Y yo juntaba piedras y les decía: “¡Tóquenmelo y verán ustedes lo que les pasa!” Yo andaba con él en todo lado, él cortando y haciendo los arreglos de flores y yo sentada a la par de él. Yo con mi papá... para mí es algo especial.

Para la Guerra del 48 yo medio me recuerdo, estaba muy chiquitita, podía tener como unos siete o tal vez ocho años, algo así. Estaba mi mamá embarazada de un hermano mío, no del último, de otro, y yo lloraba porque mi papá salía en carrera a esconderse. Incluso mi padrino llegaba y nos botaba la puerta. Yo sí me acuerdo de eso, que llegaban ellos y le botaban a uno las puertas y si uno tenía algo de comer se lo llevaban y de todo. Yo de eso sí me acuerdo, pero yo le decía a mi padrino: “Usted me mata a mi papá y yo lo mato a usted”. Abajo, en la finca, había un río y había unas piedras grandísimas; entonces ellos iban y se escondían ahí y yo lloraba porque me lo iban a matar y yo quería irme con él porque todo el tiempo anduve detrás de él. Mi mamá fue siempre liberacionista; toda la vida. Pero yo no me acuerdo de mi papá, seguro era liberacionista también, igual a mi mamá.

Más luego, yo salí de esa finca y me metí a trabajar en un vivero. Ese vivero lo hicimos nosotros, lo empezamos; ahí cortábamos el helecho para la exportación. Después, trabajamos en otras fincas.

Los trabajos que hacíamos eran regar abono, cortar itabos para hacer cercas, ir a ayudarles a los hombres a hacer cercas, coger café. Cogíamos café en la misma finca; se llama la Cafetalera Bella Vista y todavía existe. Ahí se cogía café y terminaban las cogidas de café y uno se quedaba trabajando en la misma finca, regando abono, sembrando almácigo, todo eso...

Después, los patrones de mi papá se fueron; mis papás compraron una casita aquí en Dulce Nombre y nos vinimos a vivir ahí. Ahí se tenían gallinas, se tenían las vacas. Todos estos cerros eran montazales; entonces, las vacas cogían para estos lados. Mi papá también comenzó a trabajar en fincas.

Fui nada más hasta tercer grado de la escuela. Cuando tenía once años a mi papá Diosito se lo llevó... A mi papá lo operaron de una úlcera y él se llevó una cólera a los dos días de operado. Entonces, él estaba sentadito en una silla y se quiso parar, y donde él se quiso parar, se le reventó todo por dentro y de eso murió él; pero era una bella persona: fue muy especial, él fue un papá especial, trabajador, no tuvo vicios ni nada. Para mi manera de pensar no lo puedo comparar con nadie... Mi papá tiene 57 años de muerto y para mí fue como si hubiera sido ayer; yo guardo un recuerdo tan grande de él.

Cuando mi papá murió, él tenía 37 años y mi mamá también tenía 37 años. Mi mamá estaba embarazada y por dicha nunca se casó, nunca nos puso un padrastro. Ella se fajó a trabajar con nosotros y nunca nos puso un padrastro porque nosotros le decíamos que padrastro no queríamos. Mi mamá me sacó a mí de la escuela para que yo fuera a trabajar y le ayudara para poder sobrevivir. Mi hermano mayor trabajaba; él sí sacó el sexto. Todos mis hermanos sacaron el sexto, solo yo no. A mí se me olvidó todo, mi mente quedó en blanco. Yo no sé leer ni escribir, nada de eso, no sé nada de eso. La escuela me gustaba, pero incluso ahora, después, me dijo el psicólogo que no porque a mí se me hizo como un trauma; entonces yo no puedo aprenderme nada y más bien dice que es peor porque me puedo enfermar más... Yo no tuve estudio porque no pude, pero yo no cambiaría el tiempo de antes por el tiempo de ahora.

Once años tenía yo cuando mi papá falleció. Falleció, y ya de ahí para acá, de esa etapa para acá, nosotros tuvimos que comenzar a trabajar y a ganarnos la vida como podíamos. Mi hermano y yo éramos los que trabajábamos, porque mi mamá estaba que ya reventaba del último, porque a los 15 días de muerto mi papá, ella se mejoró... Mi mamá me mandó a trabajar a casas; entonces, yo ya no pude estar con mis hermanos porque yo dormía en la casa, en el trabajo.

Trabajé donde don Nilo Villalobos; después cuidaba a una señora inválida; cuando ella murió tuve que buscar trabajo y vine a trabajar en una casa aquí a Tres Ríos, donde doña Gladys Monestel. En esas casas se hacía de todo: lavar, cocinar, limpiar, aplanchar; todo se hacía, pero era tan lindo... Trabajaba toda la semana, venía el día domingo a ver a la familia, me quedaba con ellos un ratito en la mañana y en la tarde ya me iba.

¡Uno era tan inocente! Uno no sabía nada, uno no estaba para preguntar nada. Yo oía esas cosas de "la luna de miel" y yo le decía: "Mami, ¿qué es la luna de miel?" "¡Ay, muchacha! Sentarse afuera, comerse un puño de maíz con un pedazo de dulce..." Así le decían. Y yo me robaba las tapas de dulce y los puños de maíz porque en mi casa todo el tiempo había de eso, y me llevaba todo el montón de chiquillos "pa' la luna de miel" al lado atrás de la casa. ¿Y qué era lo que hacíamos? Hartarnos el maíz. Ahora un chiquito ya sabe todo porque a ellos les enseñan en la escuela eso. Yo en veces digo: ¿estará bien o estará mal que les enseñen eso?

Cuando tenía como unos catorce años me cansé de trabajar en las casas y me vine para trabajar en las fincas, a las cogidas de café... Nos íbamos todos mis hermanos a coger café y con eso vivíamos. Cuando uno cogía café, trabajábamos en la finca; terminaba, venía la cogida de café, luego salíamos

para trabajar otra vez sembrando café, regando abono, *chapeando*...

Ya entonces le gustaba a uno como que lo dejaran salir, y no lo dejaban. Me gustaba bailar y me escapaba a bailar al "Costa Rica". Eran bailes con rock-ola. Preciosos. Eso se llenaba los sábados y domingos. Todo mundo se conocía y ahí estaban todos los amigos de uno. Mis hermanos me veían y ya venían y me acusaban; y ya venía mi mamá y me sacaba del pelo y me daba unas palizas; pero yo venía contenta porque ya me había bailado un par de piezas. Yo no cambio la vida de antes por la de ahora; ya los chiquillos no pueden ni trabajar: tienen 18 años y si trabajan, les cae el Patronato. En cambio, antes no existía eso; era preciosa la vida de antes.

El trabajo en las casas me gustaba, pero el trabajo que a mí toda la vida me ha gustado es el del campo. Para mí es lo más lindo. Por eso, ahora sufro cuando nos quiten de aquí donde vivo, porque aquí al menos en bandejas yo siembro culantro, siembro lechuga, siembro lo que me como; lo siembro aquí en este pedacito y soy feliz. Aquí yo he sembrado papa y me comía la papa de aquí... Entonces, cuando nos dijeron que tenía que botar todas las matas, para mí fue como si me dieran un balazo porque mi corredor está lleno de matas. Esa es mi felicidad, y allá atrás tengo un patio con gallinas. Ya al quitarme de aquí, la verdad es que tal vez me muera más rápido.

Al tiempo me casé... Él era cobrador de la ruta de buses de Tres Ríos. En mi casa me exigieron y yo me escapé con él.... Después a uno le pesan las cosas, pero ya es tarde... Como dice el dicho: "Cuando uno llama a Malhaya, ya Malhaya va largo..." Él me llevó a vivir con la mamá. La mamá fue una bella persona conmigo –no puedo hablar de ella, fue algo especial–, pero él se hizo vago, no quería trabajar y ya me pegaba... Tuve tres hijos con él, fueron así un año, un año, un año, porque él era muy machista, y nos dejamos: él por su lado y yo por el mío. Pero él siguió jodiéndome la vida. Entonces, yo le dije: "OK, nos vamos a divorciar." Yo tenía como 20 años.

Lo dejé y me vine otra vez para mi casa. Mis hermanos se casaron y cada uno se fue y me quedé yo con mi mamá. Solo mi hermana, la menor, esa nunca se casó, se quedó con mi mamá y todavía ahí, tiene sus hijos y está sola... Mami se hizo cargo de mis hijos y yo me fui otra vez a trabajar en casas. Yo venía todos los domingos a ver a mis hijos y a traerle la plata mi mamá para que se mantuviera ella.

Entré a trabajar a la casa de don Paco Calderón Guardia. Ahí trabajé como cinco años, hasta que murió. Él me trató como si fuera una hija, solo "Mi chiquita" para arriba y "Mi chiquita" para abajo y así... ¡Fueron tan bellos conmigo! A uno no lo trataban como a un empleado, lo trataban como si fuera de la casa. Don Paco para mí fue una gran persona. Después de don Paco, me pasé a trabajar donde el yerno de él, y ahí trabajé como unos ocho años.

Cuando yo trabajaba donde don Paco, una vez no le llego a dormir... Y comienza ese señor a llamar y a llamar y a llamar por teléfono. Mi marido era policía y le dijo a una patrulla que parara; les habló en claves y me montaron en la patrulla y me llevaron detenida. Yo lloraba porque me llevaron donde están todas las mujercillas, y el oficial me pregunta y le digo "Vea, hágame el favor y me llama a don Paco Calderón". Y le digo yo: "Yo trabajo ahí." Y lo llaman y les dice: "¡Hágame el favor y me la traen aquí, si no quieren quedar ustedes detenidos también! Ella no es lo que ustedes dicen."

Al tiempo ya otra vez me cansé de trabajar en casas y me vine otra vez a trabajar en las fincas... La última casa en la que trabajé fue en la de ellos, la del yerno de don Paco.

Después, en un baile, me encontré al papá de mis otros tres hijos, porque yo tuve tres con mi marido y tres que no son de mi marido. Al tiempo quedé embarazada y él dijo: "No, tiene que venirse conmigo." Fue cuando yo me fui con él y le dije: "El día que usted no quiera vivir conmigo, sea sincero porque yo soy sincera con usted... Si usted me da vuelta, usted sabe que yo lo dejo... Cuando usted me dé vuelta, usted llega y me dice: 'Me gusta otra mujer y me voy' y ¡ya está! Aquí no pasó

nada...”

Cuando me junté con él, ya yo no volví a trabajar más. Ya él dijo: “No, hasta aquí; yo tengo la obligación, y yo la levanto.” Al principio, él trabajaba vendiendo copos. En eso siguió por un tiempo; trabajaba también en carpintería y en mantenimiento, todo eso él lo hacía. Después comenzamos a hacer juguetes. Yo trabajaba con él en la casa; en octubre comenzábamos a hacer jueguitos de comedor, cunitas, coqueticas para las *güilas*, carritos, carretones, todo eso... Él lo hacía y yo se los pintaba. Los vendíamos en los almacenes o en las casas, nos íbamos a vender a las casas o hacíamos rifas. La verdad, era un señor muy responsable. Él tiene nada más estos tres hijos.

Mientras estuve con él, yo venía a ver a mis hijos mayores todos los domingos. Veníamos a verlos mientras estuvieron pequeños; nosotros les dábamos, le ayudábamos a mi mamá... Después ya se casaron y ya cada uno agarró su rumbo.

Vivíamos en el Barrio Santa Cecilia, en Guadalupe; de ahí traíamos los *güilas* a la escuela Pilar Jiménez. Ahí vivimos muchos años, los 20 años que viví con él. Era una casita humilde, igual a esta, de alquiler. En mi casa yo vendía helados y vendía gelatinas y vendía de todo.

Viví 20 años con él; pero en cinco segundos se perdió todo porque yo soy muy delicada y a mí me gusta que si yo digo una cosa me la respeten, y yo a él le decía: “El día que usted se encuentre a otra mujer, no le dé pena, usted viene y me dice: ‘Me voy porque me encontré otra mejor que usted’, y me voy y no pasa nada. Así como nos juntamos, nos dejamos.” Yo me quedaba trabajando en la casa y él se iba con otra mujer y yo, “¿Qué es esto? ¿Qué es esa barbaridad? No, aquí se termina todo...” Y me fui, lo seguí y estaba él sentado con la mujer en la mesa, y llegué y le dije: “Me hace el favor y llegue temprano...” Ese hombre jamás se imaginó. Y llegó y le dije: “Ahora sí, hasta aquí! Este libro se cerró y no se vuelve a abrir nunca más...” Y hasta ahí.

Cuando lo dejé, yo iba para 50 años y la menor tenía tres años. Me vine otra vez para aquí, para donde mi mamá, a vivir. El mayor ya había terminado sexto grado y el segundo vino nada más a recibir el título. Comenzamos a trabajar y trabajar con mis dos hijos en las fincas. Yo ganaba como 5 mil pesos por semana, y así seguimos y seguimos y seguimos; la menor se cuidaba solita. Y ya se me casó el mayor, y bueno, muy bien... Ya me quedó uno menos, y ya seguimos; ya salió el otro de la escuela y ya ese se fue a trabajar también a la finca, y ya teníamos dos entraditas... Y al tiempo se fue él a estudiar de noche, y ya se encontró a la esposa... Y lo que fue que llegara y me dijera, “Me caso.” “¡Santo Dios!” le digo: “si ya metiste las patas...” “No, mami.” “¡Sí, ya metiste las patas, ya viene un hijo en camino!” “¡Ay, mami!”, dice: “Usted sí que es bárbara.” “Sí, cácese. Sea responsable.” “Mami, pero...” “Por mí, no se preocupe, cácese que esa es su obligación... Pero nada más le digo: usted se casa y el día que yo lo vea con otra mujer, usted sabe lo que a usted le pasa.” Y se casó y me quedé solo con la menor,

Me metí otra vez a trabajar en el vivero; ahí trabaje tamaño tiempo, tamaños años... Ya después salí a trabajar otra vez a la finca; íbamos a coger café. Cuando el trabajo en la finca se para, el trabajo de mujeres, va uno a coger café y con la plata del café, pasa uno... Después termina el café y vuelve uno a trabajar a la finca. Ahorita no porque ya quitaron a las mujeres; ahora solo los hombres trabajan en la finca...

Y al tiempo ya vino la enfermedad. Primero vino la diabetes; yo me mareaba y me daba mucha sed, entonces me hicieron el examen, y sí, salí con diabetes, pero hace como 20 años de eso. Yo me inyecto insulina dos veces al día. También tengo presión alta, artrosis y la osteoporosis también; tengo dos clases de enfermedad. Entonces, hice las vueltas y me pensioné. No volví trabajar más y hasta el presente, que estoy aquí sentada...

Mi pensión es de invalidez, vejez y muerte. (La no contributiva es que usted nunca le ha dado a la

Caja nada; la mía no es de esas, es por cuotas, pero no pude sacar la grande porque en eso la enfermedad ya no me dejó.) La pensión que recibo es de ciento y resto mil colones; en lo que yo pago aquí de luz y de teléfono, se me va casi la mitad. Los doctores me dan dictámenes para que vaya al IMAS, y sí, me estuvieron dando la ayuda, pero este año me dio el doctor los dictámenes -a mí me los dan todos los años- y me dice el doctor, "Vaya al IMAS y entrega los dictámenes para que le ayuden", dice... Porque hay veces que yo tengo que comprar medicinas que el Seguro no las tiene, tengo que comprar ungüentos, porque sin eso no puedo dormir. A veces me despierto en la noche y yo digo: "¡Señor, voy al hospital a que me corten las manos!", por los dolores que me dan.

Entonces, fui este año y topé con una señora que me hizo llorar, salí llorando de ahí. Me dijo: "Con esa pensión que usted recibe puede pasear, puede comprar, puede salir, puede comprarse todo lo que usted quiera..." Le digo: "Señora, ¿usted pasaría con una pensión así?" "¡Hombre, claro que sí...!" "Usted lo dice porque usted gana un sueldazo aquí", le digo yo: "pero con una pensión de ciento y resto", le digo yo: "eso no es para vivir un pobre: eso es para medio vivir. Yo no puedo tomar nada con azúcar, yo tengo que comprarme mis gotas", le digo yo. Salí llorando. Ahí no vuelvo más, ahí lo que hacen es humillar a los adultos mayores. Y no volví más, no fui. ¿Para qué ir donde lo humillan a uno?

Yo tengo mi seguro, soy pensionada. Tengo mi seguro, pero que me vean mal no, nunca... Tengo un psicólogo, por él estoy aquí. Él fue el que me sacó de esto, de lo que yo sentía porque cuando uno se queda solo y usted ve que no puede, uno comienza y dice "¿Qué hice? ¿Qué fue?" Cuando yo dejé al papá de mis hijos, "¿Qué hice? ¿Qué voy hacer ahora?" Y él se fue y nunca me dio nada. Como no me daba nada, me decía: "Yo quiero ver a los güilas" y no, fui y le puse pensión. Le puse orden de captura y le dije: "Aquí no se me arrime, yo salgo avante, yo salgo con la ayuda de Dios..." Pero es triste, muy triste, y este doctor, el psicólogo, el que me sacó, él mismo dice: "Yo deseara hacer un libro de todo lo que yo sé de usted", dice: "porque vea, aquí vienen señoras y les digo '¿De qué viven ustedes?' '¡Díay!, de lo que mis hijos me dan.' Y yo le pregunto a usted: '¿De qué vive?' y usted me dice que de su pensión."

Nunca le pedí yo a ninguno de los dos hombres, los papás de mis hijos. Pero es lo más lindo porque yo hoy ando en la calle y levanto la cara muy en alto. Digo: "¡Púchica, a ningún hombre le debo nada! Este muro los construí yo y Dios; fue entre nosotros dos." El día que lo entregué en la iglesia, dice mi hijo, "Ay, yo quiero que mi papá me vaya a entregar." "Que venga", dije. Cuando llegó, le dije: "En esta iglesia, solo Dios, la Virgen y yo valemos; usted no porque usted no tiene que ver nada aquí..."

Yo a mis hijos no los molesto porque también ellos son pobres, no pueden. Tengo uno que tiene dos hijos estudiando; tengo el otro que tiene los tres; los otros dos estudiando. Entonces ¿cómo los voy a ir a molestar? Yo no puedo. Mi hijo mayor es contratista de casas, remodelan y todo eso; el otro trabaja en mantenimiento y el otro también es contratista: hace casas, remodela... Ellos trabajan en lo que los pongan, pero a Dios gracias no tienen vicios.

Yo salgo avante, yo sé que Dios no me deja porque cuando yo dejé al papá de mis hijos le dije: "Señor, yo me voy con usted, me agarro de su mano, para mí los hombres murieron... Pero nunca me deja sin comer porque eso sí yo no lo aguanto..." Y yo nunca he aguantado hambre. Si hoy no tengo, le digo: "Señor, no hay nada para mañana..." Y no sé cómo llega la comida a la casa, pero llega.

Aquí vino una religión evangélica, y ese día yo no tenía qué comer y me dijo "Vaya a mi iglesia, yo le doy." A mi iglesia yo no la traiciono aunque no tenga qué comer. ¿Por qué? Porque yo sé que Dios me trae de comer, no sé de donde la coge, pero él viene y me da. Un día tenía una cuenta y yo, "Ay, Señor, ¿qué hago? Tengo que pagar esa cuenta..." Me fui a la pulpería y tenía 200 pesos y fui y me

los pegué en “Tiempos.” Dicen que Dios no repara en eso, pero sí repara cuando uno no tiene, y le puse a un numerito y en la tarde pegué y fui y pagué lo que debía en la pulpería. Yo veo a muchas mujeres que hacen loco, que van de aquí para allá, y yo nunca, gracias al Señor: yo me quedé con Él y con Él muero, y sé que a Él no tengo que ir a darle cuantas de nada porque Él ve mi vida, ve como viví pobrementemente, pero aquí estoy.

En la casa de Dulce Nombre quedó mi hermana, la menor. Ahí vive ella con sus hijas. Mi mamá le pasó eso a ella como herencia. Yo vivía aquí, más abajo, con mi mamá, en una casita de alquiler.

Me vine para acá porque allá no podía tener mis animales ni nada, y aquí sí. Además, mi mamá cayó al hospital y yo presentía que se iba a morir y no quería quedarme ahí y saber que ya ella no está. Un día me decidí y le digo a un hijo, “Vaya, hágame un rancho allá arriba para irme...” Aquí ya había bastante gente viviendo. Entonces, mi hijo vino y me hizo primero una parte; aquí nos metimos todos con el *chunchero* y dice: “No mami, aquí está muy feo.” Me hizo otra parte al lado, y dice: “No, no muy chiquitito, vamos hacer el otro.” Ya me hizo el otro y entonces esto quedó como la tienda La Gloria: solo gradas.

Mi madre falleció hace ocho años y yo ya tengo como doce de vivir aquí. Mi hija menor está aquí conmigo; al lado de mi casa hay una casita, pero ella no puede vivir ahí: es un charco de agua lo que se hace ahí en invierno; entonces, ella se queda aquí conmigo. Y ahí tiene un chiquito porque metió las patas y el hombre, apenas la vio que nació el *güila*, se largó... Tengo 23 nietos y 5 bisnietos y viene otro de camino.

Aquí nos está ayudando la Fundación Costa Rica-Canadá. Estamos esperando no sé qué, como que tienen que hacer un tanque de captación, pero no nos van a hacer las casas aquí mismo; nos las hacen allá arriba, pero son condominios. Yo no quiero irme de aquí, prefiero quedarme en una casita así. ¿Irse a uno de esos condominios? Lo primero, qué miedo, y lo segundo, yo me sentiría seguro como en una cárcel... Aquí uno está libre, hace lo que quiere y ahí que tiene que estar uno callado, que no diga nada, y ese escándalo y que los vecinos toman y gritan... En el condominio está uno como en una cárcel; no va a tener un corredor para tender ropa. Es una cosita así para donde está la pila y el tenderillo ahí, se siente uno como metido en una cárcel. Yo soy feliz sembrando matas y arranco pa’ acá y llevo pa’ allá, y vuelvo. En eso paso todo el día. ¿Cómo voy a botar yo mis matas? Yo salgo en la mañana y les hablo, “¿Cómo amanecieron, mis chiquitas?” Y ellas viven tan felices, lo más lindas, llenas de flores. Digo yo: “¿Cómo voy yo a agarrar mis matitas y botarlas?”

“Lo único que no deja uno, es la maña de regar frijolitos y el maíz”

Santos Ulloa Madriz

Zaragoza de Río Nuevo de Pérez Zeledón

Me llamo Santos Ulloa Madriz y tengo 46 años. Eso tengo de estarla *pulseando*, siempre *pulseándola*, desde que era un niño que andaba atrás de mi padre, *jalando* frijolitos, *jalando* maicito para podernos mantener, y uno que otro huevito para comer porque no se podía comer ni carne porque estaba muy dura la vida. Crecí ahí, de Savegre para arriba, eso dicen que es “Savegre arriba”. La *pulseé* desde los diez años porque de ahí para abajo ya seguro no, no me ganaba ni los frijoles todavía.

Mi padre se llamaba José Ignacio Ulloa y mi mamá se llamaba María Madriz Elizondo. Mi papá compró ahí la territa que tenía; acaso de la misma territa le daba para hacer los paguitos. Papá tenía 16 animales, ganadito y chanchos, gallinas, y uno que otro perrillo que tenía ahí para andar monteando, en esos tiempos que papá monteaba. Ahí mi papá regaba frijoles, sembraba maíz, sembraba bananos y caña... Mucha gente no me cree, pero nosotros molíamos nueve tareas al hombro en un trapiche: *jalábamos* la caña al hombro y le poníamos al hombro, como bueyes al trapiche. Yo, la verdad, que soy un flamenco a la par de mucha gente, pero a gente bien maciza le cuesta pasar cañas como las que yo paso. No es fuerza, es experiencia lo que se ocupa. Mamá ordeñaba una que otra vaquilla, y yo no sé qué harían la leche (porque en esos tiempos nosotros no nos íbamos a tomar toda la leche) porque no se vendía leche para que hicieran plata, no comprendo por qué. En ese tiempo había niguas... ¡Niguas hasta para tirar para arriba! Yo no sé qué se hicieron, no volvieron a pegar más a nadie, ya esa plaga se terminó, gracias a Dios. Eso era lo que había donde nosotros, ¡y charrales hasta para tirar para arriba!

Para mí es muy duro porque mi papá se perdía, porque él tomaba mucho, demasiado. Él tenía ganadito, pero vendió el ganadito que tenía, lo fue vendiendo poco a poco. Yo me acuerdo cuando mi mamá le decía que viniera porque hacían falta las cosas, él llegaba y se perdía otra vez y así. Borracho él le pegaba, pero *bueno* le pegaba también. La agarraba del pelo y vimos como la arrastraba así, montones de veces, por el pedregal, pero en esa época no le podíamos decir nosotros nada porque ya nos decía que nos emparejaba a nosotros también. No sé por qué era que peleaban tanto porque así era el destino de ellos: vivir así.

Mi papá era muy de trabajo, cuando trabajaba –decía que uno tenía que ser papá responsable, y yo calculaba que responsable es aquel papá que no se tira casi ni un fresco por traer la comida a la casa, como tiene que ser. Cuando papá se iba para San Isidro y duraba hasta ocho días sin venir, a las nueve de la noche íbamos comiendo, a veces nos quedábamos sin comer, yo no sé si es que no había que comer o qué, y nos manteníamos a puro banano, bananos maduros y cocinados; eso era con lo que nos manteníamos nosotros. Pasamos demasiadas necesidades, demasiadas; hambre también, hasta para tirar para arriba, pasamos nosotros unas tragedias muy grandes. A veces se le vienen recuercillos a uno muy duros, que hay que ser uno un poquillo hombrecillo para no ponerse a llorar como un mariconcillo; pero sí, pasamos fechas muy malas, demasiado. Nunca recibimos ayuda de nadie, ni leche ni nada. Nada de eso, era cero. Es que papá era muy *fachento* o muy orgulloso para humillársele a nadie.

Hermanos éramos seis hombres y cuatro mujeres, diez por todos: está Zenobia, que es la mayor; después deben venir Pánfilo, Ignacio, Sergio, Guillermina, Gloria, el finado Fidelino, que a ese lo

mató una piedra, después voy yo, y hay tres más nuevos que yo: Verónica, Francisco y Olivier. Mi papá tenía un hermano que vivía cerca de donde nosotros, el finado mi tío, vivía como a diez minutos de donde estábamos nosotros. Ellos eran los únicos que visitábamos y nos visitaban; de ahí en fuera nadie más, ni otro hermano por parte de mi tata, y por parte de mi mamá, ninguno. A la abuelita por el lado de mi mamá la conocí después, cerca de San Isidro, en Sagrada Familia, yendo para Palmares, pero no sé de dónde venían, y la abuela por parte de mi tata yo ni la conocí, tan siquiera.

Yo padecía mucho de jaqueca, me agarraba un patachús raro: yo peleaba contra la muerte, calculo que era la muerte la que me llevaba, pero no quiso llevarme todavía... No sé qué mierda era eso: yo sentía como que la vista se me nublaba, y de una vez me pegaba un fuetazo así en el cerebro, y ya me quedaba yo en tinieblas y cuando me percataba, de una vez caía por allá. Yo parecía un toro de esos maizoles *pulseándola* con la vida. Y lo único que le decían a uno es: "Tiene que ser hombre, el hospital no existe." Era lo único que le decían. Y gracias a Dios, con la ayuda de Dios y unas pastillas que me dieron después unos doctores que vinieron de los Estados Unidos, yo me pude componer... Ya grande, con la familia mía, ellos se asustaban a veces... Hasta carro tenían que buscar porque yo me revolcaba de aquí y allá en un ataque. Todavía a veces me agarra: un día estaba regando herbicida donde siempre me dan para que trabaje, yo me agacho y me levantó y me agarró para el lado del cerebro, cuando me desperté estaba ahí a la par de la pichinga. Es durillo: está uno *pulseándola* solo y no sabe qué le pasa.

De *carajillo*, yo era el *jalador* de almuerzos, con cuatro o cinco botellas; a veces llevaba una botellilla, y me deseaba destaparla y tirarme el agua porque ya no soportaba el sol; pero yo sabía que mi tata era durito ¡y Dios libre tocar una cosa de lo que uno llevaba para ellos! En la casa de mis *papases* para Navidad no se reventaba una bomba, no se reventaba nada; para nosotros ahí no había Navidad. Era todo corrido, lo que habían era unos traguitos, eso es lo que se servía ahí, pero en ese tiempo yo no tomaba porque nosotros estábamos muy *carajillos*...

A mi tata le gustaba montear. A veces algún hermano lo acompañaba. Cuando el hermano mío murió, andaba con Nachillo. A las ocho empezaron a gritar y gritar; nos fuimos a ver qué era. Mi papá entendió que era una culebra, y ya cuando se arrimó le dijeron que lo había destripado una piedra. Mi hermano se metió a sacar el tepezcuinte para echarlo fuera de la cueva, y cuando venía para fuera, lo destripó una piedrona mucho más grande que un sillón. Cuando llegaron a la cueva ya lo había ahogado, ni lo rompió. Estaba negro, negro; de por sí él moreno, pero mucho más moreno quedó... Yo tenía diez años; él tenía apenas once años cuando eso. Como tres días antes de pasarle ese fracaso que le pasó, él me había cortado aquí en la espinilla. Me cortó con el cuchillo y me dice: "Eso lo voy a hacer para que le queden recuerdos". Y a los tres días lo destripó la piedra... De veras que me quedó un recuerdo para siempre: la cortadita que él me hizo.

Mis padres no me pusieron a mí en la escuela. Papá puso tres de los mayores, pero ellos se iban a tomar espumas y cachaza a un trapiche, y no pasaban a la escuela; cuando venían para acá pasaban a que la maestra les hiciera la tareílla; entonces, ya llamaron a papá y le dijeron que los hijos se trepaban a jugar a una hamaca alta que había, dijeron que mejor los sacara y los pusiera a trabajar porque se iban a jugar. Entonces papá dijo: "No los mando a ellos, no mando más a nadie, que se la jueguen así como soy yo, como un animalito." Entonces, por ellos pagamos los otros. Pero sí hace falta tamaño poco saber leer; si hay que leer una carta o algo así, tiene que buscar uno a alguien que le lea, tiene que andar batallando mucho. Por eso les digo a los hijos que yo tengo: "Yo soy pobre, pero ustedes de estudio no se van a quedar sin nada". Y, efectivamente porque el estudio es lo primero y después el resto; uno con un estudio se va para fuera y se la juega mejor.

Cuando tenía yo como once años, mis papás se separaron la primera vez. Ella nos tuvo en Savegre 22 días en la escuela; cuando eso, mamá sí se preocupó por ponernos en la escuela. Ahí fue cuando

aprendí a escribir el nombre mío, nada más. Después se volvieron a amontonar, y cuando yo tenía quince años tuvieron que apartarse otra vez y yo ya estaba aburrido de estar ahí. Entonces fue cuando yo me *jalé*, me fui a hacer la vida porque yo zapatos no tenía; hasta que pude ganarme 150 colones empecé a comprarme la ropita para mí, porque yo la ropa que tenía era de mi finado tío que me la regalaba, y así por el estilo.

Cuando yo me fui, ellos ya tenían tiempillo de estar separados. En la casa quedó ella; él se fue a un ranchito de paja que nosotros lo hicimos para que no volvieran a pelear más. Ya cuando estaban muy viejitos papá trató de buscarla otra vez a que se amontonaran, dijo que ya eran viejitos, que ya podían estar; entonces, mamá dijo que no. Ella lo había buscado ya dos veces, y él le había fallado. Entonces le dijo que no, tenían que morirse así, cada uno por su lado, y así murieron. Papá murió en California; él vivía allá, donde un hermano mío. El cáncer lo jodió, se lo llevó rapidito. Al año y seis meses murió mi mamá también.

En ese momento, a los quince años, me fui para donde una hermana mía, ahí a San Cayetano –se llama San Cayetano Abajo y Chiricano Arriba, pero también pertenece a San Cayetano–; ahí duré tres años *volando* cuchillo, siempre regando frijolillos y maíz. Lo único que se aprendió, lo único que no deja uno, es esa maña de regar frijolitos y el maíz. Mi hermana estaba juntada (porque ella no se casó con ese hombre) y ahí ya tuve otra vida: ahí se comía a sus horas... También tenía que pelar bananos para comer, eso sí, porque en esos tiempos el arroz era baratón, pero el jornal era muy poco, nada más que la plata a usted le rendía el doble porque en ese tiempo la plata valía. Ya ahorita no: la plata no vale nada.

En aquellos tiempos me ganaba ciento cincuenta colones; me alcanzaban para comprar las botas, unos zapatos; la fajilla que en ese tiempo valía doscientos colones, una cobija, y todo lo que ocupaba: el machete, la lima... Todo eso lo compraba yo, y le sobraba a uno platilla para comerse unos confites, que era lo único que yo hacía, comer confites como un loco. Cuando cumplí 16 años ahí sí empecé a echarme los traguitos.

El patrón mío se llamaba Ismael Fernández; vivía en San Isidro. La primera vez que fui al centro, me fui con una hermana mía a parir al hospital a las 7 de la noche, y me dice ella: “Vaya poniendo cuidado bien, de la iglesia al hospital, de la iglesia a la casa adonde está el patrón...” Ya me vine, de la iglesia a la esquina que ella me dijo: en la esquina me paro a poner cuidado; entonces, yo dije: “Aquel portón que se ve allá es el portón al que tengo que llegar...” Y hecho, ahí llegué en la noche. Pero ahí no se podía gritar; yo tenía la maña de gritar, como se hace en el campo: uno grita y yo he sido un hombre que me ha gustado andar cantando, gritar como loco y me rajo un grito, y al momentito me trapea el patroncillo, de una vez me dice: “Nada, nada. Aquí no se anda gritando en la noche porque al momento tiene los policías encima.” Me asustó y ni a putas más... Ellos querían que yo me quedara ahí porque sabían que el problema mío era que no sabía leer. Me dicen, “Le enseñamos, pero tiene que ir por la noche”. “No, no, no...” Últimamente, me devolví al pueblo mío, aquí es como estar amarrado puramente; me vine a seguir *volando* cuchillo, malagradecido seguro: ellos querían ponerme en la escuela.

Nunca he ido a San José; con costos he ido a Pérez. A mí me sueltan en el centro de San José y adonde me sueltan ahí me quedo. ¿Para dónde voy a coger? Tengo conocidos ahí, primos míos, pero no sé dónde viven... Aquí Pérez yo lo ando, no se puede decir que por todas partes (porque hay muchas partes que ni he ido), pero las partes que he pasado, me las conozco bien...

Me vine para California. La única parte donde había café era California porque ni en Santa Lucía casi había. Cuando eso yo no sabía coger café, nunca había cogido ni un grano tan siquiera. Era la primera vez que cogía café, digamos, ya a ganar la vida para mantener a mi *mama*, para llevarle cositas; entonces, yo me vine días donde ella. Ahí, cogiendo café en California, conocí a mi mujer. Ella venía

con dos chiquitos y yo me hice cargo de ellos. A los 19 años me amontoné con la mujer y a los 2 años me casé.

Nos fuimos a vivir al rancho que tenía mamá, pero ahí no pudimos vivir juntos porque la verdad que dos mujeres juntas no pueden vivir. Entonces nos apartamos en un ranchito de paja, de caña, ahí mismo, en el mismo lotecillo. Cuando nosotros nos fuimos, todavía no había familia; nada más los dos hijos que ella llevaba. Cuando el papá de ella se dio cuenta de que ella se había ido conmigo, él fue y los recogió. Ella se los dio para que los criara y él les dio la crianza como si fueran hijos de él.

De ahí nosotros nos pasamos dos años a la casa donde estaba papá... Todavía mis *papases* vivían en dos casas aparte dentro de la misma propiedad; después ya la Junta de Savegre le hizo una casita a mamá; ya ella vivía ya no en un rancho de suelo, sino de madera. Y ahí, bueno, papá tomaba mucho guaro; yo también tomaba guaro en esa época: entonces no me gustó porque yo me ponía a pensar: “Ya los hijos míos van para grandes; no quiero que ellos digan que por mi papá aprendieron a tomar guaro...” Cuando los dos mayores fueron haciéndose ya muchachitos; entonces, yo dije: “¡A la puta!” –siempre de vez en cuando me tiraba un traguillo. “Yo no quiero que los hijos míos batallen conmigo”. Entonces dije: “No. Es malo eso; entonces lo que voy a gastar en guaro mejor lo llevo en comida pa’ la casa...” Son como veinte años que dejé ya de estar tomando guaro; es que el guaro no da nada; es como ellos: tienen el vicio de los cigarros; yo tampoco lo tuve.

Nos vinimos para aquí, para Zaragoza, donde la suegra mía. Richard y Quincho nacieron cuando vivíamos allá; Quincho tenía seis meses cuando nosotros nos vinimos para Zaragoza. Ahí vivimos como dos años en una ranchita de suelo, y después de ahí pasamos para acá, donde vivimos ahora. Yo compré esto, pero no pude pagarlo. Entonces el IMAS me ayudó un toquecillo, y la gente de San Ramón y de Santa Rosa me ayudaron con otro poco. Y esto es de uno, pero es de la familia porque ya uno se muere y no se lleva nada. Ya nosotros tenemos más de 14 años de vivir solo en este lotecito; ya no nos *jalamos* para ningún lado.

Aquí había una casita pequeña. Yo lo único que puse de parte mía fue una ternerilla que había comprado cogiendo café. Ocupábamos una vaquita para leche; nosotros teníamos una vaquilla, y metí las patas porque la vaca era demasiado vieja, ya casi no criaba al ternero, y la cambié con un señor por una ternerilla... Entonces, dimos la ternerilla en un pago, veinticinco mil pesos; eso fue lo único que puse de plata mía. De ahí en adelante, ni un cinco puse; la *pulseamos* en el IMAS, fuimos a San Ramón, fuimos a Santa Rosa y ya nos dieron la plata: 200 mil en el IMAS y 200 mil de la parroquia.

Cuando vinimos para acá, estaba un vecino que tenía un nacientico que nace en una peñita; nunca la necesitaba y era el único que podía llegar aquí. Entonces le dije: “Don Eugenio, ¿me puede dar permiso para echar el agua?”, me dice: “Échela, pero usted nada más mientras viva en esa finca puede tener agua propia, pero si usted vende algún día, no hay agua, ya de una vez le aviso...” Así es que ese pedacito lo dieron, pero no se puede vender; mucho menos con la ayuda que nos dio el IMAS, eso no se puede vender de ninguna forma.

Después, la cocinita la arrimamos nosotros a fuerza de todos, cogiendo cafecito. Una vez que me fui a California a coger café, un señor que se llama Chelín me dijo que vendía una casilla. Le digo: “Se la compro”, pero eso hace tiempos, tamaño poquillo. Le digo: “¿Cuánto vale esa casita?” Me dice: “Diay, vale quince rojos”... Hace como diez o doce años. Pues ya me fui y se la pagué, pero; pero teníamos que ir a traerla de allá, más de una hora, para *jalarla* al hombro... En eso yo le había comprado al suegro una yegüita, y así la trajimos: partes con la yegua y partes al hombro; así lo hicimos, batallando. Aquí hay que *pulsearla* demasiado, a puros jornalillos y cogiendo café la vamos *pulseando*.

Ahora son ocho hijos por todos: después de los mayores, Cristian; después de Cristian, Graciela, Greivin, Juliana, David y Christopher. Ya ahí terminó, gracias a Dios hasta ahí, ahí terminó. A la señora la operaron. (Yo tenía la maña de decir que la caparon, pero capar no, se opera, es operar; uno poco a poco tiene que, de mayor, siempre tiene que ir aprendiendo a hablar muchas palabras.)

Aquí la vida ha sido un poquito mejor; ya por lo menos vive uno en lo propio, ya no tiene que batallar... Porque de andar anteriormente de allá para acá, sin tener dónde vivir, se puede decir que es un poquito mejor. Pero siempre tiene uno que *pulsearla* duro, ganarse la vida cogiendo café y *pulseándola* a ver adónde le sale un jornal... Aquí hay rachas en que es difícil; es duro encontrar un jornal... Pagan seis rojos el jornalillo, que a veces son hasta ocho, 15 días para que se lo paguen.

Yo sigo regando frijoles ahí, en la misma tierra que trabajaba papá. Un hermano mío riega frijoles ahí, igual que yo. Él es pegadito conmigo para trabajar. Se puede decir que esa tierra nos quedó a nosotros, pero no es de nosotros todavía porque para uno tener, tiene que tener un papel, y nosotros no tenemos nada. Mi papá sí tenía escritura, pero nada más que no él no fue a retirarla. Son como unas diez o veinte o treinta hectáreas. Lo que papá vendió es casi más grande que lo quedó, y vendió lo más bonito porque son partes muy parejas. Quedó lo más quebrado; es muy poquito lo que se puede trabajar porque el resto es pura laja.

Aquí uno puede sacar hasta tres cosechas de frijol al año. Anteriormente, nosotros vendíamos un poco y nos dejábamos otro poco, pero con eso que si uno no los lleva en bolsa por kilo, ya no se puede vender, ya no vendemos. Antes uno podía sacar un quintal de frijol y llevarlo a San Isidro y venderlo, ahora ya no: tiene que ser por kilos y tiene que estar usted asociado a otro que tenga un tramillo para vender, sin eso, usted no vende nada: ni maíz ni nada.

Para el tiempo de las cogidas de café se la juega un poquito más porque uno se va a agarrar café, y ya los *güevilas* le ayudan un poquito a uno... A coger café viene aquí gente de la zona de los Santos, de Nicaragua, indillos; viene mucha gente, demasiada. De los ocho hijos que tenemos juntos, una ya se juntó, vive en Providencia; otro vive en San Cayetano. Cuando estaban todos, íbamos todos unidos a las cosechas de café. Después, de allá para acá, como empezaron a hacerse grandes y cada uno *jalaba para su saco*; ya le cuesta a uno un poquito más. Decía yo, "A la puta, ya uno se va; los otros no van a ayudar tal año..." Otros están en el colegio; entonces, ya ahora no pueden ellos. Entonces, es durillo.

Hay semanas que uno dice: "¿Qué iré a hacer mañana?" Entonces, le pregunta al vecino, "¿Usted tiene jornales?" En esa media pulpería que tienen ahí, a veces me dan fiado... Hay veces que debo sesenta mil y hasta ochenta mil pesos debo en la pulpería... Y cuando vienen las cogidas de café entonces uno va saliendo de la jarana; "va saliendo", dice uno porque paga la cuenta vieja y va saliendo con nueva, y así va pasando...

Todos mis hijos han ido a la escuela. Todos. Esa es la gran dicha: que ninguno se quedó sin estudiar. Yo me hubiera deseado que todos hubieran querido ir al colegio, pero los mayores no quisieron. Cristian, ¡qué *güevilas* más bueno iba a ser ese *huevo* para estudiar! y no quiso; todavía ahora, hace como cuatro meses le dije que por qué no iba al colegio, y dice: "¿Usted está loco? ¡Yo voy a estar yendo al colegio!" Le digo: "Bueno; entonces, siga como yo, *volando concha*." De las muchachas, dos van a colegio, y después hay otro que está yendo... Tengo la fe de que apenas el chiquitillo salga de la escuela vaya al colegio también, para que estudien, para que no les toque volar concha como yo, porque es duro... Hay veces que uno está *volando* cuchillo y desea esconderse, el Sol está demasiado caliente ahora, demasiado, pero si es el único brete que uno tiene, hay que echar para adelante porque no puede hacer otro.

Ellos están recibiendo becas. A la hija mayor le están dando 25; a Juliana creo que es veinte, y al

otro 17 mil pesos, que está en la escuela, y el transportillo que les dan para que paguen el carro. A veces uno se desea que llegue la beca como para coger un poquito de esa plata para comprar comida, pero dicen que no se puede; entonces no se puede: lo que no es de uno, nada...

Todos mis hermanos viven por aquí por Pérez Zeledón: dos viven en Savegre, Francisco y Olivier; y está Zenobia que vive también en Savegre; y está Nachillo que vive en California. Gloria vive en Lomas de Cocorí, Guillermina en una cima de San Cayetano; Verónica si no sé dónde es que vive. Será por el lado de Platanares o qué, pero si sé que vive ahí en Pérez.

Ahora ya tengo un nieto y la mujer ya son cuatro que tiene.

¿Qué puedo esperar yo? Pedirle mucho a Dios para el futuro, seguir un poquito más adelante por lo menos; que si yo no puedo vivir, que ellos no tengan que batallar, que vivan un futuro mejor del que yo viví. Le doy gracias a Dios que he tenido que *pulsearla como un gato panza arriba*, como dice el dicho, pero mis chiquitos no han tenido que aguantar muchas necesidades, de pasarla de comer banano maduro como tuve que pasar yo.

Estuve un tiempo que me jodí de la vista, tamaño poco, pero por el momento he estado muy bien; es que yo me echaba un calmante: una miel de abeja. Hay una abeja que se llama mariaseca; hay otra: la mariola; la mielcita de la mariola es la buena, pero también está la picusa, una abejilla negra que hay; dicen que también es buena, pero arde un montón. Es como meterle los ojos a una brasa, puramente. A veces le duelen a uno los huesillos y para caminar, ya se siente uno cansadito como un caballito viejo; seguro ya son los años que le van llegando... Uno con las aguantadas de hambre de antes y las caminadas, yo siento que sí, ya lo van jodiendo los golpes a uno. Y aquí sigo *pulseándola*, hasta que Tatica Dios le dé... Ya usted sabe para dónde va, hasta que lo llame para que se vaya a descansar...

“Esto ha sido una lucha de un montón de gente”

Alfonso Aguilar Cambronero

Purral Arriba de Guadalupe, San José

Mi nombre es Alfonso Aguilar Cambronero; nací en La Margot de Turrialba un 18 de abril de 1945. Mi familia Aguilar, la familia de mi mamá, vienen del lado de San Mateo de Orotina; el nombre de mi papá era Miguel Vega Flores, apellido indígena totalmente; él venía de las faldas del Chirripó. Cuando mami *se jaló torta* con mi papá, la familia de ella se oponía porque era un indio que nada iba a hacer; él era un indio, un indito –bueno, era mestizo, pero hablaba bribri–, pero mi mamá se enamoró y cuando las cosas suceden así, no se puede... Yo al principio no quería ver a mi papá, pero después mi mamá me habló y me dijo “No, mi hijito, las cosas no son así.” Ya me contó la historia: él hasta había comprado todo lo del matrimonio, el vestido y todo. Y ya viviendo yo aquí en San José, fui a conocerlo al hospital: tenía mangueras por todo lado. Solo en la próstata le hicieron como diez operaciones; ya no había dónde hacerle más. Ahí lo conocí y me contó la misma historia que me contó mami... Entonces ya me quiso legitimar y todo, pero ya no podía ser porque ya yo era casado; ya me había casado cuando llegué donde él.

En total somos ocho hermanos: dos mujeres y seis varones, muy unidos eso sí. Por ser el mayor de la familia, pude llegar hasta año y medio de escuela; año medio fue lo que estudié, pero sé sumar, multiplicar, restar, firmar. Todo lo hago sin haber estado en la escuela, pero la universidad mía ha sido, como dicen, la práctica de todo lo que se hace en la vida

La Margot era una finca cafetalera del finado Florentino Castro. Ahí me crié hasta los tres años. Ahí estábamos en casas de la misma finca porque mi abuelito trabajaba ahí: era boyero, *jalaba* café en las carretas con bueyes. Mi papá trabajaba ahí también. Yo lógicamente sabía de mi papá, pero de largo porque soy hijo de madre soltera. Mi mamá era la menor de cuatro hermanos; mi abuelito fue que el que la terminó criar y le metió el hombro.

Cuando tenía tres años, mi abuelo pasó a trabajar a Aragón, otra finca donde procesan caña, y nosotros pasamos con él porque el abuelo era el que prácticamente le metía el hombro a mi mamá. El se llamaba Rafael Ángel Aguilar Aguilar; era doble apellido; la abuela materna era Cambronero, entonces mi mamá es Aguilar Cambronero, de la cual heredé los apellidos. A mi abuela no la conocimos; murió estando mi mamá sin siquiera nosotros. El abuelo Tobías, que era el de mi papá, murió a los 115 años (digo yo que seguro me dejó la herencia): era un viejito que andaba con su bordoncito y era conocido en todo Turrialba. Eso es lo que me dicen a mí: “Usted sacó a su abuelo Tobías” porque si acaso dos veces o tres, por tonterías mías, he sabido lo que es un hospital.

Salimos de La Margot, que era zona cafetalera, pero sin embargo Turrialba es cafetalera... Entonces nosotros, mi mamá y los que ya estábamos grandecitos, nos *poníamos al corte* de ella a ir a coger café, de manera que era una entrada del abuelo por el trabajo en la cañera, y una entrada de nosotros para comprarnos las cosas. Salíamos a diferentes partes a coger café: a Aquiares, a Santa Rosa, a donde llaman La Mora, y era un poquito para ella y un poquito para nosotros. Siempre nos enseñó que con esa mitad que ella nos daba, teníamos que comprar lo que necesitábamos. Así nos criamos nosotros. Somos seis varones, pero solo una de las muchachas que me seguía a mí y dos varones más, éramos los que ayudábamos porque los otros estaban más pequeños.

Soy un sobreviviente de la famosa fiebre amarilla. No se me puede olvidar que me tenía que levantar en horas de la mañana para ir a coger café, y en lo que yo me desperté veía la casa dando vueltas y vueltas. Me levanté agarrado de la pared y llegué a la cocina a tomarme el cafecito, pero no puede

porque caí. Donde mami vio que caí, llegaron unos vecinos y “¡Ay! ¡No se le arrimen que es la fiebre que anda!” De ahí, lo único que recuerdo es que me pasaron al hospital. Me acuerdo del momento en que me montaron y del sonido que hacía la ambulancia y cómo me sostenían (porque yo brincaba mucho). Duré nueve meses internado porque me cogieron de conejillo de indias; estaban experimentando a ver qué remedios servían. Por dicha no contaminé a ninguno de mi familia. Murieron vecinos, conocidos; de los alrededores pudieron haber muerto unos diez vecinos; y en otros sectores de la zona, de donde llamaban El Repasto, también. En el hospital yo oía, “Ahí murió otro”, “Ahí murió otro” y eso era tremendo, pero gracias a Dios aquí estoy contando el cuento. Hice historia en ese momento, y no solo yo: varias personas se salvaron. Y cuando me fueron a sacar, no quería salir del hospital...

Salí del hospital y seguí en mi trajín de siempre hasta llegar a la época donde vendía pejibayes y vendía periódicos; era un “llevo llevo”. En aquel entonces era “¿Qué le llevo?” a los polacos que llegaban en el tren, que bajaban con valijotas; por ese “llevo llevo” eran en aquel entonces 1.50 colones, 2.50 colones, y uno era feliz llevando esa platita la casa porque en aquel entonces con 20 colones se compraba un diario. Iba al centro de Turrialba a pie, a la escuela o lo que fuera; no era una distancia muy larga y tampoco había tanto peligro como hoy.

Para mí Turrialba –mi crianza hasta que me viene para San José, fue maravilloso. En ese entonces, en los comisariatos que *habían*, daban salchichón de feria o confites o galletas o pan; entonces, nosotros íbamos detrás de mami a comprar, para ver qué nos daban. Y don Lorenzo, que era del famoso “Almacén Lorenzo” en Turrialba, que era donde íbamos a comprar; entonces, cuando uno veía era que agarraba el pedazo de salchichón y “¿Cuántos son en la casa?”, “Somos tantos”, y ahí venía un pedacito de salchichón para cada uno, o queso; “¿Qué quieren: galletas o confites?” Mami decía: “Bueno, escojan ustedes”. Se daba feria en todos los negocios. Si uno llevaba bolsa a la panadería, le daban un bollito de feria; entonces, los hermanos nos peleábamos, “Mami, yo quiero ir. Hoy me toca ir a traer el pan” porque yo quiero el bollito de feria que daban. Todos nos peleábamos por guardar las bolsas para ir a traer el pan de la mañana.

Nos tuvimos que venir para San José por la enfermedad de mi abuelo. Cuando él se enfermó, yo estaba en la escuela y andaba entre diez y once años. Sufrí mucho cuando murió; él me *chineaba* y me bailaba de los hombros; tenía un silbido para llamarme y con eso me hacía como un títere. Una hermana de mi mamá se había venido para Barrio Cuba y tenía una propiedad; entonces, me trajeron. Aquí en San José murió mi abuelo. Ya de esa edad para adelante me críe en los Barrios del Sur.

Entonces, comenzó una etapa diferente, muy diferente, en la prácticamente empecé a ser la oveja negra de la casa, con muchachillos de los Barrios del Sur de esa época: Sagrada Familia, Cristo Rey, Barrio Keith, Barrio Cuba, Barrio Los Pinos... Era donde se criaban ciertos elementos que tienen renombre hoy en día a nivel de justicia, y no los menciono porque no vale la pena. En realidad, yo pude haber llegado a ser uno de ellos también; me críe a la par de ellos.

Llegar a un ambiente donde los muchachitos ya tenían vicios de fumar, de jugar, de meterse a “bunkers” a jugar naipes, a cosas de esas y fumar mota, como dicen vulgarmente, fue una novedad. Yo andaba con ellos, pero si alguno me decía “Alfonso, tome, déle a las tres”, el cabecilla o el que era más fuerte decía: “Suave, suave, al hombre no lo induzcan; él no quiere, es muy *tuanis* para que ande con nosotros, pero no lo metan por ese lado.” Me respetaron eso y yo los agradecía. También me defendían cuando estaba en problemas.

En ese entonces, eran barras muy diferentes. Nos sentábamos en unas gradas; allá uno agarraba una piedra y quebraba un vidrio. Ya salía la gente: “¡Oiga!” Nadie sabía nada. “Aquí estamos quedíticos.” Y travesuras, juegos más pesados como coger una rama de árbol, ir a ponerla en una

puerta y tocar para que donde abrieran les cayera encima y pegar un susto al que abría o la que abría y nos mentara la madre.

Andábamos en las mismas barriadas del sur, nos veníamos a San José, en barrillas, a joder, a chingar la vida, ahí por calle 12... Nos gustaba que nos corriera la patrulla. En esos bajos de Barrio Cuba a salir a Sagrada Familia está el río María Aguilar; molestábamos a las patrullas, los policías nos seguían y nosotros cruzábamos el río. Todos hediondos pasábamos, pero no nos alcanzaban. Eran las famosas "patas de hule", así les decían a las patrullas. Estábamos en las esquinas y "¡Corran que ahí viene las *patas de hule!*" Es que en aquel tiempo a las barritas las decían "Vamos, vamos, caminen", nos ponían lo que llamaban "23": "Póngase 23". Cuando llegué aquí, se hablaba de la "cora"; una peseta era una "cora" y yo decía "¡Qué raro!".

Eran travesuras de *güilas*, pero lamentablemente ya empieza uno a portarse mal también en la casa, ya empecé con problemas. Mi mamá era cocinera de bar restaurante, una buena cocinera porque era muy apetecida por los patronos. Ella trabajaba en eso, pero entonces me dejaba a mí a cargo y yo me sentía molesto porque tenía que estar calentándole la comida a mis hermanos, muchas veces hasta lavando la ropa. Entonces yo decía que mami no me quería, hasta que un día, obstinado, me fui... Pobrecita, ella hasta sacó un anuncio del periódico, yo salí en el periódico. Iba a cumplir doce años y empecé a *atorrantear*.

Cogí para Puntarenas. Allá por el muelle había unos grandes tubos negros y ahí me metía a dormir. En la mañana me levantaba, iba al mercado a ayudar a descargar las verduras o lo que fuera, y ya después, como era muy de mañana, me decían: "¿Qué, ya tomó café?" "No." Me llevaban a tomar café. Me ganaba lo que me comía.

Después cogí para San Isidro del General. Ahí dormí en el parque, pero me agarraron los policías y les dije que era que andaba buscando trabajo. Entonces me llevaron a la delegación, y ahí me dieron un campito, me daban café y yo salía en el día a ganarme algo, y otra vez para allá a dormir.

Luego pasé a donde llaman Buenos Aires de Osa. Estando allá, me informaron de que en ese lugar vivían tíos y familiares de mi papá; entonces, cogí para Brujo. Cuando llegué a Brujo, me dijeron que no, que Salitre quedaba a cuatro horas a pie por una trocha. No me quedaba más y cogí para esa reserva indígena. De veras, preguntando ahí me encontré con una tía, María, una viejita, una señora ya mayor. Entonces, toda contenta, me presentó. Me quedé extrañado de muchas cosas del sistema de ellos. La primera noche que dormí vi cómo dormían con esteras; mi tía dormía en una hamaca, todos en el suelo, pero en la madrugada era un clá-clá-clá, me levanté a ver qué era, y estaban moliendo maíz con piedra. Y muy buenas tortillas hacían.

Ahí estuve varios meses; llegué en un junio y me vine como en un enero. Empecé andar tanto con familiares, primos y primas; algunos no hablaban español. Se ponían a reír al oírme hablar, pero sí me agarraban de la mano y me llevaban al río Cabagra a bañarme. Me sorprendieron muchas cosas. No había esa cuestión que hay hoy; yo me iba a bañar con ellos y era desnudos todos; entonces, ahí me daba cuenta de que el legítimo indio es liso, lampiño en todo el cuerpo.

Me gustó el sistema; me gustó la forma de ellos; aprendí mucho de medicina natural. Muchas de las personas de aquí vienen y me dicen: que una pega, que se lisiaron, que se torció un pie. Eso es parte mía también porque me voy más por lo natural que por un montón de pastillas.

En esos días se ahogó un muchacho; se tiró de un *guindo* y no salió más. Nos tocó buscarlo por cinco días. Lo encontramos a los cinco días, con tan mala suerte que me tocó estar entre los que lo encontraron. Había que sacarlo a la orilla del río amarrado, sostenerlo hasta que llegara el alcalde. Se sacó a las 8:30; a las 9 ya empezó a soltar olores. Cuando llegó el juez, como a las 3, dijo que había que ir a destapararlo para verlo, y le decía la gente (y yo también) "¿Pero cómo vamos a irlo a

ver? ¿No ve que no se soporta el olor?”. “Yo no sé, yo tengo que irlo a ver, alguien tiene que acompañarme”. Entonces yo me ofrecí, pero pedí que me dieran un trapo con perfume para ponerme. La cuestión fue que duré ocho días que no podía dormir porque yo veía aquella cara... La boca abierta a lo que le daba y la lengua del grueso de la boca, afuera. Yo me levantaba pegando gritos; como ocho días duré con eso.

De ahí me fui hasta llegar a Paso Canoas; en Paso Canoas pasé hasta llegar a Concepción, Chiriquí, David y el centro de Panamá. Todas esas andanzas las tuve de los doce a los 19 años. En Panamá me agarró la autoridad sin papeles; entonces, me mandaron para acá con todos los gastos pagos; ya venía, como dicen, “importado”; llegué donde mi mamá otra vez.

Y ahí conocí a una muchacha. Era vecina; no nos conocíamos y entonces me llamó la atención. Mami me presentó a la familia, con tan mala suerte que me casé y vino un hijo.

Cuando me casé, fui a pasar la luna de miel a Turrialba, sin haber visto a mi papá. Cuando regresé, llegó un tío mío, hermano de mi mamá y le dice: “Te traigo noticias de Veguita”. “¿Y qué?” “Que está en el San Juan de Dios y que está agonizando y quiere ver a Alfonso.” Entonces mami me llamó: “Mire mi hijito, que su papá se está muriendo.” “¡Qué dicha!”, le digo yo (cosas de uno, tonto...) “No, papito, las cosas no son así.” Me costó ir al hospital, pero fui. Cuando llegué me sorprendió que encontré un señor con mangueras en la nariz, en los brazos, una para orinar, otra para dar del cuerpo, totalmente inconsciente. Me encontré a una señora, en ese caso la madrastra, digámosle así, que estaba ahí. Cuando llegué, ella se acercó y me dice “¿Usted es Alfonso?” Y le digo: “Sí, señora.” “Ay, gracias a Dios que viene porque este señor no se cansa de llamarlo, es lo único que dice.” Había una muchacha con ella; entonces, la llamó: “Ruth, venga; él es Alfonso, el hermano suyo.”

Seguí yendo al hospital y como a los ocho días despertó mi papá, reaccionó. Lo único que me acuerdo es que yo le dije: “¿Diay, mi tata? ¡Manda banano! Me dicen que usted es una persona muy fuerte y está ahí acostado, ¿no cree que ya es hora de que se levante?” Y entonces le dice doña Hortensia (así se llamaba): “Aquí está Alfonso, el que te está hablando es Alfonso, tu hijo, el que vos llamás.” Nada más abrió los ojos y solo vi que le corrieron unas lágrimas. Ya le digo yo “¿Diay, mi tata” —de ahí adelante fue solo mi tata—; “A ver, mi tata, yo voy a volver a venir, pero ya quiero verlo más despabilado porque la verdad, estoy aburrido de verlo ahí acostado, sin hacer nada... ¡Levántese!” Él mismo dice que esas palabras lo motivaron a reaccionar, y un día que llegué ya no estaba.

Entonces ya me fui yo con la mujer adonde él, a conocer donde él vivía. Estuve un año con él, me hizo un cuarto, me enseñó a soldar, pero después me regresé a Chepe, por problemas maritales. Tres años nada más estuve casado.

Me separé y entonces me volví otra vez a Turrialba, ya solo. Ahí, mi tata me terminó de enseñar lo que me enseñó. Él trabajaba en Turrialba en el aserradero de los Carazo, entró a manejar máquinas y era inventor. Resulta que se explota un transformador de la Compañía Nacional de Fuerza y Luz, que era el que le daba mantenimiento al aserradero de los Carazo. Entonces él pidió que le trajeran un tarro de los que usan las lecherías, se lo trajeron y en ese tarro empezó a montar el arrollado de alambres... Hoy uno va a Turrialba y en ese aserradero todavía ahí está ese poste con el tarro de leche. Todo mundo se pregunta qué es, y es un transformador que él hizo. Por ese lado, me siento orgulloso. Pero no solo eso: resulta que las primeras sillas voladoras que vienen aquí a San José, él fue el que las hizo en Turrialba, con un motor de un Volkswagen. En ese taller él hacía travesuras; inventó la peladora de cacao trabajando ahí, pero la patentó un señor, William Henkel... En realidad, era un inventor; me siento orgulloso por ese lado y es parte de lo que dicen que yo saqué.

La cuestión es que me quedé allá, pero sale un viaje a Sarapiquí. En Sarapiquí nos hospedamos en una finca, montan el aserradero, él me enseña cómo manejarlo y se va y me deja ahí. Ahí me quedé para sorpresa de todos. Ahí encontré una mujer, una muchacha; me junté con ella, empecé a vivir.

Fui cazador en esas épocas. Yo traía tepezcuintles vivos a venderlos aquí en San José, traía pavas, pavones; traía periquitos, chachalacas... Cazaba para negociar porque en aquel entonces me daban por un tepezcuintle 5 mil pesos de la época... (Hoy vale 5 mil colones una orden de tepezcuintle en cualquier hotel) Yo los traía a 5 mil pesos en aquel momento, baratos, lo mismo que el pescado, la machaca y el guapote.

De San José me llevaba de esos perros callejeros que andan por ahí; allá los enseñaba, me los llevaba con un perro profesional a cazar, y cuando cazaba un tepezcuintle, lo ponía en la mesa, me traía el perrito amarrado, le cortaba la jupa y bañaba al perro con la sangre del tepezcuintle y le daba a comer la lengua y los talones. Por ese perro, después me ofrecían 1500 pesos porque se hacía *tepezcuintlero*, se hacía sahinero, se hacía chanchero de monte, todas esas cosas yo las comí; para muchos es asqueroso; comí culebra, la Becker, eso era en chicharrones fritos... Tenía una carabina de 18 tiros; entonces, me sentaba en el corredor de la casa a apuntar, era, como dicen, un tiro fijo: donde ponía el ojo, ponía la bala... Pero hoy me arrepiento de todo. Lo que nunca maté fue monos (no me gustaban) ni ardillas tampoco, pero los chucuyos, son como loros pero no son loros y hacen un bullón, mataba cinco o seis y ahí los traía, los pelaba, los destazaba, los sancochaba y después los hacíamos arreglados con culantro coyote, lo que llaman "recados". En ese lugar le dicen "recados" a todo eso, culantro de coyote o chile dulce.

Ahí en Sarapiquí vinieron dos niñas y un niño; vinieron seguidos. Y ahí tuve la tragedia más grande de mi vida.

Resulta que teníamos que atravesar en bote los ríos y lamentablemente yo era el botero... En una salida que tenía que hacer, la chiquita mayor ya me iba cumplir casi cinco años; la que le seguía, la que dichosamente está aquí conmigo, andaba por los tres años, y el menor de año y 10 meses; el de año y 10 meses lo llevaba la mujer en los brazos, en la proa del bote, la mayor iba en el centro, agarradita, y la otra iba en medio mío... Fue en el Río Sucio... Se formó un remolino y me le pegó en la punta al bote y me lo centró en el río, con tan mala suerte que el bote pegó en unas ramas y se dio vuelta y se me llenó... Entonces yo agarré a la chiquitilla, a la que iba a la par mía, la agarré y me la monté encima, pero me consumí con ella a buscar a la otra, pero el Río Sucio es como chocolate y lo que cae no se ve... Yo tanteaba y tanteaba, pero donde me consumía a buscar, la que tenía encima me quería ahorcar. Además de que me quería ahogar, me quería ahorcar, pero aun así, luché hasta que no di más... Cuando me agarré de una rama, allá, a los 500 metros, volví a ver y salió la que en ese entonces era mi mujer. "¿Y el chiquito?", le grité yo, y me dice: "¡Se me fue!" Llegaron unos boteros, me quitaron a la chiquita y entonces yo me consumí, pero me consumí a ahogarme porque ya me habían dicho que con la chiquita no se podía hacer nada; entonces, yo me consumí y yo pegaba gritos, yo maldije y, es más, renegué de Dios en ese momento... Al ver que yo insistía, me amarraron a un palo porque yo quería ahogarme, quería morirme. Mientras, tenían a la chiquita que yo rescaté en un rancho, cuidándola y dándole cariño, y a la mamá, y en lo que yo estaba amarrado llegó una viejita y me dice: "¿Diay papito? ¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué se quiere morir?" "Es que..." Y ya le cuento. "¿Pero, y esa chiquita que sacó, para qué la sacó, si usted quiere morirse? ¿No sabe que ella lo va necesitar mañana?" "Sí; pero es que..." "Vea, piénselo bien; esa niña a usted lo necesita, esa chiquita es la que mañana va estar con usted. Y bueno, entonces lo voy a soltar, y de un lado está el río y del otro está su chiquita..." Me soltó, sí, me soltó una viejita. En lo que me soltó, corrí a buscar a mi hija, llegué y la abracé y la besaba.

Lo primero que me preguntó la gente fue: "¿Quién lo soltó?" Y yo: "Esa viejita que está ahí afuera

fue la que me soltó.” Han pasado los años y no sé quién es esa viejita ni nunca nadie supo quién era...

Eso fue sábado, y hasta el sábado siguiente, a los ocho días, fue que apareció el chiquito. Allá en el cementerio de El Muelle, así se llama, El Muelle, ahí en está sepultado, en Puerto Viejo de Sarapiquí. La chiquita, hasta la fecha, nunca me apareció.

Ya con toda esa tragedia no era lo mismo estar allá. Entonces llegaron mis hermanos y me trajeron para San José. Llegamos a vivir aquí a López Mateos, a San Sebastián; ahí vivía mi mamá y uno de los hermanos. Ahí me habían alquilado una casita y ahí llegué a vivir. Y lo que es la vida, resulta que vinieron dos más: Dayanara y Liliana...

Trabajaba en el hotel Costa Rica de salonero. Nacieron las dos chiquitas fuera de la que yo rescaté, que es la que está aquí conmigo. Pues resulta que un día llegué a la casa, después de tanto tiempo, y me encuentro con que la casita está vacía, y yo le digo a mi mamá, “¿Qué pasó?” “Díay, mi hijito, no sé. Usted sabe que Gloria está sufriendo mucho; la familia de ella era de allá, ella ha estado muy sola, se siente muy sola. Vea, usted trabajando de salonero...” Entraba a las seis pero *habían* veces que había actividades; ganaba muy bien, sí, pero la cuestión fue que se estresó y se fue. Se llevó a las dos pequeñas y me dejó a la que tengo aquí. En ese momento yo estaba como de 34 años, de manera que mi hija andaba como en unos diez años cuando se llevaron a las otras. Entonces me quedé solo.

En mis locuras también he sido lamentable en muchas cosas; errores de la vida. Después de que me separé de mi esposa, entre 23 y 26 años, yo le hacía al trago. La verdad es que fui alcohólico, sigo siendo alcohólico. Era un irresponsable, para ser sincero. Llegábamos a los bares y a los *night club* a gastarnos la ganancia. Así eran los alcohólicos de antes: los trabajadores de construcción y los saloneros. Todo eso lo dejé.

Tuve la dicha de haber pegado el premio mayor. En esos tiempos de locura, joven, solo, estaba yo metido a las 4 pm, en el Bar Venus, que era cuando se jugaba la lotería. Estaba ahí tomando un domingo a las 4 pm, cuando cantaron la 540 con el 40. Me alegré, lo doblé, lo saqué y le digo al de la cantina: “Tome. De aquí no salgo hasta que se gaste esa vaina.” Lo metió a la caja. La primera estupidez: “Póngales a todos lo mismo.” Y después de ahí, seguir. Porque me alistó un cuarto y me lo puso con toda la pata. A las 9 p.m. ya empezaba a funcionar todo, llegaban las muchachas. ¿Qué hacía yo? “Venga mamita, vamos al cuarto...” *Jale*. Ya iba, me *chaineaba* bien, volvía a salir, seguía tomando y allá, a las 2 horas, llegaba otra y “Oiga, *mami*, vamos.” Así hasta tres y cuatro viejas, y el dueño apuntando... En ese entonces, eran un total de 12 millones el premio mayor, 6 millones la mitad. A los 15 días me dice el dueño: “Papito, ya no hay nada, así es que vea a ver qué hace.” Ni un calzoncillo me compré; mi mama no sabía dónde estaba.

Cuando la mujer se volvió para Sarapiquí, mi mamá me apoyó con la crianza de Kattia y yo seguí trabajando normalmente como salonero... Con un dolor muy fuerte porque yo quería a las chiquitas. A todas las quiero, las amo, las adoro. En ese momento la chiquilla se sintió mal de ver que la mamá se iba y la dejó a ella como la grande, pero me vino a la cabeza cuando la viejita me dijo: “¿Usted no sabe que esa chiquita a usted lo va a necesitar y usted la va necesitar a ella?” Y ahora es mi brazo derecho; hasta la fecha anda conmigo. Al principio me costó que ella fuera a Sarapiquí porque allá vive la mamá; me costó que fuera y que le hablara, pero hoy tienen contacto; la mamá le dice que se vaya para allá y ella no quiere... La *güilla* me da regalos del Día de la Madre: soy el papá y la mamá, dice.

En realidad tengo un total de 12 hijos. De esos 12 hijos entre todos se conocen, pero hay Aguilar Herrera, Aguilar Chávez, Aguilar Sánchez, Aguilar Gómez, Aguilar Jiménez, Aguilar Rodríguez; esos

son mis hijos, todos reconocidos. Los últimos son Aguilar Sánchez; ya voy para seis años de estar separado, definitivamente ya me quedo *queditico*; la más chiquitilla me va cumplir diez años.

Entonces conocí a otra persona; fue la mujer que me puso en lugar por casi 16 años. Yo era salonero del hotel Costa Rica, pero ella era salonera de la Soda El Diamante. Los saloneros llegábamos ahí a tomar y comer. Tomando ahí, me encontré con la sorpresa de que me quedé viéndola y ella se quedó viéndome... En un momento llegó a limpiar la mesa. “Usted sigue siendo el mismo Alfonso de siempre”, me dice. “¿Cómo? ¿Qué le pasa a usted? ¿Usted me conoce?” “¿No se acuerda cuando jugábamos allá en Turrialba? Usted era vecino mío y jugábamos de casita, siempre travieso...”. “¿Cómo?” “Sí”, me dice: “¿Se acuerda que usted vivió a la par de donde mi abuelita Gumersinda?” “Sí...” “¡Diay, yo soy Teresa!” Ahí hicimos amistad y empecé a llegar al barcito más que nada porque me llamó la atención. Y cuando me di cuenta estaba *embarcado*...

Empezamos a organizarnos; ella me terminó de criar a Kattia y después fue cuando vino el que ahora está en Noruega. Con ella pusimos la Soda Patricia, en Barrio Luján. Muy mal nos iba al principio, pero un día llegué y encontré botellas y sándwiches por todo lado y le digo: “¿Qué es esta *carajada*?” Y me dice: “Me fui a andar por todos los talleres. Tengo un montón de contratos, así que ahora me ayuda a irlos a dejar...” Y así empezamos a levantar la soda Patricia.

Un día llegó un hermano y me dijo: “Alfonso, hay una finca que nos venden en San Lorenzo de San Ramón de Alajuela...” “¿Y qué?” “Diay, yo quiero que nos vayamos para allá.” Le digo: “Ah no, no, ahorita no tengo ganas.” En eso llegó un cliente, un señor, y dice: “Les alquilo la soda El Valle.” La sodita El Valle era famosa en ese entonces, con bailes todos los fines de semana y orquestas en vivo. Ya me entusiasmó y la alquilamos entre los dos, con mi hermano. La señora mía hacía las bocas y nos iba de lo más bien.

Como al año de tenerla, un 24 de diciembre, un 25 de diciembre, llegó un elemento y empezó a volar machetazos y a quebrar botellas porque se le había venido la mujer. Y mi mamá, que estaba viva en ese momento, llegaba a ayudarnos los fines de semana. Ese día mi hermano salió y sin saber que el muchacho tenía era un machete, se le metió por delante y le puso la mano... No le apeó los dedos, pero le agarró el cuchillo y lo cortó. Entonces mi mamá y la mujer se pusieron a gritar que no, que había que cerrar. Entonces, lamentablemente, se cerró. Ahí sí yo le dije a mi hermano, “¿Qué pasó con lo de la finca? Vámonos para la finca...” Entonces ya le dije a la mujer, “¿Usted quiere irse? Vámonos para la finca...”

Compramos 30 hectáreas. Todo era montaña virgen. Teníamos que atravesar dos ríos y entonces a mí me gustó; a la mujer le gustó también y nos fuimos para allá. La idea era hacer la finca, tener cerdos, ganado. En Sarapiquí, cuando no había nada que hacer, me tocaba ir a voltear, a volar machete, a socolar para sembrar banano. En esas zonas por donde anduve, por Buenos Aires, también había sembrado arroz, frijoles, muchas cosas; ya había aprendido todo eso.

La cuestión fue que ya propio llegamos y limpié como media hectárea para hacer el rancho, que nunca se me olvida, era forrado en plástico. El plástico del techo era transparente, en la noche nos poníamos a ver la luna y las estrellas por el plástico... Ahí nació el hijo y me tocó hacer de partero, hasta eso.

La cuestión fue que la mujer empezó con problemas de que le dolía la parte vaginal y tenía sangrados. Un día en la mañana era demasiado el sangrado; entonces, yo le dije: “No, te vas para San Ramón a ver qué pasa.” Entonces agarró el bus y se vino con el chamaquito. Como a mediodía, que yo venía bajando de trabajar, veo una ambulancia al frente de la casa, apuré el paso, cuando llegué me dice: “Me tengo que devolver, me mandaron en ambulancia a dejar al chiquito, pero me tengo que devolver y el doctor quiere que usted mañana se vaya para hablar con él.” Al día siguiente

llegué, ya la tenían internada, el doctor me pasó adelante y empezó con un montón de cosas: “¡Qué tristeza!, ¿verdad Alfonso? Esta vida tan llena de golpes”. Era el doctor Ortiz Guier. Me dice: “Tantas cosas que pasan en la vida, tantos golpes que se lleva uno. ¿Usted ha sido golpeado, verdad?” Y le digo: “Ay, doctor; si usted supiera...” “Ah bueno; entonces, por ahí es que vamos a comenzar.” Le digo: “Sí doctor, ¿qué pasa?” “Díay, lamentablemente quiero decirle que su mujer tiene un tumor maligno, muy avanzado y ya no podemos hacer nada.” Yo sentí que me dieron por la cabeza. “No, doctor, no puede ser”. Me dice: “Sí, lamentablemente la tenemos que tener aquí, no la podemos operar ya, sino que darle tratamiento paliativo”, me dice: “de manera que ya no se puede ir de aquí. Queríamos darle esa noticia para que usted vea cómo se organiza, qué hace porque no sabemos cuándo ni a qué horas, pero lamentablemente nada podemos hacer...”

Me vine aquí a San José, donde mi mamá, le hablé a ella, le conté lo que estaba pasando y me dice: “Tráigase los chiquitos para acá y se queda usted en la finca.” Allá estuve, pero resulta que pasó un año y nada, pero ya, cuando tenía el año de estar ahí, me dice el doctor –eso sí le agradezco al doctor y a ese hospital–: “Hay algo, don Alfonso, que lamentablemente no tenemos quién esté al cuidado de ella, hay que bañarla, hay que cambiarla, hay que inyectarla y necesitamos de alguien.” Entonces hablé con mi mamá y me dice: “Mi hijito, ¿quién mejor que usted? Por los chiquitos no se preocupe.”

Así estuve con ella hasta que murió. Al final yo le pedía a Dios que se la llevara porque era triste, los dolores, los quejidos, lloraba ella y lloraba yo de ver que no podía hacer nada, ya no había donde ponerle una inyección. Un día estaba ahí cabeceando y llegó el doctor y me dijo: “¿Cómo está haciendo usted?” “¿Cómo, cómo estoy haciendo de qué?” “Díay, para comer y para dormir...” “Nada”, le digo. “¿No tiene a nadie?” “No, yo estoy aquí.” Ya llamó a la enfermera y le dice: “Él pasa aquí todo el día, toda la noche ¿y cómo hace?” “Díay”, dice la enfermera, “yo le traigo a él un bocadito o algo”. “Póngamele una cama aquí y me le dan las atenciones como si fuera un enfermo de ahora en adelante; de aquí no sale hasta que la señora...” De veras, me pusieron, me daban de todo de lo más bien, hasta que un día ya estaba la mujer agonizando y me dice: “Oiga, ¿pero qué está haciendo usted aquí? ¿No está viendo que ya ella no pasa de hoy?” “¿Cómo doctor?” “Ella está agonizando, ella no pasa de hoy ¿Ya tiene todo listo?” “¿Listo qué?” “Pues cementerio, ataúd...” “No, yo no sé nada de eso.” “Pues vea a ver qué hace. Váyase. Hágalo.”

Me acuerdo que me vine a San Sebastián y me encuentro con que mami le había hablado al comité, y ya llegó una señora y me dice: “Váyase tranquilo, nada más que a la hora que fallece, nos llama, ya está todo listo.” Un taxista que hace ayudas, muy conocido –tiene un sobrenombre– había movilizado todo. Entonces, me fui. La cuestión fue que faltando unos minutos para las once falleció. La señora se encargó de llamar a ese muchacho, y como a la una llegaron con todo; llegó mi mamá, la cambió, la vistió, y otra vez para acá...

En esos años, por aquí, en Ipís, estaban invadiendo El Nazareno. Entonces, ahí me ubicaron un campito. Ya yo tenía el campito listo y ahí, en el salón comunal, me trajeron a la finada, a velarla ahí, y de ahí a pasarla a la iglesia de Coronado, y después al cementerio. Ahí la sepultamos.

En San Ramón ya me había metido en política trabajando para la diputada María Eugenia Badilla, del Partido Unidad Social Cristiana. Fue la primera diputada que salió por el Partido Unidad Social Cristiana porque toda la vida Liberación ganaba ahí. Me metí de lleno a mover mi zona y la ganamos.

La finca de San Ramón no se puede decir que la vendimos, la dejamos botada. Porque ya mi hermano es de otro proceder: mi hermano es pensionado del Banco Popular, él trabajó ahí y prácticamente él me ayudó, financió mi parte... Pero aquí él vive bien. Trabajando en el Banco Popular, él se hizo de varias propiedades en las playas: en playa Flamingo, tiene cabinas; tiene en Playas del Coco, tiene en Guápiles, tiene en Paso Ancho como tres casitas de alquiler, tiene unos apartamentos a la par de donde vive... Además tiene dos taxis con su respectiva placa, que él no los maneja pero se los

manejan los choferes, y recibe su plata, además de la pensión, o sea que está bien, vive en Tibás. Él me ha dicho, "Vea, Alfonso, es que para hacerse de las cosas hay que cruzar el río, y usted no se arriesga." Y sí, no me arriesgo. ¿Porque me voy a arriesgar a algo si no tengo trabajo? Él tenía trabajo y podía responder, pero yo no. Sin embargo, siempre está pendiente. No es que estoy buscándolo, pero siempre que he estado en problemas, es él el que me dice: "Diay 'manillo ¿Qué pasa con usted que nunca me doy cuenta si está bien o está enfermo? Usted es el mayor, llámenos." "Ay, manito, si no lo llamo es porque estoy bien" Igual que mis dos hermanas: una vive en Zetillal, la otra vive en López Mateos; uno vive en Tibás, uno en Tres Ríos, el otro vive en San Sebastián, y así, todos regados...

En el año 86 llegué aquí a El Nazareno, me metí al Comité de Salud. Ahí tuve dos casos de embarazo, dos partos de emergencia atendidos, y ya después llegué a ser el vicepresidente de la comunidad, en el 86 y en el 90. El Partido Unidad me buscó, y en el 90-94 ya era representante de Ipís en la municipalidad, como síndico municipal, o sea que el pueblo me eligió a través de las luchas porque ahí dimos la lucha de vivienda, dimos la lucha de transporte, que era muy malo hasta que se cambió la compañía por la que está actualmente...

De ahí hasta la fecha empecé a meterme a las luchas de vivienda. En 1986 invadimos El Nazareno; de ahí trabajaba El Edén y trabajaba La Lupita y El Progreso; eran cuatro. Y mientras yo vivía en El Nazareno, o sea, dirigía en El Nazareno, me llamaban de las demás agrupaciones como un asesor, para que yo les ayudara y explicara. En El Edén sí fui vicepresidente; de El Nazareno brinqué a ahí...

Aquí invadimos en el 2013 en una finca del IMAS; vine a pedir un campo y aquí me lo dieron; me vine con esta muchacha, con la última, que tiene la chiquita de diez años. Aquí empecé a ver cómo trabajaban; era nada más un socio, no me metí en nada, pero los hijos de los que me conocieron allá en El Nazareno, que se vinieron a establecer aquí, conociéndome y al verme ahí sentado, dijeron, "No, que se quede Alfonso. Queremos que se quede Alfonso" y me postularon, pero entonces la postulación la hice condicionada a que me dejaran trabajar con gente que yo veía que podía trabajar. Aquí estoy ubicado por primera vez, me voy a quedar aquí ya establecido; ya estoy calificado para quedarme aquí como adulto mayor.

Esto ha sido todo un trajín, no solamente de Alfonso Aguilar Cambronero, sino de una lucha de un montón de gente. Desde 1986, cuando me metí de lleno a lo que es vivienda, he estado recibiendo una capacitación tremenda, tengo un montón de certificados que ahí los ando; estuve en el Foro Internacional para la Vivienda para las Personas Sin Hogar de Centroamérica y del Caribe. Como expositor, ahí tengo el diploma que me dieron, muy bonito. Oyendo las exposiciones de Haití, de Jamaica, de República Dominicana, nada que ver: Costa Rica es una maravilla; en esos lugares viven en cuevas, desraman los árboles y les ponen plástico y viven debajo. Aquí sí hay pobreza, pero en esos lados es peor; en Cuba se vende el techo; aquí no se ha hecho, por ejemplo, si yo vivo aquí abajo y alguien necesita, yo le vendo el techo, construye arriba reforzándome la casa de abajo, pero él sigue arriba. Todas esas experiencias, que son de diferentes lugares, las vi yo. Aquí se quiso, nos vinieron con un proyecto vertical, casa abajo, casa arriba; pero definitivamente nos opusimos. Nuestra gente no está hecha para eso, nuestra gente es muy problemática, mucha bulla, muchos escándalos...

Aquí la gente tiene dos o tres televisores, uno que otro tiene computadora o tienen eso que llaman la portátil. Todo el mundo tiene cable aquí, hasta *delicaditaditos* son porque muchos habían puesto Sky y no nos gustó... Yo tenía televisor en el cuarto y en la sala y tenía que ver lo mismo en los dos; en cambio con tele cable usted está viendo un programa en el cuarto y en la sala pueden estar viendo otro. De manera que la gente lo rechazó y todavía hay antenillas de Sky que dejaron ahí botadas.

Hay un muchacho del “Corazón Samaritano”. Fue el primero que llegó acá. Llegó primero que nada organizando a los chiquitos con regalos y cosas. Luego pasó ya a los cursos de artesanía, de peluquería, de costura, trayendo máquinas de computadoras, etc., etc. Ha venido asesorando a un montón de gente aquí, pero tiene esa ventaja; por ejemplo, él en cuanto a los cursos de belleza, él mismo busca los salones: primero enseña, y después va y me recomienda. Pero no sólo él. “Trono de Dios” viene también; trae gente a hacer trabajos. Ahora están esperando que esto comience para traer grupos de trabajo a colaborar en lo que es la construcción. Hay un señor del Mall San Pedro que nos visita casi siempre los 22 o los 23 de diciembre, a veces viene los 25 o los 26 con un camión grandísimo. “¡Ahí viene don Guido!”, todo el mundo dice: “¡Ahí viene don Guido!” Y mete para atrás el camión, lo acomoda y lo primero que hace es buscarnos y me dice: “Vea, acomódeme ahí: traigo regalos para chiquitos de 10 a tantos años”. Yo tengo megáfono y ya, “¡Chiquitos de 0 a 10 años, ahí está don Guido...!” Ya viene y empieza a repartir regalos, a veces colchonetas, no muchas, pero al más necesitado le da. Y El Guadalupano también viene a repartir regalos a los chiquitos. Aquí los niños son muy bendecidos.

Aquí las casas van a ser de dos plantas, pero individuales. La mía, la del adulto mayor, esa va en el suelo, pero las demás van cada una individual, paredes también individuales porque no aceptamos que fuera compartida. Van a tener sala, comedor y cocina abajo, y un dormitorio para gente grande, para la pareja, y dos dormitorios arriba para los hijos. Y luego van a haber otras con sala, comedor y cocina y dos cuartos arriba para familias pequeñas pero con prevista para que puedan hacer el día de mañana un cuarto más. Todos los puntos que pedimos, los aceptaron. Dichosamente, vamos a hacer esto semiprivado: va a haber un guarda. Todo está bien previsto.

Kattia está conmigo. En realidad, de mis hijas está Kattia y está Karen, y está la ex con la chiquita, pero Karen y la ex se fueron para Cariari. La que queda conmigo siempre es Kattia. Dios guarde ella vea que me están reclamando algo porque ahí llega, “Lo que es con papi es conmigo.” “Mi hijita, hágase para allá, usted no se meta.” Me defiende, es un ángel. Kattia estudió hasta segundo año de colegio; en realidad estudió costura en el INA, pero por falta de fondos no ha podido desarrollarse. Ahorita tiene alguna ayuda porque tiene una hija especial, la última de ella padece síndrome de Down. Para mí es una adoración, mi chiquita. Está pequeñita y está en la escuela Centeno Güell. Entonces, mi hija recibe ayuda de la Centeno Güell y del IMAS.

El hijo que está en Noruega se llama Leiner Vinicio. Él se involucró de cocinero en un restaurante italiano por el Paseo Colón. Él es muy servicial y entró a trabajar ahí a la edad de 16 años. El restaurante era de unos viejitos, unos señores ya mayores que se enamoraron de él, y me dijo de irse. Yo me puse a pensar que cuando yo estaba menor de edad, a mí me iban a llevar a Estados Unidos, pero mi mamá se opuso, no quiso dar el permiso. Entonces le di el permiso y se lo llevaron... Por último, allá lo adoptaron, ahora es hijo de esa gente. Hace como tres años vino a pasear con ellos; tiene 38 años. Los señores son comerciantes. El es el que como hijo les administra todo. Está feliz y tengo entendido que ahora se *embarcó* con una noruega.

Después, de estas Gómez, tengo una que está estudiando arquitectura y le está yendo muy bien; estudió en el Colegio Divino Pastor desde que fue kínder, escuela y colegio, ahora está en la universidad estudiando arquitectura, de manera que estoy contento porque ya incluso anda su carro, un 4x4 con toda la pata. La mamá comenzó como secretaria, estudió administración de empresas con énfasis en contaduría, y hoy día es Técnica 1 en el Ministerio de Hacienda; trabaja en Tributación Directa... Con ella tengo una amistad muy bonita; mis hijas me visitan, yo las visito, me las llevo allá para Sarapiquí, donde las otras hermanas.

Yo voy allá en diciembre; en Semana Santa y diciembre mí no me encuentra nadie aquí en San José; voy para donde mi hija Liliana, que vive donde llaman Media Vuelta, 15 minutos antes de llegar a la frontera con Nicaragua, donde está la desembocadura del Sarapiquí. Es algo maravilloso; yo estoy aquí porque no tengo las posibilidades de tener por lo menos media hectárea en un lugar de esos; me gusta sembrar, me gusta tener gallinas, chanchos, patos, y no me gusta tener las aves encerradas. Cuando estoy en esas zonas cojo frutas y las pongo en los árboles solo para estar viendo a los pájaros llegar, ahí, directamente. Es algo maravilloso.

Me da gusto ver donde vive mi hija y cómo la tiene mi yerno. Él es hijo del amo y señor de los ríos, don Justo Lao. Justo Lao es chino; tiene once hijos y desde el más viejo hasta el más joven uno los ve ahí en el muelle de Sarapiquí con sus botes; todos *jalan* turistas y Justo es el que *jala* el de pasajeros, que sale a las 5 am recorriendo del San Juan para arriba y como a las 12 md, llevándose todo lo que trajo.

Yo me vine de Sarapiquí, donde estaba bien, por lo que me pasó. Si no hubiera sido esa tragedia que me sucedió, yo no me vengo.

De manera que he tenido momentos bonitos y he tenido momentos tristes. En este momento somos huérfanos de papá y de mamá, todos mis hermanos. Mis tíos por parte de mamá ya no existen.

Aquí vivo en mi ranchito solo, lavo mi ropa, me visto, aunque se ofrecen a lavarme la ropa de vez en cuando. Yo no recibo ayuda; mi hija es la que la recibe. Ella es la que más me surte, pero ella tiene más necesidad que yo. Kattia tiene cinco chiquitos. Es sola y tiene a la niña especial. Ella es la que el angelito ese me anunció que se iba quedar el día mañana, y ahí está. Yo no cocino; cuando voy a beber café es donde mi hija, o ella me llama: "Papi, venga almorzar, venga a comer". A veces tengo que decirle: "No, mamita, no se preocupe, ya me dio la vecina tal." Me llaman así, que un cafecito, que un almuercito: "¿Alfonso ya almorzó?" Tal vez vengo llegando y están a la expectativa, los muchachillos o las muchachillas: "Mami, ahí viene don Alfonso", ya sale la doña: "¿Alfonso, donde andaba?" "Ah, es que andaba haciendo una vuelta", "¿Ya almorzó?" "No, a eso vengo". "Bueno, venga para que almuerce conmigo". Gracias a Dios, Dios me bendice en eso. Soy creyente en Dios, soy devoto del Divino Niño; a él le debo todo porque yo digo: "Niño cuando nació, Niño cuando creció, Niño cuando murió, Niño cuando subió a los cielos, se fue Niño", ese es mi devoto, yo adoro al Divino Niño por muchas cosas que me han pasado; a él he acudido y él me ha dado respuestas.

Recibo mi pensión, que son 75 mil colones. Vivo de eso. Aun así, viejo que sea, tengo gastos en la pulpería, gastos en la verdulería, tengo que mi hija llega a veces y me dice: "Papi, vieras que no tengo pañales para la chiquita." Vamos a la pulpería; si no tengo plata, me dan fiado. Al fin de mes, de esos 75 mil, la chiquita de 10 años que está en Cariari recibe voluntariamente de parte mía 35 mil colones, no como pensión porque fue un acuerdo que llevé a cabo con la mamá. Si pudiera darle más, le daría, pero no puedo... Hoy tengo una guadaña jardinera y tengo una bomba de fumigar; todavía a veces me llaman para hacer jardines.

El INA es una gran institución, enseña y gradúa, es cierto. ¿Pero dónde están esos pobrecitos que está graduando? Rodando porque ni aún con títulos les dan trabajo o lo encuentran, o no se puede desarrollar. Hay que enseñar; pero a la vez que dar la herramienta para que la persona se desarrolle sola. Nada hacemos con dar un montón de cursos, si por otro lado no dan las facilidades para que la persona se monte una empresita para iniciar. Yo me financié mi guadaña de cortar zacate; yo hacía los jardines con machete, con cuchillo, pero muchos de nosotros no tenemos facilidad para comprar un equipo de trabajo. Antes de dar una ayuda mensual de x cantidad de plata que se gasta en una semana, lo ideal sería decirle a esa persona, "Mire, a usted no le vamos a dar plata. ¿Qué quiere hacer? ¿Qué quiere desarrollar usted en su vida?" Esa es la verdad, así sea un pequeño negocio de vender helados. "Le vamos a financiar a usted un equipo, así sea una carretita..." No hay

cosa más linda que a uno le den herramientas para trabajar porque uno trabaja, en lo que sea. Pero yo salgo con una carreta a vender y me para la municipalidad; no estoy pagando el impuesto; no estoy pagando un permiso. ¿Entonces, cómo va a surgir una persona? Aquí en San José, esa bendita Policía Municipal no anda más que detrás de las pobres personas que andan vendiendo, y para peores les decomisan. La persona que quiera poner una verdulería, una pulpería pequeñita para defenderse, tiene que andar con un montón de trabas burocráticas; es más el papeleo que se gasta y lo que le sacan a la gente, que lo que van a ganar en la bendita pulpería o negocio.

¿Qué es lo que hace falta? Un estudio social bien hecho. Al menos aquí hay mucha ayuda, pero muchas veces se da la ayuda a quien no necesita y al que necesita no se lo dan. Las apariencias engañan. Aquí ha habido una muchacha, un muchacho, una señora que anda bien vestidita, está bien alentadita, pero dentro de su casa se están muriendo de hambre, fue al IMAS y determinada persona de las que trabaja ahí le dice: “¿Cómo se le ocurre que le vamos a dar una ayuda usted? ¿No ve? Está entera. Usted puede trabajar.” Más bien es humillada. ¿Por qué no viene una persona aquí a ver cuáles son las necesidades que tiene esa señora dentro de su casa? De manera que esa es la recomendación que yo le doy a una institución como el IMAS: que supervisen mejor.

Han sido 35 años de ser dirigente en las buenas y en las malas. Siempre he ganado; nunca he perdido; he salido avante con las instituciones. Soy exmunícipe porque estuve en la municipalidad representando en aquel entonces Ipís. De manera que mi conclusión fue llegar ahí, y no sé cómo me irá a ir en el 2016 porque soy delegado. Quedé elegido delegado nuevamente para pelear en un puesto. Si en aquel entonces fui síndico, ahora quiero ser regidor. Por ahí andamos; parece que hay un 50/50 de probabilidades de que vuelva otra vez, pero ya no como síndico, sino como regidor, que es lo que voy buscando. La municipalidad es como una escuela porque el suplente del síndico está en el kínder; el síndico está en la escuela, el suplente de regidor pasa al colegio y el regidor pasa a la universidad, a llegar a ser diputado. Es una escalera. Ya yo estuve en la escuela, ahora quiero llegar al colegio para más adelante, si es que Dios me da vida (pero es muy difícil, ya con 70 años) podría verme en una silla en una curul legislativa. Pero hay que hacer el intento mientras uno está con vida. Mis hijos y mis nietos vacilan: “No se preocupen porque este viejo heredó una cantidad de años de parte de mi abuelo, y él dijo que 115 para Alfonso también.”

**“Me han dicho que mientras no apoye
a ninguno de los partidos,
no tengo opción de pedir ayuda a ninguna institución”**

Carmen Torres Arias

Los Ángeles de Patarrá, San José.

Mi nombre es Carmen Torres Arias. Nací en Mansión de Nicoya, Guanacaste, en el año 1957. Mi mamá fue madre soltera. Tuve una hermana menor, pero murió a los tres meses de nacida, y no tengo más hermanos.

Mi abuela no vivía con mi abuelo. Ella se hizo de otra pareja y no quería tener a mi mamá; entonces, cuando se hizo de esa otra pareja, regaló a mi mamá, a la edad de tres años, a la abuela de mi mamá... Entonces éramos mi mamá, la abuela de ella y yo. No había hombres en la casa; el único ingreso era el de mi mamá. Anteriormente, no existía la empleada doméstica en otras casas; anteriormente, se trabajaba lavando ropa ajena en los ríos de Guanacaste o ayudando a sembrar frijoles, maíz, y así se defendía mi mamá, y en la cuestión del algodón, recolectando algodón.

La abuelita de mi mamá se llamaba doña Faustina; ella era la que veía por mí. Mi mamá se llamaba... No sé cómo decirlo. Tenía un montón de nombres, tantos nombres. Doña Faustina la llamaba por Tomasa o Socorro, pero eran un montón de nombres los que tenía...

Cuando yo tenía como tres o cuatro años, salimos de Guanacaste. Mi mamá fue a trabajar a Puntarenas, en las atuneras, y a la Zona Sur, por el lado de Villa Neilly, en las cartoneras. A donde iba mi mamá, siempre llevaba a la abuelita de ella, y me llevaba a mí. Mi mamá, la abuelita de mi mamá y yo nunca fuimos estables; nunca tuvimos un hogar estable. Nunca.

Para mí, llegar a Puntarenas fue sentir que había salido de una montaña y que estaba en una ciudad grande. Para salir de Nicoya a Puntarenas, viajábamos en una lancha que duraba tres días para llegar. Mi mamá siempre se mantuvo tiempo en Puntarenas y tiempo en la Zona Sur, y adonde mi mamá andaba, ahí andábamos la abuelita de ella y yo. Pasábamos un año aquí, otro año allá, otro año aquí y otro año allá. Lo más que pudimos pasar donde la mamá de mi mamá fue un año.

Cuando mi abuela se hizo de otra pareja y regaló a mi mamá, procreó otros hijos que eran hermanos de mi mamá solamente por parte de madre. Para que yo tuviera una relación con mis tíos y tías, y que la abuelita de ella tuviera más relación con su hija, mi mamá nos mandaba cada seis meses o cada año, o cada vez que ella podía, a Iguanita de Mansión de Nicoya. Ahí el padrastro de mi mamá tenía fincas. Lo más que recuerdo que pasé ahí, fue un año.

Que yo tenga uso de razón, en Iguanita fui a primer grado y no más... Después íbamos de visita. El padrastro de mi mamá sacaba guaro clandestino, y la mamá de mi mamá me mandaba a mí y a otra prima mía a llevarle cosas cuando el señor iba a sacar guaro... Y el señor nos emborrachaba y nos violaba. La abuelita de mi mamá nunca le dijo a mi mamá porque mi mamá era agresiva, pero la abuelita de mi mamá sí sabía. Doña Faustina nada más le dijo a mi mamá que no quería ir más adonde la hija a visitarla, pero no le quiso decir que era que el señor había abusado de mí. Tenía siete años cuando ocurrió eso.

En Puntarenas vivimos donde un tío de mi mamá: el tío Eufemio, se llamaba. Él primero vivió en el Barrio El Carmen, en el puro centro de Puntarenas; después hizo un préstamo al banco porque él trabajaba como muellero; hizo el préstamo al banco y le compró al INVU una casa en Barranca;

entonces, ahí nos fuimos a vivir con él.

Mi mamá fue una buena mamá, nunca me maltrató... Tan buena fue que me hizo mucho daño porque si ella me hubiera puesto mano dura, tal vez yo *hubiera* sido una persona estudiada, profesional, pero fui hija única, me dio todo lo que yo quise; demasiados gustos, solo me hizo falta cariño.

Mi mamá siempre nos dio todo, pero quiso formar un hogar con un señor; el compañero que se había hecho mi mamá era dueño de tres carnicerías en el Mercado Central de Puntarenas. Él tenía cinco hijos. Ella estaba criando unos hijos que no eran de ella y yo no quería estar ahí... Entonces, como yo ya había vivido ahí donde el tío de mi mamá, como ya me había familiarizado ahí, cuando mi mamá hizo su pareja, no me quise ir con ella: me quise quedar siempre donde el tío Eufemio. Mi mamá quería que yo me fuera con ella, pero yo no quería. Ella no estaba trabajando, ella tenía su pareja; yo no quise ir con ella. Doña Faustina y yo nos quedamos a vivir ahí y yo me crié con la abuelita de ella.

Ese tío era muy bueno; tenía una familia muy numerosa: eran como catorce. En sí, el señor ese llegó a tener 22 hijos. Ahí vivíamos ese montón, la abuelita de mi mamá y yo. Entonces no necesitábamos salir a buscar más, ya éramos demasiados y vivíamos más que todo como en familia. Los hijos del tío eran muy buenos, pero la esposa de él no era buena. Ella maltrataba mucho a la suegra, a doña Faustina... Le daba los alimentos limitados, a pesar de que mi mamá llevaba las cosas; le escondía las cosas para que ella no tuviera; le ponía oficios...

Llegué a ir a la escuela en El Cocal de Puntarenas, en una escuela que se llama Sion... Después fui a la escuela de Barranca, tal vez un par de años. Hice hasta cuarto grado, nunca más volví a estudiar. Viví en Puntarenas desde la edad de cuatro hasta los once años. Cuando mi mamá nos mandaba a Iguanita, a visitar a los tíos y a la mamá de ella, a mí me daba miedo; pero ya doña Faustina no me dejaba sola. Me daba miedo, y la gente de antes, por miedo, no hablaba. Doña Faustina no le contaba a mi mamá lo que había pasado porque mi mamá era muy agresiva, y yo no me quedé atrás. Yo no contaba por miedo porque doña Faustina me decía: "Si usted le dice a su mamá, su mamá puede matar a ese señor y se va a la cárcel. ¿Y a nosotros quién nos da de comer?". Entonces, yo no contaba. A la mamá de mi mamá sí le contamos, pero ella nunca creyó.

Después, cuando yo tenía doce años –iba a cumplir doce años–, la abuelita de mi mamá se enfermó y se la trajeron para San José. Aquí en San José vivían una hermana y un sobrino de doña Faustina. Él fue narrador de Radio Monumental; se llamaba Luis Ángel Sánchez y le decían "Santor". Cuando sacaron a doña Faustina del hospital, que la habían operado, se la llevaron para ahí, para adonde una hermana de ella en Calle Blancos... Entonces, mi mamá me trajo para ahí.

Doña Faustina duró como tres meses... El día que yo estaba cumpliendo los doce años, ella murió; entonces, ya yo quedé sola porque mi mamá trabajaba. Me quedé 15 días después de que murió la señora, doña Faustina. Yo me quedé como 15 días aquí en San José con la hermana de doña Faustina; después me fui con mi mamá. Como yo no me quería quedar con la familia que mi mamá tenía pues entonces mi mamá se separó de la pareja.

Nos fuimos para Guápiles. Mi mamá comenzó a trabajar en una fonda cocinando para los peones de la bananera. El trabajo de ella era levantarse a las dos de la mañana y acostarse a las siete de la noche; entonces, yo no quería estar con mi mamá: me fui para donde la hermana de mi mamá y opté por hacerme de un novio. Ahí tenía trece años. Esa tía vivía en un pueblito por Guápiles; *habían* bananeras, pero no muy cerca, y el novio que me hice trabajaba en un aserradero. Cuando vivía con mi tía, a ella como que le daba igual que yo hiciera lo que hiciera, y como el padrastro de mi mamá, cuando me violaba, me daba licor, entonces opté por tomar licor a escondidas de mi mamá...

Luego me volví a ir con mi mamá y cuando me volví a ir con mi mamá, cumpliendo los catorce años, me junté con un muchacho... Y como ya me había juntado, entonces ya tomaba licor y fumaba delante de mi mamá. Mi mamá sí me dice que estoy haciendo mal, que no estoy haciendo bien, pero yo siento que como yo ya hice mi vida, no le pongo atención. De hecho, mi mamá también tomaba.

Con ese hombre viví como cinco meses; después me fui con mi mamá y me hice de otra relación; con esa tercera relación salí embarazada. En el embarazo mi mamá me apoyó mucho; ella se vino para *donde mí*, para apoyarme, a cuidarme. Mi mamá entonces vendía ropa y otras cosas para ella mantenerme. Faltando como tres meses para tener mi primer hijo, me junté con otro muchacho que dijo que se quería hacer cargo de mí y de mi hijo. Luego, cuando ese muchacho se hizo responsable de mí –porque decía que él se iba a hacer responsable de mi embarazo y todo eso– mi mamá había ido ahorrando algo y puso una fonda propia... Ella se fue sola y puso una fonda en una finca.

Pero cuando mi hijo tenía dos meses, mi pareja me quiso pegar; en otras palabras: no me quiso pegar, me pegó y mi mamá no lo aceptó. Mi mamá le pegó a mi suegro y le pegó a mi pareja porque me había pegado; ahí se rompió la relación y yo me fui con mi mamá. Yo tenía 16 años.

Al frente de donde mi mamá tiene el negocio, hay un bar. Y uno de los muchachos al que mi mamá le vende la comida –mi mamá ya es una señora bastante adulta, y el muchacho es muy joven– le insistía a mi mamá en que conviviera con él, pero mi mamá nunca quiso. Entonces, mi mamá le dijo que no le podía vender más la comida y el muchacho se enfureció. Y cuando hacían bailes en ese salón, en ese bar, mi mamá vendía tamales, sopas, a la gente que llegaba al salón. Ese día ella iba con unos tamales a dejarlos a ese salón y el muchacho venía ebrio, agarró a mi mamá a patadas y le rompió la cara. Bueno, fue que la agarró de improviso, pero mi mamá se defendió; pero él siempre quería como terminar con mi mamá... Y cuando yo vi a mi mamá que le salía sangre de la cara, cogí un cuchillo y lo corté...

De ahí me trajeron presa. Si él hubiera firmado la declaración, eran doce años, pero como él no lo hizo (porque mi mamá le dijo que si firmaba iba a tener más problemas) me castigaron con una condicional de cinco años... Estuve tres meses en un pabellón que era casa cuna porque yo estuve con mi hijo que iba para cuatro meses. Igual, independientemente de que fuera la casa cuna, yo tenía opción de entrar solamente a cambiar a mi hijo a mi habitación; de lo contrario, me levantaba a las 5:30 a.m., me bañaba, tenía que ir a bañar a mi hijo, tenía que ayudar a bañar a los chiquitos de las madres que se escapan de ahí y los dejan botados... A mí me ponían una tarea de limpiar un pabellón de un lado hasta el otro. A los chiquitos los tenían todos en un lado. *Habían* unas monjas que cuidaban a los chiquitos mientras que las madres estaban en la limpieza, cocinado, unas lavando la ropa de los chiquitos, y así. Entonces, un día vine y bañé a mi chiquito y lo puse donde tenía que ponerlo: en una andadera, porque ya mi chiquito iba a cumplir ocho meses... Ahí en el Buen Pastor tienen jardines donde cultivan las pomas; entonces, mi niño se hizo para allá y cortó una poma y la tenía en la mano. Es un niño, y la monja me le pegó en la mano... Entonces yo agarré a la monja y la destusé; la agarré y la destusé del hábito... Entonces me metieron en un calabozo, pero como mi hijo lloraba por el pecho porque él todavía no comía comida, me volvieron a sacar para darle de comer. Cuando me iban a devolver al castigoyo no solté al chiquito, yo le dije “Métame con mi hijo; métame, yo voy, claro, pero el chiquito no lo suelto...” Si ella me hubiera metido con el chiquito al calabozo y al chiquito le pasa algo porque era muy frío, entonces ella *hubiera* tenido problemas; entonces, no me metieron más. Como a los cinco días, una semana de que yo le pegué a ella y la destusé, me llegó la orden de libertad con esa condicional de cinco años. Salí a los tres meses, pero tenía que estarme presentando a la Alcaldía de Guápiles.

Cuando salí del Buen Pastor ya mi mamá había perdido el negocio por andar en las vueltas conmigo; gastó lo que tenía pagando abogados y pasajes desde Guápiles hasta aquí. Cuando salí, no había trabajo para mí y no había trabajo para mi mamá. Entonces, como no tenía opción para trabajar, comencé a prostituirme.

Dos cosas fueron: ya era una mujer hecha y derecha y no tenía cómo conseguir trabajo; después de eso, donde yo vivía salió una chiquita con herpes en la boca; parece que la chiquita había cogido un preservativo de no sé dónde y lo había tratado de inflar, y se le había hecho esa infección. Entonces el Ministerio de Salud llegó al barrio donde nosotros vivíamos y llevó señoras, señoritas, toda especie, hombres, todo, todo, los llevó al Ministerio de Salud para hacerles exámenes porque la niña había salido con esa enfermedad venérea en la boca. Entonces en el Ministerio de Salud, cuando dieron ese papelito que le daban a la mujer de ambiente, o sea las prostitutas, cuando a mí me dieron ese papelito, yo dije: “Bueno, aquí no me queda otra, ya tengo el permiso prácticamente...” Más o menos, así lo tomé...

En ese tiempo, un servicio costaba cincuenta colones y yo pagaba ochenta colones de mensualidad de la casa; entonces, era factible... Yo tenía dos amigos que tenía relaciones con ellos y me ayudaban a pagar la casa y me daban la manutención. Yo tenía 16 años, el señor tenía 48 años y me daba a mí por mes 120 colones; era un montón; había otro que tenía como 50 años y me daba 75 colones, que era el pago del alquiler de la casa; y alguna otra persona. Pero casi siempre, por lo general, eran personas mayores, pero no tenía un lugar específico donde visitar, un bar.

Hasta que un día mi mamá dijo que nos viniéramos para San José, que ella iba a venir a buscar trabajo. Nos vinimos para San José cuando yo tenía como 17 años. Primero nos vinimos para una pensión, como le llaman ahora “cuartería”, por la Caja del Seguro. Ahí alquilábamos un cuartito, pagábamos 25 colones. Mi mamá no conseguía trabajo y yo ya había comenzado mi vida; entonces, opté por irme a prostituir. Aquí por La Cañada existía un bar muy famoso: “El Casino Oriental”, algo así le decían.

Ahí en “el Casino” no estuve ni el año... Yo bailaba, tomaba mis cervezas, trabajaba, y un día llegó una muchacha, Yadira, yo solo por Tela la mencionaba, y me dice: “Oiga, muchacha”, dice: “Yo he venido varias veces aquí y sigue ahí. ¿Adónde trabaja usted?” Le digo yo: “Aquí...” Me dice: “¿Cómo le va aquí?” Le digo: “Díay, a veces bien, a veces mal...” “Ah sí, verdad”, dice: “¿Y por qué usted no busca un lugar en donde tener un salario fijo?” Entonces le digo: “Díay, no, no tengo tiempo porque yo en el día duermo y asisto a mi hijo...” y así. No nos volvimos a ver.

Cuando vivíamos ahí en esa pensión, ya yo iba embarazada de otro hijo; ahí lo tuve; después, ahí mismo, me embaracé de mi otra hija, con 21 años, más o menos. Después mi mamá consiguió una casa por Sagrada Familia.

Luego mi mamá se hace de una relación y me quita a mi hijo mayor; o sea, ella siempre me cuida a los tres, pero ella tiene prioridad por el mayor de los varones y la chiquita. Yo consigo trabajo como camarera en un hotel de mala muerte y también hago mi trabajo... Me dejan una chiquita botada en el hotel. Tenía ocho días de haber tenido a mi niña y me dejan a esa chiquita botada ahí... Yo recojo a la chiquita, pero mi mamá me dice: “Yo no puedo”. Entonces se la regalé a la vecina.

Luego nos metimos de precaristas en la Colonia 15 de Setiembre; nos avisaron que se estaba metiendo la gente y ahí nos fuimos a meter. Hicimos un ranchito de plástico con cartón. Ahí estuvimos como un mes, tal vez un poquito más. Ya yo llevaba cuatro hijos, y mi mamá, como siempre, cuidando a los niños y yo trabajaba.

Desde que nos metimos ahí, ya no seguí trabajando como camarera, sino como prostituta otra vez. Entonces yo trabajaba y en el día llegaba a apoyar a mi mamá al ranchito que habíamos hecho con

plástico. Lo que había era una camita que nos habían prestado los vecinos, donde dormían mis hijos, y cuando yo llegaba me acostaba en una caja de cartón así, toda encogida; dormía a ratos y a ratos no.

En esas nos tomamos un bus todos los precaristas y nos fuimos para la Asamblea Legislativa, y ahí en la Asamblea Legislativa dijimos que no salíamos de ahí hasta que nos dieran una solución. Nos dieron la solución: gracias a Dios, nos repartieron los lotes. Como a 300 metros de donde estábamos había una finca muy pequeña de café; entonces, el gobierno no sé qué hizo con eso y ahí nos dieron los lotes; ahí nos metimos. Ahí mi mamá sí hizo un ranchito así de pedacitos de madera y zinc; ahí sí.

Pero cuando les dieron los lotes a ellos, cuando hicieron la repartición de lotes, yo no estaba ahí: yo estaba presa... No había cumplido los cinco años de condicional y ya estaba metida en otra.

Resulta que venía bajando de las gradas del "Casino", donde me encontró Yadira; venía bajando de ahí, cuando me salieron unos hombres... Uno de ellos me forzó a darle un beso; entonces, yo lo traté muy mal; eran tres nicaragüenses. Me amenazaron que me iban a matar; entonces, yo les dije que estaba bien. Bajé, y ahí abajo, en la acera, vendían unas carnes asadas. Compré tres carnes asadas; pero me comí la carne. Cuando bajaron, uno de ellos me amenazó con un veintidós, me lo puso en la cabeza y otro de ellos le levantó la mano y cuando disparó hizo un gran hueco en el cielorraso del casino; después le quitó el arma... Entonces, cuando le quitó el arma, yo con los palos los corté. Me llevaron presa.

Estuve como mes y tres días. Hubo una persona que me fue a visitar y me llevó al chiquito menor, que estaba pequeño. Habló con la trabajadora social y le dijo que mis hijos estaban pasando necesidades porque yo estaba presa... Entonces, la trabajadora social dijo que ella no podía dejar que se volvieran a llevar el chiquito, que me lo tenían que dejar ahí, que me lo dejaran... Ella se dedicó a averiguar mi caso afuera, con mi familia, y consiguió una prórroga para que me dejaran salir... Cuando salí, a mi mamá ya le habían dado el lote. Mi padrastro había dejado a mi mamá botada y mi mamá consiguió material, tarimas, pedazos de zinc y todo, y ella hizo un ranchito donde vivíamos ella, mis cuatro hijos y yo, nada más.

Resulta que cuando ya vivíamos ahí, que nos dan los lotes, me voy encontrando de nuevo con Yadira porque ella también se metió ahí... Entonces ya éramos vecinas. Ella recordó que me había conocido en el "Casino"... Yo salgo de la cárcel con mi hijo, paso solamente una noche ahí y a la noche siguiente me voy a trabajar. Entonces Yadira vuelve a llegar al "Casino" y ya es cuando se atreve a decirme que por qué mejor yo no consigo trabajo, que igual, en lo mismo, nada más que como bailarina. Entonces le digo: "A mí me da vergüenza", y me dice que es lo mismo que tiene que hacer, "Si va a un cuarto con un cliente, se desviste y va a tener que hacerlo; usted lo que tiene que hacer ahí es bailar en vestido de baño; si usted quiere, se desviste; si no quiere, no se desviste; solo baila en vestido de baño... Tiene un salario de 113 colones por día..." y le pagan no me acuerdo si eran 3 colones por cada trago que una se tomaba.

Yo lo comento con mi mamá, y me dice mi mamá: "Ya eso es demasiado". Le digo: "Sí, pero es que hay días que ahí en el "Casino" uno hace plata y hay días que no..." "Bueno, voy a pensarlo", le digo yo a Yadira, "yo le aviso." Cuando vuelve a llegar Yadira me dice: "¿Vamos?" Le digo: "Es que mi mamá dice que eso es demasiado..." Me dice: "Es que usted no le va a decir a su mamá". Le digo: "De igual manera, siempre algún día se va a dar cuenta... Bueno, pase en la noche", le digo, "a la casa, a ver si me decido o no..."

Y así fue: en la noche ella pasó a la casa, me llevó al Colt 47... Cuando yo entré ahí: "Bueno, no sé qué va a pasar aquí, ¿verdad?, pero en realidad lo que ella me está diciendo es verdad; aquí tengo

un salario; voy a ver..." Y la señora me va dejando de última para bailar y me regalaba un trago y me regalaba otro trago y me regalaba otro trago... Ya, cuando me tocó el turno, estaba fundida. Dije yo: "¡Bueno, aquí voy!" Como que me llenaron la cabeza de más aserrín porque ya la llevaba un poquito y me la terminaron de llenar porque en aquel tiempo un billete de cinco colones era un platal, y cuando veo que me ponen un billetito aquí, otro billetito por aquí, otro por aquí, otro por aquí... Digo yo: "Está buena la cosa; no, aquí me tengo que quedar..."

Al día siguiente llego donde mi mamá como a las 4 de la mañana... Mi mamá sorprendida porque llegué con aquel montón de plata. Dice mi mamá, "¿Qué hiciste?" "No, no he robado..." "Es que tanta plata..." Le digo: "No, mami, es que vea: lo que yo le había dicho..." "Ay", dice, "¿pero hasta ahí ha llegado?" Le digo: "Sí; pero yo no me quité la ropa; yo bailé en vestido de baño nada más..." "Pero no", me dice: "es que así comienzan, así empiezan..." Le digo: "No..."

Y ya por ahí ya comencé, ya de ahí nadie me sacaba.

Estuve ahí, estuve en un tal Le Grillon; de ahí llegó un señor del Brigitte, cuando existía, y ya: que me pagaba más y que me fuera... Ya eran 135 colones lo que me pagaban en El Brigitte; ya me pagaban el trago a 5 colones; ya ahí era más todavía. Entonces me fui para ahí.

Pero nunca faltan los problemas. Ahí sale una compañera; supuestamente ella andaba con el administrador; el administrador tiene esposa, ella trata de involucrarme a mí en su problema y yo no me dejo... La agarré, la desarmé, le quedó la nariz para un lado y se la tuvieron que montar... Entonces me llevaron detenida, pero no salió ni la prórroga ni la condicional, solo pagar una multa de 80 colones y me tiraron afuera.

Como ya no podía estar en El Brigitte por este problema; entonces, me comenzaron a rotar... Era toda una corporación: Brigitte, Pigalle, Flamingo, Pantera; una semana en el Flamingo, una en el Pigalle, otra en Pantera, otra en Alcázar y ahí iba... Y así sucesivamente, duré 22 años trabajando para la misma corporación.

Después, para un cumpleaños, uno de los porteros del Pantera me trató mal y lo descalabré. El hombre ese me trató mal y yo lo empujé... Cuando lo empujé, él agarró una silla para tirármela encima y lo que no supo fue que yo se la quité y se la pegué en el hombro... Quedó con el brazo hundido para toda la vida: el brazo no le sirvió para nada nunca más, pero no me agarraron porque cuando vi que la policía venía, me tiré por debajo de todo el mundo, cogí un taxi y me fui para mi casa. Después el muchacho fue a buscarme para pedirme disculpas; pero la que tenía que pedir disculpas era yo.

Como tuve ese problema, tuve que salir huyendo... Entonces, dejé un tiempo. Como soy una mujer adulta y ya asimilo un poco más las cosas, me voy cerca de donde vive la mamá de mi mamá, cerca porque al padrastro de mi mamá sí le guardo rencor; él sabe porque siempre trato de recalárselo, siempre trato de decirle "Usted es un...", En ese momento ellos ya no viven en Nicoya, sino en El Valle de La Estrella, en Limón. Yo veo que la zona está bonita, que hay posibilidad de trabajo, de sobrevivir, pero igual me vengo.

Para entonces ya no eran cuatro hijos los que tenía yo: eran un montón. En total tengo diez; pero no me recuerdo ni cuántos tenía en ese momento. Mis hijos sí pudieron ir a la escuela, pero yo no fui una mamá exigente en ese aspecto: nada más "Vaya a la escuela" y ya. Yo nunca revisé un cuaderno. "¿Se quedó de año? Se quedó..." Al pequeño que no podía, yo le planchaba el uniforme, y si no, el grande le planchaba el uniforme al más pequeño. O sea, fui muy desamorizada en ese aspecto, en todo el aspecto... A mí mi mamá no me dio cariño; me dio todo, pero no me dio cariño. Igual, yo no pude darles lujos a mis hijos, pero tampoco les di cariño, solo lo más necesario: techo, comida y vestuario.

A todo esto, mi mamá ya había construido una casa con el INVU en el mismo lote de la Colonia 15 de Setiembre... 8 mil colones costó la casa en aquel tiempo. Había que pagar 20 colones por mes y estaba cara... De lo mismo que yo trabajaba, mi mamá pagaba la casa y además había recogido algo de plata y había comprado un lote cerca de donde la mamá de ella, en el Valle de La Estrella.

Entonces me vuelvo a venir, vuelvo para recoger plata, para ver si nos íbamos para el Valle de La Estrella; pero ya con la casa... Trabajé en lo mismo, pero ya no trabajé en la corporación, sino que me fui a trabajar a Casa de Muñecas, que no era de ellos... Estuve unos días en la casa.

Mi mamá como que había querido adoptar a un muchacho que se había criado sin mamá, pero ya él andaba en malos pasos, ya robaba, cortaba, portaba armas, de todo... Mi mamá se fue a medio ordenar allá adonde íbamos a ir a vivir al Valle de La Estrella; el hombre tenía como unos 18 años y yo estaba en la casa... Llegó él pidiendo algo que le había dado a guardar a mi mamá, y yo no sabía dónde estaba... Y como yo no sabía en dónde estaba, él vino y me dijo que si yo no le daba lo que él buscaba, él me iba a pegar un balazo... Entonces yo le dije "¡Péguelo!", "Es que...", le digo: "¡Péguelo! No diga 'le voy a pegar' y pegue de una vez...". Y como no me lo pegó; entonces, lo agarré y le quité el arma, le pegué; él se sintió que por qué, si a él nunca nadie le había hecho nada, por qué yo... Y se fueron. Nomás esperó que llegara mi mamá y agarraron como entre 20 la casa a balazos.... Destruyeron los vidrios y los maceteros y todo, pero no entraron.

Igual yo salía; el taxi me esperaba; yo salía y me metía al taxi y me iba; igual venía así, pero si yo mandaba a mis hijos a comprar el pan, a comprar las cosas, el muchacho ese les quitaba la plata y les decía: "Dígale a su mamá que me la venga a quitar ella." Entonces yo me fui sola para el Valle de La Estrella; estuve como tres meses, cuatro, por ahí... Después volví, pero ya volví con otra mentalidad, volví a que eran ellos o yo... Pero cuando volví, más bien ellos llegaron, pidieron disculpas, ya todos viendo a ver de qué manera ayudaban a que nos viniéramos nosotros para acá... Estuvimos como un año con mi mamá y mis hijos viviendo en el Valle de La Estrella, en el lotecito que había comprado mi mamá. Allá vivimos en un rancho de paja.

Mi mamá vendió la casa que tenía en la Colonia 15. La vendió en 500 mil colones hace 25 años. A ella le dan 100 mil y tienen que darle 100 mil a los dos meses; ella viene a retirar un abono de la casa y, bañándose, se cae, se golpea la cabeza, le da embolia y ya no vuelve. A mí me sedan cuando mi mamá muere porque yo no lloro; yo no. No sé; yo duro tiempos así, sin reaccionar...

Entonces la persona que le había comprado la casa a mi mamá me da, no sé cómo, los 300 mil colones restantes; no, me da 300 para pagar el funeral, para pagar tantas cosas... Mi abuela me llevó para allá de nuevo, que para ayudarme a criar los hijos. Entonces, cuando yo me voy para El Valle de La Estrella de nuevo, el comprador me da los últimos 100 mil colones, y mi abuela dice que como ella me va a ayudar, y yo no estoy en.... Le doy a ella la plata... Ella gasta la plata a los cinco, seis meses, siete meses...

Me vine del Valle de La Estrella; vine a San José a alquilar una casa; ya estaban caras las casas: costaba como 12 mil colones el alquiler. Y una vecina me lleva a pedirle ayuda al IMAS. Ahí me piden el recibo de agua, el recibo de la casa, recibo de la luz y la constancia de nacimiento de mis hijos. El IMAS me ayuda por diez meses; me extendieron 10 cupones por 10 mil colones cada cupón. Esa es la única ayuda que he recibido. Soy una persona que no tuve mucho estudio y no he podido entender si es cierto o es mentira que en algunas ocasiones, cuando vienen cambios de gobierno, votaciones y todo eso, a mí se me dijo la primera vez que me tocó a mí votar, que si yo no votaba, el voto se le daba a la persona que ganaba la presidencia; y la verdad es que yo nunca he sabido elegir ni uno ni otro presidente. Entonces, en mis 57 años de edad que tengo, solamente dos veces he votado: la primera, cuando estrené la cédula y cuando ganó Rafael Ángel Calderón; son mis únicos dos votos. Entonces, me han dicho que mientras yo no apoye a ninguno de los dos partidos,

no tengo opción de pedir ayuda a ninguna institución... Por ahí me he dejado llevar. Y como todo el tiempo fui yo la que vi por mis hijos, la única que me ayudó fue mi mamá; entonces, nunca he optado por ir a pedir ayudas.

Entonces yo no podía pagar cuidado de niños; no podía pagar la casa, agua y luz... Entonces le pedí ayuda al papá de uno de mis hijos. Él dice que sí, que él me va a ayudar, que nos volvamos a arreglar. Yo le puse una condición, "Está bien, vamos a vivir juntos, pero yo no voy a dejar mi trabajo..." El acepta, pero luego mi hijo, el mayor, se queda conmigo: el Patronato me dice que él puede cuidar de mis niños porque ya tiene 16, 17 años; luego, el que tiene quince años se va para el Valle de La Estrella a buscar trabajo en la bananera. Me dice: "Mami, yo no le puedo estar mandando plata a usted; aquí hay fuentes de trabajo; es más factible aquí que allá."

Me vuelvo a ir para el Valle de La Estrella, a Finca 5, me los llevo a todos. El mayor comienza a trabajar en la bananera, el otro también; me pongo a vender comida... Ahí, vendiendo comida, me hago de otra relación: el papá de mis dos hijas más pequeñas. Y él dice que cuando lo liquiden, vamos a ver qué compramos, vamos a ver qué hacemos... Después de tener tres o cuatro años de estar allá, a él lo liquidan, pero no encontramos un lugar barato para comprar y nos venimos para acá, a lo que salga. Mis dos hijos mayores quedaron allá, en el Valle de La Estrella. La mayor se me escapó y no sabía en dónde estaba...

Entonces, yo me vine con cinco; no, me vine con seis, y llegamos ahí, otra vez alquilamos una casa en la Colonia 15 de Setiembre; y después de ahí nos metimos de precaristas en Monte Alto de Concepción de Alajuelita... Nos desalojaron una vez y nos botaron los ranchos; los volvimos a parar... Nos volvieron a desalojar con caballos y todo, nos botaron los ranchos y los volvimos a hacer... Metimos un recurso de amparo en dos ocasiones; el último nos lo aceptaron y dijeron que nos daban un lapso para que viéramos adónde nos íbamos a meter.

Entonces un señor de los que habían invadido formó una asociación, un comité, y dijo que teníamos que hacer el propósito de ver dónde comprábamos y cómo hacíamos para que no nos volvieran a desalojar; y nos dijo que para recoger plata, para poder comprar en algún lado, teníamos que dar primero 15 mil colones y después 10 mil colones por familia. Él recogió los primeros 15 mil colones y se vino con varias gentes a buscar, pero no encontraba por ningún lado... Ya a las cansadas, cuando ya nos iban a echar otra vez, encontré aquí, no recuerdo si compré en 23 millones, pero no había los 23 millones, no recuerdo si eran 4 o 5 millones los que habían recaudado. Entonces él habló con la dueña y le dijo que le daba eso por entrar y se comprometía a pagar un millón por mes, pero ninguno de la asociación se hizo responsable de pagar el millón por mes; solo ese señor. Llegamos hace 18 años; éramos 160 familias; pagábamos diez mil colones por mes y, para lo que faltaba, se hacían rifas y bingos, íbamos a las pulperías y tiendas a recaudar arroz y víveres y hacíamos canastas básicas e invitábamos a la gente de otros barrios a los bingos para poder pagar... Cuando se canceló, la escritura salió pero a nombre del señor.

Cada lote tiene 20 por 20 metros. A nosotros nos dieron un derecho de propiedad, pero no nos han dado escritura porque el MINAE no ha querido firmar para poder segregar porque dice que estos no son terrenos aptos para construir. O sea, nosotros tenemos un derecho de uso. En otras palabras, yo puedo vender porque soy propietaria, pero no tengo escritura segregada porque el MINAE no me ha firmado.

Todo es como todo. Aquí al principio estuvimos muy organizados: si usted está mal y yo estoy mal, nos unimos y tratamos de ver cómo salimos adelante. Pero si usted ya usted logró salir adelante; entonces, como que: "Bueno, ya estoy bien, ya no necesito estar ahí..." Así pasó aquí.

Después de tres años de estar aquí, me casé con la pareja con la que llegué; me casé con él; a los

dos años me separé. Él se fue y yo también. Yo nunca he sido estable; a pesar de que tengo este pedacito de terreno aquí, nunca he sido estable, me voy para Limón un año, dos años, vuelvo y luego me quedo aquí seis meses, siete meses; me vuelvo a ir dos años, tres; luego vuelvo a venir y así... Es como una rutina; así me acostumbré con mi mamá; así me quedé acostumbrada.

Aquí vivimos actualmente tres hijos, dos nietos y yo, pero la intención no es vivir solo nosotros. Tengo una hija que vive en Heredia; ella está alquilando y tiene tres niños. Entonces yo le dije: "Venga, ordene ahí y se viene para acá..." Después hay otra hija que vive en Siquirres; no está muy bien, ella anda alquilando. Bueno, se puede decir que ella tiene dos hijos porque los dos hijos mayores se le fueron con el exesposo; uno ya tiene 19 años y la otra tiene 17; ellos se fueron con el papá. Ella tiene una de doce o trece años y el otro de diez años; entonces, yo le dije que existe la posibilidad de que se pueda venir.

En mayo de este año, la gente de Un Techo para mi País me construyó esta casita. No sé cómo, el Comité de Desarrollo de aquí se dio cuenta sobre esa fundación y llevaron ciertos casos, peores que el mío. Después ellos vinieron a verificar, a ver el terreno, si estaba adecuado; vinieron a ver primero, entraron, ellos les llaman ingenieros; y sí, son ingenieros porque vienen de una universidad. Ellos vinieron, trajeron al ingeniero a ver cómo estaba, a ver las necesidades de las familias, pero sin dialogar con ninguna familia, solo con el comité.

Después el comité hace una reunión donde citan a ciertas familias: son las familias que tienen más necesidad; preguntan si están dispuestas a dar una pequeña colaboración de 65 mil colones para que le hagan una cabaña, o casita; entonces, nosotros decimos que sí, que estamos dispuestos. Y es donde nos preparan y nos dicen: "Bueno, dentro de 15 días o 22 días vienen unas personas a hacerles un censo", dicen ellos.

Vinieron en la última semana de abril. Después hacen el censo, nos dicen que hay posibilidades, pero que a pesar de que nos llamaron a nosotros, tienen que censar a todo el barrio. La segunda encuesta es 15 días después, el primero de mayo. Y ya el 5 de mayo, o el 7, por ahí, ya vinieron a decir que había que ir a descargar el material y la construcción fue el 15 de mayo. Las casitas las levantan en solo dos días.

Desde que me relaciono con la gente de Techo, he sido un poco más estable, he desistido de andar para arriba y para abajo; he dejado de tomar porque me relaciono con ellos. Ellos van a hacer encuestas, van a descargar material a ciertos lados, van a construir y yo voy con ellos y les cocino. Si vienen aquí, recorreremos el barrio, tomamos café, almorzamos, hablamos, les cuento algunas de las anécdotas y ellos me cuentan y me siento bien. Voy los fines de semana a un lado, otro fin de semana a otro lado y paso un poco más ocupada.

La vida aquí es tranquila, la gente de aquí es tranquila. Aquí cerca han pasado cosas, pero no es por la gente de aquí... Como en todo lado, hay gente que tiene sus vicios, pero no es gente muy problemática... La gente de otros barrios a veces viene a hacer problemas aquí, pero ya tenemos como cinco años que no se ven problemas.

El hijo mayor me paga el agua y la luz, y el que tiene 37 años me compra la comida. Y cuando otro que ahorita está desempleado está trabajando, entre los dos me compran la comida. Tengo un hijo en Limón Dos Mil, que cuando puede también me compra comida, me compra ropa, zapatos... Yo hago *rice and beans* y pan casero para vender, y más o menos ahí voy.

“No tengo que ser conformista”

Arleris Rodríguez Vílchez

Barrio Martina Bustos, Liberia, Guanacaste

Mi nombre es Arleris Rodríguez Vílchez. Nací en una finca en las faldas del volcán Rincón de la Vieja llamada Los Inocentes, allá, al norte de Santa Cecilia, en el año 1970, pero mis recuerdos de la infancia son de otra finca llamada El Oro... Le decían El Oro porque de vez en cuando se encontraban cositas brillantes de oro; parece que ahí vivieron indígenas; la mayor riqueza de ahí era una “huaca”, se sacaban muchas tinajas, se sacaban las piedras de moler; mi mamá tiene una y todavía la usa.

Mi mamá vivió en esa finca toda una vida; ahí se crio. Ahí mi mamá conoció a mi papá (bueno mi mamá fue casada antes una primera vez), y ahí tuvo todos sus hijos. Ahí ella cuidaba peones, eso es lo poco que uno le saca a ella porque somos de esas personas que tampoco le sacamos a nuestros padres la vida de antes: cuidaba infinidad de peones, como 60 personas: les preparaba la comida. Se levantaba a las 3 de la mañana a hacerles comida a sus peones. A donde dormían los peones se le llamaba “campamentos”; ahí la gente se acomodaba en galerones. Los galerones eran inmensos y tenían sus comedores, grandes también, y entonces ahí llegaban ellos.

Mi papá se llama Valentín Quijano y a él lo conocen como “el Doctor”: “el Doctor” porque él era el encargado de la finca y si se fregaba una *chapeadora*, él la arreglaba; si se fregaba un *chapulín*, él lo arreglaba; todo lo que era lo mecánico, él lo arreglaba...

Mi mamá es nicaragüense; cuando ella tenía cuatro años de edad su familia se vino para Guanacaste. Ella no se explica cómo tiene cédula como cualquier costarricense; parece que cuando la bautizaron, la registraron acá. Mi papá también es nicaragüense; él fue un hijo moto, huérfano de padre y madre, y se lo trajeron de Nicaragua unos Urcuyo que vivían aquí en Liberia para que trabajara con ellos, pero a él como que lo trataban mal y apenas pudo se escapó de esa casa y así fue como llegó a la finca donde se conoció con mi mamá.

De esa finca es de lo que yo más me recuerdo. Ahí mi papá sembraba frijoles, maíz; de todo había ahí, el ayote, todo lo que se consumía en la casa era siembra de ahí. Otra cosa era el ganado. Mi papá también ordeñaba (bueno, no solo mi papá, mis hermanos mayores también) porque mi mamá y mi papá eran los mandadores de la finca. Los señores se iban y dejaban la finca al mando de mis hermanos, de mi papá y de mi mamá. Mi mamá tuvo 22 hijos y de los 22 quedaron 16: ocho mujeres y ocho hombres. Yo soy la penúltima y las últimas son unas gemelas.

Mi mamá pareciera que vivía la vida cocinando, cocinando... Y mi papá era como el dueño de la finca; incluso se les pagaba a los peones. Una hermana mía era la *planillera*, que se llamaba en ese entonces: cada sábado le pagaba a los peones. Mi hermana tenía una oficina de donde ellos se comunicaban con los dueños de la finca en San José. Tenía que ser a una hora fija; no era cuando ellas querían, por el tipo de luz que había. (El alumbrado era a base de motor, pero motor de agua; solo había luz desde las 6 de la tarde hasta las 10 de la noche porque esos motores no podían vivir todo el tiempo encendidos porque se recalentaban...) Entonces en la oficina se comunicaban por radio, y yo lo recuerdo como una recreación; para mí fue muy lindo.

La finca era inmensa. Había mucho ganado; el animal del monte era demasiado en ese entonces. Nosotros comíamos venado; tepezcuinle comíamos; ese que le llaman armadillo, que es el mismo cusuco; de eso nos alimentábamos; del garrobo también. Me acuerdo de las comidas, también había caballos que cuidar. Cada mañana, mi papá se llevaba al trabajo la “burra” con el almuerzo, pero él

siempre dejaba un bocadito para nosotros, y la alegría era ver quién se comía el sobrito que él había dejado.

Nos íbamos a bañar a los ríos, íbamos a las pozas a jugar; jugábamos así, inocentemente, con los varones, todos chingos. A veces nos asustábamos porque unos monos nos perseguían y salíamos en carrera, o tal vez nos asustaba algún animalillo. Nos salían culebras, nos salían monos, nos perseguían las vacas recién paridas, todo eso, pero dice mi mamá que cuando uno no anda en cosas malas, Dios siempre nos acompaña, y también la inocencia de uno en ese tiempo. Había compañeros que a veces nos asustaban también. A veces nos salían los coyotes y había un palo llamado ahí *guaitil*, que es muy parecido al olor del noni; entonces nos decían que para que los coyotes no nos comieran, nos teníamos que subir al palo del guaitil y teníamos que orinar. Y yo como siempre, yo como todo el tiempo he sido una nerviosa, lo hacía y era mentira. Era peor: más bien el coyote llegaba más rápido por los olores...

En la finca no había escuela; era en la finca Los Inocentes que había; entonces, nos *ajuntábamos* todos los del barrio y nos transportábamos en caballo, pero se llevaba su buen rato para llegar. Cuando llovía, se nos llenaba un río y teníamos que esperar que dejara de llover para regresar. A veces llegábamos hasta en la noche. A veces los caballos nos botaban, nos quebraban los brazos, nos quebraba los pies; y llegábamos a la casa y mi mamá nos daba más palo porque nos dejábamos botar del caballo. En el tiempo de antes nada aceptaban los padres: decían que eran vagancias de uno, pero en ese entonces nosotros no conocimos la vagancia... A la vez, todo era como una recreación porque, por ejemplo, si uno quería comer, nada más iba al monte o al patio y agarraba lo que quería...

Viví en la finca El Oro hasta los diez años, cuando estaba en cuarto de la escuela, y ya los mayores estaban de 20 años. Mis papás se vinieron para Liberia porque estaban pasando muchos accidentes; a un hermano mío le había caído una rama encima; entonces, mi mamá dijo: "Mi familia no va a quedar enterrada en esta finca, yo voy a tener que buscar la ciudad."

Nos vinimos para Liberia porque aquí vivían unos familiares de ella. Antes de venirnos, ella había venido a averiguar dónde había terrenos o a venir alquilar, y así fue, así sucedió. Ya cuando ella nos dijo "Hagamos maletas", las hicimos. Entonces una parte de mis hermanos, los *más menores*, nos *venimos* con mi mamá. Ahora usted va a Santa Cecilia y es cuestión de 40 minutos; antes eran cuatro horas. Mi papá siempre quedó ahí porque la finca no se podía dejar sola.

Aquí en Liberia mi mamá consiguió primero una casa de alquiler; mi papá viajaba cada 15 días a vernos o a traernos la alimentación... Fueron casi 5 años en los que mi papá siguió viviendo en la finca y nosotros aquí.

Para mí ese fue un cambio bien grande: adaptarse uno a lo que no estaba acostumbrado costó mucho. La parte de la escuela fue muy difícil porque ya uno veía que había burla; veía que lo rechazaban a uno porque, bueno, nosotros éramos muy humildes. No conocíamos los zapatos; tampoco se conocía el uniforme; no sabíamos qué era un bolso, y entonces ya venía el rechazo de los compañeros, la burla; y ya ahí fue donde uno fue comenzando a ver la vergüenza. Yo, por mi parte, sí me sentí muy mal; ya uno después de cuarto grado, que antes pasaba mis años, me costó el estudio. A mí sí me afectó bastante; a una hermana mía también la afectó mucho porque éramos burla. (Todavía recuerdo las burlas de mis compañeros y ahora, así, mayor, los veo y ellos me quedan viendo y a mí no me causa nada de gracia porque me los recuerdo burlando y prefiero quedarme seria o quedita, pero no me recuerda nada agradable.) En la parte de la ciudad también, no conocíamos la ciudad. Para ir a algún lugar teníamos que ir preguntando porque nosotros vivíamos en el monte, y el clima también lo extrañamos. Todo era diferente.

Ya después, cuando mi papá se decidió a venir, entró a trabajar en una arrocera, también como mandador, pero a él también se le complicó la vida porque aquí comenzó a fumar, comenzó a tomar y ya era más difícil para nosotros porque ya estábamos viendo no a una persona que trabajaba en el monte con su ganado, con sus *chapulines*, con su *chapeadora*, sino que ya era una persona que iba a trabajar y con el derecho de ir al vicio; entonces, ya mi papá llegaba borracho y ya comenzaban los problemas con mi mamá. Y nosotros no conocíamos eso, nada de eso. Eso también nos costó mucho porque era aceptar una cosa que no habíamos visto. Mi mamá lo peleaba, mi mamá lo echaba... Yo tengo en mí la imagen cuando veía que mi mamá peleaba a mi papá y él se iba... Sufrí bastante; recuerdo cuando veía que él se iba y yo le decía: "Papá, no se vaya, no se vaya..." porque nosotros lo queríamos tener ahí, pero como dicen: "Donde manda capitán..."; mandaba mi mamá y mi papá no podía decidir, y todo eso también nos afectó a nosotros porque eran cosas que no vivíamos antes. Yo ya tenía noción de la vida, ya sabía un poquito más, pero no comprendía por qué mi papá se tenía que ir cuando llegaba borracho o fumando porque no lo habíamos visto. Allá en la finca era solo trabajo y aquí como que se agarró más libertad porque en la arrocera a veces se quedaba jugando naipes; ahí entonces comenzó el vicio él y costó...

En la casa en el centro de Liberia estuvimos poco tiempo porque era de alquiler. Mi mamá entonces se metió en un proyecto de bono del INVU; así conseguimos una casita, pero a mi mamá no le gustaba la ciudad; entonces, se consiguió un terreno en el Barrio Nazaret, donde estaban dando tierras, y le dejó esa casa a uno de mis hermanos mayores, que ya tenía familia. En ese entonces, el barrio Nazaret apenas estaba comenzando: era un terreno vacío... ¡De seguro ella se imaginaba estar allá en la finca! Mi papá salió de la arrocera y se volvió a ir otra vez para la finca porque lo volvió a llamar el dueño; entonces, mi papá comenzó a sacar la madera de allá. La casa que tiene ahorita mi mamá ya tiene treinta y resto de años y es toda hecha de esa misma madera que mi papá sacó de ahí.

Cuando nos venimos a Nazaret, yo ya estaba en el colegio; ya nosotros estábamos en el colegio. Tal vez no sabíamos mucho, pero vivíamos muy sanamente porque nos dedicábamos siempre a estudiar. Mis hermanos mayores trabajaban en el día y en la noche iban a estudiar; igual yo y todas mis hermanas. Como decía mi mamá: "¡Salir adelante, salir adelante...!" Y para todos nosotros era solo lo que mi mamá nos decía que era bueno. Y no hubo nadie que llevara mal.

Cuando estaba en el colegio, había un baile y yo en mi vida había bailado; entonces me fui al baile por curiosidad. Tenía como 15 años, 16 años y un señor mayor me llegó a sacar y le digo: "No señor, no quiero bailar." Y entonces me dice el señor, "¿Entonces para qué venís a un baile, si no vas a venir a bailar?" Para mí eso fue como un remedio porque yo no sé ni bailar; en mi vida he ido a bailar. Entonces yo se lo agradezco a esa persona porque si hubiera sido bailarina tal vez hubiera sido una persona desordenada; no sé, hubiera sido otra cosa. Y a como dice mi mamá: "Los hijos míos que ahora son sinvergüenzas es porque lo aprendieron grandes", pero de 16 hijos, solo uno es alcohólico, y de allí nadie más.

Cuando nos vinimos a vivir a Nazaret, mi mamá tuvo que ir a trabajar en casas porque la cocina era lo único que a ella le llamaba la atención. Tuvo que apartarse de nosotros y nos dejaba tarea: teníamos que limpiar la casa, cocinar. Mi mamá nunca nos enseñó a hacer un arroz; nada; entonces, cuando mi mamá llegaba, muerta del cansancio, nada más llegaba a ver lo malo que teníamos en la casa... Lo malo era que dejáramos un arroz crudo, un arroz quemado, unos frijoles que se los dejábamos malear porque como nosotros le decíamos, ella nunca nos enseñó nada; entonces, el enojo de mi mamá era eso: encontrar una cama desarreglada... A nosotros todo eso nos agarró de sorpresa porque cuando ella se iba a trabajar, decía: "Hagan eso", pero no sabíamos cómo hacerlo.

A mis hermanos también los afectó mucho porque ella después se dedicó solo al trabajo, y cuando

nosotros necesitábamos que ella fuera a una reunión a la escuela o algo, nunca podía, o tal vez no veía que era una necesidad porque mi papá y mi mamá fueron personas que no tuvieron un buen estudio; fueron a tercer grado de la escuela y saben leer y escribir, pero no fueron apoyadas en los estudios como nosotros... A algunas hermanas mías, mi mamá las mandaba a estudiar al colegio a San José. Para ellas eso no fue algo agradable; algunas cuentan que a veces mi mamá las mandaba contra la voluntad de ellas porque ellas no sabían a lo que iban... Dicen que cuando uno vive en una finca, es como un montañero, y tienen mucha razón porque uno no conoce, y mis hermanas a veces hasta lloraban porque no querían ir a estudiar, y mi mamá les decía: “Van” y tienen que ir”... De los 16 hijos, solo tres no tenemos una profesión: ahí estoy yo; está otra hermana mía y somos tres mujeres que no... Tengo hermanos profesionales, pero cada quien tiene su familia –yo vivo acá, ellos viven allá; eso sí, ellos ayudan bastante a mi papá y a mi mamá, pero cada quien con su familia. Ellos saben que yo vivo aquí; no digo que no me ayudan, pero lo mínimo, por ejemplo con mi niña, con mis hijos, un regalito, un detallito, pero somos también una familia muy unida... Cada vez que hay una actividad –por ejemplo, mi papá cumple el 14 de febrero, y cada 14 de febrero ahí se celebra el cumpleaños con amistades y todo, se llena la casa de hijos, de nietos, de tataranietos.

Cuando obtuvo ese terreno en Barrio Nazaret, mi mamá lo sembraba, que era lo que hacíamos allá: sembraba caña, plátano, de todo... Uno va ahorita y ella ahí tiene sembrada cosas, igual que *mí*; bueno, seguro tenemos el mismo pensar... Para mí, el monte es lo esencial, aunque sea esto que yo hago aquí, los cultivos hidropónicos.

Tuve que ir al colegio nocturno porque no era lo mismo vivir en la finca, donde uno todo lo tenía y lo iba a agarrar, que vivir en la ciudad. Allá, si una vaca se moría, se destazaba y ya tenía una carne para tanto tiempo, aquí ya había que comprarla, ya había que pagar luz, había que pagar agua; entonces, mi mamá fue viendo que se dificultaba la manera de vivir... Entonces yo también trabajé en casas.

Empecé a trabajar cuando estaba en tercero del colegio; fue en la misma casa en la que mi mamá trabajó al venirse de la finca; ella dejó de trabajar y yo seguí trabajando. Ya era gente conocida, ya sabía con quién estaba. Tres años fue lo que trabajé yo; ya no pude seguir cuando salí con el primer embarazo. Llegué hasta cuarto de colegio. Tenía 21 años y no conocía nada de lo que era estar enamorada, ni nada. Yo fui una católica, católica de esas que asistía a misa, pero no de adorar una imagen de la Virgen; fui católica; respetaba mucho la religión católica; mi pensar era que yo iba a ser monja.

Anduve en el año de novia con el muchacho; cuando me doy cuenta de que yo estoy embarazada, es cuando estamos saliendo de clase. Me quedé en tres materias y no las fui a presentar; por eso, llegué a cuarto y no presenté esas tres materias. El muchacho con quien yo andaba vive en un lugar de Upala, era un *muchacho de dominio*, un *hijo de dominio*; los papás todavía lo mantenían, y cuando yo le dije que estaba embarazada, él, como dice el dicho, “patitas para que te quiero”, no lo volví a ver... Yo tuve mi embarazo. Diay, a contarle a mi mamá –porque a mi mamá todo había que decírselo porque era la única que tenía alguna ayuda y para que ella me aceptara; mi mamá dice: “Diay, hay que tenerlo y después seguir trabajando”, y así fue: seguí trabajando y la tuve a ella. Ahora tiene 23 años; yo la tuve a los 21...

Seguí trabajando en la misma casa; la señora me aceptó a la bebé porque eran patronos de confianza, y yo me iba en la mañana *chineando* a mi bebé y en la tarde me venía. Trabajé tres años con ella en la casa, y así fue que avancé, pero mis estudios no avanzaron. Ahí se me truncaron mis estudios; me quedé y no seguí más, no me seguí preocupando hasta que llegué a tener mis cuatro hijos.

Cuando ya mi hija fue a kínder, cuando tenía seis años, me salió una oportunidad con el INA para

trabajar como camarera. El INA buscaba al alumno y le daba el curso de camarera, pero a nosotros nos transportaban hasta un hotel a darnos el curso; hice el curso por año y medio, después hicimos práctica en el mismo hotel y ahí mismo quedábamos acomodadas en el hotel; ahí trabajé seis años en diferentes hoteles en Liberia. No es que yo me crea una inteligente, una sabia, pero a mí me han sobrado ayudas, me dan capacitaciones y de todo, y aquí estoy estancada.

Entonces me salió otra oportunidad en Palí porque estaban buscando cajeras para abrir (en ese entonces no había Palí aquí en Liberia); entonces ya nos llevaron a San José, nos enseñaron cómo eran las máquinas. Yo trabajé cuatro años en Palí. Como a los tres años de trabajar, me sale un compañero de Palí, de donde viene mi segundo hijo; otra vez madre soltera porque ya era un hombre con hijos y no quería responsabilidades conmigo; otra vez madre soltera...

Me dieron la incapacidad y después seguí trabajando en Palí; nada más que hubo un problema: vino una persona mayor a trabajar a Palí y entonces me acosó, y como yo no le hice caso, él tomó lo mejor despedirme. Fui a las oficinas centrales de Palí a decirles que no, que era por tal motivo, pero ellos dijeron que no...

Trabajando en Palí conocí al papá de los dos menores, Wilbert y Sofía. Él llegó a remodelar el Palí; era constructor y ahí lo conocí. Conviví seis años con él; me conformé con que él me mantuviera y viera por sus hijos, pero ya después eso también se deshizo, y ya otra vez yo de madre soltera. La entrada única que tengo es de él; él se responsabiliza por los gastos de sus hijos. Por tiempos he trabajado en guarderías, también en otras casas; también estuve en San José trabajando en las aldeas SOS; he trabajado en muchos lugares...

Después mi mamá me comenzó a decir que yo tenía que buscar cómo hacer mi vida sola independizarme, me decía ella: "Vos tenés que independizarte, hija, porque un día tenés que dejarle algo a tus hijos" y aquí donde vivo ahora es para eso; ella misma me buscó este terrenito acá, y entonces fue cuando comencé a venir... Cuando vivíamos en Nazaret, aquí solo había monte; no había nada. Aquí veníamos a buscar leña... Llevábamos mucha leña de este palo de encino porque mi mamá también cocinaba con leña todo el tiempo. Yo cocino igual. Cuando me lo dieron a mí, este terreno ya estaba encerrado. Entonces, uno se dedicó a limpiarlo.

Mi mamá obtuvo este terreno hace más de 20 años. Estos terrenos son donados -no los vendían- por las asociaciones que había aquí. Cada quién sabía qué terreno había. Entonces, cuando mi mamá obtuvo este terreno, el mío, había poca gente habitando aquí; no había tanta gente como ahora... Entonces mi mamá, con solo hablar con las gentes encargadas, se hizo de mi terreno. A ella le iban a dar un lote a la par de la quebrada, pero dijo que no. Dijo: "Ella tiene muchos hijos; se les van esos *güilas* en la quebrada y se le pueden ahogar..." Después le iban a dar a mi mamá ahí al frente, que es alto; entonces dice mi mamá: "No, porque eso es alto y los *güilas* se les pueden caer..." Mi mamá eso sí tenía siempre: andaba viendo la comodidad de uno y la comodidad de sus nietos.

Cuando Sofía nació fue cuando yo me vine a vivir acá, ya me independicé de mi mamá. Yo no quería independizarme porque a mí me daba miedo, pero Sofía fue como la fuerza porque yo tengo a esa niña; también tengo que darle algo, y así he sido hasta ahorita... Los seis años que tiene Sofía para mí es todo, la que me hace distraerme. Digo que estoy empezando pues estoy comenzando a hacer mi vida independiente. Porque eso fue lo que me costó: salir de donde mi mamá.

No me arrepiento de vivir acá porque poquito a poco uno va. Ahora conseguir trabajo es difícil y el único señor que me ayuda es el papá de Sofía; soy madre soltera, pero él me da una ayudadita voluntaria, aparte de lo que me da mi mamá. Ahora él me dijo que para fin de año vamos a arreglar la casa, ponerle piso porque ya son cinco, cinco, seis años. Le digo yo: ya estoy cansada de este polvo; pero como dice mi mamá: "Dale gracias a Dios que tenés lo propio."

El año antepasado tuve una crisis de ansiedad, comenzando la Semana Santa... A mí me gusta ir al mar, me gusta ir al río, me gusta andar, pero hace cosa de dos años, antes de la Semana Santa, me comenzó, y fui viendo que tenía un cambio que no sabía, no entendía qué era, hasta que fui donde el doctor... Ya me dijo que era una crisis de ansiedad que me estaba comenzando, y yo dije: “¿Qué es una crisis de ansiedad?” Y cuando él me explicó cuáles eran los síntomas, ya más bien cada 15 segundos me daban; y decía yo: “Ya yo me voy a morir, me tengo que morir...” Un miedo se apoderaba de mí, sentía que me ahogaba, y ya después de la crisis de ansiedad, como al año, pasó a ser la menopausia también... Todo eso me atacó también, la menopausia, pero yo ya me sentía cansada. Le digo: “Doctor, ¿con qué se quita eso?” “Con aquello”, me dice. “¿Con cuál aquello?” “Con la muerte”, “Pero –le digo yo– a mí la muerte no me va a aliviar nada; voy a seguir adelante...” Y estaba tomando medicamentos; tomaba Diasepán, tenía que tomar para dormirme. Y yo dije: “¿Por qué tengo que estar durmiendo si yo no tengo sueño?” Y ya por último dejé el pastillero por todos lados; ahí tengo los frascos. Fui a buscar la medicina natural. Dije: “No, yo no soy de pastillas; yo no soy ni amante de la acetaminofén” y dije: “No, yo no tengo que ser adicta a las pastillas”. Y desde el mes de marzo de este año 2014 las dejé. Esta es la hora que yo no he necesitado ni una pastilla... Y bueno, hay momentos a veces que sí me quiere dar, pero yo digo: “¡No!”. Me levanto, me pongo a hacer lo que tengo que hacer, y gracias a Dios para mí ya eso está vencido.

Ya pasé lo peor; vendrán todavía cosas peores, pero uno tiene que seguir levantándose. Y mi hija... A mí me dicen que esa niña fue una bendición para mí porque yo la tuve a los 39 años y es mi ángel que me acompaña a todo lado; todo el día. Y yo digo: de verdad, si yo no hubiera tenido a esta niña, tal vez con esta crisis de ansiedad estuviera muerta. Los hijos son lo que a uno lo motivan. A veces voy a algún lugar y veo todo lindo. “Yo mi casa la quiero tener así!” “¡Ay, qué lindo que tiene esa señora”, pero soy yo la que tengo que comenzar a activarme porque yo he sido conformista. Esto sí lo reconozco: me conformo con lo poco que tengo, pero tengo que seguir adelante.

A mí me encanta aquí, “Martina Bustos” porque cuando el tiempo está nublado es como si yo estuviera en esa finca donde nos criamos; incluso, todas estas matitas que tengo aquí son de esa finca. Las traje de ahí y si a mí me dijeran que me vuelva a ir a vivir ahí, me vuelvo...

Aquí ahorita hay como 700 familias. La mayoría son nicaragüenses; lo sé porque en esa Fundación Ambao llevan un registro; hicimos un censo y aquí a lo más somos diez familias ticas, todos los demás son nicaragüenses. La vez pasada habíamos contado mil y resto de niños, pero cada día entran más familias. Aquí en mi terreno solo está mi casa; en otros terrenos hay tres familias, tres casas; entonces, ya hay más gente, hay más niños. Hay gente que vive en las áreas verdes (“áreas verdes” se le llama a las partes donde no se puede construir, en los barrancos de las quebradas). Ya la gente vive en esas partes, no se le da permiso, pero la gente construye.

Este es un barrio que lo donaron; no hay títulos porque cuando la señora regaló estos terrenos, ya se estaba muriendo. Nada más se dice que la señora dijo que esto ella lo quería para los pobres; entonces, así se ha dejado. Entonces aquí lo único que está es la calle principal, que es lo único que trabaja la municipalidad. Hay tendido eléctrico, eso sí está excelente aquí. El ICE sí ha participado bastante en este barrio, y lo único que no tenemos es agua potable porque las leyes de acueductos dicen que mientras no haya un papel que represente mi terreno, ellos no nos pueden instalar el agua en cada casa. Los hijos de la señora que donó esto no han querido hacer segregaciones, no nos han querido entregar estos terrenos. Está el hijo mayor de la señora, y tras de eso vienen los hijos de ese señor, que son los que están impidiendo que nos entreguen legalmente a nosotros. Entonces no tenemos agua potable, tenemos que recoger el agua en baldecitos, tenerlos ahí; servicios tampoco podemos tener, entonces tenemos de esos que llaman “servicios secos”. La mayoría de los vecinos no podemos hacer una casa de madera buena o de block porque todavía no estamos

seguros si de verdad vamos a quedar fijos acá. Hay gente que se ha arriesgado a hacer su casita bonita, pero ya habiendo un papel legal acá, nosotros lo hacemos.

Han entrado muchas instituciones que nos han querido ayudar, pero a veces son instituciones que nos vienen a sacar plata; hay instituciones que sí ayudan, otras que no. Hay una fundación, antes se llamaba FSA y ahora se llama Ambao; esa es una fundación extranjera que ayuda mucho a la gente de más bajos recursos aquí: no se entrega dinero, se entrega comida. Si el niño necesita un zapato, por ejemplo, en el tiempo escolar, en enero..., dan un bono que es solo para escolares. Ese bono es un papelito que va con el nombre de la madre; en el tiempo del invierno dan el bono para comprar capa, botas o sombrilla, y así sucesivamente, en tal mes si el niño necesita zapatos, se le da, y así va el mes. A veces hay meses de comida, pero no se entrega plata. A eso se le llama los apadrinados: son gente extranjera que ayuda. El señor que la fundó, don Roberto, se murió hace poco en San José. Este año incluso Sofía está apadrinada y nos han visitado mucho los extranjeros. Aquí los recibimos nosotros; a veces no son los padrinos de los chiquitos los que vienen, pero sí son gente que han apadrinado, tienen niños de otros lugares y nosotros los recibimos.

Otra institución que ayuda mucho aquí es la Universidad de Costa Rica; viene a este barrio a darnos capacitaciones. Cada 15 días nos dan; le llaman "mejoramiento de vida". Eso me entretiene: nos llevan a pasear, vamos a Nicoya. Y digo yo: "¿Por qué no aprovechar esto si nos lo están dando gratis?" Todo eso me ha ayudado a ir saliendo, y esto de la hidroponía también. Además, recibo a unos niños cada sábado acá, que vienen a recibir recuperación de clase; involucrarme con el ambiente y con la gente me ayuda porque si yo me quedo estancada dentro de mi casa, ahí me agarra de todo...

Está también la universidad EARTH; ellos me enseñaron a mí la siembra de hidroponía, le enseñaron a otros y le están dando seguimiento. Yo soy la que tengo más de siembra de hidroponía, hay gente que tiene poquito. Este año ellos se dedicaron a darles seguimiento. Como yo ya sé lo de hidroponía, les puedo explicar a otras personas. Entonces cada 100, 200 metros, hay gente que están haciendo también su hidroponía como una fuente de ingreso... Hay gente muy negativa aquí, pero yo he visto que si a uno lo vienen a orientar, lo vienen a motivar, la gente pone de su parte...

Está también la gente de Un Techo para mi País; aquí la mayoría de las casa son de zinc, pero aquí ellos han hecho más de 70 casas de maderita; no son grandes, pero por lo menos ya se ven algo más decentes. Tenemos una mesa redonda con la gente de Techo para mi País; yo también estoy metida en eso, y todos los domingos a las tres de la tarde nos reunimos para ver la problemática del barrio, qué necesita... Hemos sacado un saloncito comunal aquí en el barrio; aparte de ese saloncito comunal, han venido ayudas, por ejemplo, del Tecnológico de Cartago, que nos ayudaron a aumentar ese saloncito, lo mejoraron, le dieron una remodelación...

Aquí se hacían asociaciones y al tiempo se desintegraban. A principios de este año hicimos la asociación; gracias a Dios hemos logrado mucho. A mí me decían hace tiempo, "Doña Arleris, métase a una asociación porque ustedes son de los pocos ticos que viven acá y ustedes tienen que hacer entre ticos y extranjeros una asociación." Yo no quería, hasta fin del año 2013 vinieron unos muchachos y agarraron a los pocos ticos que hay acá y nos aconsejaron: "Tienen que meterse en una asociación porque ustedes son parte de la comunidad y ustedes también tienen que ver la problemática..." Entonces me tuve que meter a la asociación. Con la asociación estamos haciendo ferias, hacemos bingos y tenemos una cuentita en el banco. Todo eso nos ayuda para que nos movilizemos, nos transportemos; donde tenemos que ir a una charla de tal cosa, ahí nos vamos. Ahora sí hay una asociación que pesa más. También trabaja DINADECO con nosotros y nos está ayudando para que la asociación no se deshaga. Tenemos esperanza de que van a darnos estos papeles al día.

El pueblo también estaba engañado de las asociaciones anteriores porque se perdieron platas. Nosotros cada mes les informamos. Decimos: "Si ellos ven que nosotros estamos trabajando bien, nos pueden elegir para otros dos años más" porque son cada dos años. Entonces esa es la meta de nosotros. Seguir trabajando hasta lograr las cosas que más necesitamos: el agua, los papeles, nuestras escrituras y nuestros terrenos; que ya digan que son propios para poder hacer una casita digna. Todos esos puntos nosotros los tenemos escritos porque como dicen: "De boca no hacemos nada". Tenemos primero el agua, segundo un Ebais, y ahí van... Todos son número uno, las escuelas, los transportes de los niños, y entonces ahí estamos, ahí vamos; andamos ahí hincando porque parece que sí nos van a dar un visto bueno. Ahora se está metiendo también INDER... INDER va a tomar el problema de los terrenos de acá; INDER se va a adueñar de esta propiedad pero no para perjudicarnos, sino para beneficiarnos.

Tenemos campañas de limpieza con la gente de la universidad. Aquí no ha habido ningún enfermo de dengue, y así se va avanzando. En la misma comunidad hay gente muy negativa; también hay positiva; entonces ahí vamos trabajando con la gente que quiera trabajar.

El IMAS también entra mucho. Esa institución influye mucho acá en la parte de los estudiantes; aquí hay mucha gente extranjera y casi la mayoría es ayudada por el IMAS. Con los hijos, ellos me ayudan con la ayudita de cada mes; ahí sí uno recibe dinero. Con esto de las becas, hay muchos estudiantes que sí las tienen, aunque ellos sean extranjeros siempre les dan su ayuda, no sé cómo lo hacen, cuál es la ley que ellos tienen. Aquí en Liberia hay como 6 o 10 colegios, todos los colegios tienen su transporte público, no pagan nada los chiquillos, y así hay muchas ayudas. También hay gente que le dan la plata y prefieren ocupar esa plata en otra cosa y no hacen el papeleo que tienen que hacer, madres que me dicen: "Doña Arleris, me dieron tanto para hacer tal cosa y yo preferí mejor ocuparla en otra cosa", y así sucesivamente.

Otra que a veces viene aquí es INAMU. Tienen un grupo de mujeres, pero era un grupo grande y ahora ya está formado como por tres o cuatro mujeres; por lo mismo: que la gente no le gusta participar y las llaman al centro de Liberia para que se reúnan cada 15 días, y entonces les dan capacitaciones, las orientan de la agresión, si las agreden, y con los documentos han ayudado mucho a la gente; a la gente extranjera también.

El Ministerio de Salud nada más viene a ver si los niños están al día vacunados. Yo soy una que siempre estoy atenta a eso con mis hijos, en eso sí trabaja, pero en prevención de alguna emergencia o algún virus o algo, creo que para eso no; antes, al principio de año sí venían mucho a desparasitar a los niños; ahora nada.

La municipalidad no nos quiere ayudar, no sé qué pasa con la alcaldía... El señor que está de alcalde vino a hacer política, a buscar votos, pero no quiere trabajar con nosotros; dice que con "Martina Bustos" no quiere nada. Por ejemplo, ahorita estamos en invierno, pero cuando estamos en verano esto es un desierto: polvo, polvo y polvo, viento... A veces llamamos para que traigan un carro y nos aplaquen el polvo, y no quieren ayudar. Vino una institución también, Vida, que nos iban a hacer un parquecito infantil y se fue y le pidió permiso a la municipalidad, y la municipalidad dijo que no... Perdimos el parquecito infantil.

Los dueños de un terreno vecino van a donar para que hagamos una escuela, para que hagamos el comedor más grande, una plaza... En estos días tenemos que ir a firmar papeles con ese señor que va a donar ese terreno para que aquí *haiga* una escuela porque aquí no hay escuela tampoco; el ministerio no ha venido acá a ayudar; se le ha ido a hablar, y no nos hacen caso. Los niños de escuela no tienen transporte; ahí van, suben y bajan todo el día ahí. Ha habido abusos de niños acá.

En un saloncito que se hizo por parte del Techo y del Tecnológico, queremos hacer un comedor

infantil para niños de bajos recursos, niños con desnutrición y niños de seis años para abajo que no van a clases... Como no tenemos agua potable, fuimos a pedir que si por excepción pudieran meternos el agua solo en el comedor; dijeron que no, que mientras no *haiga* escritura no se puede... La Caja del Seguro sí aceptaron poner el comedorcito mientras *haiga* las normas de higiene, pero ponernos el agua potable, no. Entonces hay instituciones que sí ayudan y hay otras que no. Las más instituciones son las del gobierno que no nos quieren ayudar porque no hay un papel que represente legalmente a los dueños de estas fincas...

La policía sí trabaja muy bien aquí, y los bomberos a veces entran en cualquier momento también; a veces las casitas son de zinc pero a veces se queman; también trabajan bien y la Cruz Roja da un buen servicio. Vino también la Defensoría de los Habitantes; vinieron otras personas más con ellos. Nosotros estamos contentos porque el barrio nosotros lo veíamos que era como un barrio abandonado en todo.

Hay muchas cosas que motivan, pero hay otras que la gente que, por lo mismo, por ser la persona extranjera... Porque para uno, digamos uno como costarricense, no le cuesta nada... El problema es que las instituciones vienen y ponen todo claro; entonces muchas personas, cuando ven que no se les hace la posibilidad de poder lograr aquello, se apartan porque aquí hay mucha gente extranjera: madres que no tienen documentos, hijos de indocumentados; hay muchos hombres que a veces no trabajan por lo mismo; entonces las instituciones entran queriendo ayudar, pero cuando las personas que viven aquí oyen los requisitos, qué es lo que tienen que hacer, se apartan porque se les dificulta, a veces por la parte del dinero (porque no tienen trabajo para hacer algún papeleo que piden...) Ellos tal vez piensan venir a ver personas que tienen problemas muy pequeños, pero a veces los problemas son grandes y entonces las mismas personas de la comunidad se apartan.

Ahorita no tengo a mis hijos que tengan alguna profesión: no están trabajando. Pero llegará su tiempo; ellos todavía están menores; ya a uno por viejo quien lo tiene que mantener son los hijos; hay que esperar; uno tiene que esperar. Mi hija mayor, Jennifer, es una mujer; ella trabaja, ahorita estaba soltera, pero ya se volvió a juntar con el papá de la chiquita. Ella estaba viviendo donde mi mamá (porque eso tiene mi mamá, que a todo mundo recoge); entonces ya ella dejó de vivir con mi mamá; ahora está otra vez con el papá de la bebé, pero trabaja y está estudiando también. Ella está haciendo su vida aparte.

Mi otro hijo, Kevin, tiene 19 años y está en cuarto año de colegio; tiene tres años de estar en cuarto. A Kevin me lo ha afectado mucho el celular: agarró ese celular y vive solo metido en el celular, eso me lo ha afectado. Desde que estuvo desde kínder hasta tercero del colegio, no sabía yo qué era una queja de Kevin, un examen mal... Y yo no sé si sería el celular que lo afectó porque apenas comenzó a tener un celular, no pasó cuarto. Ya le dije: "Kevin, este año es el último año que te acepto estar en cuarto" y me dice: "Sí". Ya sería para salir ya del colegio porque ya le queda quinto y ahí está estudiando.

Ahora mi preocupación es Wilbert, de 15 años... Está en primero del colegio; a él sí me le han costado los estudios. Soy de esas personas que me dedico con ellos a revisar, pero a mí me dijeron que él tenía retraso, pero nunca acepté eso porque yo veo que de verdad le ponen a uno tropiezos y a veces uno no tiene que aceptarlo. A mí me dijeron que a él había que llevarlo a aula abierta, algo así, y yo no lo acepté... Y esta es la hora que Wilbert está en primero. El año pasado él tuvo un accidente y tuvo que salir del colegio; entonces, ahora está otra vez repitiendo, va regular, dice que va presentar una o dos materias. Wilbert usa aretes; nosotros le hablamos, pero va a llegar el momento, digo yo, que él se los va a llegar a quitar. Mi preocupación es que ahorita anda en una moto y ese es el problema que tenemos mi mamá y yo porque mi mamá ahorita está muy nerviosa y yo también porque hace poquito se la vendieron y eso nos tiene preocupadas: los accidentes.

Ellos pasan el resto del día en donde mi mamá, en donde mi papá, lo más tarde que se vienen aquí es a las 8 de la noche, a las 9 de la noche. En la mañana los ve aquí, cuando no tienen clases, lo más tarde a las 10 de la mañana, pero el vivir de ellos es donde mi mamá, donde mi papá. Kevin vive aquí, duerme aquí; pero después del colegio pasa el día donde mi mamá y mi papá... No sé si será que yo cocino feo, pero a ellos les encanta la comida de mi mamá; de todo vive haciendo mi mamá, que yo soy haragana, que no cocino, dice, pero mentira. Le digo: "Yo me moriría de hambre con Sofía, si no cocinara..."

Mis hijos trabajan en vacaciones. Tengo un sobrino que les da trabajo. Ese sobrino es hijo del patrón de mi mamá y de mi papá en la finca El Oro. Ese señor se enamoró de una hermana mía, de una de las menores; entonces se enamoró y le tuvo dos hijos. El señor ya se murió; a los dos chiquillos los dejó estudiados y les dejó su herencia; entonces ese sobrino ahorita tiene un *lavacar*. Entonces él - bueno, yo digo nosotros- tenemos un corazón grande, muy cariñosos somos, nos ayudamos; entonces él me les da trabajo a los dos. Wilbert no puede estar trabajando, tiene 15, pero él me les da trabajo a los dos en vacaciones, y en cualquier momento los sábados, los domingos, ahí están ellos... Kevin trabaja en vacaciones y en el tiempo libre también. Ahorita no tengo niños con vicios nada.

Y Sofía, que es la niña menor, de 6 años, está en el kínder; a ella yo la llevo y la voy a traer al kínder. Diay, es como una recreación: un entretenimiento, un despejo para mí, y mientras Sofía está en clase, me voy para donde mi mamá y mi papá a pasar el rato; todos los días voy donde ellos porque ya son personas mayores... Además, tengo las matitas de la hidroponía y voy a ese comedor de voluntaria a ayudar a cocinar para niñitos de bajos recursos. Mi mamá nos enseñó a ser muy caritativas. Dice mi mamá: "Entre más das, más tenés", y eso tiene ella: todavía lo hace; y como dice mi mamá: "A nosotros nunca nos faltó nada..." Entonces uno tiene que dar, como dice ella, no con derecho a recibir, sino que la salud, como dice ella, la salud, nuestros hijos... Dice ella que Dios ha sido tan grande que nos tuvo con todo.

Otro pensar mío es agrandar esto de la hidroponía. La señora que nos da clases de hidroponía me dice: "Arleris, ¿usted quiere plata?" "Sí", le digo yo: "doña Yorleni, yo quiero plata, yo quiero hacer esto..." "Ahí la tiene, pero usted la está perdiendo..." Y es cierto, como dice la señora de la universidad: "Ahí tiene usted su dinero, ahí tiene su entrada, ahí usted puede reparar su casa..." Ayer sembré, ayer hice semillero, tengo que estar haciendo y aumentando eso, pero yo me conformo con lo poco que tengo, entonces yo ya no tengo que ser conformista, yo tengo mi entrada, yo tengo mi salida un día. No de la pobreza, pero si salir un poco más adelante y dejarles algo más grande a mis hijos.

Yo digo que yo estoy preparada para el día de mañana... Mi papá y mi mamá tienen que fallecer; yo me he preparado, mi corazón y mi mente; más bien yo digo: "Diosito, muchas gracias porque me los has dado por mucho tiempo..." El día que ellos vayan a fallecer, yo solo los voy a recordar como unas buenas personas porque no tengo nada malo que recordar. Mi mamá nos dio mucho, mucho palo a nosotros, nos pegaba mucho, pero fue una medicina porque yo le digo a mi mamá: "Mamá, tal vez si usted no nos hubiera pegado mucho, digo yo, tal vez, yo no sé, ese es mi pensar, hubiera sido una mujer de la calle..." Todos decimos lo mismo: que si no hubiera sido por eso, que nos agarraba, que nos pegaba por cualquier cosita, esa fue la corrección que ella a nosotros nos dio y nosotros la aceptamos y nunca, nunca le dijimos: "Por usted nos pasó esto". No, no; ya después, ya mayor, fue que nosotros decidimos si estudiamos o no estudiamos...

Antes, cuando se mataba un cerdo, mi papá lo aliñaba y todos participábamos, ahora nadie quiere eso; mi papá todavía tiene esa tradición, mi mamá cría el chancho y se mata en Navidad; mi papá lo mata. Y digo yo que la vida de antes... No sé, digo yo que si todos fuéramos así, sembráramos,

trabajáramos, no pasáramos dificultades, pero los chiquillos están en otro mundo. Nosotros no conocíamos lo que era llevar plata para ir a la escuela (ahora los chiquillos no van a clase si no llevan plata); nosotros no llevábamos merienda porque a nosotros nos daban comedor en las escuelas, todo eso ha cambiado... Muchas cosas que ahora hay muy sobresalientes, nosotros no las tuvimos en ese tiempo.

Nosotros decimos que era mejor la vida de antes. Se comía del monte y ahora, para poder comer, hay que trabajar y tener de todo. La gente no quiere sembrar; mis hijos no me quieren ayudar aquí; todo lo quieren fácil; nosotros pelábamos maíz, nosotros desgranábamos, aporréabamos el frijol en el saco, molíamos el pinol en esas máquinas... Ahí tengo yo una maquinita todavía; en esa máquina mi mamá molía la carne cuando se mataba el ganado o se quebraba un ternero, una vaca y había que matarla inmediatamente... Ahí conocimos nosotros la carne molida.

Yo creo en un Dios; soy una hija de Dios... No es que soy fanática, pero yo le digo a mi Dios que yo le doy tanto infinito agradecimiento por 86 y 83 años de mi papá y mi mamá, y todavía caminan. Mi papá camina en bicicleta con 86 años y mi mamá es la señora de la cocina de siempre. Mi mamá nunca deja de estar en la cocina; y uno a las tres de la madrugada, a las 4 de la madrugada, uno necesita un gallo pinto y ahí está ella, a esa hora. Si uno tiene que viajar a algún lugar, no se va con hambre porque ya está la comida hecha gracias a ella.

“Uno lo que quiere es una oportunidad, no que le regalen las cosas”

Carlos Bernardo Ruiz Escobar

Ciudadela 25 de Julio, Hatillo, San José

Me llamo Carlos Bernardo Ruiz Escobar, tengo 32 años de edad y nací en Liberia, pero nosotros, mi familia, vivíamos en Upala de Alajuela. Tenía solo unos meses cuando toda mi familia por parte de mi madre emigró a San José buscando nuevos rumbos, una mejor calidad de vida; en el campo es un poco más difícil y hace 32 años era complicado. Cuando se vinieron de allá, anduvieron mucho: vivieron en Desamparados, vivieron en Río Azul, anduvieron en varios lados hasta que se asentaron aquí en Hatillo, en “los Ranchitos”, conocido también como el famoso Aguantafilo. Cuando llegamos, una tía ya estaba juntada; entonces, tenía su ranchito aparte; el resto vivíamos en un rancho grande con los abuelos. Desde ahí nosotros nos quedamos viviendo aquí; toda mi niñez la viví aquí. Recuerdo como de cuatro años en adelante, más o menos, cuando ya vivíamos aquí. Nosotros somos cuatro hermanos y yo soy el mayor. El que me sigue a mí, somos del mismo padre; el otro es de otro, y la otra es del hombre que está con mi mamá.

Para acá se vinieron mi abuelo, mi abuela y mis tías, excepto dos que ya tenían hijos: una vivía en Guápiles y la otra en Limón. O sea, mi mamá y mis cinco tías se vinieron con mi abuelito y mi abuelita a vivir aquí. Mi padre vino con nosotros; él era carnicero, había mucho conflicto dentro del hogar, agresiones y todas esas cuestiones, situaciones que uno pequeño veía. Después mi papá se empezó a meter en cuestiones que no debía: narcotráfico y cosas así; después cayó a la cárcel y desde ese entonces, tanto la vida de él como la de nosotros cambió porque después de muchas cosas y muchas situaciones, mi papá se fue, nos dejó botados y no se hizo cargo de nada. Yo tenía como cinco o seis años y de ahí en adelante mi mamá empezó a luchar. Desde ese entonces no volvimos a saber nada, absolutamente nada, de mi papá ni de la familia por parte de mi papá porque ellos son un poco aparte.

Aquí mi familia no tenía ningún tipo de relación con la comunidad porque éramos recién llegados. Sí se conocía el tipo de barrio que era, pero se conocía poco de la gente: simplemente cada quien en su ranchito.

Mi abuelo casi siempre trabajaba; pero trabajaba para tomar alcohol. Era alcohólico y casi no pasaba en la casa; entonces, mi abuelita sufría mucho por eso. Mi mamá trabajaba; era operaria en textileras. Ella fue y aún es muy trabajadora, muy luchadora fue padre y madre; cometió algunos errores porque tal vez no nos dio más tiempo a nosotros, muchas cosas que nos hicieron falta en ese momento. Me fui criando solo, como a lo que me lleve el viento, sin dirección, sin un lugar donde *haiga* unión, donde *haiga* amor, comprensión. Cuando mi mamá tenía algún problema, cuando llegaba del trabajo, se desquitaba con nosotros porque por cualquier cosa mínima, que tal vez una travesurita que yo hacía pues ya, la fajita, y ¡tome!

Mi abuela nos cuidaba, era muy estricta y me enseñó, aunque sea a palos, como lo criaban antes los abuelos a uno. Por ejemplo, ella me enseñó a cocinar; cocinábamos en fogón; entonces, me decía – yo tenía como cinco o seis años, ni siquiera había entrado a la escuela: “Si a usted se le quema ese arroz, le pego; si lo deja salado, le pego, y si lo deja masudo, le pego también.” O cuando ya empecé a ir a la escuela, tal vez por solo el simple hecho de yo llegar con el cuello sucio, era una tunda. Pero me enseñó a planchar, me enseñó a cocinar, me enseñó a lavar trastes, me enseñó a hacer casi todos los quehaceres del hogar, a su manera, pero me los enseñó y yo se lo agradezco mucho; a pesar de la forma como ella me lo enseñó, le estoy muy agradecido porque en algunas etapas de mi vida he tenido que vivir solo; entonces, puedo hacer mis cosas.

Nosotros casi no salíamos del ranchito; el espacio que teníamos para jugar era atrás; casi no salíamos afuera porque era muy conflictivo; afuera había mucha violencia, siempre nos manteníamos en la casa o jugábamos ahí y nada más. La gente que vivía a la par eran delincuentes o maleantes, chusma, como dicen aquí. Un día yo estaba en la entrada de la casa y unos vecinos que vivían al fondo, eran como tres, realmente eran la muerte; venían con las camisas llenas de sangre: quién saben a quién habían jodido. Después se escuchaba que por allá un muchacho se agarró a machetazos con otro y casi le arranca el brazo... Uno escuchaba todo eso; incluso, a veces uno veía eso cuando salía; una vez vi a un policía agarrándose con un maleante; seguro lo quería detener. De hecho, en aquella época este barrio era uno de los peores que *habían*.

Después, cuando mis primos estuvieron un poco más grandes, ya uno compartía con ellos, ya jugaba con ellos. Atrás había un lote baldío; agarraba uno un estañón y le cortaba el fondo, se metía uno adentro; había una lomita y se metía uno y se dejaba ir para abajo. Esos eran los juegos que uno tenía.

En la Escuela República de Paraguay, en Hatillo Centro, cursé de primero hasta mediados de cuarto año. Mis otras dos tías, que estaban jóvenes, estaban saliendo de la escuela en ese momento y fueron a la misma escuela que yo.

Después de ahí, cuando yo tenía entre diez y once años, nos fuimos para Tres Ríos porque estaban haciendo los proyectos de vivienda y a mi mamá le dieron casa allá. En aquella época, eran barrios de ranchos por todo lado; entonces, el gobierno necesitaba buscar una solución, buscaban lugares alejados de la ciudad pues compraban donde había algún terreno grande para montar un proyecto de vivienda. Una de mis tías se fue primero: se fue para Tres Ríos, por el lado de San Diego. Nosotros nos fuimos para el lado norte de Tres Ríos: San Francisco, San Ramón. Ahí nos dieron casa.

La tía mía que vivía en Limón se había venido de allá; había vendido un terrenito que tenía allá y se fue para San Francisco primero, después llegamos nosotros. En ese proyecto eran grupos de Aguantafilo, grupos de algún barrio allá, grupos de otro barrio de allá, grupos de otro barrio allá y al final todos se unieron para hacer la cantidad de familias que se necesitaban para hacer el proyecto de vivienda en San Francisco de Tres Ríos.

Ahí en San Francisco fue un poco diferente; me imagino que porque ya estaba un poco más grande. De esa época me acuerdo que con mis primos, los que eran más cercanos, y unos amigos, nos íbamos para las pozas. Ahí, muy arriba, hay unos canales del AyA; son como de metro y medio por dos metros de hondo, traen agua pura de arriba, de la montaña. Esa agua es heladísima; entonces nosotros, un grupo de amiguillos, nos íbamos para allá. A veces nos íbamos hasta a acampar ahí. Esa es un área de mucho cafetal y hay unas partes donde hay un guayabal, hay un montón de palos de jocotes y nances y unas mangas; nosotros teníamos unas bicicletas viejas y con eso nos íbamos toda la cuadrilla a comer mangas, a arrancar jocotes, a traer nísperos.... Ahí empecé a disfrutar la niñez como a uno le gusta, como si uno viviera en el campo.

En ese momento éramos tres hermanos y yo seguí con el estudio, la escuela, a sacar el sexto. Ahí mismo, en San Francisco de Tres Ríos empecé el colegio. Era un colegio nuevo, un colegio técnico profesional ecológico que ni siquiera estaba hecho; como estaba en construcción, a nosotros nos daban clases en el salón comunal de Barrio Los Ángeles de Concepción (dentro de Concepción está San Francisco y Barrio Los Ángeles.) Nosotros teníamos que ir al salón comunal de Barrio Los Ángeles a recibir lecciones, por mientras se terminaban las aulas del colegio. Después de un año, más o menos, ya las primeras aulas estaban listas, los baños, lo principal, porque lo demás todavía estaba en construcción, y ya nos pasamos al colegio que están en Concepción Arriba.

Eran tres días que se entraba a las 7 de la mañana y salía a las 5 de la tarde, casi todo el día; entonces

no tenía tiempo como para salir con amigos. Yo no es que era antisocial, sino que era muy callado; bueno, siempre era una persona aparte; tenía los compañeros normales de colegio. Ahí mi mentalidad empezó a cambiar porque yo veía a muchos amigos, amistades que tenían buenas tenis, buena ropa, tenían sus cosas, y al ver yo que mi mamá no me podía dar las suficientes cosas que yo quería, decía “Púchica, ¡cómo cuesta!, ¿verdad?” Teníamos la casa; pero mi mamá no me podía dar las cosas que uno en ese momento anhela como joven: andar bien vestido y todo eso. Entonces empecé a dejar un poco el interés del colegio. De hecho yo me quedé varias veces: dos veces, pero no porque me costaba; el estudio para mí es fácil, a mí no me cuesta; lo que pasa es que necesitaba buscar una solución; ya las amistades mías eran diferentes: ya era estar en una esquina allá parado con los compas; ya las amistades no eran de ir a las pozas: ya era de estar en una esquina tomando; empezaron las drogas: ya la etapa mía estaba cambiando.

Empecé a entrar en una etapa, no de rebeldía, sino de experimentación, de meterme en las cosas del barrio... Y era un barrio como este, negativo. Y si uno empieza a tener amistades con personas negativas, normalmente, casi siempre, termina haciendo lo que los demás hacen, más que todo por aceptación de las personas. Entonces empecé a perder el interés por el *cole*; ya no iba al cole; ya casi me perdía todo el colegio. En segundo iba mal y dije: “No hombre, aquí la *vara* es mejor dejarlo porque voy mal y no voy a estar metiendo otro año más al *cole* a repetir... No, no, no; voy a ver si me busco un trabajo...” Y un día le dije a mi mamá: “No. La verdad es que yo no voy a estudiar más, yo lo voy a dejar por ahí.” Dejé el colegio en segundo año, ¡y para qué lo hice!

Encontré un trabajo en un vivero, donde cultivan helechos para adornos florales y eso también lo exportan. Ahí empecé con trabajos que un menor podía hacer; para ese momento ya tenía como diecisiete años.

Ahí mi vida cambió completamente. A veces uno no tiene la capacidad para poder manejar una responsabilidad como esa; uno no tiene la mentalidad o la conciencia del dinero, simple y sencillamente uno lo hace porque “yo quiero”... Y ya teniendo plata y estando con los amigos, ya uno se va para el bar, se va a tomar unos tragos y que esto y que lo otro, que aquí y que allá, y que por allá había una fiestica... Y ahí me fui envolviendo en ese mundo; perdí mucho tiempo. Trabajé en el vivero como año y medio, más o menos. Ya después me dediqué al “*ande pa’riba y ande pa’bajo*”; simple y sencillamente me dediqué a estar en la casa y a esperar a cumplir 18 años... Y me dice mi mamá: “Después de que cumpla 18, vea a ver qué hace porque ya no lo puedo mantener”.

Estaba en la casa, me levantaba y me iba para la esquina donde estaban los compas; casi todo el tiempo me la pasaba ahí y no hacía nada productivo. No voy a decir que no hice cosas malas porque las hice. Sí las hice; no se puede tapar el Sol con un dedo. Al uno entrar en ese mundo y al andar uno con gente así, termina haciendo lo mismo: robando carros, asaltando gente, pleitos por pandillas. Tuve muchos pleitos, demasiados; teníamos demasiados pleitos.

En aquel tiempo costaba conseguir armas de fuego; ahora usted puede comprar una pistola en cualquier lado; por 80 mil pesos le consiguen una 9 milímetros con todo y municiones. Antes no era así, antes costaba, pero sí había de eso; algunas; pero nosotros éramos más que todo cuchillos, cadenas... Yo andaba una cadena y en la punta tenía un pico. Ya era de una pandilla reconocida en el barrio, alrededor del barrio y con un nombre; tenía un nombre; la pandilla de nosotros tenía nombre y era muy conocida; teníamos muchos conflictos con los demás barrios; un lugar que se llama El Alto, Concepción, Santa Eduviges, Barrio Los Ángeles, San Ramón... Donde íbamos causábamos problemas; si se metían con uno, se metían con todos. Uno está jovencito y tiene esa adrenalina, esa sensación, esa cuestión de que ando con los compas y saco pecho y “¿Qué? ¿Qué es la *vara*?” ¡Y Dios guarde lo miren raro a uno! Porque ya eso es bronca segura.

Un día estábamos en un bar y no sé qué fue lo que pasó cuando de pronto me di cuenta de que

estaban volando sillas, botellas por todo lado, y así era. Uno dice: “Juepucha ¿cómo me metí en esto?” Pero lo hacía uno por la adrenalina porque estaba uno joven y por la aceptación del grupo.

Después de un tiempo, el grupo se fue desintegrando: unos porque cayeron en la cárcel, otros porque los mataron, otros porque se dedicaron a otras cosas peores y otros porque emigraron a otros lados. Y al ver uno que a Fulano le pasó esto, al otro le pasó lo otro, entonces como que uno se iba empezando a calmar. Más de uno tenía broncas serias con asaltos, intentos de homicidio y todas esas cuestiones, al punto de que podía ir a la cárcel. Y, aparte de los problemas, uno no podía ir solo a muchos lados porque si lo veían lo agarraban y lo dejaban como un mapache...

Yo había cumplido 18; mi mamá no me echó. La cosa empezó a calmarse y yo conseguí un trabajo formal en una empresa muy prestigiosa, muy grande, excelente; una empresa que tiene tiendas en otros países y todo, y ahí fue mi primer trabajo formal. Era bodeguero, ayudante de bodega; después pasé a ser armador y ya iba a dar servicio a domicilio a las casas, a arreglar muebles que estaban dañados. Como en todo, uno empieza de abajo. A mí me gusta aprender; veo algo y le doy, lo aprendo, y cuando el jefe ve que uno se *empuncha*: “Mirá, dedícate mejor solo a eso.” Incluso llegué a ser encargado de mantenimiento en la tienda. Me dedicaba a pintar, a arreglar tuberías dañadas, goteras; todo ese montón de cosas tenía que arreglarlas.

Todo lo que puse en práctica en el trabajo lo había aprendido en el barrio porque como aquello era un proyecto de vivienda, los que hacían las casas eran casi siempre las mismas gentes de ahí, que tal vez eran maestros de obras y buscaban sus ayudantes. Como yo era metiche y conocía a todos, yo llegaba ahí; no me importa que no me pagaran, con tal de aprender a hacer zanjas, a repellar, a montar ventanas, a hacer pisos, la instalación eléctrica, a ver cómo se hacía todo eso, cómo se montaba una casa, cómo se pintaba. Entonces ya uno más o menos tenía una idea de los materiales; todo eso lo aprendí en la calle y lo puse en práctica en mi trabajo.

Lastimosamente, a veces uno se topa en los trabajos con gente envidiosa. Y no sé... Le dieron una mala información a mi jefe, que me tenía tanta confianza que yo iba al banco a depositar las ventas de la tarde o a cambiar un cheque, en aquel momento, de 4 o 5 millones... O iba a hacer un depósito de 10 millones... La envidia fue tanta que quién sabe qué fue la mala información que le dieron a mi jefe y me despidieron. Así de sencillo.

Yo tenía como 19 años, más o menos. Me quedé sin trabajo y regresé al barrio y volví a andar otra vez con los compitas, pero ya era diferente, ya no era haciendo cosas malas. Un día –nunca se me va a olvidar– yo estaba sobrio, no estaba tomando... Ese día había un turno ahí, una fiesta, y estaba la chusma brava; andaban en carro. La cuestión es que dice un maje ahí, un compa: “Hagamos banca para cervezas, la botellita, y nos vamos para Chomes de Puntarenas. Nos vamos para allá y si nos alcanza el tiempo nos vamos para la playa...” Agarramos, “¿Cuánto pone *usté*?”, y *ta, ta, ta*, y la cajuela toda llena, y nos fuimos para allá...

No me acuerdo muy bien de lo que pasó; pero dos de ellos vieron por allá a dos tipos que andaban solos; se bajaron y los asaltaron... Entonces, no sé si debido a eso el castigo fue peor para nosotros. Yo no me bajé porque con costos me podía estar despierto de la borrachera. La cuestión fue que andaban un montón de plata los tipos, y dicen los compas: “¡Aquí está! ¡Vamos pa’ las playas!”. El dueño del carro estaba tan borracho que tuvo que dárselo a otro compa que con costos sabía manejar. En ese momento veníamos bajando Chomes porque andábamos buscando unas nenas para ir a la playa. Les decían “las surfas” porque les gustaba surfear, pero no estaban, y la cuestión es que bajando de Chomes son curvas, cuestas muy pronunciadas; entonces, el dueño quedó noqueado, y yo estaba a punto también; yo estaba a punto también; yo nada más me acuerdo que íbamos cuesta abajo y caí; caí noqueado.

Cuando me despierto estoy en el hospital; no aguantaba la cabeza. No sabía en qué hospital estaba; una enfermera me estaba cosiendo la oreja. Cuando me levanto de la camilla, que con costos me podía levantar, veo el mar y pregunto yo: “¿Dónde diablos estoy?” “Usted está en el Monseñor Sanabria de Puntarenas.” Solo estaba yo. “¡Dios mío!”, digo yo, “¡Nos estrellamos!” “¿Y los otros tres?”, digo yo: “¿Dónde están? ¿Se habrán muerto? ¿Solo yo quedé vivo?” No me di cuenta de nada. “No”, me dice la enfermera, “dos de sus amigos ya se fueron, no quisieron ser atendidos, pero el otro murió.” El otro era el copiloto; del golpe le dio muerte neurológica y se murió.

Yo tenía una rajada en la cabeza; en aquel tiempo la moda de los jóvenes era usar argollas de plata, argollas gruesas; la argolla seguramente se me quedó en alguna parte del carro y me desgajó la oreja; tenía varios huecos por la cara. Tenía raspones por todo el cuerpo y partes en carne viva. Y las orejas las tenía moradas. Duré ahí como una semana más o menos. Mi mamá llegó a verme y cuando me vio se quedó fría; no me podía reconocer, por como tenía la cara. Duré como cuatro meses recuperándome en la casa.

Como yo quería buscar otro rumbo, me fui para Guápiles. Llegué yo y “¡Bueno, voy a empezar solo. Voy a empezar a echar pa'lante!” Conseguí un trabajo en una tienda de celulares; trabajaba como de vendedor; vendía de todo, ahí uno vendía celulares; vendía repuestos para computadora; ¿qué no vendía uno ahí? Alquilaba una casa pequeñita, apenas para uno, por 20 mil colones.

Ahí y empecé a estudiar. Estaba estudiando, trabajando; estaba bien, tranquilo, relajado; el cambio de ambiente me hizo muy bien, me sentía muy bien. No terminé el colegio porque me quedé sin trabajo. El dueño de la tienda tenía que cerrar porque necesitaba recortar el personal y entonces me quedé sin trabajo. Y en Guápiles, en aquel tiempo, era difícil conseguir trabajo. Duré como tres meses intentándolo, pero conseguir trabajo en un lugar así era demasiado complicado. Allá, si usted no tiene una buena argolla para entrar en algún lugar, no consigue trabajo; al menos así era antes. Idiay, no podía hacer nada. No quería hacer esto; no quería venirme para acá. Entonces me salió una oportunidad y tuve que venirme para acá. Ahí en Guápiles estuve como seis o siete años, más o menos.

Mi mamá se había vuelto para Hatillo debido a lo que nosotros estábamos viviendo en el barrio (porque mi hermano menor también anduvo en cosas parecidas); ella decidió dejar la casa; decidió dejar la casa y venirse otra vez para acá, a vivir con mi abuelita en el mismo ranchito de hace treinta años... A mi abuelita muchas veces le dijeron que le daban casa en algún lugar y ella dijo que no, que ella no quería irse de aquí, que le dieran casa aquí. Entonces mi mamá se vino para acá y yo tuve que venirme también para acá a vivir con ella y a trabajar.

Conseguí trabajo con la misma empresa donde trabajé la primera vez, pero en una tienda que importan los muebles de Italia, de Estados Unidos; muebles finos de cuero, camas, sillones carísimos. Entré ahí como ayudante de bodega, pero ya era en otro lado: en la fábrica, no en la tienda. Cuando me vine de Guápiles, hice el trámite de una vez para no perder el colegio porque me faltaba año y medio para sacar el bachiller “y no voy a dejar esto botado.” Me matriculé en el Colegio Nocturno de Hatillo. Empecé a estudiar. Del trabajo me venía para acá, para el estudio, y ese era mi diario vivir: trabajar, estudiar, trabajar, estudiar, trabajar, estudiar...

Duré como un año, más o menos, año y algo, trabajando ahí, estudiando de noche. En el Nocturno conocí a Floribeth, la mamá de mi hija. Después, al tiempo, nos juntamos. Ella vivía en Sagrada; ahí alquilaba; entonces, decidimos llevar la batuta juntos; me vine de donde mi mamá y me fui para allá.

En Sagrada alquilábamos y ella trabajaba, yo trabajaba. Después, ella se quedó sin trabajo y fue un tiempo complicado, pero yo le dije: “No, no, tranquila. Yo estoy trabajando; ahorita no tiene

necesidad. “Ella se fue a buscar trabajo, pero no pudo conseguir porque en ese momento fue cuando las cosas se empezaron a complicar por la recesión económica que hubo en Estados Unidos. Fue en el 2004, creo; fue una cuestión difícil.

Me despidieron del trabajo que yo tenía porque ellos importaban de Estados Unidos y de Europa y los afectó; empezaron a liquidar gente, a los más nuevos sobre todo. Yo tenía un año; los demás tenían diez, cinco años y jamás van a liquidar a una persona así porque son millones lo que tienen que pagar; a mí eran 400 mil colones, por ahí más o menos, que tenían que darme. Entonces me quedé sin trabajo. Ella sin trabajo y yo sin trabajo, estábamos en un momento muy, muy complicado porque además ella estaba embarazada como de dos meses cuando me despidieron a mí.

Conseguí un trabajo por ahí, pero duré solo unos meses porque a la supervisora no le gustó como yo trabajaba. Tenía mi hora de almuerzo ese día y uno trata de tener una hora; su almuercito es sagrado. Seguramente ella quería que yo dejara el almuerzo a medio terminar y empezara a atender la gente. La tienda estaba un poquillo llena; entonces, como yo cogí mi hora de almuerzo, me despidió.

Duré como cuatro meses sin trabajo...

Cuando andaba buscando, venía en el bus y un señor veía que traía el *folder* y me dice: “¿Anda buscando trabajo? Le recomiendo que vaya a la Bolsa de Empleo del Ministerio de Trabajo. Ahí se encuentran buenos trabajos”, me dice. Esa fue mi primera experiencia con una institución que realmente me ayudó porque conseguir trabajo por los medios de uno a veces es difícil...

Y de veras: fui al Ministerio de Trabajo y vi las características del que me ofrecían: en el puro centro de San José y entraba a las 8 de la mañana; o sea, nada más agarraba un bus 5 minutos y ya estaba en el trabajo. Entonces, fui a la entrevista. La dueña me dice: “Aquí nosotros no damos permiso para estudiar, pero usted va a tener dos cosas fijas: su salario y su orden patronal; eso lo tiene fijo usted y por eso no se preocupe...” Yo no podía aspirar a mucho porque con costos tenía el bachiller. La única experiencia que tenía era servicio al cliente, vendedor y ayudante de bodega y el único trabajo que tenían para servicio al cliente era en una casa de empeño; no se necesitaba experiencia. Y le digo yo: “Yo eso lo entiendo porque ahorita yo tengo una responsabilidad muy grande; mi hija hace tres días nació, tengo una familia que mantener y no puedo pensar en estudiar. Ahorita lo que yo necesito es conseguir un trabajo, rápido; lo único que deseo es trabajar lo más pronto posible...”

Como a los cuatro días me llamaron. No se necesitaba capacitación. Entonces ya ahí digo yo: “Bueno, vámonos...” Es que ya cuando usted tiene una obligación, no hay nada que sea más prioritario que eso. Diay, ¿qué le voy a dar de comer a mi hija? Está recién nacida, necesita pañales, necesita esto, necesita lo otro... Entonces hay que echar pa'lante y lo primero que salga, eso es lo que hay; lastimosamente así es. Cuando uno no tiene estudios superiores que le ayuden, no puede escoger.

Empecé a trabajar, empezamos a salir bien, a salir adelante, porque debíamos como cuatro meses de alquiler y la señora, la dueña, gracias a Dios nos dio tiempo; de hecho, nos perdonó esa deuda porque ella sabía que yo estaba sin trabajo, que teníamos a la niña y que no podía pagarle cuatro meses de renta porque me quedaba sin comer. “Bueno, diay, empiece a pagarme de aquí en adelante; no se preocupe.” Floribeth tenía como diez años de alquilar ahí, conocía a la dueña de hace mucho tiempo; entonces, por ese lado las cosas salieron bien.

Saqué el bachiller y la mamá de mi hija todavía estaba estudiando. Quería entrar a la universidad y trabajar o estudiar de noche, pero tuve que posponerlo y decirle a ella, “Bueno, diay, usted está sacando el colegio, sáquelo y yo apenas vengo del trabajo, me dedico a cuidar a mi hija.” Entonces esa era mi rutina: ir al trabajo y llegar a cuidar a mi hija en la noche, tarde-noche.

Después de que nació mi hija, cumplí como un año y dos meses de trabajar ahí. Estaba subiendo un

poquito de puesto, me subieron un poquito el salario y la cosa estaba empezando a mejorar... *Habían* habido problemas con algunos empleados; entonces, yo me dedicaba a abrir los domingos la casa de empeños; yo era el encargado los domingos. Una gran responsabilidad.

Cuando a mí me ascendieron y me subieron el salario, solo un mes lo pude disfrutar... Y el 13 de junio, hace un poquito más de cuatro años, eso fue un domingo, yo trabajé... Cerré la tienda y me fui con unos amigos a tomarme algo ahí; después me fui para donde mi mamá, y como mi mamá vivía aquí en Hatillo, tenía que viajar hasta Sagrada... Voy caminando cuando veo a tres tipos ahí. La cuestión es que yo ya había vivido ese tipo de vida; siempre he sido muy precavido, cauteloso... Siempre que veía dos, tres tipos por allá, mejor daba la vuelta, no importa si llego más tarde o me devuelvo.

Ese día, como andaba medio picado, uno agarra fuerzas y digo yo: “¿Cuál es el miedo? Voy a pasar, ¿qué tiene? No les debo nada, no los conozco ni me interesa.” ¿Para qué lo dije, Dios mío? Mejor me hubiera devuelto ese día. Ellos me iban a asaltar, pero como no me dejé, me pusieron una pistola en la cabeza. Yo no andaba nada de plata, si acaso 4 mil colones y las llaves de la tienda, que era lo que me tenía más preocupado. La cuestión es que me agarré con los tres, eran tres contra uno y yo con la pistola en la cabeza... Cuando me los logro quitar, salgo corriendo y me disparan por la espalda; me pegaron cuatro disparos, tres en la espalda y uno en la cabeza.

Cuando oí los disparos, sentí nada más caliente y caí al suelo; no me pude mover más; ni un solo dedo pude mover. En ese momento creí que iba a morir tenía toda la cabeza llena de sangre, y como no podía moverme, digo yo: “¡Dios mío, me dieron en la cabeza! Si acaso tengo cinco minutos de vida”. Y decía: “Dios mío, perdóname por todo, Señor”. Hay gente que tiene tiempo de arrepentirse, hay gente que no. Entonces yo creía que tenía unos momenticos de arrepentirme, de conciencia, antes de perder el conocimiento. Una bala perforó el pulmón, me estaba ahogando. A lo que yo pude gritar, pedí auxilio. Como a los dos minutos salió una señora de una casa y me vio tirado en el suelo, yo no podía ni hablar. Cogió el teléfono y llamó al 911. Llegó la policía primero y yo no me podía mover; no podía moverme, nada, nada. Llegó la ambulancia y me pusieron oxígeno, me quitaron la camisa y dice el enfermero: “Directo para el San Juan. Vamos.”

Me llevaron al San Juan y drenaron el pulmón; estaba lleno de agua y de sangre. De los hombros para abajo no sentía nada y estaba delicado; me dijeron que tenían que operarme porque la bala hizo un hueco en la médula y se me estaba regando el líquido; entonces, tenían que cerrármelo porque si se regaba el líquido me podía dar meningitis; y sacarme la bala; que la operación era riesgosa y entonces, bueno, yo ni firmé los papeles, no sé si fue Floribeth o mi mamá...

Ahí fue la primera vez que tuve miedo; me iban a operar y me iban a dormir por completo, estaba con miedo porque yo no sabía si iba a despertar. No era riesgoso en el sentido de que mi vida estaba en peligro, pero sí siente uno esa sensación. A pesar de lo aparatoso y de la cantidad de disparos, solamente el pulmón y esto... ¡Pero qué más daño que esto! Qué más daño que esto porque cambió mi vida, física, mental, psicológica, familiar... Antes de la operación me hicieron una resonancia magnética, un TAC, revisaron todo y me dijeron que tenía una paraplejia completa. Hay que gente que tal vez puede mover algo; yo no. De los hombros para abajo, cero movilidad y cero sensibilidad.

Después de 15 días de estar en el San Juan, me mandaron a CENARE para enseñarme cómo bañarme, cómo movilizarme, cómo independizarme; si en alguna ocasión yo me caigo de la silla cómo levantarme, si en algún momento tuviera que cambiarme solo, cómo hacerlo, ir al baño solo, bañarme solo, hacer todo solo, ser una persona cien por ciento independiente porque no se sabe qué puede pasar en el futuro; a uno lo preparan para eso, para ser independiente y aceptar que la vida es otra, que ya no es la misma. En el CENARE yo estaba como en una burbuja: no tenía depresión, parecía como un toro, estaba en plan salir como cuando sale el toro del toril, con esa

fuerza, así quería salir. Aún no sabía lo que me esperaba... Yo creí que iba a ser fácil.

Me pensioné por invalidez y el bajonazo fue duro. Los ingresos se redujeron a la mitad de lo que yo ganaba. A mí me asesoraron. Me dijeron "Usted tiene que hacer esto", recurrir a ciertas instituciones porque yo decía: por ejemplo: "¡Pañales!" Me mandaron al Consejo Nacional de Rehabilitación para que me ayudaran y esa es la ayuda que tengo ahorita. Ahorita yo no me preocupo por pañales. Y lo de la pensión... Y lo de la casa, también. Creí que pensionarme era la mejor manera, pero pienso que no lo era. La mejor manera tal vez habría sido buscar una oportunidad de trabajo de una vez, pero me dije que quería prepararme, no universitariamente pero al menos con algunos buenos cursos de computación, que es tal vez con lo que yo puedo acceder a un trabajo porque el único trabajo que puedo hacer es en un escritorio, haciendo documentos, digitando.

Cuando quedé así empecé a buscar casa. Yo vivía allá y era muy complicado, eso era un huevito, solo era del baño al cuarto porque no podía pasar al otro lado, era muy pequeño y las condiciones no eran aptas. Ya había solucionado lo de los pañales y empecé a buscar lo de la casa; fui al Ministerio de Vivienda; era difícil porque tenía que entregar papeles, tenía que hacer unos trámites y tenía que sacarle copia a mi expediente clínico para ver si calificaba para la vivienda por invalidez. Después tuve que ir a la Comisión Planificadora para que me dieran un papel; todo eso fue gasto mío. A usted nada más le dicen "así, así y así y vea a ver qué hace." ¿No hay alguna manera de hacer las cosas un poco menos engorrosas? Tuve que esperar un tiempo para que me dieran el papel, y después tenía que buscar un lote de 2 millones porque el bono que yo podía tener era de 8 o 9 millones. ¿Cuándo va a encontrar uno un lote de 2 millones en San José?

Yo tenía que hacer los gastos del abogado, los gastos de esto, hacer esto; todo tenía que hacerlo yo. Ellos lo único que le dan a usted es: estas son las entidades financieras que se encargan de los proyectos de vivienda. Entonces, cuando me topé con eso, yo decía: "Dios mío, ¿qué voy a hacer?" No hallaba qué hacer... "¿Adónde voy a ir, qué voy a hacer?"

Escuché que estaban haciendo este proyecto en la 25 de Julio. Entonces le pregunté a mi mamá que con quién tenía que hablar; llamé a la desarrolladora y pregunté por este proyecto porque era el más cercano. Yo buscaba la comodidad; no buscaba ir a San Carlos, a Guápiles, a Limón; no. En estos días he estado enfermo, tengo que ir a recoger medicamentos, tengo que ir a citas a CENARE, tengo los supermercados aquí, tengo los bancos, instituciones donde yo puedo estudiar cercanas, donde tal vez pueda prepararme... Entonces pregunté por este proyecto y me dijeron que ya no había campo. ¡Dios mío, qué duro! Y empecé a mover, empecé a mover, empecé a mover... ¡Y cómo me costó porque no tenía apoyo ni siquiera del encargado de la Asociación de Desarrollo! Un día le consulté y me dice: "No hay más campo. Ya no se puede hacer nada".

A veces hay personas que están ahí solo porque buscan beneficios personales para ellos y sus familiares, o para ciertas personas. Entonces, como no encontré apoyo ahí, tuve que brincar esa jerarquía y hablar directamente con la persona encargada del proyecto de la desarrolladora. Y gracias a Dios fue una persona excelente, buena gente. Le expliqué y me dice: "Bueno, vamos a ver qué hacemos, pero necesito que me vaya consiguiendo estos papeles. Llámeme un día de estos porque necesito revisar una cuestión..." Y había una

persona que no calificó y ahí me metí. Si el otro hubiera sido una persona con mayor conciencia, como la persona de la desarrolladora del proyecto, no *hubiera* tenido que hacer eso. Incluso, yo directamente tuve que entregarle los papeles a ella para que ella viera mi caso. Y gracias a Dios entró. Ese campo era para mí. Entonces, metí los papeles y fue rápido. Gracias a Dios me topé con la oportunidad de no esperar tanto tiempo para poder adquirir una casa adecuada a mis condiciones, donde yo pudiera vivir tranquilo sin que nadie me moleste, donde yo pudiera hacer mis cosas; tal vez no un lujo ni tan adecuada, pero lo necesario. Como ya el edificio estaba construido, la vivienda no se podía adecuar al cien por ciento, pero sí por lo menos unas partes: las puertas, el baño tiene un agarradero, el baño de adentro también tiene otro.... Hasta ahorita es todo lo que necesito y es lo que me ha ayudado a estar tranquilo.

Ahorita el único ingreso que tenemos es mi pensión; lo que recibe la mamá de mi hija de una ayuda del IMAS y lo de los pañales. Ella tiene que estar estudiando para tener la ayuda; si deja de estudiar sacando cursos, cualquier curso, se la quitan. Y el detalle es que el dinero no alcanza.

Uno tiene que jugársela, como dice mi abuelita, “como gato panza pa’riba” a ver qué se puede hacer y salir adelante. A veces no se tiene para ir a la feria a traer unas verduritas, y carne se tiene que comprar medio kilo para 15 días... Bueno, mi hija no come, yo como poco, la mamá de mi hija come poco también, pero aun así no me dura; después de 15 días tengo que ver qué hago porque no alcanzó, la comida llegó a la mitad, un poquito más de la mitad.

Ahora mi hija está ahí en el CEN CINAI. Lo que me tiene preocupado es que dentro de un año ya entra a la escuela y los gastos son más caros... Pero falta un año para eso... En ese año pueden suceder muchas cosas; ojalá sean positivas. Yo no pido que me regalen las cosas porque yo siempre he sido trabajador. Antes de que me pasara eso, siempre trabajaba y me ganaba mis cosas.

No voy a mentir, estamos un poco mejor de como estábamos antes; uno no vive en una calamidad extrema; tampoco hay que decir eso. Pero uno vive limitado en muchas cosas. A mí me gustaría ver esta casa bonita, con las puertitas pintadas; uno siempre anhela tener su casa bonita, ahora que uno la tiene, gracias a Dios. Le doy gracias a Dios, la verdad es que no puedo mentir, y al gobierno y a la persona que me ayudó a poder tenerla; sin esa persona no hubiera podido llegar a este proyecto; toda la vida le estaré agradecido. Mi vida cambió. Tengo mis comodidades, puedo hacer mis cosas; a veces puedo cocinar, a veces no. A veces puedo lavar trastes porque me resulta incómodo; me quemo a veces y me queda muy alta la cocina; pero me las puedo arreglar; aparte de atenderme a mí mismo solo, lo demás ya ella se encarga de lo que es la cocina, limpieza y todo eso.

Mi calidad de vida ha mejorado. No puedo ser mentiroso, no puedo fijarme solamente en lo negativo, quejarme de que no tengo plata, de que no me alcanza para esto, de que no me alcanza para lo otro porque son cosas materiales que a veces uno anhela, pero que también a veces no son indispensables.

Tengo 32 años, puedo desarrollarme un poco más. No me puedo tirar a una cama a echarme a morir. Quiero pensar en grande, o trabajar o estudiar, directo al grano. Alguna de esas dos cosas tengo pensado para el próximo año, si Dios lo permite, cuando ya mi salud mejore. El tiempo no se detiene. Si estudio, el dinero no me va a alcanzar (yo sé que tal vez puedo conseguir una beca; pero la cuestión del transporte, de la comodidad, no sé...) Me gustaría prepararme profesionalmente para tener un buen trabajo, eso es lo que uno desea: mejor trabajo y ganar mejor, ser una persona profesional, poder decir: “Soy alguien.” Siempre me ha gustado el estudio; si estudio es algo que me gusta; lo haría no por necesidad, sino porque me gusta. Pero hay cosas que tengo que poner en la balanza. También me gustaría trabajar; quiero ver en la balanza qué es lo que puedo hacer que me sea más como cómodo.

Por lo menos ahorita yo me siento tranquilo, a pesar de que tal vez la situación económica no alcanza, pero hasta el momento no nos hemos muerto de hambre... Entonces aquí estamos, es cuestión de esperar, darle tiempo al tiempo y ver qué es lo mejor para mí y lo que me conviene. Uno lo que quiere es una oportunidad, no que le regalen las cosas, una oportunidad de poder salir adelante, de poder creer en uno mismo... Como que digan: "Yo le voy a dar una oportunidad a usted para yo poder creer en usted." Una oportunidad la merece hasta la persona más mala de este mundo; si quiere cambiar, merece una oportunidad también. Todos merecemos una oportunidad en esta vida. Eso es lo único que yo pido.

“Lo pasado es pasado y hay que luchar por lo presente”

Ramona García Centeno

Guararí de Heredia

Mi nombre es Ramona García Centeno; nací en 1978 en un pueblito del municipio de Yalí, Departamento de Jinotega, llamado Santa Elena. A mi papá no lo conocí porque lo mataron en la guerra, cuando mi mamá estaba embarazada. Dicen que ese día mi papá iba a irse a trabajar en la mañanita y que los *compas* lo agarraron y lo enterraron vivo. Lo acusaban de que él era “oreja” de Somoza –“oreja” le dicen a los que aquí les dicen “sapos”–, y él no; él iba a trabajar, dice mi mamá, y no se metía con nadie. Le cortaron las orejas y lo enterraron vivo; así le tocó el destino a él. Mi mamá se llamaba (porque también ya falleció) Francisca García Centeno; llevo los dos apellidos de ella porque no me quiso poner el apellido de mi papá –ni del muerto ni del padrastro–; entonces, salgo como hermana de ella.

Del señor que mataron solo yo soy hija; el hermano mayor mío es de otro papá. Después mi mamá se volvió a juntar con un muchacho y le tuvo una hija que ahora vive en España. Mi mamá fue una persona muy amable con todo el mundo, nada más que cuando estábamos pequeños nos castigaba demasiado. Nos daba con azotes, con esos “cueros de danto” que les decían: hacían unos azotes que nos dejaban señas a nosotros, casi a todos nos castigó muy duro porque antes así era: castigaban por cualquier cosita, por la menor cosa ya nos reventaban, pero ella fue muy linda; después ella fue aprendiendo con la vida... En la casa eran religiosos, no tan religiosos, pero sí, mi mamá antes era muy católica, tuvo un tiempo que ella fue demasiado católica, después se hizo evangélica; cuando murió, ella era evangélica.

Después de que mataron a mi papá, mi mamá se quedó viviendo en Santa Elena, y fue cuando mi padrastro, mi otro papá, le dio trabajo a ella. Ella entró como empleada de él en una finca que le decían Las Pilas. Mi papá era uno de esos viejitos de Somoza, de antes, que tenían mucha riqueza. Teníamos una finca como de sesenta manzanas de tierra; tenía 70 cabezas de ganado y teníamos una molienda de caña, cosechábamos café, frijoles, nos íbamos a virar frijoles, a virar maíz. Esa vida fue bonita, ya después para acá es que comenzamos a sufrir porque en eso vino Daniel Ortega y nos sacó, nos desalojó del lugar donde nosotros vivíamos y les repartió a otras gentes que no tenían; entonces les quitó a los que tenían y les daba a los que no tenían. Cuando nos sacaron a nosotros, ya nos trajeron a sufrir y ya no volvimos a tener la dicha que teníamos cuando éramos chiquillos. Salimos buscando otro lugar, pero después nos regresamos; a nosotros nos desalojaron y después mi papá se enojó y se volvió a ir para la finca, pero a él le quitaron todo lo que fue el ganado, la mitad de la tierra y ya le fueron quitando todo y solo le dejaron un poquito; nos dejaron la misma casa pero ya con poca tierra y no dejaron animales ni nada. Ahí comenzamos a vivir otra vida, siempre en la misma parte, pero a comenzar de nuevo.

Nosotros somos seis por el lado de mi mamá –tres de mi padrastro y tres que no somos de él. Lo que pasa es que una se murió y quedamos cinco mi padrastro tenía 22 hijos. Con el primer matrimonio él tuvo nueve, pero a ellos ya él les había repartido su tierra. Cada quien tenía su herencia y dependían de ello. Mi mamá estuvo un montón de tiempo con él –como 20 años– y cuando él quedó viudo, ya se *ajuntaron*. Nosotros ya estábamos grandes cuando ellos hicieron su vida.

La guerra fue un gran sufrimiento, tanto para los papás como para las mujeres que quedaron solas porque les mataron sus hijos. De la guerra yo agarré poco, los que agarraron más el sufrimiento fueron mi mamá, mi papá y los abuelos. Aquella fue zona de combates muy duros. Yo no pude ir a la escuela porque a las profesoras las secuestraban y se las llevaban. Peleaban en el patio de las casas o donde fuera, a veces estaban comiendo los muchachos y los atacaban. Recuerdo que hacíamos unos huecos en la tierra y ahí nos metíamos para pasar el combate, con los morteros y todo, entonces nos cubría la tierra; debajo de la tierra ahí pasábamos.

Cuando tuve catorce años, me enamoré de un muchacho que también era vecino del pueblo, y fue cuando yo me fui porque como mi mamá me “cateaba” mucho, no iba a la escuela ni nada; entonces, me fui con ese muchacho. Él tenía quince años y yo tenía catorce, éramos *carajillos* los dos, y bueno, ya esa es otra historia... Yo era amiga con la mamá de él y a mí me tenían en una escuelita para que aprendiera a escribir y a leer, y allí yo lo conocí a él. Él era estudiado porque era de la ciudad, pero tenían finca; entonces, allí fue donde yo me comencé a enamorar... Me fui con ese muchacho y a los quince años tuve mi primer hijo... Tuve al bebé, pero luego me dejé con él porque era muy vago y le gustaba andar con una y con otra; entonces, yo vine y por celos le *garrotié* a una muchacha.

Me volví a ir para donde mi mamá; me regresé a la casa y ahí tuve el bebé. Después de que tuve el bebé, se lo di a él de tres meses, y cuando se lo di, vino la suegra y me llevó para un pueblo que le dicen Quilalí. Ahí en Quilalí, la suegra me volvió a mandar a la escuela para que yo aprendiera, pero yo no quise, estuve unos díitas y nunca aprendí a escribir, solo a leer... Con mi hijo estuve como tres años nada más; yo llegaba a verlo, pero ya mi hijo no era mío, era de ellos. Ellos nunca le explicaron que yo era la mamá... Ya tiene 22 años, es *bachillerado* y yo llego a la casa de ellos y ellos me reciben.

A los tres años me fui a cuidar una finca, a trabajar en una finca de un excomandante de la Contra a quien le decían El Chacal. Ellos se habían desmovilizado cuando la Violeta; entonces, compraron una finca muy grandísima por Panalí; a ellos les repartieron esa finca, yo no sé qué gobierno les dio esa finca donde sembraban café. Buscaron quienes trabajáramos; entonces, yo fui y a mí me pusieron de jefa de la cocina, que dirigiera todo lo que era las comidas. Ahí éramos seis mujeres; nos levantábamos a la 1 de la madrugada y cuidábamos a 300 mozos que abonaban, fumigaban, hacían huecos y cosechaban el café; todo ese brete lo hacían ellos...

Ahí solo estuve seis meses; a los seis meses pasó un muchacho de la Recontra –un grupo armado que solo andaba haciendo daño en la comunidad– y nos llevaron... Nos quemaron el camión que *jalaba* a la gente, y a las tres mujeres que trabajábamos en la finca lo que hicieron fue llevarnos. A mí me agarró el jefe –a él le decían “Veneno”– y se enamoró de mí. Las otras pobres sufrieron mucho: un día amanecían con uno de ellos y al otro día amanecían con otro; otro día les pegaban, las mandaban a cocinar y todo eso. Yo fui la dichosa, Dios seguro me amparó que se enamoró el jefe de mí. Yo lo amenacé: le dije que yo andaba con otra gente de la Contra que era “el Guapote”, que nunca se desmovilizó; ese era sobrino mío, y le dije que si él me hacía algo, yo lo iba a acusar... Él me dijo que no, que él se enamoró de mí y entonces me anduvo como su mujer...

Ellos ya no luchaban por nada; lo que estaban era enojados porque se habían desmovilizado porque

se habían rendido los otros, no andaban luchando por nada, sino por estar haciendo maldad, nada más. “Veneno” llegaba a las fincas y tal vez alguien andaba robando vacas y dañando, entonces venía el dueño de la finca y le pagaba para que fuera a matar a Fulano y él iba; yo miré varios que mató él así, a sangre fría. Un día amanecíamos en un lugar, otro día amanecíamos en otro lugar, otro día nos atacaban con pistola, con armas, con todo, nos emboscaban; un día comíamos en una casa y otro día comíamos en otra casa, y así...

Una vez yo le solté un muchacho joven, como de unos 20 años: lo tenían amarrado para matarlo; entonces, me dejaron a mí cuidándolo, de vigilante. Él rezaba y me decía: “Yo tengo unos chiquitos”. Entonces vine yo, agarré un cuchillo y lo solté y le digo yo: “Váyase”, yo dije. “Si me matan a mí, que me maten; de todos modos...”; entonces, vine y lo solté. Cuando “Veneno” llegó no me hizo nada, ni me castigaba ni nada; parece que se enamoró; entonces, yo le dije: “Él solo se soltó”, y me dice “No, Ramona, aquí hay seña de cuchillo; yo no soy tonto: usted lo soltó”; entonces, le digo: “Sí, yo lo solté, ¿por qué? Si me van a matar, mátenme, pero yo lo solté, a mí me dio pesar, estaba llorando...” “Me hiciste perder no sé cuánto de plata”.

Yo tenía como 17 años, estaba chavala, y en eso salí embarazada de mi hija. Cuando yo tenía seis meses de embarazo, le supliqué a “Veneno” que me dejara donde mi papá; yo me sentía enferma, me sentía mal, entonces él me dejó ahí. Ese día casi lo mataron porque llegando a mi casa los emboscaron. Después, a él lo agarraron, lo echaron preso, y cuando estaba preso puso que yo era su esposa, pero yo nunca lo fui a ver y él estuvo ocho años preso...

Regresé al mismo lugar, a la finca Las Pilas, con seis meses de embarazo. Mi mamá vivía con los otros hermanitos míos que estaban pequeñitos y otro hermano que es el mayor, el más viejo; ellos vivían juntos. Fue cuando tuve a mi hija Yuri; también sale con mis dos apellidos porque tampoco le puse el del papá porque ella no lo conoce; entonces, le puse mis dos apellidos y salimos como hermanas.

Cuando mi hija tenía como dos años, me enamoré de otro muchacho, me hice de otro muchacho. Él se llamaba Gerardo Rodríguez, a él le tuve dos hijos. Con él ya vivimos juntos; hice una casita en Santa Elena y puse un negocio. Mi papá me dio un solar y yo construí una casa de block y tierra y ya comenzamos ahí... Yo ahí criaba animales y comencé otra vida: él trabajaba sembrando maíz, frijoles; comprábamos cerdos y los destazábamos; yo me puse una venta, vendía azúcar y de todo; una pulpería me puse.

Vivimos allí como cinco años; fue bonito, pero a los cinco años él vino y se llevó a una muchacha y me dejó... Cuando me di cuenta, él se había ido, se había llevado a una muchacha. Entonces nos quedamos los cuatro, nos quedamos solos. Al principio yo seguí en mi casa y seguí vendiendo y seguí mi vida, pero mi papá había vendido la casita donde vivíamos antes; vendieron el poquito que les había quedado y se fueron a vivir a Yalí. Yo me había quedado sola, sin mi mamá y sin mi papá porque antes vivíamos cerca. Entonces, al sentirme sola, vendí mi casa y me vine a Yalí para donde mi mamá.

Me puse a trabajarle a un señor que tenía un bar; yo era la mesera y cocinera y todo era ahí. Le

trabajé un tiempo a él y fue cuando salí embarazada de mi otro hijo. Llegó un tractorista a hacer carretera y me enamoré de él, entonces le tuve el bebé; salí pronto embarazada, bueno, ese muchacho era muy bueno conmigo; él incluso todo el embarazo me ayudó, pero después se me descontroló todo, se fue haciendo borracho y comenzó a tomar y tomar, y entonces era muy celoso. Yo vivía donde mi mamá, no tuve casa con él; él me ayudaba, me quería sacar de mi trabajo, pero yo le dije que no porque él no tenía lo suficiente para darme a mí. Yo tenía mis hijos, mi hija estaba estudiando y mi otro hijo estaba pequeño, entonces yo decidí y nos dejamos. Me dejó porque no hice caso; embarazada me dejó, pero él siempre me seguía ayudando con la panza.

Y cuando tuve a mi hijo, entonces ya me vine para acá. Decidí venirme porque yo miraba que allá ganaba muy poco, no salía adelante y mis hijos un día comían y otro día no comían; pasaron hambres, a veces no había qué comer. Y ya mi mamá había quedado sin nada porque habían vendido y ya no estaba mi papá: había muerto.

Mi hermana estaba acá; un año tenía de haberse venido; entonces, viene y me dice mi hermana: "Mirá, venite; de todos modos allá trabajás, los niños viven solos; entonces, veníte..." Entonces yo decidí dejar a mi hijo, y al otro (el que le sigue a mi hija); lo dejé con la abuela, con el otro papá; y a mi hija la dejé con mi mamá; y a mi hijo chiquito, de seis meses de nacido, lo dejé con la cuñada.

Fui a sacar mis papeles y me vine para acá. El día que venía, había que comprar un boleto de regreso y no tenía la plata, casi me quedo en la frontera. Llamé a mi hermana y ella me dijo que no podía hacer nada porque ya era tarde y no podía ni depositar. Y una señora que venía en el bus me dice: "Tranquila. Váyase y dígame a su hermana que me espere en la parada y allí me dé la plata..." Y así me vine y mi hermana me esperó y le dio la plata a la señora.

Mi hermana vivía aquí mismo, en Guararí, en esta casa, y trabajaba en casas. Ella había comprado el ranchito donde nosotros vinimos a vivir. Ella solo estuvo dos años aquí; después de que yo vine, solo estuvo como tres meses y me dejó acá sola y se fue. Estuve siete meses sin trabajo; no encontraba trabajo, y a los siete meses encontré mi primer trabajo en Escazú. Fui a una agencia; allí lo entrevistan a uno: "¿En qué puede desempeñarse?", "¿Qué sabe hacer?", "¿Qué experiencia tiene?" Bueno, yo no tenía ninguna experiencia, pero como escuchaba a mi hermana; entonces, le dije lo que sabía hacer, le dije que podía trabajar de doméstica, que cuidaba niños... Le digo yo: "No sé limpiar como ustedes quieren usted me dice y yo aprendo; entonces, me puede probar ocho días y si no le sirvo, yo me vengo."

Y no, la patrona se encariñó conmigo y tuve dos años ese trabajo. Eran una pareja muy tranquila; yo dormía en el trabajo, cuidaba los dos chiquitos: una tenía seis meses y el otro tenía tres añitos. Don Marco era dentista; tenía una clínica que lo que más atienden son gringos y ella tenía una empresa que vende ropa. Viví bien con ellos; me sentía bien con ellos; ahí no sufrí. No gastaba en nada y la platita que ganaba se la mandaba a mis hijos y a mi mamá. (Mis otros hermanos también le ayudaban a mi mamá, pero como ellos vivían allá, no le podían ayudar mucho porque estaban en la misma.)

Cuando salí de donde ellos fue porque tuve problemas en Nicaragua; tuve que ir a Nicaragua y ellos no podían estar sin empleada; entonces, buscaron otra. En esos dos años trabajé y me fui a traer a mis dos hermanos; les ayudé para los pases, las visas; les ayudé y me los traje y los puse a trabajar y ahorita ellos ya comenzaron a ayudarme también a mi mamá. Ellos trabajan en construcción; no les ha faltado el trabajo. Ya mi hermano se compró una manzana de tierra allá en Nicaragua, ya se compró dos solares y ya hizo su casa allá en Yalí.

Entonces mi hija entró a los catorce años y comenzó a dar problemas en Nicaragua con mi mamá; y ya mi mamá me comenzó a decir que le daba miedo que a ella le pasara lo que me pasó a mí; y mi mamá ya estaba con cosas y mi hija no podía salir ni al mercado porque ya ella estaba con eso: "Que se te va a ir, ¡quién sabe quién se la va a robar!"

Me pasó otra historia fea. Agarré un trabajo que me consiguieron en la misma agencia. Venía por San José y me robaron todos los papeles, no me dejaron ni un papel ni la cédula de Nicaragua. Entonces me tocó viajar a Nicaragua sin papeles, irme a traer a mi hija sin papeles. Pagué un coyote que me trajera, y ahí sí fue fea la pasada. Yo ya conocía la agencia donde ellos trabajan en San José; me vine con ese coyote que me mandaron... Ellos lo que hacen es buscar un carro; allí lo meten a uno y lo llevan a una casa, pasa uno un pedazo a pie por montaña y en cada estación viene el carro y nos vienen esperando, y salimos nosotros del monte a agarrar el carro y así nos venimos por todo el camino. Yo venía con mi hija de catorce años y me quedé sin plata a medio camino, porque el coyote me venía pidiendo más plata hasta que nos dejó sin nada y el último puesto, el de Liberia, me tocó cruzarlo sola; tuve que agarrar por San Carlos y de San Carlos ya agarrar para San José... Tenía ya como cinco años de estar acá cuando me fui a traer a mi hija.

Ya estando con mi hija acá en la casa, me enamoré de este muchacho, del papá de mi hijo, y me llevó a la playa El Coco. Viniendo para acá me agarró la Migración en Liberia y me deportaron para Nicaragua. Él es nicaragüense y trabaja en construcción. Nos tuvieron tres días mientras se llenaba la buseta, a mí me encerraron en un cuarto, al muchacho en otro cuarto; yo dormía en el puro piso, sin cama y sin nada; ni una silla para sentarse, había que sentarse en el puro piso... Y a los tres días ya nos fueron a dejar a Nicaragua, en la frontera nos dejaron. Yo no di nombre ni apellido porque si no, no me daban el pasaporte porque lo castigan diez años a uno, entonces yo di otro nombre, di otro apellido, y así fue el muchacho también.

Allá me fui a estar dos meses, esperando a que recogieran la plata (porque tenían que recoger como US\$250 para venirme), entonces me fui a estar dos meses con mi mamá y con mis hijos mientras se hacía ese día. Me volví a venir *majada* porque si me ponía a sacar papeles era otro gasto e iba a ser otro tiempo allá también, entonces me tocó volverme sin papeles.

Ya él papá del bebé regresó a Costa Rica, halló trabajo y yo también hallé trabajo. Aquí estuve un montón de tiempo sin papeles. Me fui y allá en Nicaragua saqué mi cédula (porque no tenía papeles ni aquí ni allá); después, cuando vine acá, cuando tuve a mi bebé, ya pude sacar mis papeles. Por eso yo volví a tener mi hijo: decidí tener un hijo para sacar mis papeles y ya no andar así, con problemas porque ya me había agarrado Migración. Entonces, vine y aquí solicité mi cédula con todo este asunto de que bajaron los precios; el que tenía hijos podía sacar su cédula; el hermano

podía darle la cédula al otro hermano, y entonces ahí aproveché y saqué mi cédula; le traían los papeles y todo aquí a la Embajada de Nicaragua, traían la partida de nacimiento, todo; no gasté nada en eso; aquí me trajeron todo gratis.

Cuando tuve al bebé, esta casita era un ranchito en que me mojaba toda; un ranchito de zinc. Yo lo vine construyendo; ya me fui a traer a mi hermano, fuimos construyendo aquí la casita y ya se vinieron todos. Después vino este proyecto de Un Techo para mi País y me hicieron esta casa. Ellos hacen un censo, van a censar y buscan las casas más pobrecitas, las casas que están en mal estado, y a esas casas ellos les ayudan; no un montón –pueden llegar catorce o diez casas a una comunidad–, ya es la suerte de cada quien que le toque la ayuda. Nosotros hemos venido trabajando con los de Un Techo para mi País; hemos tenido confianza uno con el otro, y así hemos metido proyectos de andén, de acera como le dicen ustedes, hemos hecho todos esos proyectos y también otra parte con los gringos que nos han ayudado.

Hemos estado con Un Techo para mi País y ahora nos estamos rozando con la Universidad Nacional; tenemos un comedor con la iglesia Católica. El padre nos está apoyando con los niños para darles una comidita los sábados; a ellos les dan un almuerzo, ellos también se encargan de los juguetes de diciembre, de darles su regalito, pero en eso casi no nos metemos nosotros, estamos en lo mismo, pero ya son otras personas las que se encargan de eso. Y ahorita vino un pastor que también nos quiere apoyar. Ese pastor viene con la comida cocinada y solo vienen a repartir; a mi nada más me dicen, “Ramona, necesitamos 100 chiquitos”, “Necesitamos 80 chiquitos”, y entonces yo me voy casa por casa y ya vienen los chiquitos, hacen fila y a cada quien se le da su comidita y ellos se van.

Aquí en Guararí hay una organización; yo soy parte de ella, de los que trabajamos con la comunidad. La mayoría son mujeres, pero tenemos hombres también; está un muchacho con nosotros que nos apoya para todo. Aquí la mayoría de las personas trabajan; los hermanos más grandes cuidan a los niños y, a veces, si hay una hermana mayor, cuidan a los otros hermanitos después de su estudio (porque también exigen el estudio porque si uno no manda a un hijo a la escuela, viene el Patronato; entonces ellos viven pendiente de los estudios...)

La mayoría de las mamás aquí son solas, no tienen marido, se han dejado por alguna y otra razón y han quedado solas y tienen que salir adelante con sus hijos. La mayoría de la gente aquí trabaja, pero la mayoría de *güilas* jovencitos son pandilleros, entonces se tiran a hacer maldades o cosas en otro lado, y a veces aquí no dormimos porque se arman balaceras y se matan. Hace poco mataron a un muchacho como de 18 años en la plaza, aquí no más. A veces se pone feo; nos han quemado casas. Como a las tres casas de aquí había una venta de droga donde en un mes mataron a cuatro personas y quemaron todas esas casitas...

Una vez, recién dejada con el papá del bebé, me fui con unas amigas que me dijeron que fuera a bailar a San José, que no estuviera afligida, y me fui y me encontré con una amistad, con una muchacha que era de mi lugar allá en Nicaragua. Entonces ella me dice: “Vea, yo tengo un trabajo y si quiere yo le doy este trabajo”. “Está bien”, le dije, “porque incluso ahorita no tengo trabajo”. Entonces me fui a trabajar con ella cuidando carros, y en eso de estar trabajando con ella, vino un muchacho y se fue del otro puesto, y cuando el muchacho se fue me dejó ese puesto.

Ahora cuido carros en Barrio Escalante; dependo de mi trabajo propio porque me cansé de andar trabajando en casas. Como ahora tengo mi cédula de acá, entonces saqué un carnet de cuidar carros, y si otro llega y no lleva carnet ni lleva nada, ni tiene el puesto de donde él ha estado cuidando carros, entonces nos ayuda la Policía Municipal; ellos nos apoyan. Ahí me va bien, gracias a Dios me va muy bien: hay noches que saco como 40 mil, a veces saco 30 mil; antes me pagaban 120 mil al mes, ahora trabajo menos y gano más y nadie me está mandando. Yo les pago a dos muchachos más, ellos me ayudan. A la muchacha que me ayuda le doy un pedacito para que ella cuide carros, y al otro también, le doy otra cuadra que ya no puedo cuidar porque son demasiados carros... Lo que ellos hacen ahí se lo dejan y fuera yo saco lo mío. Al muchacho lo que hago yo es darle de lunes martes y miércoles porque yo no me quiero desvelar todos los días porque es muy cansado y muy peligroso también. Terminamos a las 3 o a las 2 de la mañana, yo vengo llegando a las 3:30 porque me vengo hasta Heredia en bus y después pago un taxi.

Además, vendo productos de Oriflame; voy a Puntarenas a comprar pescado, me traigo 30 kilos de pescado y los vendo aquí a los vecinos, a la misma gente de la comunidad. Todo el tiempo trabajo porque si estoy aquí en la casa, tengo que lavar, cocinar... Entonces como que casi no tengo descanso. Lo que hago es que, cuando amanezco desvelada, me levanto a las 9 de la mañana. A mi hijo pequeño se lo lleva el papá los fines de semana, pasa viernes y sábado con él porque yo no paso en la casa. Ya mi hija, gracias a Dios, se casó; ella vive aquí con su esposo. Llevamos una vida bonita. Con mi hija paso más tiempo porque ella ahorita no está trabajando porque está embarazada (bueno, está trabajando aquí: ella cuida los chiquitos de otra muchacha que anda trabajando...) Entonces lo más paso con ella porque por lo menos el trabajo de Oriflame es un trabajo de casa; yo solo salgo un ratito y vengo otra vez para la casa. Pero ya ahorita me les voy a desaparecer porque voy a ir a coger café, allá por la Aurora. Me voy a las 5 de la mañana y vuelvo hasta las 6 de la tarde; entonces, como que no voy a pasar aquí, solo los domingos...

Después de que yo saqué mis papeles, me fui a traer a mi otro hijo, Carlos Manuel, el que dejé de seis meses, que ya tiene nueve años. Nos habíamos visto de carrera porque yo llegaba donde él y tenía que ir donde mi mamá y tenía que ir donde otros mis hijos; entonces, solo lo más me estaba dos días y no me lo prestaban ni para llevarlo, no les gustaba: pensaban que yo me lo iba a traer a escondidas.

Allá se me estaba descomponiendo: no iba a la escuela. A él se le murió la cuñada mía (a la que yo se lo dejé de seis meses); se le murió cuando él tenía siete años: la mató una moto... Esa vez yo me lo iba a traer, pero no me lo quisieron dar; después a él lo accidentó un carro; me tocó ir otra vez a Nicaragua, me tocó volver a viajar y otra vez sin plata; esa vez también me lo iba a traer. Yo les dije: "Me lo voy a llevar para *ponerlo en medicina*", pero no me lo quisieron dar; hasta ahora ya las *chavalas* se decidieron porque él pasaba solo en la casa, solo con el padrastro o con el papá de él que lo crió; entonces, me tuve que decidir a írmelo a traer. Les dije: "Me lo voy a llevar porque yo no quiero que sea un vago; mejor me lo voy a llevar y ustedes comprendan, cuando él esté grande y él decida volver a vivir acá, entonces eso ya va a ser decisión de él, pero por el momento lo vamos a probar..."

Hace poco lo traje (me lo traje *mojado* también); ya tiene un año de estar conmigo acá, está yendo a la escuela, está en cuarto grado aquí en la escuela de La Milpa y se ha portado muy bien. Las profesoras lo felicitan; dicen que es un *chavalito* muy apartado, muy callado y muy inteligente. Entonces, por esa parte, ya me siento bien, porque por lo menos ahora, con mis papeles, a él puedo sacarle la cédula, a él le dan la cédula de acá por el bebé, que tiene un hermano también que es

tico, pero ahorita lo tengo sin papeles, sin pasaporte ni nada.

Mi mamá ya no está con nosotros. Murió allá mismo, en la casa en Yalí, hace tres años. La dicha que tuve cuando murió es que me avisaron con tiempo y estuve un mes con ella: murió en mis brazos; entonces, no me quedó ese dolor. Mi papá también murió en mis manos, y mi hermana... Porque tuve una hermana, "la cumiche", que estuvo doce años con nosotros y también murió. A ella le pegó la leucemia. Estuvimos muy tristes, estuvimos ocho meses con ella en el hospital, mi mamá la cuidaba. Yo trabajaba en Managua en el día y en la noche la cuidaba en el Hospital "La Mascota", donde están todos los niños que tienen leucemia, cáncer. Cuando murió, murió hablando y vomitando la sangre que le ponían; yo lo que hacía era que mi mamá no mirara; la que aguantaba era yo porque ya había visto gente cuando la mataban cuando andaba con ese hombre; entonces, yo le decía: "Mami, váyase a hacer un mandado ". La mandaba a hacer algo para que ella no viera porque es muy duro.

Mi hermana, la que estuvo acá, se quedó viviendo allá. Cuando murió mi mamá a ella le tocó quedarse en la casa, no la podíamos dejar sola. A esa casa es a la que vamos todos cuando vamos de acá. El marido de ella vino a aprender aquí; aprendió construcción y ahora es maestro de obras allá en Nicaragua, con eso él vive allá. Mi hermano, el otro, ya tiene un solar, y el otro tiene casa también; compró una manzana de tierra y compró dos solares. Él vivía alquilando y ahora, gracias a Dios, ya no. Y yo me compré un solar y tengo que construir la casa; ese es el anhelo. Quiero construir mi casa allá; uno nunca olvida su país; ya uno está con eso de que quiere regresar a su país y que quiere construir; entonces, mi idea es construir mi casa allá, bien para mis hijos o para mí y vivir acá para mientras nos desalojan...

Uno vive en un precario por las necesidades y porque tiene que acomodarse donde uno alcance; nos pasa el mal de las hormigas: donde llegamos, ahí construimos, por la misma pobreza. Si pudiera yo me voy porque a nadie le gusta estar acá. Aquí nosotros velamos, vivimos con ese temor de a qué hora se nos hace un derrumbe y quedamos aterrados acá. Ahorita estamos luchando por una cédula jurídica, que le dicen, para ver si hacemos un comité de vivienda porque el comité que había aquí, lo que hizo fue estafarnos: nos robó más de 500 mil pesos y se fue para Nicaragua. Nosotros le dábamos 5 mil, le dábamos 2 mil, le dábamos 3 mil, y lo que nos hizo fue un robo; ya de último nos dijo fue que nos tocaba 200 mil a cada uno. Yo no se los di, pero otra gente se los dio y les robaron. ¡Cien personas! ¡Fue un montón de plata! Yo tengo diez años aquí y es la misma hablada, la misma cosa y no miro nada de cambio: más bien es peor.

No he ido a ninguna de las oficinas por ayuda ni nada; no me ha dado la idea de ir. Estaba pensando ir cuando mi hijo esté en el colegio porque aquí eso es lo que hacen: cuando el hijo está en el colegio le ayudan a uno: les dan una beca o algo para que les ayuden; entonces, eso estoy pensando: cuando entre al colegio, ir a solicitar una ayuda para que él siga sus estudios porque yo eso es lo que quiero: que él se prepare porque ya mi hijo mayor se preparó, y entonces le digo yo a él: "Aproveche usted..."

Lo que me preocupa ahorita es construir la casa allá, para eso estoy trabajando: para ahorrar a ver cuándo la termino de hacer. Yo no sé lo que va a hacer el gobierno con nosotros. Entonces, para mientras, me pienso estar acá. Si algún día el gobierno nos da una casa aunque la paguemos, yo la agarro, por mis hijos. Uno piensa en sus hijos que van creciendo, y yo pienso tener hogar allá y tener hogar acá... Porque ya tengo un hijo nacido acá y no va querer vivir allá; mi otro hijo está estudiando acá y va a querer tener trabajo también acá; entonces, vivo pensando en la cosa, y tal vez mi hijo

más enseguida va a estudiar y yo no voy a tener plata suficiente para pagarle un colegio muy caro y me va a tocar mandarlo otra vez para allá para que estudie porque allá hay colegios más baratos. Entonces estoy en esas: siempre necesito la casa allá. Por el momento no pienso irme para allá porque aquí tengo todo: mi trabajo; y la oportunidad que tengo acá no la voy a tener allá.

Yo digo lo que me lo han dicho mis amistades con las que he conversado: me dicen que uno tiene que seguir adelante; lo pasado es pasado y lo que hay que luchar es por lo presente. Ahora lo que tengo yo en mi mente son mis hijos, sacarlos adelante y que tal vez a ellos no les pase lo que me pasó a mí. Yo lo que digo es seguir para adelante uno luchando.

“Queremos ganar jornales para tener platica; ya casi el tiro de la gente blanca: todo se paga”

Mauricio Benjarano

Casona de Coto Brus, Puntarenas

Me llamo Mauricio Benjarano; nací en la comunidad de Villa Palacios, que está como a media hora de la frontera, del lado de acá, en 1976. Allá vivían mi abuelo y mi abuela con mi papá y mi mamá. También vivían cuatro tíos, hermanos de mi papá. Mi abuelo era como el jefe ahí; él no nos ha contado mucho (cuando somos niños, nosotros conversamos muy poco con el abuelo y con la abuela), pero mi mamá cuenta que mi abuelo vino de Panamá buscando tierra donde vivir porque allá había muchos problemas; entonces, ellos se vinieron para acá, sin nada. Viajaban a pie varios días para poder llegar acá. Ellos hacían un día de viaje, se descansaban y al siguiente día salían.

En Villa Palacios ellos sembraban arroz, maíz, frijoles, ñampí, pejibayes, café, cacao... En aquellos tiempos mi papá no ganaba jornal, tampoco ninguno de los hermanos, ni el abuelo tampoco. Ellos sembraban y vendían un poquito para comprar una libra de sal, un kilito de azúcar y lo demás lo sembraban para la casa.

Hermanos por parte de mi papá somos ocho; mi mamá se había separado de otro señor, tiene otra familia, ellos son cuatro. Ellos, la primera generación de mi mamá, se quedaron en Panamá, y la segunda, que somos nosotros, se crio acá. Yo soy el sexto de los ocho hermanos: el primero se llama Ciriaco, la segunda Chavela, el tercero, Salvador, cuarto, Teodoro; entre esos estoy yo y sexto está una hermana y de último una hermana también, Emérita.

En Villa Palacios vivía solamente la familia de mi abuelo; había otros de la misma raza de nosotros pero vivían más lejos, por San Gerardo, donde viven los blancos. Ahí en Villa Palacios había una escuelita; fui un año. Puedo leer y escribir muy poco, pero leer sí. Ninguno de los hermanos terminó, pero todos fueron a la escuela. Cuando mi mamá me mandó a la escuela, mi papá y mi mamá ya se habían venido a agarrar otra tierra en la comunidad de Betania. Mi mamá me dejó a vivir con mi madrastra –porque mi papá tiene dos mujeres–. Había aprendido a multiplicar y a sumar en un año, y hasta a leer un poco, pero entonces tuvimos problemas en la casa con los hermanos y con los primos, y entonces decidí salir de la escuela. Con los hijos de mi madrastra no había diferencia: somos como hermanos, pero todo el tiempo es como niños: un ratico mansito y otro tiempo enojados.

Salí de la escuela porque preferí vivir en Betania y no en Villa Palacios. Los viernes, después de las lecciones, todavía tenía que caminar por la montaña; se gastaban como dos horas por pura montaña, cruzaba por un río y subía hasta llegar a la comunidad de Betania... Entonces yo le dije a mi mamá que no podía seguir por problemas de esa pasada: era un peligro para mí, entonces no quise seguir en la escuela.

Todos los hermanos nos fuimos para Betania y también los hermanos de la madrastra; toda la familia completa. A mi papá le había dado tierras la asociación de desarrollo. Cuando llegamos a Betania ya había llegado la gente blanca; a algunos les vendían y algunos se metían –eran tierras libres en aquellos tiempos. Entonces ya había potreros, ya había zinc... Entonces nos colocamos en esa parte. Yo tenía nueve años.

Como nosotros nos encariñamos con mi abuelo, los fines de mes o de quincena mi mamá nos decía: “Nos vamos para Villa Palacios”. Agarrábamos unos pollos, les metíamos un palo, y nos íbamos para allá porque allá teníamos casita también. Entonces uno venía feliz de la vida a Villa Palacios y una semana después volvíamos para Betania otra vez. Uno podía andar tal vez a caballo, pero lo más

seguro era a pie, y cuando había crecientes, era mejor no viajar porque había que cruzar el río Pita.

En Betania mi papá sembraba, apeaba más o menos una hectárea para poder sembrar maíz, arroz y hasta frijoles nacidos y frijol de palo. En ese tiempo todos trabajábamos juntos; le ayudábamos a sembrar; después del siembro, *chapear*; todas esas actividades nos tocaba hacer desde pequeños. A veces podían llegar 15 o 20 personas a intercambiar el trabajo: mi tata ayudaba a mi hermano, mi hermano al otro o al vecino..., lo que en aquellos tiempos se llamaba “la junta”. Mi papá y mis tíos a veces jornaleaban para blancos para poder comprar azúcar, sal. Nosotros, no porque en aquellos tiempos la gente que tenía jornales daba trabajo a los mayores porque los niños no tenían mucha fuerza y eran trabajos pesados. Acá no había pulpería cerca; lo más cerca era San Vito; se iba a comprar allá. Para hacer la compra se necesitaba un día completo. En aquellos tiempos se era más sano: nadie se enfermaba; entonces, nunca conocí en San Vito de niño. Solo había asistentes que llegaban a vacunar.

Lo que le digo a los chiquitos que tengo ahora, es que en aquellos tiempos yo andaba sin zapatos y andaba sin pantalón; –tal vez tenía un pantaloncito ahí, pero estaba medio chocho; y sin calzoncillos porque no había cómo ganar dinero o donde conseguir la ropa. Comida no faltaba porque ya había tierra sembrada; tal vez había días regulares, como todo; pero que hubiera que aguantar hambre, no. Teníamos banano; teníamos carne de la montaña donde ir a matar y comer; teníamos palmito. Y, gracias a Dios, todavía tengo las tierritas que mi papá me dio; ahí tengo todavía palmito para poder comer con la familia. Mi papá salía más que nosotros. Él iba a pescar mucho, pero nosotros éramos niños y nos tenían cuidados en la casa y no podíamos salir; tal vez matar pájaros, ir a cazar con las flechas, uno salía un poquito, pero muy lejos no.

La familia de nosotros fue muy unida: las hermanas, los hermanos, primos hermanos de parte de mi papá. Nosotros trabajábamos juntos, compartíamos todo. A las mujeres les tocaba lavar la ropa de los hermanos, cocinar lo que traían; si era una mata de banano, la pelaban y los preparaban para comer... Siempre hubo combinación.

En Betania viví poquitos años. A mi papá le dieron unas tierras en herencia para las dos familias; mi mamá le dijo que les diera la mitad a los ocho de la familia de mi mamá y la mitad a la otra familia de mi papá, pero no hubo convenio con mi tata. Entonces mi mamá se enojó tanto que lo dejó: se separó de mi papá totalmente. Entonces, de ahí para acá ya nos criamos independientes de mi papá.

Mi mamá se vino para la comunidad de La Casona; nos trajo a una sobrina que estaba cuidando, a mi hermana y a mí. Aquí mi mamá no tenía familia, pero había mucha gente de nosotros ya aquí. Cuando llegamos lo que hicimos fue un techito con hojas de banano para vivir, una ranchita; nosotros mismos la levantamos. Pero cuando nos vinimos para La Casona, mi papá, que vivía en Betania, se pasó a vivir por ahí cerca. Entonces de ahí empezó, primero mi hermano, después otro hermano, a ayudarlo un poquito a mi mamá y a nosotros: traían un poquito de azúcar, de arroz. Nos prestaron tierras, empezamos poquito a poco a sembrar un poquito de arroz, de maíz, y ya empezaba yo a trabajar con la gente blanca. Empecé a ganarme la vida yo en ese tiempo; no hallaba yo dónde conseguir la plata, entonces empecé a *pulsearla* un poquito, como todo, hasta que después ya hubo confianza con un señor, Macho Rojas. Ese señor vive fuera del territorio, pero él alquilaba a la comunidad y trabajaba en la comunidad de nosotros. Con él trabajaban muchos peones; yo empecé a trabajar como a los trece años; el trabajo mío era *jalar* caballos porque él iba a la comunidad a comprar frijoles (ya en ese tiempo había conversación con la gente para ir a comprar frijoles); yo le ayudaba a arrancar frijoles o hacían leña y yo iba con caballos a *jalar* frijol y a aporrear.

Cuando empecé, tal vez un año, trabajé *jaland*o caballos; eran trabajos por días, entraba a las 6 y salía a las 12. Después llegó un momento en que ya hacía contrato; en un contrato yo no me

maltrataba tanto y tampoco el patrón me obligaba. Yo empecé de esa manera a trabajar por contrato; agarraba una hectárea de potrero; ahí la iba haciendo hasta terminar; yo manejaba mi tiempo. Me gustó más; aunque ganaba poco; ese era mi trabajo, más libre.

De trece años conocí San José, En ese tiempo nos invitaban mucho a participar en cosas de cultura, para el 12 de octubre, o hacíamos marchas también. Entonces, yo siempre iba a San José.

En ese tiempo, en donde está ubicada ahora la escuela de La Casona, había una cancha de fútbol. Entonces yo, después de mi trabajo, en las tardes, venía a compartir con los muchachos ahí lo que eran ligas; en ese tiempo, nosotros decíamos "liga". Nosotros llegábamos a las tres de la tarde y hasta las 8 nos íbamos; esa era la diversión de nosotros en la juventud. A las 8 llegaba a la casa, me bañaba, comía lo que mi mamá me preparaba y me iba a acostar; al día siguiente había que trabajar. Pero el partido nosotros lo hacíamos no solo los sábados y domingos, sino todos los días y los fines de semana... Después del trabajo, todos los días.

Cuando instalaron una escuela ahí, en unas ranchillas, entonces ahí ya conocí a la señora porque son parte de la misma familia de mi mamá, entonces ahí conversé con ella, y entonces me dijo que estaba bien, que le diera tiempo hasta que saliera de la escuela –porque ella estaba estudiando– y entonces yo le dije que sí, que estaba bien, que no había ningún problema, que ella siguiera con sus estudios y yo con mi trabajo. Entonces, llegó un momento que ella cumplió y yo también. Yo la dejé terminar sexto grado; entonces, ella me dijo: "Yo quiero seguir en el colegio". Yo le dije: "No, ya nos juntamos, el compromiso era llegar a esa parte de sacar sexto grado."

Yo le había comprado un lotecito a unos primos porque había pasado el huracán César y se me llevó casi toda la tierra del otro lote que yo tenía primero, entonces tuvimos que quitar esa rancho y con mi mamá nos venimos a vivir acá, pero a mí mamá no le gustó vivir acá. El Centro Baháí estaba ubicado por el lado de Gurmali, pero llegó un momento en que el dueño ya no quería que el centro existiera ahí; entonces, yo le vendí el lote que compré acá al Centro Baháí.

En aquellos tiempos había mucho problema: se peleaba la gente, entonces mi mamá me dice: "Mejor nos vamos a Betania otra vez", en un lotecito que mi tata le había dado a mi hermana. En ese momento llegó la misionera pastora que nos ayuda con las viviendas, con la madera. Entonces ya nos instalamos en Betania y nos fuimos para Betania a vivir con mi mamá. Yo ya había hablado con mi señora y entonces yo visitaba la casa hasta cierta hora y después me iba para la casa en Betania otra vez. Como perro bueno estaba: seguía el paso con el de ella.

Luego ya llegó la fecha en que ella salió de la escuela y nosotros nos unimos. Ella se fue para Betania. En esa parte de la herencia que le dio mi papá a mi hermano –eran aproximadamente unas 15 hectáreas, ahí en Betania– a los veinte años ya empecé a *chapear*, a sembrar banano, yuca –la yuca acá no lo dejan los animales–, arroz, maíz se pega más, y frijoles.

Seguí trabajando con el Macho Rojas porque fue el único patrón que conseguí y que tenía más confianza. Además yo le explicaba el trabajo que yo hacía para mí, dos o tres días, y después volvía con él. A veces, cuando me quedaba tiempo, le decía: "Tal día le ayudo y tal día para mí", y así hasta que llegó un momento en que ya dejé de trabajar para él.

Además, en ese tiempo ya mi mamá había recibido una pensioncita de 5 mil colones, algo así; después ha ido aumentando, pero ya con eso me ayudaba tanto el trabajo para mí, tanto para comprar el diariquito, que era lo que yo necesitaba en ese tiempo. Ellos no tenían cédula en ese tiempo cuando vine creciendo; entonces ellos lucharon, ya les dieron la cédula y entonces ya le dieron la pensión porque ya tenía edad; le pasaron pensión y con eso sobrevivíamos nosotros.

Para las cogidas de café, mi mamá, mi papá, mi hermano y yo nos íbamos a coger café por un mes, 15 días o dos meses, Conseguián a un patrón y entonces nos íbamos a coger café. Yo iba, pero muy

poco; mi hermano tal vez se iba una semana o dos y volvía a la casa. Mis papás ya se habían separado, pero la familia nunca nos rompimos, sino siempre mi papá, mi mamá y mi madrastra; nosotros nunca nos enojamos, sino todo el tiempo vivíamos ahí. Por cierto, mi papá todavía vive ahí, a la par de nosotros, como a 50 metros, y ahí yo voy y visito a mi *tata* y él me visita, ahora que está mayor.

Ya en Betania yo tuve un primer hijo con la señora, un segundo hijo; entonces, llegó un momento en que faltaba como año y un poquito para que el mayor ingresara a la escuela. Entonces llegó un momento en que nosotros solicitamos un bono; una señora de aquí de la comunidad estaba coordinando con el INVU, con contactos que llevaba, entonces nos metieron en ese paquete. En ese momento ya salió el bono de concreto; ya no era de madera sino ya era casa de concreto. Entonces, llegó el bono y nosotros no lo podíamos llevar a la comunidad de Betania por los difíciles caminos: no podía entrar carro, solo caballo. Entonces el que nos dio bono nos dijo que si usted no recibía ese bono, lo perdíamos... Entonces nosotros dijimos: “Está bien, vamos con el lotecito allá abajo y así podemos lograr el bono, para beneficio de los chiquitos.” Para no perder el bono nos vinimos a esta parte; mi suegra había comprado esto hace tiempo; entonces, ella me dio esta parte, nos dio en herencia de la señora esta parte para construir. Esta casa la construimos con ese bono que nosotros no queríamos perder.

Pero nos quedaba otra etapa porque esa vivienda llegaba hasta la salida donde llegaba carro; de ahí para acá, cada uno tenía que ver cómo lograba meter las cosas y ellos no daban plata para eso; solamente dejaban los materiales ahí. Cada uno tenía que ver cómo lo *jalaba*, y si no, volvían a llevar el material para atrás. Entonces yo tuve que luchar para poder tener la casa acá. El trámite del bono fue fácil, nunca tardó. Todos los requisitos los cumplí y lo que nos dejó pensando un poquito fue lo de los materiales.

Antes de construir la casita vivimos con la suegra por la situación de la escuela. Entonces, ya el chiquito vino con la suegra; vivimos ahí como seis meses, siete meses, en la casa de mi suegra. Ahí nosotros compartíamos también la comida, lo que yo me ganaba de comida, toda esa parte, y ellos también lo que podían. Después de ahí, nos *venimos* a vivir a acá, hice unos ranchitos para ellos y ya el chiquillo de aquí viajaba a la escuela.

Cuando llegaron los materiales, los recibí allá, a la salida. En ese momento ya trabajaba, sembraba tiquizque y ya había ventas de producción de tiquizque. Tenía en ese momento una hectárea con un poquito de tiquizque, aquí en la tierra de mi suegra. Entonces yo le dije al patrón, Macho Rojas: “Faltan como cuatro meses para poder sacarlo”. Hicimos un convenio para que me *jalara* material con caballos. (Yo tenía caballos, como uno que tengo ahorita amarrado ahí, pero no lo quería maltratar porque eso era muy pesado para *jalar*.) Le expliqué la situación a mi patrón Macho Rojas: “Ah, bueno, yo le hago el contrato.” Y entonces le hice un precio por 75 mil colones y él me *jaló* estos materiales a caballo de la salida hasta acá. Lo dejó todo aquí. La arena y el cemento yo la *jalé*; tuve que poner parte mía también, pero todo lo que es baldosas, se lo di a Macho Rojas. Con el tiquizque él me dio tiempo; como a los dos meses lo arranqué, lo vendí, le pagué y me quedó para comer. Así fue como estoy con esta casa; fue difícil pero sí la construí.

Cuando nos *venimos* para acá tenía ya tres hijos; los tuve seguidos. Para mí y para la señora, para los dos, que yo sepa, dijimos que a la escuela de los chiquillos hay que darle prioridad. Yo no estudié y la señora no podía seguir con la familia, con la obligación de la casa; yo trabajaba; entonces, ella no podía estudiar. Pero llegó un momento que yo le di oportunidad porque ya venía el colegio nocturno aquí a La Casona; entonces, yo le dije a la señora que es mejor que ella se preparara para poder pasar ella, ya que yo no pude. Ella se iba —ya con hijos grandes, responsable de cuidarlos— a estudiar un poquito en la noche; le daban lecciones de noche. Ella se preparaba en la noche. Pasó

primero, pasó segundo, pasó tercero; hasta tercero llegó: le faltan dos años nada más para ya sacar el bachiller. Cuando ella estudiaba era nada más en español; ahora están dando en tres lenguas: inglés, guaimí y español. En esos momentos había becas, pero nosotros nunca nos beneficiamos; yo luchaba a lo que yo podía para que ellos se prepararan un poquito hasta que llegó un momento, hace poco, en que aprobaron beca para ellos, para los niños.

Ahorita todos, los cuatro, reciben beca. La maestra llegó y nos estuvo diciendo los papeles, los requisitos que pedían, y los metimos. Duró año y un poquito y ya llegó el depósito y ya empezaron a girar las becas. Yo tengo paciencia, soy muy tranquilo, no me gusta joder a nadie. Una vez, en la reunión con el director, le dije que yo luché mucho durante muchos años sin beca, que nadie me exigía que le entregara facturas por aquí, facturas por allá. Entonces, como lo obligan a uno, llegó un momento en que si quieren, nos pueden quitar beca y yo sigo mi pago porque durante años tuve a los chiquillos en la escuela y nunca recibí beca; si así me piden las facturas, muy obligatorias, las pueden quitar, yo sigo mi camino, o si no lo dejan así.

Llegó un momento en que fue muy exigente la beca; todavía estamos ahorita mismo en la lucha, pero sí nos ayudó bastante; a veces, hasta para comprar comida, comprar cuadernos, útiles para los chiquitos. Llegó un momento que sí me ayudó bastante y todavía me ayuda bastante. Ahora, con la complicación de la familia que tenemos, me ha ayudado mucho. Yo cada mes que recibo hay que entregar mensualmente facturas, rendir informes porque dicen que si no se la quitan. Hay chiquitos que llegan sin zapatos, hay chiquitos que llegan con bolsos rotos, pero eso no me pasa a mí; a otras familias les pasa, razón por la cual el director o maestros llegan a obligar que hay que entregar facturas, pero yo, por mi parte, no entrego porque de esa plata agarro para la comida, agarro para los útiles de los niños y tal vez, si me queda, para una emergencia, para llevar a los chiquitos al hospital. Ahorita esa beca está aumentada en 25 mil colones; entonces, hay que entregar los 25 mil completos en facturas, pero yo no entrego. Yo compro útiles; ahí tengo facturas, por cierto, ahí tengo guardadas un montón; cierta parte hemos entregado, cierta parte no. Así he estado con eso, pero me ha ayudado bastante. De los cuatro mayores, ya queda solo uno en la escuela; hay tres que van para colegio, entran a segundo del colegio.

Cuando estaba toda la familia sana, yo jornaleaba y además sembraba; nunca me he quedado en la casa. Ahorita no estoy sembrado nada; lo que hago es que todo el tiempo traigo banano de Betania para acá, en caballo. Lo que recibimos ahorita de ingresos es la beca y una ayuda social de la señora que el IMAS le da. De un año para acá nos están ayudando de esa manera, pero eso no alcanza mensualmente. Ahora la situación es más difícil, está todo carísimo, pero en esa parte me ayuda un poquito a sobrevivir con los problemas que tengo ahora.

A los cuatro hijos que ya están grandes la mamá los tuvo en la casa. Como era familia muy seguida, llegó un momento que la señora planificó, Duró, no me recuerdo exactamente, como seis o siete años planificando. De ahí ella dejó de planificar; entonces, de ahí para acá ella quedó embarazada. Cuando ya le vino la fecha de mejorarse, también estaba acá en la casa, acá. Llegó un momento en que no se pudo que se mejorara rápido: el bebé se vino de pie y se murió, se ahorcó. La llevamos a San Vito y en San Vito se lo sacaron, se murió y lo enterramos acá en la comunidad. Después ella quedó embarazada otra vez y fue a control todos los meses, estábamos en control; entonces, yo le dije: "Mejor, antes de que pase como sucedió, mejor vamos al hospital." En el hospital de San Vito se mejoró y de ahí nos dimos cuenta que el bebé estaba enfermo. Cuando yo fui a retirar al bebé a San Vito a las 9 de la mañana, a la señora y al bebé los iban a mandar a San José; ya lo estaban alistando para ir a San José. Lo mandaron a San José a ver qué problema tenía; nosotros no sabíamos qué tenía. Llegó a San José y a los días lo fui a buscar y era el corazón. Entonces ahí duró más ocho días internado y lo operaron; y ese problema que él traía de nacimiento era del corazón.

Todos los médicos le dijeron a la señora que el bebé duraba un mes internado y ya ella se venía para la casa con el niño porque todos los bebés que operan del corazón, después de un mes o dos meses ya están en la casa; entonces, esa fue mi esperanza.

Yo me quedé en la casa con la familia y la señora se fue con el bebé a San José. Durante todos estos meses no pudo recuperarse como el médico requería; entonces, luego se complicó, que no funcionaba, que no sé qué, que tenía que darle más tiempo para otra operación, que necesitaba cuatro operaciones. Entonces ya se complicó todo, ya no era un mes, sino duró siete meses acompañando al bebé porque a ella no le estaban haciendo nada. Había veces que venía 15 días o cada 8 días, pero así duró siete meses. Ella se quedaba en un albergue. Del mismo hospital la pusieron en contacto; ella no conocía y ellos la ubicaron ahí.

Ella se quedó ahí en el albergue: le daban ropa, le daban comida, le daban cena y todo. Esa parte estuvo bien. Pero lo que no me gustó de todos los médicos es que después de siete meses le dejaron una úlcera que el bebé sufre ahora; está con esa bolsa para obrar porque los médicos no lo cambiaban. Cuando salió, ya tenía esa herida en la parte de atrás. Le dimos demasiado tiempo; cuando ya estaba demasiado avanzada se dieron cuenta porque si no se cerraba esa úlcera, ya le iba a pegar en el hueso en la parte de atrás. Entonces el médico tenía que hacer otra operación para ponerle la bolsa para obrar y para poder cerrar la úlcera que tiene, la verdad sí fue un descuido del médico. Yo les dije a ellos: "Si no, el bebé no estaría sufriendo...". Tienen que abrirle otra vez para cerrar la bolsa y poner normal otra vez. De ahí solo Dios sabe lo que va pasar para allá, si le falta operación o no lo operan; los médicos todavía no me han dado respuesta.

La chiquita que tiene nueve meses nació con el mismo problema porque ella se había quedado embarazada después que estaba en el hospital; entonces, ella quedó embarazada y nació una chiquita; yo tenía fe de que naciera bien, pero tampoco fue así: nació con problemas del corazón también. Ella duró un mes en el hospital; después de que la llevaron al hospital, duró un mes internada; es una niña, se llama Bianca. A ella sí hay que volver a llevarla otra vez. Ella requiere tres operaciones...

Ahorita estoy presidente de la asociación agrícola; tengo cuatro años de estar ahí, y en el CEN CINAI de la comunidad, soy vocal uno. De la asociación agrícola soy afiliado, participante, desde que era muchacho, pero llegó un momento en que le alquilaron el local a la pulpería y durante años y nunca se lograba nada: había fondos y todos se iban gastando. Llegó momento en que quedó vacío eso, entonces los afiliados me eligieron como presidente y vamos cumpliendo cuatro años este noviembre. Agarré eso como presidente a luchar con el poquito dinero que entra y empezamos a remover la madera del local porque todo había que cambiarlo. Ahorita mismo eso lo que se ha hecho porque lo demás es más difícil. El dinero que entra es muy poco y no tenemos instituciones que digan que les vamos a dar; por ejemplo, tal vez unos 4 millones para que los afiliados trabajen; yo no he tenido contacto y entonces yo no ofrezco nada. Hay instituciones que se han acercado a la asociación de desarrollo, pero a nosotros no. Es difícil. No sé cómo llegar y yo estoy empezando. Pero el dinero que ha entrado se ha gastado en madera.

Aquí cada uno tiene su manera de trabajo: el que quiere sembrar arroz, siembra arroz; el que quiere sembrar maíz, siembra maíz. Ya no se comparte ni se hace "la junta"; eso se olvidó totalmente. Ahora lo que queremos es ganar jornales para tener su platica; ya casi el *tiro* de la gente blanca; todo se paga.

“Mi mamá siempre me dijo: el frente es para allá...”

Cecilia Barrantes

Cristo Rey de San Pedro de Pérez Zeledón

Mi nombre es Cecilia Barrantes; vivo en Cristo Rey de San Pedro, Pérez Zeledón. Tengo 3 hijos: una bebé y dos niños en la escuela, uno de diez y otro de ocho años. Nací en Peñas Blancas de Pérez Zeledón en 1975 y viví ahí hasta los once años. Mi papá cuidaba allá una finca, una granja avícola del señor Bolívar Sánchez. Somos cuatro hermanos: dos hombres y dos mujeres. Yo soy la menor de la familia. Mi hermana es un año mayor que *mí*, año y un poquito; entonces, siempre fuimos muy unidas. Como éramos dos mujeres y los dos hombres que eran los mayores, entonces el mundo de nosotras era solo jugar.

En Peñas Blancas viven todos los hermanos de mi papá y también mis abuelitos. Son cinco hermanos; entonces, yo pasaba donde mis primillos. Cuando nosotros salimos, siempre nos dejaban con mi abuelita; entonces, mi abuelita fue parte de la familia, fue parte siempre de nosotros. Desde chiquitillas mi abuelita cosía y eso se lo debemos a ella; de las nietas de abuelita, creo que solo mi hermana y yo cosemos...

La casa de nosotros estaba adentro de la granja, a la orillita. Allá la vida era bonita: *habían* gallinas, teníamos conejos, teníamos perros, teníamos gatos; entonces, uno creció mucho con los animalitos, con las cosas del campo. Tal vez era una vida más sencilla porque eran otros años: uno se encontraba una muñeca y eran dos, tres horas jugando. Jugábamos casita: teníamos una vecinilla que se llamaba Janet González. Ella tenía una cocinita de hierro, una cocinita de las más modernas que *habían* en ese entonces, era algo finísimo. Nosotros nos íbamos para donde ella a jugar, le robábamos los huevos a la mamá y ahí cocinábamos. Cuando llegaba la mamá teníamos unos incendios en las casitas. Jugábamos casita, jugábamos con los conejos y nos íbamos a contar los conejos... Cuando no estábamos jodiendo las gallinas, estábamos jodiendo los perros o los conejos o cualquier animal porque esa era la vida de uno. Íbamos a traer leche allá abajo, íbamos en bicicleta de las amiguitas que nos llevaban en barra. El patrón tenía siete hijas y cuando llegaban eran unas fiestas que hacíamos... A mi mamá le gustaba mucho hacer chorreadas. Las muchachas llegaban a comer “tortilla dura”, decía una. Una vez se echó una llorada porque nosotros teníamos gallinas; ella se ponía a ver a las gallinas y se le olvidaba que estaba comiendo y llegaban las gallinas a quitarle la tortilla... Ellas eran “chiquillas decentes”; las gallinas eran cosa rara. Allá teníamos que caminar a la escuela tamaño poquito; mi hermana iba y yo íbamos las dos. Siempre fuimos muy unidas y nos acompañábamos mucho. Fue una infancia tranquila, muy simple.

Padecí de ataques epilépticos desde la edad de tres meses hasta la edad de siete años. Fue muy movida mi vida; siempre ha sido muy movida. En el hospital me veía un doctor que se llama Benjamín Muñoz... ¡Y era una cosa tan *carga* ese doctor! Gracias a él me compuse y en el hospital en San José fue bonito...

Una vez estábamos en un tratamiento; me acuerdo que para mi papá fue súper cansado y para mí fue súper feliz. Eran tres días en que no me podían dejar dormir, entonces, tres días la mujer en la calle: yo pasaba de donde un tío para donde otro tío y el pobre de mi papá andaba conmigo. Anduve por todo Peñas de lado a lado. Entonces gracias a Dios, digo yo, gracias a Dios me compuse, pero Dios siempre ha estado ahí; Dios te pone las pruebas, pero te pone las soluciones.

Después recuerdo el último ataque epiléptico que me dio: estaban mis padrinos en la casa y yo

recuerdo que ese ataque me llevaron para el hospital porque fue muy, muy fuerte y fue el último que me dio. Estaba cumpliendo los siete años. Después de eso ya me fui componiendo; me fui componiendo lo normalillo de uno: secuelillas que quedaban porque la epilepsia deja secuelas.

Recuerdo lo duro que fue un año en la escuela, que nos cambiaron muchas maestras; tuvimos como doce maestras. Ese año tuve que presentar matemáticas y español porque a mí no me gustaban para nada esas materias, nunca me gustaron y no era mala, es que no me gustaba ni estudiarlas siquiera. Ese año me tocó ponerle duro porque casi me quedo; fue en tercer grado y ya después pasé cuarto bien, pasé quinto bien y ya nos vinimos para acá.

Mi papá dejó de trabajar con el señor; él quería independizarse, tener algo propio. Esto era un asentamiento del IDA; entonces, le dijeron que había una opción; un muchacho del IDA le decía que esta propiedad era muy bonita, pero él, por trabajar en el IDA, no podía comprarla... Entonces lo mandaron para acá. Mi papá le compró el derecho a los primeros concesionarios y luego la parcela se le pagaba al IDA, pero ellos clasificaban a ver quién servía y quién no. Aquí eran dos propiedades. Mi papá compró primero una propiedad y después la otra mitad porque la parcela la habían dividido. Recuerdo que mamá nos decía: "Es un lugar tan feo; ahí no hay nada. Pero nunca le digan a su papá que es feo..." Y fue curioso porque yo nunca lo hallé feo.

No había camino: lo que había era un callejón lleno de zanjas, pero para nosotros fue una cosa hermosa venirnos para acá; a pesar de que allá estaba toda la familia; nos gustó mucho aquí. A mí me gusta mucho aquí y si me ponen a escoger que me vaya para Peñas Blancas, gracias, pero yo allá no me arrimo.

Antes de nosotros venirnos, el primer año, mi papá venía a trabajar solito. Él se vino antes: ya estaba trabajando para acomodarnos un poquito. Siempre venía alguien; digamos, venía mi mamá, a asistirlo. Entonces, cuando nosotros veníamos, era una semana; esa semana era de disfrute, era de paseo para nosotros y cuando a nosotros nos dijeron "se van de viaje" no habían terminado de decirlo cuando mi hermana y yo brincábamos de la contentera porque para nosotros era otro ambiente, era otra cosa...

Cuando nos vinimos, aquí había una casita de chonta. Esto era solo un helechal, había un trillito para llegar a la casita, pero era una casita de suelo: tenía los dos cuartos y la salita y la cocinita era chiquitita; había un fogón donde teníamos que cocinar con leña, ¡pero era tan bonito! La casa fue lo primero que mi papá hizo; era casa y era bodega: de todo se metía ahí. Al año ya habíamos hecho divisiones. Cuando había que subir materiales, madera y todo eso, ¡ay qué pleito! porque el camino era tan malo. Los demás vivían en ranchitos de chonta, unos cerrados con plástico.

Fue bonito cuando entré a la escuela aquí. Aquí entré a sexto grado. Había un maestro, un maestro era el que había. En sexto eran solo dos compañeros y dos de quinto y éramos los más bandidos de toda la escuela porque el maestro a veces se ponía a perecear y nos ponía a nosotros a calificar a los chiquillos; había una chiquita muy necia, y entonces nosotros, por *más buena* que hiciera la tarea, el compañero y yo le poníamos mala la tarea. ¡Ay, éramos malos! Y a la pobre chiquita la tuvieron que sacar de la escuela porque nosotros le calificábamos todas las tareas y se las poníamos malas, y el maestro no supervisaba y a la pobre chiquita la sacaron de la escuela porque nosotros éramos muy malos.

Aquí mi papá empezó primero a limpiar un poquito y a sembrar chile y tomate. Con eso empezamos, con chile y tomate... ¡Y eran unas matonas inmensas, eran inmensas, inmensas las matas de tomate! Recuerdo las calles que sembró; nosotros íbamos a vender chile y tomate. Bueno, yo no, a mí no me dejaban porque yo era la *más chineada* de la casa, entre comillas. A mí me chequeaban más por lo de la enfermedad que yo padecía; decían que podía volver y entonces no me dejaban, me

cuidaban mucho. Casi siempre iban mi hermana Ligia y mi hermano José, iban a vender de casa en casa. A veces no pasábamos a ciertas casas donde nosotros sabíamos que compraban, para que nos alcanzara el tomate para llegar a la pulpería y poder comprarnos algo.

Terminé la escuela acá, de doce años. Disfrutaba a lo loco las salidas de la escuela. En ese entonces uno, de doce años, no pensaba nada más que en jugar. Teníamos otras compañeritas; el mundo mío se llenó de mis amiguitas de la misma comunidad. Había un señor que tenía cuatro chiquillas... Fue como un argollón: cuando ellas no estaban aquí, nosotros estábamos donde ellas... Aquí cerca, atrás de la casa, había una piedra... Ahí jugábamos nosotros... Fue algo tan divertido, tan divertido mi infancia... Andábamos en los ríos, en el río Convento. Aquí, cerca de la propiedad de mi papá, pasa una quebrada; entonces, con otros amiguitos, con los chiquillos que llegaban, ligerito hacíamos *pases* porque era un pueblo muy pequeñito; todo mundo conoce a todo mundo. Entonces, cuando llegaban chiquillos nos hacíamos un *barrón* y todo mundo para las quebradas: nos metíamos allá abajo y salíamos quebrada arriba. Pasábamos jugando que en río, que jugando con barro, haciendo pasteles... Hasta ya, cuando empezó uno hacerse más viejillo, como de quince años, dejamos de jugar...

Cuando nos vinimos para acá, a nosotras ya nos gustaba a nosotros coser; a veces *habían* seis, siete muñecas, y nosotros le hacíamos ropa a las muñecas de las chiquillas... Empezamos a meternos en el mundo de la costura, a hacerles vestiditos a las muñecas; después empezamos con "limpia pies"; esos "limpia pies" de trapitos empezamos hacer, mientras mi mamá los hacía de saco... Entonces ya algo uno iba aprendiendo poquito a poco. Y ya de 16, 17 años, cosíamos ajeno. Siempre nos ha gustado la costura y siempre hemos manejado la costura.

Tenía como trece años cuando papi empezó a sembrar café. Nosotros le ayudábamos a sembrar y le ayudamos a coger; a veces nos íbamos a abonar también y ahí andábamos con mi mamá. Siempre había una que se quedaba –yo siempre fui la más *chineadilla*– y me iba como a las 9 de la mañana, pero me tocaba barrer y hacer el almuerzo para llevarle a él el almuerzo. A mediodía me venía porque no me quedaba muy tarde. La propiedad de mi papá tiene una parte que es muy húmeda; entonces, en invierno eso era un puro barro colorado. Nos sentábamos y nos resbalábamos y eso era una diversión tan grande... Daba mucho frío porque era mucho más frío ese tiempo aquí y uno andaba lleno de plásticos, pero uno se divertía tanto en el temporal... Eso era una fiesta para uno. Lo poquito que había lo hicimos así; mis hermanos estaban aquí y entonces éramos los cuatro... Mi mamá trabajaba mucho; ella siempre decía: "Si yo no lo disfruto, lo disfruta otra persona". Fueron de las cosas que ella nos enseñó.

Cuando eso nos hicimos de una vaca, mis hermanos compraron dos novillitas y eso fue una cosa divina... Esas vacas eran como el juguete de nosotros; era un animal que no tuvimos cuando vivíamos en la granja; mi abuelitos tenían vacas, pero nosotros no. Entonces, cuando nosotros vimos una vaca que era de nosotros, eso fue un regalo inmenso... A todas las vacas de mi casa yo les ponía nombre; teníamos una que se llamaba Virginia... La vaca había traído un ternero pero se le vino antes de tiempo; Virginia no pegaba los terneros: todo el tiempo se le venían a los cinco meses. Tuvo un ternero; yo le puse Oscarito y Oscarito era una cosa divina; él nació sin nada de pelito entre las patitas; era tan tontico el pobre, que uno lo llamaba y él se venía y tenía un caminadito como de tontico... Pero si uno llamaba a Oscarito, no había cerca que lo atajara... Fue como un regalo para nosotros. Aprendí a ordeñar; mi mamá me enseñó; ella se iba a ordeñar y yo me iba con ella.

Mi papá no nos dejó estudiar porque en ese entonces no había colegio cerca y no había medios, pero mi papá nos dio chance de que hiciéramos muchos cursos en el INA. Empezamos a hacer cursos aquí; en la cooperativa Longomai también daban muchos cursos y ahí empezamos también... Hicimos cursos de macramé, de cuero, de pintar en tela, de bordar, de tejer, mucha cosa, mucha

manualidad. En el INA hicimos el de costura; lo hicimos en un lugarcito que se llama Tres Ríos, otro pueblo vecino: entrábamos a las 9 de la mañana y salíamos a las 5 de la tarde, mi hermana y yo... Siempre mi hermana y yo andábamos pa' todo lado...

Nosotros veíamos a mi abuelita coser, pero ella no nos dejaba porque mi abuelita era muy brava. ¡Dios guarde le tocara una aguja porque se le despuntaba! Entonces ella no nos dejaba mucho; pero ya aquí sí, mi mamá se ponía a hacernos algo, a remendar y había una maquinita de las negras que *habían* antes, de pedal; linda... Recuerdo que en esa máquina empezamos a hacerles vestidos a las muñecas, en eso empezamos nosotros porque éramos muy fiebres... Y ya después nos pusimos a arreglar la ropa de nosotros, y así, poco a poco, nos fuimos metiendo en este mundo.

Los primeros cursos fueron más o menos como de catorce años; el primero que recibí fue de bordar y recuerdo que terminaba con los dedos majadíticos de las agujillas, pero fue empezar de a poquito y ya uno lo va tomando. Después hicimos un curso de tejer y a mí no me gustaba, no le veo mucha ciencia a eso. Soy muy dada a hacer manualidades porque tengo que usar las manos, entonces tejer no me llamó la atención...

Como esto era un asentamiento, venía el INA a dar cursos. Empezamos a hacer cursos de todo. Mi papá siempre nos dijo que lo que fuera aprender era bueno, aunque uno no le viera en su momento la importancia. Una vez iban a dar un curso para injertar viveros, pero faltaba gente; entonces, nos dijeron que nos metiéramos y nos metimos. Apenas era para que no se perdiera el curso porque ocupaban catorce miembros, creo que era... Y me gustó. Después yo me ponía a injertar las matillas de rosa, que fue lo que más me gustó, pero nada más eso. Cada curso que uno tomaba le sacaba una cosa. Después hicimos el curso de contabilidad; nunca me gustaron las matemáticas; nunca me gustó ese curso, pero lo hicimos.

El INA es de las que más cariño les tengo; hicimos muchos cursos, pero yo siento que ha perdido mucho el rol de cursos en los pueblos... Ahora, para hacer un curso del INA hay que ir a San Isidro. Es muy difícil que ellos vayan a los pueblos y a veces las personas de los pueblos no tienen los medios para estar viajando.

Aquí nunca se había hecho un turno, y para hacer una fiestilla se hizo el primer salón. Se cerró con palmas y con plástico porque no había con qué; el suelo era una laderita. Era con un equipo de sonido, creo que era con baterías, y había una planta de motor que alquilaban en otros pueblos para hacer bailes porque no había electricidad. Y se empezaron hacer los bailes. Como era tan de campo, todo mundo llegaba a caballo; entonces, se hacían carreras de cinta y hacían rifas de botellas en las carreras de cinta. Muchos pueblos se mezclaron porque la ventaja de nuestro pueblo es que está rodeado de otros pueblos. La plaza no tenía pasto: eran helechales. Fue la primera vez que fuimos a un baile, fuimos toda la chusmilla de aquí porque éramos una barra muy grande.

Después, mi papá sembró maracuyá y el rendimiento económico fue muy bueno... Un kilo eran poquitas frutas porque la maracuyá, cuando está bien pegada, pesa mucho y es esponjadita; entonces, es muy fácil conseguir un kilo. Aparte la maracuyá es un bejuco y, entonces, la enredadera caía; pega mucha mariposa y eso se llenaba de mariposas... Era un proyecto tipo cooperativa... Hasta que cerca de aquí llegaron unos proyectos de caña, y con el herbicida que echaban, el maracuyá dejó de producir...

Mi hermana y yo nos acompañábamos mucho, andábamos siempre juntas. La primera vez que fuimos a sacar la cédula, era un susto tan grande porque ya uno tenía que ir solo al centro de San Isidro. Fue uno de los primeros viajes ya uno solo a Pérez; bueno, solo mi hermana y yo... Uno llegaba a la parada y empezaba, daba vuelta a la primera cuadra para ir conociendo, y ya otro día se animaba a ir a la segunda cuadra, y así poco a poco. Y ya también uno manejaba más platilla del negocio de

la costura; y para el tiempo de la cogida de café uno cogía café –aquí uno iba a cualquier lado a coger café; entonces, ya algo le entraba, la platilla era de nosotros porque siempre fuimos muy organizadas; desde que empezamos a coser, nos hacíamos cargo de los gastos de nosotros; nunca fuimos buenas para estar pidiendo plata, no éramos como para decirle: “Papi, dénos plata para esto.” No; si un domingo había un turno o alguna cosa, nosotras íbamos y lo costeábamos. En la barrilla de nosotros, éramos las que manejábamos más platilla...

Nosotros no íbamos a los bailes, no éramos para andar en bailes, si no para ir los domingos a los partidos de futbol... Un domingo no nos encontraba en la casa. Y como teníamos la ventaja de que aquí vivíamos al frente de la plaza, todo el mundo llegaba a mudarse y a pedir el baño; uno empezaba a conocer gente... Entonces nuestro rol social fue con mucha gente; si nosotros llegamos a algún lado, ligerito encontrábamos una amistad. Teníamos muchas amistades. Subíamos a otro pueblito que se llama La Colonia, bajábamos a Hortensia, o lo que le llamábamos “La Arepa”, bajábamos a Santiago y salíamos a Convento por el otro camino... Andábamos con otra muchacha que se llama Lorena Navarro y subíamos *Lore*, mi hermana y yo; éramos solo tres. Mi hermanilla era más novierilla; yo era más calmada: no era así como muy noviera que digamos... La independencia mía se hizo cuando mi hermana se casó porque éramos muy unidas.

Cuando ya mi hermana se casó, eso fue un golpe durísimo; yo tenía por ahí 25, 26 años. Entonces, ya ahí sí me tocó a mí sola porque ella se casó con un muchacho de Peñas Blancas y se fue a vivir allá.

Yo me quedé en la casa; siempre he sido la que estoy más pegada a la casa; a mí Peñas Blancas nunca me ha gustado... Yo, ir allá a pasear allá, como que no... Entonces, para ver a mi hermana, ella tenía que venir, y ya mis hermanos vivían allá... Mi hermano mayor se casó y vive allá, y mi otro hermano trabajaba en el ingenio en tiempo de zafra y otro tiempo estaba aquí...

Cuando mi hermana se casó, empezó a padecer mi abuelo. Mi abuelo estuvo once años en silla, como un bebé porque a él lo operaron y se le fue la anestesia a la cabeza. Él quedo en silla, en cama; él era un bebé más. Yo iba allá a Peñas a ver a mi abuelito porque yo era muy *guindada* con él (con mi abuelita no; era mi abuelo); entonces, cuando mi abuelo caía al hospital, allá iba Cecilia a cuidarlo de noche... Después de que mi hermana se casó, la vida mía para ir a Peñas Blancas era ver a mi abuelo... Como mi abuelito era tan mayor, era muy sordo, pero ya de último recuperó el oído. Pasaba toda la noche gritando en el hospital y a mí me daba mucha lástima verlo amarrado; entonces, yo me llevaba libros y me ponía a leerle historias de antes. Fui muy apegada a ellos, a cuidar a personas mayores. Cuando mi abuelito murió, ese fue de los golpes más duros que a mí me dio. Esa muerte sí me dio mucho porque yo era muy *guindada* con él.

Había tenido un noviecillo. Duramos 6 años de novios y estábamos por casarnos, pero yo soy muy rencorosa –no, no es rencorosa; es que tenía mis amistades y una muchacha que tenía dos chiquitas se había separado; entonces, él me dijo que no quería que yo fuera amiga de esa muchacha. Esa fue la humillación más grande para mí porque a mis amigas las buscaba yo, no nadie, y por ese motivo no nos casamos.

Cuando mi hermana se mejoró, me fui para allá a quedarme con ella y yo deseaba andar la chiquita por todo lado, pero ella no me dejaba porque a ella le daba miedo; yo me sofocaba; la cuestión es que apenas aguanté como cuatro días y me vine porque ella no me dejaba jugar con la chiquita. Entonces me vine y después me hice novia del papá de mis hijos. Yo tenía 26 años. Nos conocimos en un novenario; él vino al funeral de un tío y empezamos a *noviar*. Él vivía en Agua Buena de San Vito; estuvo un tiempo sembrando apio aquí donde unos familiares de él, en la misma comunidad. A él le gustaba mucho sembrar, tenía chanchos, tenía apio, tenía pollos... Después se vino de allá porque no había trabajo y ahí nos fuimos enrolando...

Yo seguí con las costuras; mi vida era la costura y estar en la casa. La costura es curiosa. A principio de año es con la escuela; a finales de año se trabaja mucho haciendo salveques para los trabajadores de lo que es la piña. Cuando es tiempo de entrada a la escuela o al colegio, entonces uno trabajaba mucho con pantalón, y así... A mí me traen las telas, yo tomo las medidas y los hago. No me gusta trabajar para tiendas. Me ofrecieron la oportunidad de trabajar para una tienda, pero la desventaja de las tiendas es que uno trabaja por tallas; no tiene eso de que la gente se mide la ropa, es más fría. A mí me gusta meterme con la gente; soy de las que me gusta complicarme... Hacer pantalones de mujeres es complicado. Aquí había una chiquilla que a veces duraba dos horas midiéndose un pantalón; había que socarlo de aquí y aflojarlo de allá y en eso pasaba, pero eso era lo que me gustaba a mí. Entonces yo trabajaba y trabajo mucho con pantalón de colegio y así he ido creciendo. Me dicen eso: he ido creciendo. Viene gente a hacerme encargos o trabajo para escuelas; para el tiempo de setiembre, trabajo haciendo trajes típicos; o para abril, me encargan mucho trajecillo típico, y cosas así... A esto me he dedicado; siempre me dediqué. Y cuando era novia de él y él me decía: "Vieras que no tengo plata para el alimento para los chanchos"; entonces, me decía: "Présteme", y yo le daba, y él después me la daba y en eso nos la tirábamos... Duramos seis años de novios hasta que nos casamos.

Cuando decidimos casarnos, yo me hice todo lo mío: me hice desde el velo, me hice la corona, me hice mi vestido, me hice todo... Fue de los gustos que quise darme. Mi hermana me decía que no fuera tonta y yo decía: "Yo no voy a pagar un alquiler, si yo quiero hacerme mi vestido." Todavía después de que me casé, lo he prestado dos veces; y ahora que me quemaron la casa, se me quemó todo. Ese se me fue; una de las cosas que se me fue en el incendio, de los tantos recuerdos que a uno se le van.

Cuando nos casamos, mi esposo era muy *carga*; como dos años vivimos muy bien. Al principio nos quedamos aquí; después nos fuimos un tiempo para allá para Peñas Blancas, pero en Peñas Blancas hay muchas casas y las casas son muy pegadas, y a mí me entró una depresión; y yo le dije "¡Me vuelvo para allá y me vuelvo para allá!" porque yo no podía vivir allá; era una casa y otra casa y yo estornudaba y allá sabían y allá estornudaban y yo oía; y esa depresión y el chiquito (yo tenía solo uno)... Yo no sirvo para estar así, como muy encajonada. Uno acostumbrado al campo, a que yo salía y me iba; yo andaba por allá, iba a *jalar* leña; y allá uno metido donde no tiene espacio... Yo me frustré. La cuestión es que nos vinimos para acá, nos vinimos a vivir a una casa dentro de la parcela de mi papá que era de mi hermano; después, cuando mi hijo mayor nació, él se la regaló a mi hijo. Él consiguió trabajo en la piñera y se fue a trabajar ahí.

Como al año de casados nació mi hijo, y cuando mi hijo tenía como año y resto, empezamos a tener problemas. Él empezó a tomar; él se mezcló mucho con la familia de él y ellos son muy alcohólicos y empezaron ya los problemas de que la plata era para el alcoholismo; y si yo decía algo, él me regañaba. Empecé en el círculo de lo que es la violencia; o me tocó meterme, me metí, me metió o me dejé meterme porque así es la violencia: uno se deja meter.

Empecé a tener problemas con un primo de él porque ellos son muy liberales; desgraciadamente son demasiado liberales, y para ellos que uno duerma con la esposa del hermano es como si nada; es la costumbre de ellos y entonces yo no me mezclaba con eso. Yo estaba tranquila; yo no tomo; yo respeto; si él llegaba con los amigos a tomar y traían carne, yo asaba carne y que tomaran, para mí no era nada... Pero ya empezó después a insultarnos, después a golpearnos... La violencia va creciendo, empieza con cositas, con detallitos muy pequeños que uno ni a veces les pone atención; y poco a poco fue al punto que él ya nos golpeaba. A los hijos nunca dejé que los golpeará; entonces, me golpeaba a mí. Yo me levantaba cuando él llegaba borracho; él se enojaba porque no quería verme, y si no me levantaba, me pegaba porque no me levantaba. Ya era algo insostenible. Nunca

les dije a mis papás porque nunca vi eso en mis papás. A mí me preguntaban: “¿Por qué tiene ese cardenal?” Yo decía que me *golpié* al traer leña o me puse hacer algo y me *golpié*, pero nunca dije. Mi hijo menor es prematuro: tenía siete meses cuando nació. Yo me quedé en el hospital y tuvieron que hacerlo sacado; ahí se me metió una bacteria y me formó un cáncer en la matriz. Cuando mi esposo me golpeaba, él decía que él no podía vivir con una moribunda.

Una vez llegó muy borracho y tuvimos un problema; yo siempre he dicho que en un pleito no sé si es Dios o el diablo el que se mete... Él llegó a pegarme y yo agarré la mano para atrás y había una botella, y donde él me alzó la mano, fue la primera vez que me defendí; alcé la botella y le dije: “Pégume; pero la botella le queda *ensartada* en la *jupa*” Ya ese día no me pegó. Otro día –ya mi hijo mayor iba a cumplir cuatro años y mi hijo menor iba a cumplir dos años; ese día me dijo que él si quería nos mataba, y yo le digo que nos matara. Me dijo que él se mataba y yo le digo “¡Mátese!”, y “¡Sí, yo me mato; pero primero los mato a ustedes!” Y cuando él agarró el cuchillo para matar a mis hijos que estaban debajo de la cama, yo metí el pie... Me quedó la cicatriz en la pierna de la punta del cuchillo. Ese día fue tanto el miedo, pero era un miedo espantoso que yo le tenía, que yo dije: “Bueno, o me mata o se quita esto”. Y saqué a los chiquillos a las tres de la mañana por una ventana de la casa y ya llegué a la casa mis papás y, entonces, ya les conté.

Ese día se fue de mi casa. Fue un problema porque cuando una pareja se separa y uno nunca ha dicho: “Me han golpeado”, la familia de él nunca lo aceptó. Y ahí fue un *burumbún*. Cuando una pareja se separa, se separa todo mundo; son dos familias diferentes; empezaron los problemas.

Empecé con el tratamiento del cáncer y empecé con la separación; fue llevar las dos cosas y yo decía: “Dios mío: si usted me puso esa prueba, por algo es”. Cuando a usted le dicen que tiene cáncer, le pasa la vida por el frente en cuestión de minutos. A la doctora del hospital yo la hice hacerme el Papanicolaou tres meses seguidos porque yo sabía que algo tenía; y sí: salió el cáncer. Lloré de jueves a domingo; lloré un montón. Cuando no estaba llorando, estaba riéndome de los nervios; o si no, estaba rezando. Fue de las cosas más duras porque mi hijo estaba pequeñito; uno piensa en todo. Y gracias a Dios me pude curar.

El cáncer estaba empezando; era muy pequeñito; entonces, me lo quemaron en frío y me mandaban pastillas de quimio y me inyectaban también. Fueron dos años, tres años muy duros: llegué a pesar 40 kilos... Recuerdo que mi exmarido me decía que de todas maneras yo me iba a morir. Entonces, ya fue como berrinche mío decir: “¡Yo no me voy a dejar morir!”. Y empecé con el tratamiento y gracias a Dios me compuse. Fue otro milagro en mi vida; aparte de la epilepsia, fue el segundo milagro para mí.

Nos separamos y le puse una medida cautelar por la misma violencia, por miedo de que llegara a hacerles daño a mis hijos. Hasta con mi papá tuvo problemas porque él era muy malcriado. La cuestión es que se fue y ya veía yo que en cualquier momento se *jalaba una gracia*; entonces, digo yo: “Aquí es mejor poner un *estáte quieto*”. La medida cautelar todavía tiene protegidos a mis hijos. Yo voy y la renuevo en la escuela; se la dan por un año; a veces, la dan por seis meses. Él no puede arrimarse a mis hijos de no ser con algún policía,

Seguí viendo a mis hijos sola porque él no, nunca ha ayudado, nunca se ha hecho responsable de los chiquillos, pero yo feliz porque él no molesta. Los ha visto como dos o tres veces. Cuando terminó el tratamiento del cáncer, él estaba muy metido en el alcohol y las drogas (creo que se metió mucho en las drogas); a veces, llegaba aquí a la casa porque él vivía aquí donde los familiares que al principio le ayudaron.

Cuando nos separamos, el menor iba a cumplir dos años y el mayor tenía cuatro añillos. Fue muy fuerte para él. Desgraciadamente cuando uno crece en violencia, hasta los chiquitos las pagan; uno

a veces aguanta por miedo y uno dice: "Por lo hijos" y les termina haciendo más daño. Si yo no hubiera aguantado desde un principio, mi hijo no hubiera pasado por tanto. Mi hijo tenía el problema de que él se orinaba, lloraba mucho en la noche, caía una naranja en el zinc y ese *güila* se ponía como loco, se escondía y gritaba, se metía debajo de la cama... Me costó mucho sacarlo de eso. Gracias a Dios, hoy por hoy, ya es un chiquito más tranquilo, muy maduro. Mis hijos agarraron mucha madurez; les tocó agarrarla.

A mí me ayudó mucho el INAMU; ellos me dieron mucho asesoramiento. Una sicóloga de ahí me decía: "Ponga al chiquito donde él se relacione" porque mi hijo era muy nervioso... Me fui y hablé con la maestra; le dije cómo estaban las circunstancias y lo que le habían recomendado a mi hijo; y de cuatro años lo metí a la escuela. La maestra de aquí fue y es un gran apoyo: ayudó a mi hijo en todo momento; ha sido como un ángel para mis hijos...

Hay chiquitos que se cierran y él no; él empezó a hablar; él le decía a la maestra, la maestra le preguntaba. Vino la sicóloga del Ministerio de Educación, lo estuvo *terapiando*; él asumió muy bien que el papá no vive con nosotros por tal motivo...

El mundo de ellos ha sido así: complicadillo, pero yo les digo siempre que hay que seguir para adelante; uno les mete ideas que la vida, por más dura que sea, es la vida y uno tiene que afrontarla; son cosas que pasan y no toda la vida va a ir mal.

Hace como cinco años hice una gestión con el IMAS para hacer una microempresa. Vinieron, me hicieron la visita y me dijeron que sí clasificaba; me dijeron que todo estaba bien y me mandaron a sacar una cuenta en el banco. La saqué, pero nunca depositaron la plata para la microempresa. Nunca me explicaron nada, pero la verdad, yo tampoco pedí la explicación.

Hoy por hoy mi hijo mayor ya está en cuarto grado de la escuela; ha sido un súper estudiante: nunca le ha costado. A mis hijos les dan beca; a mí hijo mayor le han dado desde que entró a primero, desde el inicio; al otro, desde el año pasado. Esa es la ayuda que uno tiene. Lo de las becas es muy muy bueno, pero siento que está mal dirigido. No siento que sea culpa del FONABE: es culpa de los encargados, y no porque pidan facturas o no pidan facturas, sino porque están mal dirigidos. Hay personas que no las necesitan y las tienen. Luego, yo siento que deberían tener más controles. Para una beca deberían pedir una calificación, que un chiquito lleve un promedio... ¿Cómo puede ser que a un chiquito que se ha quedado tres años en un grado, y que pasa arrastrando, estén dándole beca?

En esto de las ayudas, hay mucha gente que no la ocupa y la tiene. Mucha gente pide un bono para alquilar. Yo misma tengo varias amistades que tienen bono y que se van para otra parte; solicitaron un bono y ya por último la hechura de la casa no les gustó o el lugar no les gusta o no pueden vivir ahí; entonces, dejan bonos botados. Ahí debería de haber más control. Si una persona no está utilizando el bono, que lo pague porque hay otras personas que realmente lo ocupan. Yo siento que muchas veces no son las instituciones que tienen la culpa: es la misma gente

Estos últimos seis años mi vida han sido *pulseándola* con los niños. Yo vivía sola; costeara mis gastos con costuras. Vivía acá en mi casa antes de que me la quemaran y siempre he costeado lo mío y lo de los chicos con costurillas. He tenido el apoyo de mis papás cien por ciento; ellos han sido como la otra mitad mía porque lo que era mi mamá, que Dios la tenga en su lugar, esa siempre me dijo: "¡Cecilia, el frente es para allá!" Yo aprendí que el frente es para allá. Creo que hay cosas que a veces uno aprende sin que le den lecciones, sin que le digan... Con el ejemplo, a veces las personas dicen más. Pero ahora, con la quemada de mi casa, mi mamá no pudo: le entró una depresión y eso ella no lo pudo superar.

Aquí, el río de nosotros está amenazado por un proyecto hidroeléctrico; entonces, hay unas comunidades que se oponen: Longomai, Convento y Cristo Rey somos las más afectadas; después

metimos gente de La Esperanza, metimos gente de Santa Cecilia y hemos ido poco a poco abarcando.... El Comité está trabajando en defensa; hay que hacer las apelaciones y todos esos papeleos en el SETENA; los apersonamientos: hay que estar presionando a la municipalidad porque la municipalidad de Pérez sí está a favor de estos proyectos. Nos habían dado una moratoria y nos quitaron la moratoria; eso fue un *despelote* grandísimo... Entonces hay que estar moviendo gente para la municipalidad, estar yendo a reuniones porque nosotros sentimos que el agua es un derecho humano. Hay compañeros que les ha tocado muy duro este trabajo y tenemos la fe de que el proyecto no pase.

El papá de mis hijos se juntó primero con una muchacha en Limón; era una muchacha muy buena; se llama Carmen y ella se llevaba súper bien conmigo y con mis hijos. Nosotros fuimos a verlo porque él estuvo internado en el hospital allá y me dijo que quería ver a los chiquillos. Yo a ellos siempre les he dicho que el papá no me quería a mí, pero a ellos sí: "Es su papá, y aunque no viva con nosotros, es su papá." Nunca les dije su papá es malo o su papá es bueno; ellos saben, ellos sacan conclusiones. Fuimos a Limón y la muchacha se llevó súper bien con ellos. Yo le dije: "Mientras usted respete a mis hijos, lo que no fue en mi tiempo, no es mi problema." Entonces bien: ella los conoció y mis hijos se acomodaron con ella. Pero resulta que también era muy buena para él y también comenzó a golpearla. Ella no le aguantó y se separaron. Él se vino a vivir aquí por San Vito. Se juntó con otra muchacha, con una señora, pero esa no era igual, era totalmente diferente. Seguro pensó que la forma de que no tuviéramos relación era por los niños; ella pensaba que tal vez por los niños yo iba a insistir o algo; la cuestión es que empezó a mandar fotos pornográficas a mi hijo, él tenía teléfono; empezó a ponerle fotos de ella completamente desnuda y mi hijo tenía ocho años. A la muchacha le pusimos una demanda; está buscada por pornografía infantil. Puse esa denuncia y le puse la pensión al papá de mis hijos porque estaban molestando mucho. Entonces, la única forma de que no molesten es poniéndole la pensión; uno sabe lo que uno tiene y él, con tal de no pagar, prefiere huir... Entonces no ve a mis hijos. Yo he sido de las personas que piensan que a veces ayuda lo que menos estorba. Entonces la forma era ponerle la pensión y él se desaparecía, y dicho y hecho. Este año les mandó 7 mil pesos después de que se nos quemó la casa y nada más.

La casa me la quemaron este año, el 30 de abril. Fue mano criminal. Hubo tres focos de incendio: en los dos cuartos y en la sala. Hay un muchacho detenido que dijo que a él le habían pagado 300 mil pesos, a él y el otro compañero, por quemar mi casa. En eso está, buscando al otro compañero para que *caiga* el que pagó.

Pero ahí poco a poco nos hemos ido levantando; hemos ido saliendo poquito a poco. Como yo les digo a mis hijos: "Ya no tenemos nada que perder"; cuando se nos quemó la casa yo les decía: "No tenemos nada que perder"; porque al otro de mis hijos, el mayor, sí se le dio mucho la quemada de la casa. Mis hijos estaban ahí; yo estaba en San Isidro con una de las maestras y me avisaron. Fue mucha impotencia porque de aquí a Pérez hay 45 minutos más o menos de bus, y yo llamaba y preguntaba por mis hijos. Estaba desesperada. Llamé a un señor de aquí y él fue a recogerme a San Isidro. Llegamos aquí; mi casa era nada, completamente nada. Cuando llegué me dice mi hijo, "Mami, no vaya. Lo perdimos todo." Le digo: "¿Cómo?" "Se quemó la casa." Y entonces le digo: "¿Cómo está usted?". Me dice: "Bien". "¿Y su hermano?" Me dice: "Bien." "Entonces nosotros no hemos perdido nada; mientras estemos nosotros tres, no hemos perdido nada, pérdida fuera que alguno de ustedes me le hubiera pasado algo..." Y le digo: "¿Y abuelito?" Me dice: "Abuelito está muy quemado, se lo llevaron para el hospital..." (Eso es lo que más se me dio) "...y abuela está bien." A mi papá en ese incendio se le quemó la mano y la cabecita; la impresión de ver al papá de uno con la cabeza en carne viva, es de las cosas que uno no puede olvidar...

Tuve la suerte de que conocí a tanta gente; mucha gente me conoció y me dieron mucha ayuda. El

IMAS fue de las instituciones que me ayudó con trastos y los colchones de los chiquillos. Después una asociación de mujeres en San Isidro también me ayudó. Ellos dieron unas leches y unas cositas, digamos, porque en medio de tanta tragedia, fueron más ángeles los que tuve. Las maestras –“mis chiquillas locas”, les digo yo– se portaron a la altura. Una de esas maestras fue la que llevó a mi papá hasta que se lo topó la ambulancia.

En eso se enfermó mi mamá. Entonces, fue enfrentar esta situación del incendio de la casa con la enfermedad de mi mamá. Mi mamá estaba en silla de ruedas porque ya no podía caminar; entonces, el mayor me la caminaba y si tenía que mudarla, la mudaba. Fue un apoyo inmensamente grande mis hijos son muy maduros.

Alquilé una casa aquí mismo, en el pueblo. El IMAS me ayudó; me daban para pagar el alquiler por tres meses, pero la muchacha me dice: “Yo le voy a rebajar el alquiler”. Entonces yo me organicé y la plata que el IMAS me dio, alcanza hasta diciembre.

En este tiempo nació mi bebe; yo no sabía que estaba embarazada. A mí me empezó a crecer un poquillo la panza, pero no me dio nada... Fui y me hice exámenes y en los exámenes no salió embarazo; vine donde la doctora que me había tratado de cáncer; entonces la doctora me decía: “Cecilia, puede ser que le volviera el cáncer; es una posibilidad...” Y me hicieron ultrasonidos y no salió nada; no era embarazo; no se sabía... Estaba en control porque mi estómago había crecido... Mi peso siempre andado en 48 y subí a 54 kilos y nada más. Entonces me dijo la doctora, “Si es embarazo, está para nacer en diciembre”.

Me di cuenta del embarazo cuando fui a mejorarme porque no sentía mareos; a mí no me dio vómitos; yo venía de cuidar a mi mamá y yo iba a ordeñar y yo amarraba al ternero, y yo jalaba leña y yo picaba leña. Tenía programado un TAC para el 13 de noviembre y mi hija nació el 9 de noviembre. El día que me fui, salí como a las 4:30 y llegué al hospital como a las 5... Mientras me revisaron y me subieron; mi bebé nació. Nació a las 7:15 de la mañana y yo salí del hospital hasta el otro día. Me interné un jueves y el viernes a las 11 de la mañana salí con mi bebé. Me vine en bus de 11 y media; llegué a barrer, a limpiar y fue como si no hubiera tenido bebé.

Ahora mi papá me dice que me pase a donde él porque estar uno pagando alquiler y él aquí solito... Ya él es muy mayor y tampoco soy como de dejarlo; siento que los tesoros de nosotros son los abuelitos. Entonces, seguro me toca pasarme para donde él. Me he ido trayendo la ropilla de los chiquillos y las cosillas que uno va usando más a diario.

Cristo Rey es un pueblo muy sencillo, muy tranquilo. Está la escuela, está el EBAIS, hay un Comité de Desarrollo que ahora está pulseando para sacar un salón comunal, y hay una cocinita a la orilla del salón. No hay CEN-CINAI. El más cercano está en San Pedro; tendría uno que llevar al chiquito 11 kilómetros manoteando en la carretera; eso sería muy difícil. Cada parcela aquí tiene su dueño; hay personas que se dedican a trabajar con ganado; siembran; hay unos que tienen café. Ahora está volviendo el café porque aquí no había un recibidor y muchos tuvieron que quitar los cafetales. El pueblo cayó mucho porque ya no había café; entonces, no había trabajo. Cuando hay tiempo de café, entonces todo mundo está trabajando y todo mundo gana platita por un tiempo, y ahí uno se va acomodando. Este pueblo cayó mucho por eso.

Uno tiene que adaptarse a lo que tiene, tiene que acomodarse: qué le funciona y qué no le funciona, dice: y seguro por eso yo soy tal vez muy conformista, pero yo me adapto a lo que tengo... Uno se adapta, y yo con lo poquito que tenga estoy contenta. Viendo a mis hijos sanitos, estoy contenta. Uno es así; yo digo que el campo y la ciudad son muy diferentes, demasiado diferentes. En el campo la gente es más más simple o más humanitaria o más sencilla... No es que la gente de ciudad sea mala, es que en el campo usted llega a un pueblo y todo mundo conoce a todo mundo, todo mundo

le hace un favor a alguien y alguien se lo hace a usted y en eso va...

“Esto es una balanza: a veces bonito, a veces feo, y este es el trayecto de la vida: ser realista”

Felipe Acuña Víctor

El Jobo de La Cruz, Guanacaste

Mi nombre es Felipe Acuña Víctor; mi papá era nicaragüense y vino a trabajar aquí, pues estaban en constante roce entre la gente de aquí y la gente de Nicaragua; y como en ese tiempo de Somoza todo era *pura vida*, él tenía finca, tenía ganado por el lado de Rivas; según me cuentan, era un hombre allegado a Somoza. Allá tengo montones de familia; no los conocí; ni a mi abuela conocí; a mi abuelo sí porque vivía aquí, pero al otro resto de gente no. Mi mamá es tica.

Mi papá se robó, como dicen vulgarmente, a mi mamá; se la llevó para Nicaragua y ahí mi mamá nos tuvo a los tres: al mayor, un varón; después una mujer; y el tercero soy yo, que nací en 1964. Al parecer, el señor era muy mujeriego; tuvo una bronca por una mujer ajena, y el *carajo* lo agarró por detrás, le quitó la cabeza y lo hizo *picadillo*, dijo la policía...

Entonces mi mamá, como vio la cosa así, decidió regresarse; se vino para acá. Mi hermana tenía dos años y yo tenía ocho meses de nacido cuando mi mamá se volvió. Acá estaban mi abuela, mi abuelo y todos mis tíos; y después ella se volvió a juntar con el hombre que fue nuestro papá porque él fue el que nos crio. A él mi mamá le tuvo tres hijos más: dos varones y una mujer. El mayor de la parte mía no se crio con nosotros; se crio en Limón; entonces, éramos cinco –Magdalena; Felipe; después Abraham; Antonio; después Sonia, la menor.

Regresamos a vivir en Bello Horizonte por un tiempo; después, mis papás hallaron una finca para cuidar por el lado de Bolaños. Era una finca grande, como 500 cabezas de ganado. Allá nos la *tirábamos* bien: se hacía queso, tomábamos lechita a la par de la vaca, había frutas, había naranjas, había limón dulce, había anonas, había de todo. En la mañana había que ir a recoger el ganado, ordeñar; después del mediodía, a las 2, había que ir a recogerlo, encerrar los terneros y soltar las vacas.

Cuando estábamos en Bello Horizonte íbamos a la escuela, pero allá a la finca donde nos fuimos nos tocaban como cinco kilómetros, quizás más, y mi mamá nos aliñaba almuerzo, pero era tan largo que nosotros nos veníamos jugando en el camino, y a lo último nos agarraba la tarde y no íbamos a la escuela, nos comíamos la comida y nos regresábamos. Casi todo ese año nos lo *tiramos* sin recibir lecciones; yo ya tenía ocho años, creo, y ya sabía ordeñar, ya podía *chapear* maíz, ya podía ir a traer leña, ir a traer agua, arrear el ganado...

Después se oyó de las tierras que había aquí en El Jobo, que eran del gobierno, pero como el presidente era amiguísimo de Luis Morice, le dio como un arrendamiento. Entonces él metía ganado y todo. La gente se dio cuenta de que esto no era de él y necesitaba tierras para cultivar y hacer sus casas y tener sus cosas propias; entonces, comenzaron a meterse. Cuando mi *tata* se dio cuenta, también se vino para acá. Eran 19 colonos que venían de La Cruz, de Bello Horizonte y gente de aquí de la zona. Venían con las familias, así como el viejo Oeste, con todas las maletas, a ubicarse, a soportar penurias y lo que fuera. Mi mamá se quedó allá en la finca; después, a los días, mi hermanillo Abraham me trajo.

Las casas aquí en El Jobo las construyeron los colonos con zacate de guinea que llaman; con este forraban el techo, como indígenas; y las paredes forradas con cáscaras de árbol, tipo tabanco; un solo cuartón abajo y arriba con *varas*. Ahí dormíamos. Estuvimos como dos meses con mi papá,

solos, y una muchacha de otro compañero de mi papá que nos hacía la comida. Nosotros solamente acompañábamos a mi *tata* porque solo los mayores trabajaban; los *carajillos* no. A una tía mía la fuimos a traer en carreta con ese montón de cosas; llegaron como a las once de la noche. Mi mamá quedó allá porque estaba embarazada de mi hermanilla; cuando se mejora, al día de mejorada, se vino y durmieron en la playa, y al siguiente día llegaron.

Antes de que nosotros entráramos, hubo mucha gente que fue presa a Liberia; estuvieron presos por meterse en tierras ajenas. Morice peleó esto hasta decir basta; peleó contra Rodrigo Ureña y Francisco Lemus Chanclas. Pero yo calculo que tampoco hubiera ganado porque usted no puede ganar con algo que no le pertenece. Si él hubiera tenido escrituras, saca a esa gente, pero no las tenía; legalmente, las tierras no eran de él, y después *se jaló la torta* de matar a Gil Tablada.

Gil Tablada era el que le traía información a la gente; traía provisiones, pero no con la intención de agarrar él derechos ni nada, por eso Morice tenía problemas con él. Había un camino, pero lo utilizaba solo Morice porque los portones estaban con llave y no se podía pasar; había que esperar que las mareas estuvieran bajas y viajar por la playa. Esa vez, Morice lo encontró y lo paró. Gil caminaba armado también, pero Luis no le dio tiempo; Gil se estaba bajando del caballo, cuando él lo tiró.

A Gil Tablada lo mataron en el 71, dos años después de que nosotros entramos porque el esposo de mi tía andaba con Gil; él llegó con la ropa rota, desgarrado y chollado; la yegua la dejó botada. Él dio la información en la casa donde estábamos nosotros, donde la tía, de que Morice había matado a Gil. El cuerpo lo recogieron y se lo llevaron para La Cruz (porque él era de La Cruz), pero la gente indagó, y más o menos sacaron la versión de cómo se habían encontrado y cómo se habían enfrentado.

Los colonos formaron una cooperativa de agricultores, de esas que había en tiempos del ITCO. Se sembraba arroz en La Rajada, frijoles, trigo, de todo porque estas tierras son muy fértiles para agricultura, lo que pasa es que antes llovía bastante, entonces no había problema. Después se metió ganado, se metieron caballos; hasta pangas para trabajar en el mar porque en ese tiempo nadie explotaba la pesca. Era suficiente con la agricultura: vendían el producto, se repartían y todo andaba bien.

La idea de ellos era trabajar en conjunto. La cooperativa es crecimiento, desarrollo, siempre y cuando todo marche a la perfección. Al principio, lo que se cosechaba aquí era para consumo. Después ya hicieron una directiva y tenían un gerente; llevaban un libro de actas y tenían organizado lo que vendían de la producción. Compraban cosas que necesitaban: tomacorrientes, bombillos y cable para el mantenimiento de la planta eléctrica. Los apoyaban el IMAS y el ITCO —el ITCO el principal—, pero el IMAS en lo que era comida, víveres. Llegaban en carro y traían arroz, frijoles, café, avena, unas cajas de galletas selladas, un aceite chino y hasta chocolates.

Cuando nosotros llegamos, aquí había el montón de cerros de albardas de cusuco. Dicen que los cusucos llegaban a las casas y la gente comía mucho cusuco, entonces ahí ajustaba. Iguana también, bastante; y huevos de tortuga salía mucho. Todo lo que ellos cazaban era compartido; si un pedacito de carne agarraban, un pedacito agarraban todos parejo; había mucho compañerismo. También íbamos a la playa a recolectar conchas, a recolectar almejas para hacer sopa, arroces con almejas, pero no era la dedicación abierta, digamos, de entregarse a un comercio; era recolectar conchas para hacer el ajuste. Comíamos res del vecino; si se le robaba un animal a Morice, lo mataban entre todos, lo pelaban, enterraban los cueros y se repartían la carne.

Después, como en el año 74, se hizo otro cuadrante. Ahí las casas eran de Ricalit y el forro era de cáscaras; las casa reducidas, pegadas, como a medio metro una de otra; así el cuadrantillo en el

centro. Allá no había luz; teníamos un motor. Después se comenzó a sacar la madera para hacer las casas. Se hicieron 18 aquí y una en Manzanillo porque había una familia muy problemática, entonces lo que hicieron fue reunirse, y “Bueno, a este señor lo vamos a ubicar ahí en Manzanillo porque mucho problema”. Lo ubicaron allá y ya en el 75 nosotros estábamos aquí mismo.

El cuadrante estaba dividido en dos partes. En el medio había un pozo grande donde había un molino; por ahí vivíamos nosotros. La gente siempre tenía que ir a recolectar el agua ahí; entonces, todas las familias, las de ese lado y las de este lado, se juntaban ahí, y ahí se veía uno con los *carajillos*; ahí hacía amistades.

Durante el día nos ocupábamos principalmente en las tareas de la casa: “Bueno, papito, usted va a ir a traer agua, usted va ir a traer leña.” Nada que ver con la juventud de ahora; si teníamos cultivo había que ir a *chapear* el maíz, los frijoles; ayudar a botar monte para la próxima siembra, y después, bueno, aquí todavía no había escuela; entonces, nos daban lecciones en alguna casa; venía un maestro de afuera. Mis estudios los terminé aquí; saqué mi diploma de sexto; al colegio no fui. Y después, jugar: jugábamos de vaqueros con unos bejuquillos que había que picaban las manos; no se soportaban las manos; o si no, íbamos a la montaña y nos colgábamos de un bejuco y jugábamos de Tarzán; o trepábamos entre todos una llanta grande ahí por el río; tiro y tiro cada uno se metía en la llanta y lo tiraban; allá iba a caer, como a 300, 400 metros... Esos era los juegos: eran decentes; nos poníamos a jugar con las *güilas* ese juego de la cebollita, “mirón, mirón”, o “Doña Ana”; ya eso no se ve; eran travesuras de niño. Entonces, el castigo era normal; uno lo entendía, uno sabía por qué, sabía que había hecho algo que no estaba bien, entonces tenía derecho a ser castigado por desobediencia más que todo, y uno después lo agradece.

La vida de las mujeres era ocuparse de la casa, lavar la ropa, ir a traer agua, limpiar la casa; eran fogoncitos de leña para preparar la comida. Como la playa nos quedaba cerca, a veces íbamos a la playa; todo mundo salía en familia y allá en la playa todos se juntaban; se compartía la comida y ya se hacía un vacilón con esos tocadisquillos que había antes, y la gente bailaba en el puro suelo.

Cuando formaron la cooperativa, los colonos hicieron cláusulas de que el campesino que se enfermara tenía derecho a ganarse su salario y disfrutar su vida. Todos trabajaban hombro a hombro, pero con esas cláusulas empezaron unos a enfermarse, otros a trabajar, y ya la yunta no fue jalando parejo. La gente comenzó con inconformidad y entonces decidieron que mejor parcelaran, que cada cual trabajara su tierra si quería trabajar, y el que no, no, y así nadie iba a vivir de los demás.

En el 74 se parceló; a cada parcelero le quedaron más o menos 40 manzanas; se repartió el ganado, se repartió todo lo que había, cada cual su partecita, y a mi papá le tocó una parte. En la parcela de nosotros sembrábamos maíz, sembrábamos frijoles, sembrábamos sandía, yuca, *cuadrados*...

Después de que se repartió el ganado y la gente quedó con su parcelita, vino una institución, INFOCOOP, y dieron la ayuda de comprar equipos de pesca, bote, motor y trasmallo. Entonces yo comencé a pescar, a trasmallar. Había tiburón cualquier cantidad; los trasmallos eran de hilo, no de plástico; eran más pesados. Con la panguita que tuvo la cooperativa al inicio, iban a pescar y sacaban los tiburones, pero tiburones enormes, y la gente lo que hacía era que los fileteaba, sacaban chuletas y lo salaban y lo tiraban al sol porque no había hielo, no había hieleras, no había neveras, no había absolutamente nada en ese tiempo. Pescadito que usted llevaba, lo consumía, nada más. Y no había que guardar nada. O lo rajaban como bacalao para secarlo y así era que se conservaba.

Tenía como once años cuando naufragué. A las 5 de la mañana nos íbamos a recoger el trasmallo en una panga con mi papá y con otro señor de Cuajiniquil. Entonces vino una ola y la chupó; se vino otra y nos llenó a la mitad de agua. Quedamos haciendo balance y se vino la otra ola y dimos un

volantín. De las cinco de la mañana a las cinco de la tarde nos arrastró el mar; fuimos mar afuera... Y como cinco ballenas a la par de nosotros y el agua fría. Cada ola que pasaba, yo caía al agua, iba morado. De ahí nos rescató una gente de Cuajiniquil; duraron como tres horas hasta el refugio de Playa Blanca. Ahí nos dieron café caliente y yo dije: "Aquí no vuelvo al mar nunca más." A los tres días estaba otra vez de regreso a la pesca.

Mi hermano tiene su bote y su equipo; yo no. No, uno siempre ha trabajado; el que no tiene bote pues se arrima ahí, como peón, a trabajar. La pesca es un trabajo que sale de vez en cuando y uno lo tiene que combinar con otras cosas. Nunca he opinado de tener algo así, que me estabilice la vida, que me amarre, no... Yo he tenido una mentalidad independiente, más bien aquí me he quedado mucho tiempo, pero la mentalidad mía es de que si mañana, si Dios quiere y me dio ganas de irme para otro lado, yo me voy...

Yo era un muchacho como de catorce años, todavía dependiente de los padres, cuando mi *mama* y mi *tata* se separaron. Mi *tata* jaló; la parcela le quedó a mi mami; ella se enroló con otro señor, con un señor comprometido, ajeno, y resulta que la parcela se la vendió a ese señor, en aquel tiempo, en 170 mil colones. El señor se la pagó a mi mamá tipo polaco, con cuajadas, con esto, con lo otro... Ahí le iba dando pellizquitos, poquititos. Nosotros no podíamos intervenir; mi papá se fue porque pensó que no tenía el apoyo de nosotros, pero claro que nosotros lo apoyábamos porque sabíamos que lo que la señora estaba haciendo era indebido y si había que dar apoyo, estábamos del lado de él. Nosotros no lo asimilamos; ninguno lo asimiló. Pero, como dice el dicho, "una cosa piensa el burro y otra el que lo va jalando." Así quedamos solo con este lote; y, entonces, aquí mi mama le dio a mi hermanillo, la otra parte a mi hermanilla y el otro pedazo le queda a ella.

La guerra en Nicaragua se vivió aquí intensamente. En Conventillos, por la frontera, los aviones daban vuelta y bombardeaban; mataban; era un desastre. La gente se venía huyendo en galones de plástico y los hallaban pegados en las boyas de los trasmallos; se los traía la gente. Por aquí pasaban montones porque para ayudarles uno los traía, son seres humanos. Incluso en La Cruz tenían refugios y los mandaban para otros lados; por esas guerras es que estamos atestados de *paisas*. En el 79, ya con los sandinistas, nos agarraron pescando en aguas nicas y nos llevaron presos a Nicaragua. Esa vez éramos 29 personas; no nos maltrataron y a los dos días nos soltaron.

Yo no aspiraba a estudio, a preparación; simplemente, era trabajar y trabajar. A los 17 ya caminaba en la calle, bailando, fregando de aquí para allá. Para los bailes era salir a La Cruz; se salía a La Cruz en carro de cajón, como camioncillos, pagando pasaje. También fui futbolista. Jugaba con las personas mayores y era de los más *carajillos*. De 11 años ya jugaba en campeonatos; pero otros *carajillos* de mi edad ni soñaban con eso. Fui uno de los mejorcitos de aquí y anduve por todo lado; me compraba mis tacos, me pagaba mis transportes. El fútbol se mezclaba con los bailes porque si había baile, había fiesta en algún lado; entonces, se quedaba uno de una vez en un lugar aledaño. Después nos veníamos y al siguiente día ir a recoger trasmallos a las 4 de la mañana...

Pero me puse un alto; me dije: "Bueno, a los veintidós o me junto o me caso; pero me formalizo." Y así fue. Aquí mismo, con una mujer de aquí del pueblo, yo la visitaba mucho y comenzamos a tener roce, entendimiento, pero ella era mayor que yo. Entonces ella me decía que no, que no sé qué, que no sé cuánto y "Está bien, si usted no quiere nada conmigo yo me jalo, me voy..." Así fue. Me fui para Limón; ella se quedó dolida porque no quería ceder. Me fui a Limón por necesidad de abrirme camino porque "si esa mujer no quiere nada conmigo, entonces ¿qué hago aquí? Me voy. Voy a aventurar. Voy a conocer otros lugares..." Estuve una temporada trabajando en Limón, un año más o menos. Anduve con mi papá en Peshurst y anduve en Puerto Viejo. Después estuve con un tío en Barrio Quinto; después en Liverpool; estuve en Blanco; estuve en Kingston; la Victoria; todo eso *chapeando, volando* machete. Mucha gente de aquí viajó al Valle de La Estrella; casi todo el mundo

le hablaba del Valle, la fama del Valle, Finca 1, Finca 2, finca no sé qué; yo no, yo me quedé Peshurst y Puerto Viejo. Los tíos se fueron y se quedaron allá; ellos tienen su terrenito, su casa, su trabajo; todos sus hijos nacieron allá: allá se criaron. Uno vive por Sandoval, por la cárcel; el otro vive adentro, en Blanco...

Después regresé de Limón, volví a El Jobo; volví a lo mismo y reconquisté a la mujer; ya no se quitó, ya me dijo que sí. Pero el hombre venía con sangre en el ojo; venía con otra intención de estar con ella y jalar porque yo decía: "Me desquito, nada más." Me junté con esta mujer, que fue la primera que me tuvo un hijo. Con ella, en el 86, nació el *carajillo*, el mayor. O sea, la venganza se quedó vengada...

Tres años después, estando con ella casi juntos, me junté con otra mujer. Ella era maestra y vino a dar lecciones aquí; vivía donde una tía mía, alquilaba; entonces, por ahí el hombre comenzó... Era muy linda, macha, de ojos azules. Yo me la saqué de la casa donde estaba. Cuando ella salió embarazada, me detestaban hasta decir basta. Entonces, por medio de mi mami, yo le mandé a que pasara por la casa y ahí me la dejé. Me tocó ir a traer todas las cosas; fui y traje toda la ropa. Ella padecía de epilepsia; cuando estaba embarazada, le daba más seguido; a veces, se estaba alistando para ir a dar clases cuando le agarraba; a esa hora tenía yo que dejarla que se compusiera, terminarla de bañar, vestirla y preguntarle: "¿Qué? ¿Se siente bien?" "Sí", "Está bien, váyase." A ella la veían los médicos, doctores familiares, enfermeras; la cosa es que le decía yo: "Váyase para San José, para que esté más cerca de allá y la atiendan más rápido..." Y ella: "No, no, no..."

La cosa es que el día del parto (¿Cuándo había visto yo un parto?) estábamos acostados cuando me dice: "Felipe, se me reventó la fuente." "¿Qué?" le digo yo. Prendo el foco (porque a mí no me faltaba mi foquito) y veo ese montón de agua como sucia y salgo afuera, vomito y de una vez para atrás, y ya lloró la *güila*, ya nació la *güila*... Agarro a la *güila*, la limpio y llamo a un hermano mío y le digo: "¿Mae, qué?" Que esperara que saliera la placenta, pero no; no salió la placenta. Ya llamo a mi mami para ver cómo está la *vara*. La cosa es que se viene mi mami y comienza a sobarla y me hace la seña con los dedos de que son dos... "¿Que quééééé?" "Sí, hijo, son dos..." (A ella los médicos le habían hecho ultrasonido y no veían a la otra *güila* porque estaban de frente; solo un corazón que palpitaba.)

La primera nació como a las 2 de la mañana, y nosotros esperando y esperando, y nada, "El tiro aquí es sacarla". Trabajábamos con un *carajo* que sacaba el producto en un camión, y le digo al *carajo*: "Mirá, la señora mía así, así, así; necesito que me la saqués", "Está bien". Semidesnuda, la cabeza de ella en las piernas del *mae*, yo al otro lado con la otra chiquita con el cordón umbilical pegado, nos vamos para La Cruz. La cosa es que por la trepada me dice ella: "Felipe", me dice: "Viene la otra". Entonces, le digo al *mae*: "Mae, pará, huevón; ya va a nacer la otra." Y ese *carajo* era negro, como que tenía betún cuando le han dado brillo. Y dice: "¡Mae, mae, huevón hacéle algo!" "¡Mae, tranquilo!", le digo. Entonces agarro a la niña, la pongo en la panza de ella y ¡pa!, nace la otra; nace muerta... Tenía que nacer primero; entonces, lo que hizo fue que le dio tres vueltas el cordón umbilical; venía ahorcada. Entonces vine yo, se lo quité y la *tiré* para arriba y reviví a la *güila*... Cuando llegamos a La Cruz, a la clínica, las examinaron: una pesó dos libras y media; la otra, dos libras y cuarto. Nos mandan para Liberia, yo tenía mil colones y la ropa de ella; pero esa ropa había quedado sucia... La llevamos y ese mismo día le dan la salida, y yo no llevo plata ni para pagar un taxi... Ella agarrada de mí, a pie desde el hospital hasta la parada, y yo con una *güila* de cada brazo y la gente en el hospital como si vieran las primeras gemelas del mundo. (Mis hijas son machas, pero de ojos negros, y el hijo mío es blanco con ojos azules porque aquí, en la familia de nosotros, hay blancos "gatos"; es como con un gallo pinto, unos blancos, otros negros y ahí va la *vara*...)

Con las *güilas* fue duro porque si no son enfermizas al inicio, después, cuando son mayores... Se me

enfermaba una, se componía; caía la otra. Así hasta que las curamos. En ese tiempo se gastaron como 250 mil pesos.

Los papás de ella tenían un terrenito en Santa Bárbara de Santa Cruz; entonces, nos fuimos para ahí. Ahí estuvimos una temporada; el señor tenía gallinas, tenía ovejas, tenía una finquita, un terrenito como de unas tres hectáreas. Yo me levantaba en la mañanita a limpiar el patio, a darles de comer a las gallinas, a hacer las compras, a arreglar cosas...

Hasta que mi suegra habló con un hermano de ella, don Carlos Guido Gámez, que era gerente de una finca bananera en Cariari de Pococí, y don Carlos decidió darme *chamba*. Entonces brincamos de Santa Bárbara a San José. Ella se quedó en San José, donde las hermanas, en los Hatillos; y yo jalé para Cariari. Estamos hablando del 92; yo tenía 28 años, más o menos.

En Cariari no conocía a nadie; llegué a hacer amistades. Comencé a trabajar en mantenimiento, en pintura, en cosas así, hasta las 2 de la tarde. Después hacía contratos de pintura; ganaba un poco más, una temporada. Después me *tiré* al campo: comencé en el campo, como carrero, a jalar bananos, porque eso era por contrato: entre más fruta metía uno, más ganaba. Nosotros entrábamos a las 5 de la mañana y salíamos a las 5 de la tarde, y de ahí íbamos a jugar fútbol.

El fútbol es lo más lindo para mí. Me llega, lo viví, lo disfruté y lo hice bien, gracias a Dios. Jugaba de delantero izquierdo, central, o cualquier puesto adelante, siempre rompiendo mallas, batiendo los mejores porteros, que era mi felicidad. Fui llamado aquí, a la selección de La Cruz, como tres veces. Cuando estaba en Pococí me llamaban a campeonatos de tercera; ¿pero quién iba a viajar de Cariari a aquí? Tenía que salir a las cinco de la tarde el sábado y tenía que viajar el sábado. ¿A qué horas estaba llegando? Jugar el domingo e irme el mismo domingo para trabajar el lunes... ¡Jamás, ni siendo un *robot*!

Yo trabajaba; además, tenía contratos por el mantenimiento de los *baches* y le mandaba plata suficiente a la mujer. Entonces me decía el gerente, el tío de ella: "No le mande mucha plata, Felipe porque cuando gane menos, va a haber problemas..." "No, don Carlos", le decía yo, y le mandaba. Ya después yo me hacía mis fiestines solito, y la plata se la enviaba o se la iba a dejar los fines de semana a San José.

Cuando comencé a ganar poco, comenzó el problema: la señora brincaba y ya, a lo último, comenzó la relación a decaer; ya llegaba los fines de semana y la señora indispuesta; era una marqueta de hielo; más que se había operado; entonces, yo me sentía fatal... Entonces yo llegaba los fines de semana y le decía "Bueno, hagamos una cosa: báñeme a las niñas, me las baña, me las viste..." Me las llevaba para la calle hasta la tarde; ya las dejaba ahí, ya me iba para mi trabajo domingo en la tarde. A lo último, ya el hombre casi no llamaba, ya no iba y mandaba la plata por transferencia...

Un día decidí no mandársela, "Vamos a ver hasta dónde va a llegar", y sí, de una vez corrió ella y me mandó un embargo de salario, y cae de una vez el embargo de salario donde el tío de ella. Llego yo al trabajo un viernes y me dice: "Felipe, venga acá." "Ajá, ¿qué pasó?" "¿Se acuerda lo que le dije?" "¿De qué, don Carlos?" "De que no le mandara mucha plata a mi sobrina porque iba a parar en esto: aquí hay un embargo de salario..." Entonces yo tenía un ahorrito en la asociación solidarista y ya vino el hombre y me liquidó. Al final me pegó la pensión, me prohibió ir a ver a las *güilas* o que llamara. Nunca pagué pensión porque yo hice un escrito, lo llevé a un abogado; yo le dije a ella que yo no negaba a mis hijas, pero que si tanto le estorbaban, que me las diera; yo me las traía y yo me hacía cargo de ellas.

Y ahí, con los compañeros que tenía, que eran casi como hermanos (ahí se compartía el betún, el cepillo, la pasta de dientes, el palo de piso, la escoba...) ya les digo que me voy y me dedican un partido para la despedida. Cuatro años estuve en Cariari de Pococí. A El Jobo vine muy poco: tres

veces en cuatro años. Salí como ladrón: en la noche, como a las 4 de la mañana; alineé todas mis cosas y *jalé*; me fui a Guácimo donde estaban mi hermano y mi primo, y ahí trabajé como 22 días todavía.

Regresé y me junté otra vez con la mamá del primero, con la que estaba seis, siete años atrás. La señora vivía en La Cruz; ellos tenían un lotecito donde la otra hermana, entre dos casas; entonces, ahí mismo nos quedamos, ahí vivíamos juntos. Ahí viví muchos años; ahí estudió mi hijo desde pre-kínder hasta el colegio. Vivía muy bien en La Cruz; trabajaba en pintura, hacía contratos de pintura, salía de un contrato, caía otro y la gente me quería mucho; yo llegaba como quien llegaba a mi casa, me daban comida, me daban fresco. Yo tranquilo, les cobraba favorable, les hacía los presupuestos... Hacía un contrato de pintura en 70 mil pesos y lo sacaba en dos días; si contrataba la casa entera, la *cuadraba* a ver cuántos metros, y bueno, vale tanto y lo saco en tantos días. Y me ponía un salario y lo que me quedaba era ganancia. Me la *tiraba* rico. También trabajé en construcción. Yo le hacía a cada cosa: pegar cerámica, chorrear pisos, pegar block, enmasillar. Una casa de madera yo la *cuadro* bien, y en block un poco, pero ya no estoy para esos andares. Conforme uno va avanzando, tiene que buscar la forma más fácil de sobrevivir; no me voy a poner a esta edad a hacer lo que hacía a los veintitrés años, aunque dicen que a los viejitos nos quedan nada más que los resabios.

Ahora estoy retirado del fútbol por las enfermedades, pero siempre tengo mis tacos y hacemos partidos con veteranos. Cuando estaba en La Cruz, andábamos por todas partes con los veteranos de Peñas Blancas; —esos tiene carro y todo—, y era ese carnaval porque si perdíamos, tomábamos; si ganábamos, tomábamos... Andábamos en Santa Cruz; andábamos en Nicoya, en Bagaces, en Liberia, por todo lado. Lo más lindo es la convivencia porque esa gente nos recibía con todas las de la ley, y si venían ellos a Peñas Blancas, nosotros igual: su comida, sus cervezas, el que tomaba fresco, y todo *pura vida*...

Después, a la señora mía el papá le dio un lote con una casita aquí en El Jobo, por donde estaba la entrada de Eco Playa. Entonces vinimos y mejoramos la casita, la agrandé y criamos gallinas, cerdos; teníamos perros...

Todavía aquí vine a pintar. Los mejores contratos los agarré aquí. Aquí pinté la escuela, pinté el *play* y con la gringa de la escuela un contrato más caro. Después está la pesca: en la noche, en el día... Porque cuando la pesca está buena, también gana uno. Y cuando la bucería está buena, también. En tiempos de invierno entra aquí la langosta migratoria. La langosta pequeña ahora vale 5 mil; yo me iba a las cinco de la mañana y a las 8:30 o 9:00 estaba aquí con 5 kilos de langosta; eran 25 mil colones y todo el día libre, tranquilito.

El pescador jobeño se ha acostumbrado a trabajar por sí mismo para no depender de nadie. Aquí nadie le aguanta nada a nadie: usted tiene su equipo de buceo, usted tiene sus trasmallos, usted tiene su panga, o si no, se engancha en otra panga, y si quiere ir a pescar va, y si no, no va; nadie lo manda. Aquí la gente es independiente. ¿Le grita un viejo a uno? “No, vaya *jalando*, vaya a gritarle a su madre. ¿Por qué tiene que gritarme a mí? Ni usted es más que yo ni yo más que usted. Como yo necesito de su trabajo, usted necesita también de mí...” Trabajé en el hotel *Three Corners*, al inicio, nueve meses, con un italiano. ¡Ay, qué *hijueputa*, cómo trataba a la gente!

Aquí nadie sabía cómo se comía eso del turismo. Últimamente han venido gringos, holandeses, gente inversionista de todas partes del mundo. Incluso se dan unos campeonatos de *surfing* en el verano. Viene mucha gente de afuera, vienen mochileros, y ahora con el nuevo hotel Dreams Las Mareas, también gente de otros países. Ese hotel que apenas está abriendo, van a ser 450 habitaciones y está previsto para 1400 o 1500 empleados hijos. Mucha gente dice: “Ah, ¿nosotros qué tenemos que ver con eso?” No, los turistas vienen a su hotel, pero no van a venir a encerrarse; vienen a conocer la cultura, a conocer el tipo de comida que tenemos, la artesanía; todo eso se va

a vender. Hay que tener paciencia y saber entrar. Uno piensa de todo; piensa que el desarrollo es bueno; nosotros lo que pensamos principalmente es en el beneficio del pueblo, desarrollo-beneficio... Porque es inevitable: aunque queramos parar el desarrollo, no lo vamos a hacer nunca, jamás... Entonces tenemos que buscarle el lado amable, el beneficio, y eso es lo que hay que luchar, pues si nos ponemos en contra nos ahogamos. ¿Y de qué forma podemos hacerlo? Capacitarnos, llamando a alguien que esté más al tanto de la situación y preguntar: "Mirá, ¿qué es tal cosa?, ¿en qué nos beneficia?, ¿en qué no nos beneficia?, ¿cómo tenemos que protegernos?, ¿qué tenemos que hacer?" No podemos decir que vamos a vivir un cuento de hadas, no. Esto es una balanza: a veces bonito, a veces feo, a veces no lo queremos aceptar, pero tiene que ser... Y este es el trayecto de la vida: ser realista.

Acá en El Jobo hemos sido beneficiados con cualquier cantidad de cursos del INA y a la gente no le interesa. Después se van a lamentar porque en lo que usted trabaje aquí, va a tener que saber el inglés, aunque sea por lo menos para rozarse con aquellas personas. Yo he sacado cursos de mecánica y mantenimiento; tengo un curso de pesca deportiva costera; tengo un curso de manejo de vehículos acuáticos; había sacado un curso en La Cruz de primeros auxilios, y así en lo que puedo. Estuve en un curso de inglés, pero ese lo dejé porque no había platita, y ahí tres, cuatro lecciones que usted pierda, ya está atrasado... Pero sí, me interesa mucho el inglés. Aquí han dado muchos cursos.

Después comenzó un problema con mi hijo. Tuvimos roces y decidí salir de la casa. Mi hijo vive en la casita esa y trabaja en el hotel nuevo, creo que en mantenimiento, como amo de llaves, algo así. Tuvo oportunidad de trabajar en el aeropuerto, pero se vino para acá y se enamoró y dejó los estudios... No sacó el título; nada más le hacen falta dos exámenes.

Tengo como siete, ocho años de vivir solo; solamente para mí. Al principio, vivía en la casita que tenía mi mamá, que era de madera, pero la desbarataron. Por el momento, como estoy enfermo, duermo donde un hermano y como donde una tía, y ahí voy. ¿Cuál es la base principal? Pagar la comida de uno, después estar al día con las cosas personales de uno, su pasta de dientes, su cepillo, su jabón, su colonia, su desodorante, sus cosas personales, su ropita limpia... Ahí comienzo yo a ser responsable, pero si no hago eso, estoy perdido. Después de que me cure, si Dios quiere, voy a ver de qué forma hago un cuartito ahí al lado atrás, en un pedazo donde mi mamá, y a pasarme para ahí.

Estoy tratando de hacer las cosas lo mejor posible. Estoy en la asociación de desarrollo como fiscal y como vicepresidente de la Junta de Educación, en la escuela. Ahí tenemos el comedorcito, que la otra semana lo entregan, y después *caemos* a lo que es la sala de cómputo. Si salen bien las cosas a uno no le aplauden, y si salen mal, todo el mundo lo critica. Nada le pagan; pero si uno se pone en eso, nunca va a avanzar.

La gente piensa que ser un líder es estar en una asociación nada más de nombre, escrito en un cuaderno; no: es ser una persona activa, luchar, buscar palancas, buscar formas de que las cosas vengan... Hay instituciones grandes que tienen plata, pero no le van a venir a decir a usted: "Abra la bolsa que le voy a echar esto." El de la necesidad es uno; entonces, uno es el que tiene que tocar puertas, informarse: "Vea que tenemos la asociación de desarrollo, que tenemos un proyecto, que necesitamos ampliar el redondel, ¿qué nos pueden aportar ustedes, qué ofrecen, qué personal dan, quiénes son responsables?" "Nosotros tenemos aquí tal, tal y tal". Sí, claro que sí, vamos a ayudar..." ¡Pero hay que moverse, hay que ir a San José, hay que ir a Liberia!

Cuando nosotros comenzamos, en este pueblo teníamos un motorcito; se fregó el motor y pasaron un montón de años sin luz; cayeron muchas asociaciones de desarrollo; cayeron muchos integrantes. Después, ya la última, entramos otra gente y no teníamos acueducto; lo tuvimos: un

acueducto rural; no teníamos luz y no teníamos agua, tampoco teníamos teléfono. En término de un año metimos todo eso; vinieron aquí a inaugurar la luz la gente del ICE de San José...

Mi problema de salud vino de la pesca, de una hernia, una mala fuerza. Los vientos de aquí en noviembre son bravísimos. Para recoger trasmallos, aunque uno se ayude con el motor, siempre hay que hacer fuerzas... Esa hernia siempre me molestaba; se me bajaba al testículo; se me inflaba y se me ponía durísimo. ¡Y aquellos dolores que tenía que salir al hospital! En el hospital le ponen suero, le ponen una inyección para el dolor y va para atrás. Y así cada temporada. A lo último ya no se pudo más y me enviaron a Liberia para la operación, pero tampoco hubo mucho cuidado o me dejaron mal, y entonces me volví a fregar. Duré ocho meses y no me restablecía; me costaba defecar: solo cuando tenía diarrea porque supuestamente se me había envuelto una tripa... La comida se me infeccionaba, tenía que vomitar, y aquellos dolores. Cada tres días estaba allá. Entonces, a lo último, lo que hicieron fue *rajarme* de nuevo; de eso hace dos meses; pero ahora gracias a Dios ya defeco y como normal; lo que más me molesta son los cólicos, pero ya estoy bastante mejor... No estoy asegurado; ahí me están cobrando como dos millones y medio, cuatro millones, no sé cuánto... No estoy asegurado, pero tampoco me iban a dejar morir.

Aquí solo he recibido apoyo del IMAS. El programa consiste en un grupo de limpieza de las playas. Entonces nosotros hacemos grupos, recolectamos la basura, de aquí del parquecito, de las calles, de las playas y el IMAS nos daba un subsidio como cien mil colones por mes; algo se ayudaba uno. Eso empezó hace como dos años tal vez, por una temporada, por ocho meses y después cortaban (porque eso se da a nivel nacional, no solamente le ayudan a El Jobo, sino que le ayudan a nivel nacional; incluso, se da en las ciudades). En El Jobo al principio éramos 45; se fue reduciendo poco a poco; después quedamos como 35, que se redujeron a 10; quitaron 10 y ahora no se ha dado porque con el cambio de gobierno está suspendido el programa, pero sí quedó como aprobado para ocho meses más.

A la persona que en realidad lo merece y lo amerita, hay que ayudarle, y no vamos por el *argollismo* porque, al menos aquí, hubo proyectos donde se le ayudaba a gente que no se merecía; porque si el IMAS viene aquí a ayudarles a las personas que legalmente lo ameritan pues que se informen con la gente del lugar, y como miembros de la asociación de desarrollo uno les informa: "Mire, Fulano así y así..." "Vamos a hacerle el estudio a ver si lo aprueba o no lo aprueba". Pero, a veces, por *argolla*, a cualquier Fulanito que vive bien le dan más, y al otro nada.

Tenía más de 20 años de no ver a mis hijas porque yo las dejé de cuatro. Hace como tres años, una de las gemelas vino a verme porque yo siempre buscaba la forma. Mis hijas se prepararon, llegaron hasta los estudios secundarios, pero creo que tampoco terminaron la carrera; no terminaron. Una está juntada y tiene a su hija; la otra está trabajando, cuida a la mamá, pero usted sabe que en San José un trabajo fijo cuesta mucho. Trabajan en tiendas; son dependientes... A mi nieta la conozco por fotos. No nos comunicamos mucho. Lo que tiene que ser, es; y lo que no, que pase... Pueden ser muy mis hijas, las puedo querer mucho, pero si ellas no me buscan es porque no les interesa; entonces, yo tampoco me preocupo porque como dice el dicho: "¿Para qué me voy a morir para que otro viva?" No. En esta vida hay que ser realista; dijo un *carajo*, ¿para qué ser "hitrópico"? (es decir, hipócrita). Yo soy así: cariñoso, pero al mismo tiempo simple; si me tratan, trato; si no me tratan, me da lo mismo. Yo no me voy a preocupar porque el mundo se pare ahora o siga mañana.

Mi hijo trabaja en el hotel, gana bien y no es digno de decir: "Papi tome por lo menos estos cinco mil colones." Como digo yo: "Tranquilo: la vida de uno es una cadena; lo que hagas con tus padres, tus hijos lo harán con vos..." Porque yo no es que me muera de hambre, pero ahorita no tengo ni un cinco partido por la mitad. A veces busco almejas, se las vendo a una gente conocida; busco chuchecas, pianguas también; ya tengo a quién vendérselas. ¿Que no tengo para el teléfono? Voy,

una docena vale 2 mil colones; saco tres docenas, son seis mil pesos; "OK, ya saqué para la recarga, saqué para comerme un helado o para otra cosilla; tranquilo, ya tengo plata".

A veces pienso, cuando me componga, si Dios quiere, volver a retomar mi vida, hacer mi cuarto, acomodarme bien y después renunciar a la asociación de desarrollo, renunciar a la Junta de Educación y darme un tiempo libre, irme por lo menos una semana o 15 días a Limón... Estar con mis tíos allá unos días y después regresar; o si me gusta me quedo. No tengo nada que me retenga.

“MI SUEÑO ES SER UN BOXEADOR DE LA VIDA”

Larry Olivas Seas

Ciudadela La Carpio, La Uruca, San José

Mi nombre es Larry Olivas Seas. Nací en San Carlos, Ciudad Quesada, en 1994. Mis padres son nicaragüenses; mi papá es de León, pero mi mamá no tengo ni idea de dónde es. Mi mamá estaba casada en Los Chiles y allá nació mi hermano, que es un año mayor. Yo nací en el hospital más cercano, el de San Carlos. Mi mamá vivía para ese entonces con mis tíos, gente muy trabajadora que se ganaba la vida en agricultura. Ella les ayudaba. Son seis hermanos, creo, y de los seis, dos regresaron a Nicaragua y tres siguen allá. Mi abuelita vive en Upala; ella es como parte de la familia, aunque no viva con nosotros porque mi mamá siempre le ayuda con comidita y con diferentes cosas.

Cuando tenía como uno o dos años, mi mamá se vino a vivir aquí a La Carpio con mi papá. Mi papá era comerciante, vivía haciendo negocios, prácticamente era como polaco. Mi papá ya tenía comprado el lote aquí y fueron construyendo la casa poco a poco. Mi mamá siempre ha buscado la forma de sacarnos adelante a mi hermano y a mí. Ella trabajaba ayudándoles a limpiar la casa a otras gentes, en Heredia, Alajuela, en diferentes lugares...

Cuando éramos pequeños las calles no estaban construidas; cuando llovía nos poníamos a jugar con barro, a construir edificios, supuestamente. Jugábamos *escondido* en la noche; no nos pasaba nada. Por supuesto era muy peligroso el lugar, pero como éramos de aquí, la gente nos reconocía y nos hacía sentir que éramos de los mismos. Eso influyó mucho para que nosotros no tuviéramos ningún miedo de estar aquí, desde pequeños, con los amigos en la esquina.

Este sector de la ciudadela o del barrio se llama “la Pequeña Gran Ciudad”, pero no tengo ni la menor idea de dónde viene ese nombre. “La esquina” es donde todos nos vamos a encontrar en las tardes, las noches y los fines de semana, a tomarnos algo, a disfrutar como jóvenes; es como el centro de la Pequeña Gran Ciudad.

Entré al kínder en la escuela Finca La Caja, aquí en Carpio. Cuando llegué al kínder, como a todos, me entró pánico porque no quería quedarme solo porque pensaba que me iban hacer daño. Como era un poco tímido, no hablaba (porque al principio me cuesta mucho hablar y después más bien hablo demasiado) y nadie me hablaba, todos se apartaban. Cuando hacían la merienda compartida, me dejaban a un lado, solito en una esquina. Entonces decidí que a mí todos los compañeros me tenían que hablar, que iba a ser el popular del kínder. Un día decidí tramarles una jugada. Mi mamá me daba la merienda de la casa y tras de eso me daba 100 colones, que antes eran demasiado. Yo compraba muchas cosas. Hicieron la merienda compartida y nadie se hizo conmigo; entonces, les quité las meriendas, me las robé, prácticamente, y cuando llegamos del recreo, todos estaban llorando. Preguntaron qué se había hecho la merienda; pero yo también me puse a llorar diciendo que me habían robado el bolsito, pero; pero era mentira, todo el mundo sabía que había sido yo y entonces me decían que por favor las devolviera. Entonces yo les dije: “Les devuelvo las meriendas si todos me hablan; si comparten conmigo.” Esa fue la primera vez que tuve la experiencia de compartir con mis compañeros y después nos hicimos grandes amigos.

No me gustaba que me fueran a recoger al kínder. Me quería hacer sentir más grande en la casa; entonces, cuando mi mamá me iba a recoger, yo ya me había venido y ella me encontraba de camino. Ya después ella no me iba a traer y yo me venía solo.

En esa misma escuela hice primero y segundo grado. Considero que la educación pudo haber sido mejor porque si acaso eran tres horas por día, y uno no aprende mucho en tres horas. Creo que en ese entonces ni siquiera daban una segunda lengua, no daban Inglés ni Francés. Cuando llegué al colegio, me costó demasiado porque no era algo que yo hubiera visto antes. Creo que los horarios de la escuela son muy complicados y eso le afecta a uno en los hábitos del estudio porque uno se hace un poco más vago de solo ir tres horas a la escuela y pasar todo el día en la calle.

Después nos fuimos a vivir tres años a Upala (no era en Upala centro, sino por La Cruz, buscando frontera con Nicaragua.) La familia se fue a vivir allá porque mi hermano se estaba haciendo muy vago, estaba empezando a andar con pandillas. Él tenía diez años y yo nueve, aproximadamente. Mi mamá nos quería alejar del contexto, por eso, nos fuimos a vivir allá, pero resulta que allá él se puso peor. De mi tercer año de la escuela al quinto nos fuimos para allá.

El nivel educativo allá era peor todavía; entonces, yo allá era muy inteligente. Allá también hice mis amigos; disfruté demasiado. Mi papá trabajaba haciendo agricultura y mi mamá en esos entonces hizo una pulpería, así fue como sobrevivimos.

Cuando estaba allá, tuve una experiencia que no se me va a olvidar. Estaba en el patio de mi casa, viendo como un señor *chapeaba* con una moto guadaña, y en lo él que hizo un giro, le pegó a una piedra y la piedra me pegó en el ojo. Quedé enceguecido por lo menos un mes. En el hospital de Upala no había oftalmólogo –creo que así es como se llama- pero esa vez no había ambulancia para trasladarme de Upala a Puntarenas; entonces, me trasladaron en el carro que lleva las medicinas. Mi mamá me acompañó; ella estuvo prácticamente durmiendo conmigo todo el tiempo ahí en el hospital de Puntarenas y le dijeron que iba a perder el ojo. Como mi mamá es muy creyente, muy religiosa, dijo que no, que era una prueba nada más, y resulta que a los 15 días abrí el ojo y estaba viendo normal.

En el hospital había muy buenos doctores; también había algunos que uno no quería ni verlos. En la casa, mi mamá toda la vida ha pagado seguro, desde que estamos pequeños. Me trataron súper bien: la comida era buena, me sentía bien tratado, me sentía casi que en casa, lo que me faltaba eran los amigos.

Ahí en el hospital de Puntarenas conocí a un chiquito al que había mordido un *pitbull* y prácticamente le había arrancado la mitad de la cara, toda la piel. Nadie se le acercaba porque todo mundo tenía como asco de comer frente a él. Un día yo fui y nos pusimos a comer los dos y él me dice: “¿Cómo te llamas?”, me preguntó él; y yo: “Me llamo Larry”, le digo yo, porque yo era muy despabilado. Me dice: “¿No te da asco comer enfrente mío?” “¿Por qué me decís eso?” le digo yo: “Es que todos mis amigos me quieren, pero cuando venimos a comer, no comen aquí conmigo.” Le digo: “No, Amador. Para nada, en lo más mínimo... Más bien me siento cómodo con vos porque veo que hablás buenos temas...”, le digo yo.

La otra experiencia es que yo caminaba mucho en los ríos y una vez me caí, pero caí en las raíces de unos árboles en vez de caer en el agua; entonces, pasé otra semana en el hospital de Upala.

Después, cuando mi hermano se puso peor, se hizo muy vago y ya no le gustaba estudiar. Entonces mi mamá decidió que nos íbamos a venir de regreso porque no estaba cambiando en nada la situación allá. Entonces regresamos.

Me vine a La Carpio hacer sexto grado, a finalizar a la misma escuela, pero el contexto ya era completamente distinto. El primer día que fui a la escuela un compañero me quiso quitar la plata y me la quitó porque yo no estaba acostumbrado a pelear. Después me volvió a quitar la plata. Yo ya no quería ir a la escuela, tenía miedo de que me estuvieran quitando la plata todo el tiempo, era algo que no iba a permitir...

Mis amigos ya no eran lo que eran antes: fumaban, muchos robaban, ya era otro tipo de problemática en la cual yo no calzaba, pero siempre fui amigo de ellos. Había cierto tipo de cosas que no me gustaban, y lo que no me gustaba, yo simplemente me hacía un lado y no me metía, pero desde pequeño tuve amigos que andaban robando, fumando... Lastimosamente, ahora uno los mira en la calle: no trabajaron, no estudiaron y ahora andan fumando drogas. Y la verdad, es difícil porque son personas con las que uno ha compartido prácticamente de toda la vida.

No recuerdo quiénes eran de las pandillas de antes, de cuando yo tenía seis a nueve años, pero ya cuando empecé a entrar a los 12 y 15, uno de los *majes* que prácticamente era más duro aquí en "La esquina", es Oswaldo. Nosotros le decimos "El Perro", era un *maje* de verdad, un buen líder. Sabía cómo comunicarse con los *compas*. Desde mi punto de vista, las pandillas siempre han existido, pero a veces una pandilla no solo se dedica a asaltar, a vender drogas; también hay pandillas que están en una esquina tal vez festejando, conversando, y la gente piensa que eso es una pandilla, pero creo que no son. Aquí siempre ha habido un grupo de personas en "La esquina"; a través de los años ha pasado las generaciones, y ahora estamos en nuestra generación.

Conocí a un amigo, a un señor, yo le ayudaba a hacer muebles. Desde *carajillo* me gustaba mucho trabajar, siempre me gustó ganarme mi plata, ganarme mis cosas. (Creo que por eso fue que mi mamá dejó de ayudarme, pero de eso voy a hablar más adelante.) Una vez que yo estaba pintando las verjas de mi casa, él pasó. Siempre que él pasaba, me encontraba haciendo algo... Una vez me pidió que lo ayudara a sacar un mueble. Yo le ayudé y me dijo que si le podía sacar el aserrín de la mueblería, y también me dijo que si le podía barrer y que si le podía limpiar las herramientas; yo lo hice y al *maje* como que le gustó como yo trabajaba... Después me dijo que qué iba hacer mañana, y yo le dije que nada, que iba a la escuela de 1 a 6 de la tarde y me dijo que si quería ir a ayudarlo. Yo le dije que estaba bien, y así lo fui conociendo; fuimos teniendo una relación bonita, de muy buenos amigos. Yo lo ayudaba en la mueblería de 6 a 12 y me iba de 1 a 6 a la escuela.

Él me empezó a decir que peleara... Él me pegaba; yo le decía que no me pegara, que me daba miedo y entonces él me decía: "¿Pero por qué te da miedo, si estamos jugando...?" Y me pegaba. Entonces yo me fui adaptando: ya le pegaba yo a él y ya me fui haciendo un poco más violento. Esa era la forma del *maje* de tratarlo a uno, o la forma de jugar con uno, pero el *maje* me pegaba tan fuerte que a veces yo llegaba a jugar con amigos míos y me pegaban y no me dolían los golpes. Entonces ya a mí me gustaba que me pegara porque yo sentía que aguantaba; entonces, después yo le podía responder a él y claro, al jugar con un *maje* que era mucho más grande que mí y después agarrarme con los *majes* de mi tamaño, no me iban a aguantar. Así fue como empecé a hacerme más violento en la calle.

Un día entramos a la escuela. Llegué yo y el mismo compañero me quería quitar la plata y yo lo empujé y le dije que no: que mi plata era mía, y así fue cuando empezó todo, ahí empezaron mis problemas. Él me quiso quitar la plata, yo lo agarré y lo empujé; estaba lloviendo y lo metí en una cuneta de agua de caño. Ese fue mi primer pleito; después de ese día, ya vine más violento: me sentía más hombrecito. El compañero no me volvió a quitar más la plata. Entonces pensé que todo estaba en la violencia: me sentía más hombre, sentía que nadie me podía pegar y me fui agarrando después con mis primos, con mi hermano, con mis amigos de la calle... Me hice cada día más violento. Pensaba que podía hacer lo que quisiera, podía caminar en la calle... No me gustaba asaltar –nunca me ha gustado robar, siempre he mantenido los principios que me fomentaron mis padres desde pequeño–, pero siempre quise tener algún tipo de importancia, que dijeran: "Ahí va Larry". Varias veces, gente que no me podían pegar, me querían asaltar o hacerme daño, pero gracias a Dios, nunca me pasó nada.

En la casa de nosotros nunca hubo violencia, nunca; han sido muy sanos; han dado muy buen

ejemplo. Ahora mi hermano tal vez es un drogadicto o yo soy lo que soy, un pleitista, pero es porque yo he decidido cómo ha sido mi vida, no porque me hayan dado un ejemplo en mi casa.

Después fui encontrando otro tipo de amigos más viejos y con más experiencia en la calle. Y ya después no me gustaba venir a la casa, me quedaba con mis amigos en la calle. Fue cuando empecé a experimentar otro tipo de ambientes. Prácticamente a los 15 años empecé a andar en la calle, me quedaba durmiendo en la calle con mis amigos, con los que siempre han estado conmigo. Hemos vivido balceras y hemos visto cómo matan a un amigo enfrente de nosotros; es algo que honestamente no es nada bonito, pero en la calle se vive de todo.

Entré al Liceo San José. Ahí había mucha gente de La Carpio, pero también de otros barrios. Mucha gente llegaba a vagar; yo estaba entrando a un contexto que no era el mío y sentía que los *majes* vagos eran mis amigos; yo siempre caminaba entre los más vaguillos. Prácticamente, la relación del hogar se rompió cuando entré al colegio. El primer año me expulsaron como cuatro o cinco veces por pleitos porque le respondía mal a un profesor, porque le pegaba a un compañero, por muchas cosas... Mis profesores no me aceptaban. Empezó un momento en que pensaba que podía hacer todo lo que quisiera y comenzaron a surgir problemas.

En el colegio había gente más capacitada que iba a dar clases: profesores de Matemáticas, Español, que estaban más formados... Ahí me di cuenta de que la educación que recibí en la escuela era mínima. Me costó mucho más el colegio. Me quedé el primer año y, cuando me quedé, mis papás me mandaron a trabajar.

Desde pequeños mis papás nos enseñaron a trabajar cogiendo café. Todas las temporadas nos llevaban a San Ramón, un mes por año. Tal vez no lo hacían por la necesidad, era para apartarnos de aquí y llevarnos a otro ambiente y enseñarnos un buen hábito que es trabajar. Mis *tatas* eran muy buenos trabajadores; a ellos siempre los llamaban. Nos íbamos a vivir a un "bache" —se llaman los baches—, y nos poníamos a coger café. Ahí mi hermano empezó a conocer otro tipo de amistades; ya no quería estar con nosotros porque se sentía mejor con los amigos. Una vez nos dejó solos y tuve que ocupar el rol de él... Él es grande, es fuerte; entonces, agarraba los sacos y los medía, pero yo no podía... Toda la vida me ha pasado: como yo no podía hacerlo, era lo que yo quería hacer. Mi hermano se fue y tuve que ocupar ese rol. Para echarme los sacos al hombro, me acostaba en el piso, me arrastraba y me ponía el saco; después, me levantaba con el saco. Era un procedimiento difícil, pero lo hacía. Cuando me levantaba con el saco me ponía feliz, "¡Lo hice, puta, Dios, soy bravo, lo hice!" "Mirá ese *carajillo* cómo la pulsea"... Hacía más que muchas *pintas* que llegaban a coger café, yo hacía más. Y decían: "Ese carajillo sí es *breteador*". Pero eso era porque mis *tatas* desde *chamacos* nos enseñaron: aprendí a cortar pelo, aprendí a hacer muchas cosas para no meterme en drogas, me iba a jugar bola, me iba a boxear, me iba al gimnasio o me iba a correr. Todo eso me ayudó. Me gustaba mucho jugar bolinchas, pasaba jugando bolinchas, trompos... Esa fue mi infancia.

Esa vez, en primer año, yo no iba quedado, pero como mis papás nunca fueron a traer mis notas... Dijo mi mamá: "¡Qué dicha que ya te quedaste!", me dice: "entonces, nos vamos a ir a coger café." Esa vez que me puse a llorar porque ya no quería trabajar más cogiendo café. Me llamó una prima y me dijo que ella había pasado el año del colegio y me sentí peor. Esa vez lloré porque al principio yo no iba quedado. Si mi mamá hubiera sido más responsable, tal vez ya fuera otro tipo de persona. Mi mamá no fue a ver mis notas, no se preocupó por mis notas y, entonces, yo me puse peor, me puse más rebelde. Yo dije: "¿Por qué no se preocupan por mí? ¿Por qué no vienen a traer mis notas?" Miraba que los papás de los compañeros siempre iban; entonces, me sentía más desanimado, no me sentía apoyado, me sentía solo. Ese año me quedé por la irresponsabilidad de mis padres, digo yo.

Me puse peor; me puse malo porque me sentía solo en la vida; sentía que mis amigos estaban en la calle, que mi verdadera familia, la verdad, yo la tenía en la calle; y fue así como me involucré más. Conocí aquí en el barrio a un *maje* que vendía drogas; me hice más amigo de él. Sentía que él tenía hacia mí todas las vibras positivas, que nunca me iba a dejar, y que me iba a apoyar y la vara... Lo sentía más que mi familia. El "Perro" fue un compañero mío, un amigo mío que de verdad aprecio por todas las cosas que vivimos juntos en la calle. Ese fue mi primer año del colegio. Después de ese primer año, los profesores no me querían porque era muy odioso: era muy repugnante, no iba a clases, me quedaba afuera, me agarraba con los compañeros, les quitaba las bolas de fútbol y así, en fin, hice de todo en el colegio.

Esa vez estábamos cogiendo café, estaba haciendo un solazo que me picaba en todo el cuerpo, y me puse a llorar. Me tapaba con la mata de café porque el Sol era muy fuerte; era muy rechinante y me puse a llorar. Estaba llorando y en una de esas mi papá pasó y me quedó viendo y me preguntó qué me pasaba. Yo le dije: "Papi me siento mal, yo no quiero estar más así, yo quiero estudiar, siento que esto no es lo mío... Me gusta porque ustedes me han enseñado a hacerlo y lo hago bien, pero no quiero hacer esto toda mi vida, yo no quiero ser eso toda la vida..." Él se me quedó viendo así y se escapó de poner a llorar, y mi mamá le dijo: "¡Ahí déjalo, ahí déjalo! Salado..."; le dice: "Eso es el resultado de no haber pasado su grado y él no va a estudiar más, va a buscar cómo trabajar..." Mi mamá se fue y él se quedó hablando conmigo. Entonces, mi papá me dijo: "Tranquilo, yo le voy a dar una oportunidad a usted"; me dice: "¡Póngale! Póngale. Cómprase sus cosas; si usted se compra sus cosas, usted prácticamente está adentro..."

Y así fue, le puse. Ese mes me compré los zapatos, el bolso, los útiles; todo me compré. Y ya iba con otra mentalidad al colegio. Fue cuando fui empezando a cambiarme; me di cuenta de que la vida era más dura; me di cuenta de que no todo era como yo pensaba, que solo los pases y voy ahí al colegio a vacilar; me di cuenta que la realidad era completamente distinta.

Ese año seguí siendo el mismo Larry: odioso, malcriado... Me agarraba, pero ya tenía mis precauciones; sabía hasta qué punto llegar. Llegaba a clases, ponía atención, siempre fui un malcriado; cuando un profesor me hablaba de la forma que tal vez no era correcta, siempre defendí mis derechos, toda la vida, pero ya sabía hasta qué límites podía llegar. De octavo a noveno año, esos dos años, fueron los más difíciles de mi vida porque vivía agarrándome con todo mundo, en el colegio y en el barrio. Me eché de enemigo a todos mis vecinos por mi carácter, por mi forma de ser.

Sétimo y octavo los tuve que repetir. En octavo me quedé en Ciencias por un punto; fui a convocatoria y me saqué un 63. El profesor no me dio el punto. Fui a la segunda convocatoria y me saqué un 64,3 y tampoco me regaló lo que me hizo falta. El profesor le ayudó a un compañero que se sacó un 50 en el examen y le ayudó porque él era un buen estudiante, no le faltaba el respeto, iba siempre a clases. Yo era lo contrario: llegaba a clases y empezaba a molestar, llevaba pedos químicos, los explotaba y me iba. Entonces él no me quería para nada. Me mandó a repetir todo un año por una sola materia. Eso me hizo sentir más odio hacia los profesores. Miraba a alguien y me decía algo y yo le respondía de una forma que no era la correcta...

Después llegué a noveno año y a lo último de noveno año fue cuando mi vida se empezó a componer, digo yo. Una vez me fui a un baile aquí en Los Ángeles, en el barrio. Estábamos tomando ese día en los Ángeles; esa era una de las pandillas que más problemas tenía en todo Carpio. Esa vez fuimos a traer material, andábamos trayendo droga. Y ese día me quedé tomando con esa pandilla y nos rodearon todas las pandillas que tenían problemas con ellos. Se hizo una balacera de una magnitud, que lo único que faltaba era que mandaran granadas. Se escuchaban tiros por aquí, tiros por allá... Esa vez me asusté tanto que me metí en unas gradas de una iglesia que estaban ahí. Me

asusté tanto que casi me puse a llorar y le dije: “Dios, si usted me saca de aquí, le prometo no voy a andar más en la calle, le prometo no andar más en esto, le prometo que voy a seguir adelante y le doy mi palabra.” Terminé esas palabras y prácticamente se terminó la balacera; fue algo que me quedé asustado. No le dije nada a nadie; mis compañeros siguieron disparando... Yo nunca he sido de ninguna pandilla, aclaro, pero siempre me gustó andar donde se miraba más fiesta, más *desmadre*, y ese día yo estaba en medio de la balacera y la balacera terminó; amaneció, me fui para mi casa y decidí no volver a lo mismo. Después, mi amigo, el “Perro”, tuvo a su hijo y el bebé lo hizo cambiar; se juntó con una muchacha, dejó el camino de la calle; y prácticamente mi compañero Marlon, “Piña”, y yo, nos salimos también y empezamos a hacer la *vara* distinta, empezamos a estudiar de verdad. El “Perro” se puso a trabajar y Marlon, o sea “Piña”, como le decimos nosotros, y yo, empezamos a estudiar; nos lo tomamos más en serio.

Empecé a *darle*, a estudiar; en vez de estar vendiendo drogas en la calle, me quedaba estudiando en la casa. Mis papás se quedaron asustados porque yo traía notas buenas y, sin embargo nunca fueron a recoger notas al colegio. Eso era lo que más me enojaba y lo que más me hacía enfurecerme y decir: “Voy a salir mejor para que ellos vean que yo voy a seguir *dándole*, quieran ellos o no quieran”.

A finales de noveno, conocí una muchacha que me gustaba demasiado. (También fui un *maje* que era muy *perro*: le gustaban mucho las *güilas*.) Nos conocimos en el *cole*; yo estaba en noveno y ella en octavo. Siento que ella influyó para que yo cambiara en ciertos aspectos. Al principio, ella no me hacía caso porque yo era muy vago; entonces, yo decía: “Me voy a controlar más para que ella me vea serio; ya no me voy a escapar de clases para que vea que yo quiero salir adelante...” Cada vez que la miraba le decía cosas, y así la fui conociendo. Ella vive aquí mismo; pero en “La Tercera”, otro sector. Sigue siendo mi novia, se llama Michelle. Noveno fue el mejor año de mi vida; pasé con las mejores notas del colegio, pero la conducta iba quebrada porque siempre era malcriado: nadie me quería.

En noveno año me fue muy bien, pero no fui a la graduación, no me interesaba porque no tenía con quien ir; no tenía quien me estuviera esperando para la graduación. En vacaciones, cuando salía del *cole*, tenía un amigo (que por cierto me ayudó un montón también) que era contratista de gaviones, un trabajo muy pesado. Los gaviones son esos muros de retención; uno hace una fila de piedras. Se trabaja con piedras y uno no tiene seguro. Mi amigo era contratista; entonces, hacía un muro, digamos, en Naranjo, después lo mandaban para Grecia, después para Limón. Entonces yo andaba ahí; fui conociendo gente, amigos de trabajo, *majes* que me decían: “Vea Larry, ¡póngale! Nosotros tenemos fe en vos aunque a veces sos vago, pero vemos que le *ponés*... *Ponéle* para que seas ejemplo y le abras puertas a otros amigos tuyos, para que les den oportunidades, para que ellos también sigan adelante.” Ese tipo de apoyo lo fui encontrando más en la calle que en mi casa. Cada piedra de esas para mí tenía un significado, yo decía: “Le voy a poner; no va a poder más que yo...” Cada vez me iba haciendo más fuerte en el sentido de pensar que yo iba a salir adelante, y que estar *volando* piedras ahí me iba a servir para valorar más las cosas, para valorar todo lo que he hecho.

Cuando llegué a décimo año conocí a la gente de la Fundación Acción Joven. Una vez hicieron una reunión aquí en “La Esquina”; era un viernes, amanecer sábado. Yo andaba de goma; andaba casi borracho. Ellos vinieron en unos carros y nosotros pensamos que era el OIJ.; entonces, todo mundo se *atmosferió* –*atmosferiarse* es despabilarse; se quedó así asustado viendo los carros, qué era lo que pasaba... Ellos empezaron a explicar el proyecto que traían y les digo yo a los *majes* de aquí: “No les hagan caso”; les digo yo: “Esos son unos payasos que vienen a ilusionar a la gente; no hacen nada después...”

Empezaron haciendo las reuniones en “La Esquina”. El *maje* hablaba y yo me fumaba un cigarro y me tomaba una birra a la par del *maje*; no me interesaba. Después, el *maje* dijo algo que me gustó mucho. Dijo: “Queremos cambiar cómo se mira La Carpio; queremos que haya otro punto de vista...” Y eso ya me gustó porque siempre me han gustado las cosas que no son normales; siempre me ha gustado hacer lo que no puedo; entonces, eso me llamó mucho más la atención. Nuestro líder de La Carpio para ese entonces era Douglas, “Transformer”; y el *maje* nos empezó a ir influyendo más y más, nos empezó a explicar más del proyecto.

Nos propusieron que hiciéramos una empresa. “¿Por qué este *maje* se va a interesar en nosotros? Si le caemos mal aquí a todo el barrio, ¿va a venir un *maje* de afuera con plata y carro y va a hacer un empresa con nosotros? ¡Qué lindos estos bombetas!”, dijimos nosotros. El *maje* nos empezó a explicar el proyecto, en qué consistía. Era una fábrica de ropa y no solamente era hacer negocio, sino que también se trataba de ayudarnos a nosotros, a nuestras familias, a mejorar nuestra educación. Ver que aquí en La Carpio también hay tierra fértil, que cuando hay personas que le dedican a uno espacio y tiempo, uno es humano y ve los errores que comete... Ellos nos iban poniendo cada vez más metas; y fue cuando miré que la *vara* era en serio y dije: “Ah sí, aquí está la oportunidad de mi vida; aquí es donde voy a poner prácticamente un *stop* en mi vida, a ver qué pasa...”

A los tres meses, más o menos, nos dieron clases de lenguaje corporal, nos empezaron a decir cómo hablar, cómo expresarnos, cómo hablar sin ofender a las personas, cómo saludar, casi que hasta a comer nos enseñaron. A mí me *cuadraba* porque eran cosas que yo no podía hacer, y así fue pasando el tiempo y llegué al colegio de nuevo; ya en mi casa no me querían ayudar.

Yo había tenido buenas notas, pero era muy malcriado, muy vago. Entonces mi mamá decía: “¿Para qué voy a ayudarlo?” Cuando llegué a noveno año, ellos me ayudaron porque yo iba con buenas notas, pero nunca fueron a recoger las notas. Llegué a décimo y mi mamá decía: “Ese *maje* es un vago, fijo no va a estudiar, fijo va a vagar...” Pero cuando ella pensaba que yo andaba en la calle, yo estaba en mi cuarto estudiando. Ella dijo: “No, este *maje* anda en la calle como todos los días”, y yo estaba *dándole*, estudiando, y lo hacía porque miraba los promedios de mi novia y para que ella mirara que los míos eran buenos también.

De la fundación me pidieron que me portara mejor, pero era algo que yo no podía; no podía que una nota mía fuera un 100 de conducta; sacaba 66, 40; una vez me quedé con un 30 en conducta. Después nos dijeron que una de las reglas iba a ser que teníamos que trabajar o estudiar, y ya era como ver una meta: “Este año queremos que se gradúe de la escuela, queremos que Larry sea mejor, queremos que Larry pase las convocatorias –porque fui a convocatoria en décimo–. Fue lo peor que me ha pasado en la vida porque ese décimo año fue el año que más le puse, el que más me costó.

Después los profesores miraron que cambié mi forma de ser; llegaba y saludaba: “Buenos días profesora, ¿cómo está?”, más educado. Después de que me habían expulsado siete veces, yo iba a comentarle al profesor si me pasaba algún problema, el director ya me tenía más aprecio, el director me aconsejaba: “Vea, Larry, no haga esto, pórtese mejor.” Los profesores influyeron mucho también porque después conocí a una profesora que se llama Ady; ella era orientadora y me ayudó demasiado: me ayudaba con cosas económicas que tal vez no me ayudaban en mi casa. Me ayudaba, me daba pases, me daba para ir al comedor y me decía: “Vea, Larry, cambie, la verdad es que yo lo quiero mucho a usted y usted ha sido muy tremendo en este *cole*. ¿Qué más orgullo sería para mí que yo soy su orientadora y que gracias a mis consejos, usted le ponga?” Ella me agarró tres años seguidos. Fueron tres factores en mi vida: la *güila* que me gustaba, la profesora de Orientación y los del proyecto de la empresa. Esos tres factores me ayudaron a salir adelante.

Ady se encargó de que yo me pusiera más las *pilas*, me demostró amor, me demostró cariño, afecto, me demostró respeto, me quería como un hijo. Yo nunca más la vi como profesora porque la quería demasiado, la quería mucho, llegué a tenerle tanto cariño como a mamá... Me agarró "en la sicológica", como decimos aquí en la calle, me tramó y, cuando me di cuenta, ya era un toque más diferente: ya llegaba al colegio, me quitaba los aretes, "Hola, buenos días, ¿cómo está, conserje?"; llegaba ahí: "Buenos días, profe, ¿cómo está?"; "Compañeros, ¿qué?, ¿todo bien?, ¿qué hay que hacer?, ¿en qué tenemos que trabajar?". Y en la empresa nos empezaron a pedir más y más y teníamos que dar más rendimiento.

Cuando estuve en cuarto grado de la escuela tuve apoyo de beca; después no siguieron dándomela. Cuando entré la primera vez al colegio no teníamos mucha plata y mis papás hicieron la solicitud para una beca. Fue un papeleo de un montón de meses y fue un poco irresponsable por parte del IMAS porque me dieron un mes de beca y después ya no me siguieron dando más; dejaron de dar la ayuda. Las cosas no estaban tan bien y ya mi mamá no podía porque solo ella trabajaba y aportaba en la casa. Después, cuando iba terminando el colegio, en décimo año, me reiniciaron la ayuda, pero fue gracias a que la Fundación Acción Joven me hizo un conecte con el responsable de Avancemos. Pero la orientadora me ayudaba mucho, ella me ayudó más que el gobierno, que esas becas que dan.

Décimo año pasé con 100 en conducta; por primera vez en mi vida 100 en conducta. Se me quedaba viendo todo mundo todo asustado: ¡Larry 100 en conducta todo el año! Pero me quedé en Matemáticas y en Español. Tuve que ir a convocatorias. Me acuerdo que vine a la casa, les dije: "Mami, pasé todo pero me quedé en Español y en Matemáticas." Y viene y me dice mi mamá, "Ya no vas a estudiar más porque sos un fracasado; no pasaste." Me lo dijo así y yo me quedé: "¿Pero qué le pasa, exigiéndome algo que ella nunca me ha dado?" Ella me dice que traiga un buen rendimiento y ella nunca ha ido por mis notas, nunca ha sido responsable; ¿entonces qué está pasando aquí? Me puse a llorar y le dije: "¿Sabe qué, mami?" le digo: "Yo voy a pasar eso y, quiera o no quiera usted, voy a terminar mi colegio y este año voy a hacer bachillerato."

De la fundación me ayudaron un montón, me aconsejaron, "*¡Déle maje!* No se desanime; si usted ha podido andar en la calle, ver tiroteos, escuchar todo tipo de cosas que pasan en la noche en la calle, ¿cómo no va a pasar eso? Usted es muy capaz. *¡Déle, maje!*." Me sentí más apoyado y empecé a estudiar. Fui a la primera convocatoria y me quedé en las dos materias, pero no me desanimé: seguí *dándole*. Quería demostrarle a mi mamá que no era un fracasado. Le *di* y le *di*; iba a trabajar donde un profesor privado que me ayudaba; iba a limpiarle el patio porque no tenía cómo pagarle. Seguí estudiando y pasé Matemáticas y Español y me felicitaron los profesores: Larry iba para quinto.

Lo que más me animaba a seguir era que no tenía un lugar donde recostarme; no podía decir: "Mami, vea esto...". Entonces, me decía: "Voy a darle más duro ya que no tengo eso; les voy a demostrar. Y si dejo de estudiar cuando termine bachillerato, no importa, pero voy a terminarlo." Lo que más me duele en la vida es que cuando yo quise poner de mi parte mis papás me dieron la espalda. Fue una vez que me quedé estudiando desde las 6 de la tarde hasta las 4:30 a.m. para un examen de Biología. Quería sacar un 100 en ese examen y me puse a estudiar y a estudiar, pero no me hicieron el examen porque me dormí, no me levantaron mis papás. "Mami", le digo yo: "No fui a hacer el examen porque no me levantó." "Esa es tu responsabilidad." Fue cuando yo comencé a decir: "La *vara* aquí es ponerle; si nadie tiene fe en mí, yo tengo fe en mí... Me va a costar, pero lo voy a hacer porque a mí me *cuadran* las cosas que no puedo hacer."

Mi hermano mayor siempre fue importante, siempre fue un ejemplo para mí. Él no estudió porque fue víctima de las drogas, se metió mucho en las drogas. Él tiene un hijo y yo decía: "Lo voy a hacer

por el niño, para cuando llegue a tener plata. Eso ha sido siempre lo que he querido, ayudar a mi sobrino y darle lo que yo no pude tener, un padre responsable, un tío responsable, darle cosas que uno puede tener.

En la empresa fuimos poniéndonos reglas. A muchos los sacaron porque no las seguían; uno de los tratos era que no podían tener drogas; tenían que hacerles *doping*; las drogas yo legalmente las respeto; me dan miedo, honestamente. Sí las probé, pero no me gustaron y les tengo respeto porque veo que han hundido a mis amigos. Después nos empezaron a pedir rendimiento académico.

Con la empresa fuimos a unas clases de serigrafía. Hicimos tutorías para aprender cómo se hacían las camisas, cuál era el procedimiento, cómo se hacían los marcos, cómo se reflejaban los diseños, en fin... Llevamos un proceso de serigrafía en el cual muchos aprendimos a hacer camisas; y ahora estamos *pulseándola* para ver si llegamos a marcar la diferencia, para demostrar que somos la primera empresa de un barrio marginado al que nadie le tiene fe. Hicieron un documental sobre todo esto y cuando presentábamos el documental se vendían las camisas. Todavía no tenemos un distribuidor, pero nos están comprando más; la gente se está interesando más en el proyecto; ha visto resultados.

Llegué a quinto del colegio con 100 en conducta... Me costó -¡Me costó!-. Pero tuve personas que me ayudaron, tuve personas que sacaban el tiempo, tuve compañeras a las que también quiero mucho que siempre me ayudaron con las tareas y me explicaban. Me fui relacionando más como debía relacionarme con los compañeros.

Y llegué, pasé quinto año del *cole*, no volví a ir a convocatoria. En décimo dije que no volvía a ir a convocatoria. Había profesoras que me decían: “¿Sabe qué, Larry? Le voy a decir algo pero no le diga a nadie... Vea, usted antes me caía en las tetas”, me dice; “pero he visto cómo ha cambiado... ¿Sabe qué? Mis respetos... Usted es un ejemplo de *chamaco* a seguir”.

Entonces llegué a los exámenes de bachillerato. Nadie creía que yo iba para bachillerato; me decían: “Larry se va en las vacaciones de 15 días...” Pero después voy a los exámenes de bachillerato, ya llegan y me dicen, “Vea Larry, lo felicito, *legalmente* estoy sorprendido con usted. Usted ha logrado esto”, me dice: “Mi respeto.” Llegaba el director y me hablaba, “Ve, Larry, ¿que sí se puede? Ahora confíe en Dios, Dios lo va a ayudar, pero *póngale* un montón para que usted pase bachillerato... No habría orgullo más grande para mí que usted sea graduado de este colegio, que sea egresado del colegio...” Y sí, fui a hacer las pruebas de bachillerato y pasé todas; gracias a Dios pasé y ahora me siento más tranquilo.

Yo miraba que mis compañeros perdían el año y llegaba el *tata* y les decía: “Vamos, *güevón*, eso no es nada, vos ahorita pasás esa *vara*.” Y yo lo pasaba y no tenía a nadie que me dijera: “Larry, felicidades....” Yo me ponía a llorar; me ponía a llorar porque yo había pasado y no tenía a nadie; me ponía *agüevado*, *legalmente*.

Gracias a Dios ahora soy bachiller; no fue tan fácil, pero soy bachiller. Me gradué el año pasado, en 2014. Fui a mi graduación solo y fui solo también al baile de mi generación... Todos con sus padres, y yo estaba prácticamente solo; mis padres no quisieron ir. Michelle no me acompañó porque nos peleamos. Ella sí quería ir, pero yo le dije que no porque la verdad yo me sentía muy lastimado porque no iba a ir mi familia. Entonces yo dije: “Mejor voy solo; estoy solo. ¿Para qué voy a llevar a alguien si no son las personas que yo quiero que vayan?” Por supuesto quería que fuera ella, pero la única persona que me acompañó fue un primo mío que estaba aquí.

Hoy me pongo a pensar que lo más lindo que he podido hacer en mi vida es traer el título de bachillerato. Les dije: “¡Tomen!” Estaban los dos dormidos en la cama: “Tomen, ahí está el fracasado. Y quieran o no, este año voy a la universidad.”

Considero que *debiera* haber una institución que ayude a formar a los padres, así como uno lleva una educación en el transcurso de la vida; *debiera* haber una institución que enseñe a los padres a ser mejores padres, a que ellos se hagan responsables y que sus obligaciones sigan siendo las mismas aunque uno crezca; y más aún si uno sigue estudiando. Así como ellos piden obligaciones, también tienen obligaciones con uno. Tal vez, cuando las instituciones ayudan a las personas, hacen que haya un cierto tipo de desobligación por parte de los padres porque ellos tal vez piensan que si a uno le dan 45 mil por mes cuando uno está en quinto año, ya no le tienen que dar nada. Le dan esa ayuda un año a uno y después, cuando pasa ese año, ya los padres no quieren seguirle dando nada a uno. Creo que eso es alcahuetear mucho a los padres; es cierto que se necesita la ayuda, pero eso hace que los padres se desobliguen de los hijos.

Yo digo que a un joven como yo, que por cuestiones de la vida ha andado en la calle, ha vivido muchas experiencias, le serviría un psicólogo, una *vara* así, digamos, como para entender el porqué de las cosas, por qué pasan este tipo de cosas, por qué a veces las personas le dan la espalda a uno; o sea, un psicólogo para tratar con él y conversar cierto tipo de aspectos que tal vez uno no note en el instante. Si hubiera tenido una persona así en el pasado, tal vez no *hubiera* cometido tantas faltas, pero esa es la vida: cosas buenas y cosas malas.

Mi papá ahora es pastor de la iglesia Evangelio Asambleas de Dios. Más que mi mamá, él siempre estaba pendiente... "Vamos Larry, vos sí podés, no sos cualquier persona; vos viniste aquí a este mundo a demostrar que sí se puede en la vida." Él era mi apoyo con consejos: "No te metás en problemas, no pelees más, me vas a matar, Larry, ya no aguanto más; por favor, no pelees." Él fue mi apoyo en consejos; él es más mi amigo que mi papá. Siento que mi papá también tuvo un lugar muy importante porque él nunca fue mi padre; nunca me agarró y me pegó. Una vez le dijeron que yo me había robado algo y él dijo: "No, yo no tengo un hijo ladrón, él no se ha robado nada... Usted puede decirme que Larry le pegó a su hijo, me puede decir que Larry vino y le agarró la casa a pedradas porque usted le dijo algo, pero mi hijo no es ningún ladrón." Creyó en mí. Él me aconseja; me trata como un amigo.

De los *compas* de "La Esquina" ni uno terminó el *cole*; de mis amigos, el único que es bachiller, soy yo; y yo era el más discriminado por los papás: "No te juntés con ese *maje*, que ese *maje* es un vago; ese *maje* ahorita empieza a robar; ahorita empieza a asaltar a la gente." Pero eso sí nunca lo he hecho: robarle a alguien. Siempre dije que podía ganarme mis cosas. Por querer ganarme mis cosas fue que mis *tatas* se desobligaron de mí: yo salía del *cole* y me iba a comprar mis zapatitos, mi pantalón, mi camisita, el bolso, los cuadernos, todo...

No soy un santo; a veces tengo problemas con *majes*, cometo errores como todas las personas. Si viene un *maje* a hacerme daño, no me voy a dejar porque ese es el instinto de nosotros: no dejarnos. He tenido muchos problemas ahorita, últimamente, pero siento que si hoy estoy aquí donde estoy, es porque Dios tiene un propósito en mi vida. Después de que era un microbio, de que nadie lo quería en el colegio, un microbio del barrio, ahora siento que la gente me mira con más respeto, como que sí, ese hijo de *puña* sí le ha *puesto* un montón.

A veces salgo a la calle a tomarme algo con los amigos porque tengo una vida como todos los jóvenes. Salgo a la calle y me tomo algo y a veces tengo problemas, pero eso son obstáculos en la vida. Así como he podido vencer otros más difíciles, estos también los va a vencer uno. Yo primero tengo fe en Dios; solo Él puede haberme ayudado en todas las cosas que yo andaba; *primeramente* tengo fe en Dios.

Ahora, gracias a Dios, conseguí una beca en la ULACIT: me dieron un 100 por ciento de beca. Estoy estudiando Ingeniería Informática; lo hago porque es una de las cosas que más me ha costado: la tecnología. La matemática también me cuesta, y ahí estoy en lo que me cuesta. Y la fundación y la

empresa me pagan el resto: los pases, la comida en la U, los materiales de la U...

Me gustaría ser un ejemplo a seguir para otras personas, ser una persona respetada, ayudarles a muchas personas; así como me a mí brindaron apoyo, brindárselo yo a otras personas... Y me gustaría llegar a ser boxeador en la vida, para que vean que no se necesita un *ring* para boxear. Porque uno boxea todos los días con los problemas en la casa, los problemas en la calle; uno se tiene que enfrentar a diferente tipo de adversarios, ya sean problemas simples o problemas grandes. Considero que siempre la he *pulseado* y por eso mi sueño es ser boxeador.

Toda mi infancia, toda mi juventud la he vivido aquí y considero que es un lugar muy lindo, a pesar de que tenga sus aspectos negativos. No todo es bueno siempre, pero sí podemos rescatar que La Carpio ha mejorado desde hace mucho tiempo. Muchas personas consideran que La Carpio es muy peligroso, pero aquí he vivido mis mejores momentos. No me da vergüenza en lo más mínimo decir que vengo de aquí. Hay gente muy trabajadora aquí, gente que se levanta a las cuatro de la mañana y llega a las nueve de la noche, tal vez para llevar la comida a las casas, para mantener a sus hijos estudiando. Hay padres que no solo hacen eso: hay momentos en que los padres trabajan un tiempo y también estudian... He visto padres que ayudan a la casa: se van a las cinco y llegan a las seis a la casa; solo medio comen y se van a recibir clases a la misma escuela de aquí. Tal vez lo marginado va a llegar a terminarse porque hay mucha gente luchadora en todas partes del país.

“Vivo por la obra y gracia del Señor”

“Eyleft Brown Clark”

Barrio Santa Eduvigis, Limón

Mi nombre es Eyleft Brown Clark; tengo 33 años y nací aquí en Limón, por la Zona Americana, por el hospital. Ese barrio, la Zona Americana, antes era solo casitas de madera casi cayéndose; eran muchos árboles; mucho monte; no había casas de cemento; no estaba en buenas condiciones; ahora ha mejorado. Nosotros vivíamos en un ranchito, una casita que construyeron para nosotros. Mis tíos y mi abuela por parte de mi papá vivían delante.

Mi abuelita fue madre soltera y tenía seis hijos. Ella nació aquí; los abuelos de ella vinieron de Jamaica.... No entiendo muy bien la mezcla porque nunca me han explicado; mi familia no es de sentarse a hablar de la historia, de su vida, pero sé que uno de ellos -no sé si la mamá o el papá de mi abuela-, fueron inmigrantes, pero no sé si se mezcló con otros porque ella salió con ojos verdes preciosos.

Mi papá tuvo que dejar de estudiar para dedicarse a trabajar en lo que saliera para ayudar a pagar el estudio de sus hermanos y de la mamá. Él ayudó para que ella pudiera ejercer su carrera porque ella fue enfermera auxiliar en el hospital. Entonces mi papá llegó hasta tercer grado de la escuela y ahí decidió ir a trabajar. La abuela se dedicó a levantarlos a todos, en lo que ella podía apoyarnos nos apoyaba, pero era muy poco porque ella y mi mamá nunca se han llevado.

Somos ocho hermanos y yo soy la segunda. Ahí donde vivíamos había bastantes primos, pero ellos y mis tíos siempre han sido muy aparte. A la par también había dos tías abuelas con sus tres hijos y dos más, dicen que son tíos; no sé porque les tuve miedo, padecían de los nervios por una enfermedad y tendían a ser muy agresivos; entonces, no se nos permitía acercarnos. Las conocimos ya cuando una murió; logré verla porque siempre estaba con dolencias en la cama.

En esa época nosotros jugábamos con lo que encontrábamos o íbamos donde los vecinos, ellos siempre tenían juguetes. Mi papá siempre ha sido rígido, recto; como tipo militar... Nuestra vida siempre ha sido más estudios que juegos; él nos dejaba jugar tal vez una hora o media hora; después, volver a los estudios. A las cinco de la tarde teníamos que estar bañados para a las cinco y media cenar y a las seis dormir. Nunca nos dejaban mucho tiempo en la calle. Siempre ha sido así: lo que dice él, se hace; no teníamos voz ni voto.

Cuando era niña, mi papá se dedicaba a lo que es la carpintería, era constructor. Él no tenía trabajo fijo, eran trabajitos que salían. Entonces, fue un poco duro porque compartíamos una sola cama todos, a veces les tocaba a ellos dormir en el piso.

Mi mamá es panameña . Ella se dedicaba a nosotros y a la casa no se movía si no le decía a mi papá. Ella no tuvo estudio; no fue como decir una madre que quisiera estar fuerte al lado de uno;

entonces, para mí mi padre siempre fue mi fuerte; mi padre fue un todo.

En la casa solo inglés nos enseñaban. Nuestra etnia enseña que cuando los niños nacen, lo primero es el inglés. Fui a la escuela de inglés antes de ir a primer grado. "*Get ready, you have to go to English school*". Mi hermana mayor asistía, pero tuvieron que sacarla porque para ella siempre ha sido muy difícil el estudio; entonces, éramos mi hermano y yo. Al principio mi mamá era la que nos llevaba, hasta que aprendí a irme sola.

La escuela de inglés quedaba en el centro de Limón, por donde ahora es el Ministerio de Trabajo. Eso era de una iglesia, no sé qué tipo de iglesia porque era muy pequeña; solo sé que nuestro uniforme era verde, la camisa era blanca e íbamos como a cualquier otra escuela. Ahí nos enseñaban el abecedario en inglés, algunas frases en inglés, a contar, los colores... Lo más importante era *Grammar*, *Spelling* y cantar; cantábamos muchas canciones, algunas religiosas y otras de juego; y también aprendíamos acerca de nuestra etnia, nuestra cultura; conocíamos historias de personas que vinieron como esclavos, no tanto en Costa Rica, pero nos explicaban un poco. Cuando era el tiempo de *Spelling* o *Grammar* temblábamos porque una equivocación era un reglazo. Había momentos duros porque los castigos eran muy severos –la regla dolía, los golpes en la mano con la regla eran muy severos, o nos lanzaban el borrador; por eso, yo siempre trato de portarme bien. Entonces era como decir "o aprendes o aprendes".

Nos tocó aprender el inglés de antes: el británico, en el que todavía me comunico. En estas épocas, cuando me dicen que tengo que hablar en inglés americano, me cuesta mucho porque toda mi vida he estado acostumbrada al británico. También escribir es difícil porque todo se acorta; todo es distinto. A mí me encantaba ir a esa escuela. La maestra que daba lecciones vino en barco para trabajar acá con el esposo; era muy mayor; creo que ya está muerta.

La familia por parte de papá es metodista. Fuimos criados en la religión y hasta hoy yo sigo con lo mío. Ir a la iglesia era obligatorio por parte de mi padre. Mis hermanos no; nunca les gustó; entonces, se dedicaron a lo de ellos. Mi mamá es adventista y ella siempre ha sido de ese criterio. Entonces unos fuimos adventistas y otros fuimos metodistas. Yo asistía mucho con mi abuelita; ella me hacía vestidos lindos; me hacen falta. Yo estaba en los coros y había esa tradición de ir y participar.

También recuerdo cuando mi papá nos llevaba a Portete; era precioso; o cuando nos llevaba a Los Baños... Entonces Los Baños era precioso, se llenaba. Recuerdo que había una casita casi sobre el mar; nunca supe lo que era, yo decía que era un lugar satánico porque tenía unas iniciales ahí; hasta ahora supe que es una logia. Mi papá siempre nos llevaba ahí cerca a bañarnos, a pasar tiempo... Eran momentos que desearía vivir: mi papá dedicado siempre a la familia, tomaba su tiempo para eso, a veces nos daba por ir a pescar, nunca sacaba nada, pero nos entreteníamos.

Hubo un tiempo en que nos fuimos a vivir a Almirante, en Panamá. Vivimos junto con mi abuelita y mis otros tíos por parte de mi mamá. Estuvimos ahí un tiempo, no recuerdo cuánto; mi papá buscando mejor vida. Era una infancia preciosa; yo me quise quedar allá porque Panamá es otro mundo, era algo bellissimo entonces. Me recuerdo siempre sentada en el corredor de la casa de mi abuela, siempre veía el tren. Sabía las horas y me sentaba para ver el tren pasar y los hombres

arreglando las cajas de banano. Mi familia por parte de mamá sí pasaba carencias. Vivimos un tiempo ahí, pero mi papá lo vio mucho más difícil. Entonces, nos devolvimos, regresamos a la misma casita.

Cuando nos vinimos para acá, sí pasamos necesidades extremas, pero mi papá siempre procuraba que aunque fuera poquito, no nos durmiéramos con el estómago vacío. Ellos preferían no comer para darnos. Mi papá procuraba que no nos diéramos cuenta, pero yo siempre, como soy tan fisgona, me doy cuenta de todo. Mi mamá tenía una mejor amiga que siempre la apoyaba, llegaban familiares de mi papá del extranjero y también lo ayudaban económicamente... Hubo un tiempo en que nos alimentábamos de solo banano; a mí me encanta, así que no me preocupaba, de eso comíamos siempre.

Cuando nació el quinto o la quinta, y al ponerse la vida más dura, mi papá decidió embarcarse a trabajar en un crucero. Él siempre ha dicho que quería ocho, "ocho son suficientes", como la serie de televisión; entonces, fue cuando él decidió irse a trabajar para mejorar la calidad de vida de nosotros. Yo tenía como seis, siete años, por ahí. Estaba en primer grado cuando se fue. Para mí fue como si me hubieran matado porque mi papá es todo para mí; mi papá dondequiera que iba yo, estaba ahí; aunque fuera en la bicicleta íbamos juntos a la pulpería, siempre estábamos juntos. Al llegar él de trabajar, lo primero era yo corriendo y me lanzaba en sus brazos.

Cuando mi papá decidió irse yo me puse mal, me enojé. Había ocasiones en que hasta me olvidaba de mi papá... Pasaban muchos meses y después volvía; cuando volvía yo decía: "¿Quién es este hombre?" No me recordaba. Mi mamá siempre nos hablaba y nos enseñaba fotos: "Este es su papá", "No se olviden de su papá", "Su papá está allá, trabajando", y así mi mamá nos mantenía el recuerdo vivo.

Hice primer grado en la escuela de Colina y tuve que repetirlo porque no entendía el español ni tampoco lo leía. Cuando entré a la escuela, casi no tuve amigos de la etnia blanca, solo me podía ver con la raza negra. Cuando mi papá se fue, empecé a decaer... Yo escuchaba cuando la maestra le decía a mi mamá: "Ella siempre está en el limbo, siempre llorando, siempre mirando un punto fijo, como perdida..." Y le decía mi mamá que tenían que apoyarme, ayudarme porque no podía estar así...

Repetí primer grado y dije: "Bueno, tengo que seguir adelante." Seguí estudiando y cada vez que venía mi papá era algo glorioso... Manteníamos una conexión por teléfono y él empezó a siempre estar ahí presente; yo seguía bien en los estudios, gracias a Dios nunca me ha ido mal... Lo más duro era cuando había que celebrar el Día del Padre y no tenía padre; cuando era el Día de las Madres mi mamá muy pocas veces socializaba. Entonces sí sentía un poco de ausencia, pero las mamás de mis compañeros eran mis mamás; ahí siempre había un aliento, un apoyo; siempre estaban ahí.

Cuando mi papá se fue, mi mamá pudo respirar en paz, estuvo más tranquila, pudo sentarse con las vecinas a hablar, pudo hacer lo que quiso, no tener esa presión. Siempre hizo lo que tenía que hacer como madre, pero nunca dedicó tiempo a sentarse ni a jugar ni a hablar ni a nada; ella siempre estaba ausente en nuestras vidas. Ella solo sabía que nos dolía algo porque llegábamos a decirle; si

no, no se daba cuenta. Eso me llenó mucho de enojo, pero me dicen que no, que ella no tiene culpa porque ella no terminó su educación, es como me dice una señora: “No venimos con un manual para saber ser madres.”

Cuando tenía ocho años tuve un accidente. Se me metió en la cabeza subir a un carro y resbalar por la tapa del motor. No teníamos dónde jugar: era un lugar pobre y no había área de recreación; no había nada... Entonces, agarré el carro para jugar: me subía y resbalaba hacia abajo; me subía al carro y resbalaba. Y en una de esas que iba resbalando me fui directamente contra un poste y me disloqué el hombro. Entonces ahí vino la regañada, la fajeada y después el hospital. Cuando me llevaron al hospital, me acomodaron el brazo y me pusieron yeso; pasé buen tiempo con yeso.

A raíz de eso ya no puedo hacer deportes ni puedo hacer un mal movimiento porque cada vez que se me desmonta el brazo, me desmayo. No sé qué tiene de conexión el brazo con el cerebro, pero apenas se me desmonta, ya no veo nada y estoy en el piso. Eso me pasaba constantemente. A mi mamá a veces le tocaba llevarme a la escuela, pero una vez, no me llevó... Yo iba a mi clase de deporte y llevaba la bola de voleibol -me encanta el deporte: hasta en danza estaba--; en eso se me va la bola, trato de agarrarla y siento que se me desmonta el hombro. Yo estaba en media calle: “O cruzo o me quedo aquí sola”. La escuela era del otro lado, la Escuela General Tomás Guardia, a la que mamá nos pasó. En eso que yo digo “¡Señor, yo logro cruzar, yo llego a la puerta y ahí me puedo desmayar!”. Pero en eso que voy cruzando, ya casi voy a llegar, voy por la mitad de la calle, y mi cuerpo no aguantó; quedé ahí tendida. Cuando me levanté, estaba en uno de los sillones en la escuela. Dios es tan grande que no dejó que ningún carro me pasara por encima. Yo no puedo hacer un mal movimiento porque se me desmonta y me desmayo.

Cuando papá se embarcó en el crucero, pasaba ocho meses afuera y dos meses acá; dos meses que dedicaba a descansar. Ya no era como antes que salíamos a la playa. Él prefería entretenernos en la casa, prefería descansar. Hubo un cambio bastante grande, pero a la vez fue mejor. Él trató de sustituir su ausencia con lo material, por tanto, llegó un tiempo en que nosotros tuvimos una buena vida; no así como millonarios, pero la situación mejoró bastante: no supimos lo que era volver a estar en esa decadencia de antes y al fin estrenamos cama; no cada uno, pero teníamos como dos camarotes, dormíamos ahí. La casa no tenía divisiones; era de una sola pieza. Era muy pequeñito; dormíamos todos apretados; era bonito y a la vez no, pero sabíamos que cada vez que él venía, venía el militar.

Todavía es muy rígido en la educación, en el aseo y en todo, eso nos ha enseñado mucho. A veces se le pasaba la mano, llorábamos y decíamos: “¿Dónde están las entidades que protegen a los niños? ¿Por qué no nos salvan?” Porque cuando se enojaba mi papá, mejor váyase y no regrese. ¿Pero adónde íbamos a ir? Eran castigos físicos muy feos; prefiero no recordar; el que era menos severo era cuando nos ponían de rodillas en el rayador de coco, pero no un rayador de los modernos, sino el que se hacía antes con los picos afuera, nos ponían hincados en eso hasta sangrar, o hervía la faja de cuero y nos pegaba hasta cortarnos la piel.

El sistema de él era que por uno pagaban todos... Somos ocho, y si uno quebraba un plato, a todos nos pegaban... ¿Por qué? Porque no estuvimos atentos del otro y tampoco él sabe quién influyó a

quién o cómo fue que se quebró... Entonces, para no pegarle solo a uno, todos recibíamos por igual: unos pagan por todos y en eso también se iba mi mamá... Mi papá procuraba que no viéramos cuando él la golpeaba, pero como yo siempre he sido tan inquieta, quería saber por qué ella gritaba y por qué al otro día tenía que estar internada en el hospital... En un tiempo yo dije: "Se lo juro, Señor: nunca en mi vida un hombre me va a hacer a mí eso." Cada vez que mi papá regresaba a la casa, se procuraba hacer las cosas correctamente ni dejar que la gente hablara porque sabíamos lo que iba a pasar. Siempre ha sido así. La policía nunca hizo nada, el PANI nunca hizo nada, nadie hizo nada nunca.

Crecí con la violencia encima: yo no maltrataba a otros, sino que al agredirme alguien, yo atacaba... No tenía que ser una agresión física, podía ser verbal: yo atacaba. Yo no era mal portada ni peleonera en la escuela, pero cuando tenía que *agarrarme*, era un animal.

Tengo una hermanita de doce años, trece ya. Ella es sobreviviente de cáncer y, por la misma situación de violencia doméstica, ha estado huyendo. Llegó al punto que ella fue a pedir ayuda a la policía y la única persona que me le podía acercar era yo. Ella le rogó al PANI que la ayudaran, les dijo que quería estar conmigo, pero se la volvieron a dar a él. El PANI dijo que como ella es sobreviviente de cáncer y es menor de edad, aunque haya lo que sea, tiene que estar con los padres porque yo no tengo los medios cómo ayudarla. Mi hermana se devolvió, pero se volvió a ir. Cada uno de mis hermanos nos fuimos todos; nadie quedó con mi papá; solo los menores.

Terminé la escuela como a los 16 años, con algunos honores, terminé muy bien. Terminé a esa edad porque no pude entrar a los siete años, entré casi a los ocho años porque soy de marzo, en ese entonces, se entraba en marzo; entonces, salí a los 16.

Siempre he sido una muchacha de las que son de vestir largo; escondía todo de mí porque mi papá no permitía que mi cuerpo se viera; esa era la manera en que me crio. En ese entonces, esa escuela estaba un poco más oscura, y recuerdo que unos días antes de la graduación —mis papás andaban de viaje—ese día me quedé con mi hermana mayor y con mis otros hermanos y casi fui violada en la escuela por tres compañeros. Me tenían prensada; no recuerdo cómo salí huyendo con la ropa rasgada.... Bajé corriendo, temblando, gritando... Los directores, los profesores no sabían qué hacer; cuando subieron a buscarlos, ellos ya se habían brincado la tapia. Entonces trataron de buscar a mis papás, pero no estaban; yo tenía miedo de salir a la calle... Cuando mis papás llegaron, les contaron. Mi mamá dijo que tal vez yo los provoqué. Decidí entonces encerrarme más en mi casa; nunca fui de fiestas ni de bailes ni de mantenerme en grupos, preferí quedarme en casa, de la casa a la iglesia y de la iglesia a la casa o al estudio.

Mi papá me mandó a un colegio privado: el San Marcos porque vio que yo era muy aplicada. Él se esforzó mucho por tenerme ahí. Mis otros hermanos, los mayores, fueron a público porque a ellos les costaba. Fui primer promedio en primer año, el segundo año también primer promedio... La ciencia me encanta, tuve la oportunidad de ir a estudiar a San José al instituto de ciencias y tecnología (algo así se llama) pero del miedo no quise ir.

Seguía la violencia y empecé a portarme rebelde. Como a los 17, por ahí, la rebeldía era pelearme

en el colegio. No me podían decir ni “a” y me peleaba. Una vez, una muchacha venía enojada y porque le boté un libro cuando iba pasando, me llamó: “Negra tal por cual”... No me molestó lo de tal por cual; pero me molestó que me dijera negra... Entonces descargué la ira en ella, a tal punto que casi le meto un lapicero en los ojos... Toda la ira que cargaba la iba a descargar en ella. Me expulsaron. Pude volver, pero de la vergüenza no quise. Fue ahí cuando me mandaron al colegio técnico profesional. En ese momento estaba saliendo de octavo, ya para entrar a tercero.

Hice cuarto año en el técnico. Ese cambio lo viví bien porque en el colegio privado viví mucho el *bullying*; muchas ofensas en todo aspecto porque yo era la niña pobre haciendo creer que era rica porque yo venía de una familia humilde. Mi papá se mataba horas extra para darnos a mí y mis hermanos lo mejor en el estudio que él no pudo tener. Se burlaban de mí porque mi uniforme no era como el de ellos; cuando había vacaciones, yo no iba como ellos a Estados Unidos: me quedaba en mi casa. Mi casa no era como la de ellos. Lloraba todo el tiempo; les decía a mis padres que no me gustaba porque ahí me ofendían; me hacían sentir mal. Todo el tiempo eran insultos, maltratos, burlas; yo no me sentía cómoda; hice todo para salir de ahí, pero mis papás me decían que tenía que aguantar.

En el técnico había que escoger un área y yo quería tomar la carrera de refrigeración mecánica automotriz. Siempre he sido una señorita, pero me encantaba jugar con *chunches*, carros, patear bola, cosas así. A mi papá no le gustaba porque nos crio como princesitas. Nosotras éramos de atender las cosas de la casa y los varones las cosas duras, como la basura. Cuando decidí estudiar mecánica motriz fue como un insulto para mi papá; tuve que tomar una carrera que fuera para mujer: contabilidad o secretariado. Siempre ha sido lo que él dice: la vida de nosotras y de mis hermanos nunca ha sido lo que nosotros queremos. Entonces tuve que tomar algo que no me gustaba: secretariado. Bueno, ahí estuve estudiando.

Cuando estudiaba en el técnico, otra vez casi fui violada y otra vez decían que tal vez yo tenía la culpa por ser mujer. En mi casa seguía lo mismo: yo vivía con una gran presión porque ya estaba en la adolescencia, quise tener amistades para poder sentarme a hablar, no podía llevar amigos a mi casa, tampoco podía ir a casa de mis amigos, solo podía tener amistades en la institución, nada de trabajos en grupo, nada de eso, era prohibido. Sentía mucho ahogo de estar todo el tiempo pendiente del estudio... ¡Estudio, estudio, estudio! Me encantaba estudiar, pero también quería tiempo para ser normal; la presión de mi mamá era demasiada. Llegué a los 20 años y seguía sirviendo en la iglesia. Estaba en el coro, grupo de jóvenes, ayudaba a los niños, a veces hablaba en el púlpito y me encantaba.

Mi hermano le metía cuentos a mi mamá. Hasta me prohibía ir a la iglesia porque mi hermano decía que iba para estar con el pastor. Por eso había muchos, muchos choques cuando mi papá no estaba. Yo le decía a mi mamá: “Soy virgen. Lléveme al hospital para que me revisen.” “¡Ay no! Para que te salven y no te golpee. el doctor va a mentir para que no te haga daño...” Yo le aseguraba hasta por mi vida, le juraba por todo y no me creía. Era siempre el maltrato, el encierro...

Una vez, cuando mi papá llegó del barco -yo tenía 19 años- me dijo: “Estoy cansado ya, ¿cuándo vas a conseguir un hombre? Siempre estás metida aquí en la casa, no sales.” Y me echó a la calle. Me

dice: “Vaya baile. Vaya busque dónde meterse...” Vivíamos por el estadio de béisbol y yo me senté en la acera a llorar como un bebé porque no me dejaban entrar; yo no sabía a dónde ir, con 19 años. Entonces mi hermana se alistó y dijo: “Yo voy a ir a bailar. Vamos conmigo para que no se quede ahí...” Fue la primera vez que entré al Black Star Line, un lugar de baile. Me quedé toda la noche sentada, viendo.

Cuando salíamos, mi papá nos daba la hora de regreso. ¡Dios guarde no acatáramos la hora que él decía! Empecé a salir con mi hermana, pero solo a sentarme a ver cómo bailaban, así aprendí a bailar yo. No era de salir mucho; yo siempre metida en la casa. La televisión era mi pasión. Cuando se iba mi papá, era el mismo ahogo: mi mamá seguía: el ahogo, el maltrato, el insulto...

Cuando cumplí los 20 años nos pasamos a vivir a Las Brisas, Pueblo Nuevo. Esa casa mi papá la construyó con lo que había ganado trabajando tantos años en el barco. Yo seguía de la iglesia a mi casa y al estudio. Yo muchas veces le decía al Señor que por qué no me llevaba; ya no aguantaba más.

Llegué a un punto en que conocí a unas amistades que no eran como yo, pero se acercaron a mí; eran de fiestas, de hombres, de licor. Yo todavía no me apuntaba en eso; hasta que un día dije: “¿Sabe qué? Voy a ir a la casa de ellos...” Me fugué un día. Tenía 19 años, casi entrando a los 20. La primera vez que supe qué era tomar. Me tomé una botella. Después me encontraba en el piso llorando, no sabía qué era eso. Después ellos me enseñaron cómo tomar, al punto que del mismo ahogo, un día yo me fui donde ellos porque en esa casa nunca faltaba el licor.

Entonces llegué y dije: “Aquí el alcohol me va a matar; ya que Dios no me quiere llevar; me voy a morir.” Empecé a tomar para morir; llegué al punto que tomé bastante, ni yo misma me reconocía. Llegaron unos muchachos a la casa de mi amiga y empezaron a tomar. A pesar de estar bien alcoholizada yo escuchaba y entendía muy bien, y me sé mi camino; entonces, nos dijo uno: “Móntese y la llevo a su casa...” En eso, voy borracha junto con mis amigas, voy viendo la carretera pero me hago como que si no. El hombre gira y yo digo: “¿Por qué gira si ese no es mi camino?” “No, no, es que vamos a dar la vuelta para llegar más rápido, vamos a tomar un atajo.” Yo empecé a *jalar* a mi amiga: “Yo quiero bajarme porque a mí me van a violar.” Éramos dos amigas y yo, pero ellas estaban perdidas. Cuando él vio que yo me sofoqué, volvió a la carretera. Me dejó a medio camino, muy largo de mi casa; me dejó ahí tirada y se fue con ellas. Pasó una vecina mía, la mamá de una amiga de la iglesia, me vio y me recogió. Me llevó a la casa, me dio un baño, me relajó, me habló y se puso a llorar. Ella llamó a mi mamá para que viniera a recogerme; y yo, llorando, le decía que no llamara a mi mamá, que me dejara morir. Mi hermana fue por mí y me llevó a la casa. Mi mamá lo que hizo fue agarrarme la cabeza y me lanzó contra la pared. Horas después me desperté con un chichón, la cabeza reventada y bajo el chorro de agua, tirada en el piso del baño. Mi mamá no me ayudó, mi hermana fue la que se compadeció; me ayudó y empezó a gritar que no me hiciera eso porque mi mamá seguía golpeándome después de que salí.

Pasados unos pocos meses, cuando vino mi papá del barco, a él le dolió mucho saber lo que hice; pero yo le dije que él tenía la culpa. ¿Por qué? Porque él nunca acató ni entendió que yo pedía de auxilio, yo le decía a él: “Ya no quiero estar con mi mamá, sáqueme de aquí.” “Pero es su mamá;

tiene que estar con ella.” Nunca quiso escuchar. Pensé que me iba a golpear, pero compró un botellón de whisky Johnny Walker y lo puso ahí con un vaso con hielo, me dijo: “Tómame toda esa botella; si no lo haces, te golpeo.” Yo le decía: “¡No quiero tomar, no me gusta!” Me decía: “Te lo tomás porque ya tomaste.” Me llena el vaso y me tomo la primera y me llena el vaso y voy con el segundo. Yo llorando: “Ya no puedo más, no puedo más, no puedo más.” Me decía: “Te lo tomás todo.” Yo le decía “Ya no puedo más, perdón, perdón, no lo vuelvo a hacer”. Se lo supliqué . Me dijo: “Eso es para que aprenda a no volver a tomar”. No volví a tomar. Él se sentó a hablar conmigo y me decía: “Explíqueme qué te está pasando porque tú no eres así.” Yo le expliqué todo lo que he llevado toda mi vida, lo que hizo él fue golpear a mi mamá... ¡Para qué lo hizo! Cuando él se fue, yo dije: “Aquí morí yo”. Seguían los golpes y los maltratos; los vecinos se compadecían de mí.

Entonces tomé una decisión: aquí es o matarme o irme. Yo tenía muy buenos promedios en las notas, todo iba muy bien; mi anhelo era llegar a ser profesional, llegar alto y después pensar en familia, pero yo dije: “Aquí es el primer idiota que se presente, que me salve la vida...” Y se presentó y me fui.

Me fui y era señorita todavía. Por lo menos esa persona sí me quería; yo no. Fue muy duro porque me entregué a alguien que no quise, que no valoré. Mi papá fue a buscarme, buscó al OIJ, el OIJ me quiso sacar, yo no quise irme y me sacaron. Volví a irme. Fue cuando dije: “No, yo tengo veinte años; ya puedo hacer lo que me dé la gana...” Y me paré. Los vecinos también me apoyaron. Aquello era constante hasta que dije: “Bueno, si me embarazo, me dejan en paz...” Aunque no era mi plan, lo hice. Fue cuando quedé embarazada de mi hijo mayor y se me vino toda mi familia encima; el odio. Mis hermanos empezaron a odiarme; mi mamá decayó por el mismo maltrato de mi papá, por todo lo que le recriminaba mi papá; entonces, a mí me acusaban de ser la culpable de lo que le pasaba a ella.

Cuando nació mi hijo yo tenía 20 años y medio y mi papá se acercó. Llegó mi papá, se me hincó y lloró como un bebé. A mí se me desgarró el alma. Yo no lo hice por él; lo hice para librarme de mi mamá, pero como él nunca me quiso escuchar, tuve que hacerlo. Entonces él me dijo que no era la manera correcta, que lo que yo tenía que hacer, aunque ella me golpeaba y me insultaba, era aguantar hasta más no poder. Entonces yo le dije que no, y desde ahí mi papá me dio la espalda.

Viví con ese hombre diez años; con él tuve mis tres hijos. ¡Nunca fui de estar con otros hombres! Le llegué a tomar aprecio. El nació en Bluefields, Nicaragua, pero venía de Canadá. Creció y se crio en Canadá, es canadiense. En el momento él no trabajaba; después empezó a trabajar como guarda de seguridad. Yo me acoplé a lo que me tocó vivir -de pequeña sí supe lo que era vivir tiempos difíciles, pero después tuvimos una vida súper buena-. Con él sufrí mucho porque volví a decaer en la pobreza, en lo que es vivir duro; y mi familia, estando bien, nunca se acercaron para decir: “Tome para que compre leche” o “Tome para que compre pañales o arroz.” Nunca. Al fallarle a mi familia, me cerraron las puertas: “Ya no queremos saber de ti”.

Le fallé a mi papá por no terminar y no ser profesional, y le fallé a mi papá por haberme metido con un hombre que no fue aprobado por él; porque él es de los que “Yo escojo con quién tú vas a estar...”

Llegué a quinto año. A mediados de quinto año me salí porque era muy difícil con el bebé. Fue un golpe duro porque yo nunca quise parar de estudiar; fue bastante difícil para mí. Vivíamos en Pueblo Nuevo, en una casa que era parte familiar, pero pagábamos alquiler. Después, con el tiempo, vino mi segundo hijo. Yo nada más planeaba tener dos. Las cosas fueron cambiando, muchas cosas se fueron dando; a raíz de eso fui a vivir con mi suegra porque fueron tiempos difíciles: al no saber él muy bien el español y no ser de aquí, le costaba encontrar un buen trabajo. Mi suegra era enfermera en Canadá y aquí no le aceptaban los documentos; por tanto, a ella le tocó vivir de los hermanos.

Me tocó acostumbrarme. Trabajaba medio tiempo en tiendas y cosas así. Muchas veces quise pedir ayuda. En un tiempo volví a vivir en casa de mis padres porque digo: "Bueno, vamos a comprar una casa a ver qué pasa; ahorrar un poco..." Mi compañero no podía estar cerca de mi familia; a él nunca lo quisieron. Yo me fui sola para tratar de reunir un dinero para ver si podíamos comprar una casa o algo. Pero vivir en la casa de mis padres era como vivir en la casa de mis enemigos: si no apporto, no como, y si no tengo para pañales y leche, tampoco se les daba...

Muchas veces fui al IMAS a pedir ayuda y se me negaba, no sé por qué. Varias veces fui a la Corte a preguntar cómo hago para quitarme el apellido... Me dicen que por medio del abogado y mucho dinero porque yo decía: "¿Será por el apellido (porque todo mundo conocía a mi papá) que no me apoyan?"

Yo he sido negada en muchos trabajos por razón de él. Muchas veces me he presentado a trabajar, "¿Pero usted es hija de tal hombre? No, no, aquí no puede trabajar..." Nunca me han dicho la razón. Para mí que consultan primero con él antes de darme el trabajo; y así ha sido mi vida: lucha tras lucha, mes a mes dejando documentos. Cuando yo le recriminaba eso, me decía: "Es que no quiero que digan que yo tengo hijos mediocres y antes de que mi apellido esté por el suelo, prefiero que no esté en ninguna institución..." Mi papá tiene cabinas en Manzanillo; ahí se ha quedado el presidente, diputados; él es amigo de todo el mundo que se llama jerarca. Él no es estudiado: llegó a tercer grado, pero ha logrado más cosas de las que una persona estudiada pudo haber logrado. Él tiene muchas, muchas amistades. Entonces, cada vez que yo iba a pedir trabajo, apoyo o algo, se me negaba.

Después, mi compañero cambió: empezó con las drogas, con los malos amigos, la violencia hacia mis hijos, y volví a vivir el mismo episodio de mis padres. Entonces era: "O lo mato yo o me mata él..." Pero la violencia no era tanto hacia mí, sino hacia mis hijos, y yo no quiero eso para ellos. Después llegó a un punto en que sí me agredió a mí. Entonces aquí dije: "OK, o te vas o te mata..." Y nos dejamos.

Mi tercer hijo vino de una violación. Nunca se lo he dicho y no quiero que lo sepa. Aunque usted viva con su pareja, su pareja también la puede violar. Yo no vivía con él; vivíamos en la misma casa pero cada quien por su lado; separados pero unidos para no causarles daño a los hijos. Esa era mi tendencia: no causarles trauma al separarlos. Pero ese fue mi error porque un día me desperté y él me estaba ahorcando, encima de mí. Entonces, mi hijo vino de una violación.

Después de eso lo eché y todo ese tiempo me quedé sola. Mi hijo se crio casi solo. ¿Por qué? Porque

lo atendía cuando me daba la gana; no le ponía mente porque yo no lo quería... Y no era porque yo soy mala mujer, sino que a como él se concibió y a lo que a mí me pasó, yo no quería. Tiempo después lo miré y dije: "¿Por qué lo odio, si él no tiene la culpa? Ya empecé a tratarlo como si fuera parte de mí; empecé a quererlo... Pero vienen los tiempos más duros para mí porque sí supe lo que es pasar días sin comer, sin leche, sin nada, al punto de rasgar mi ropa para ponérsela a mis hijos.

Le puse la pensión al papá de mis hijos. Él es muy violento, pero nunca le tuve miedo. Ahí enfrente de la jueza me quiso golpear y la jueza no lo permitió. Entonces le dictaminaron cuánto tenía que darme. El primer mes me dio; ya después no supe más de él.

Mi primer hijo se fue con el papá porque cuando diagnosticaron a mi hijo, el segundo, de lo que él tiene, tuve que dejar de trabajar. A ellos les tocaba quedarse solos para yo trabajar y traerles el alimento. Los vecinos eran los que los cuidaban de puerta en puerta. Yo vivía sola con mis hijos en Limón 2 mil. Mi hijo se puso rebelde porque para él el papá era un dios; y lo que el papá le decía, él lo hacía. Entonces me insultaba, me agredía y me decía cosas muy horribles.

Cuando mi hijo cumplió 8 años, casi 9, empezó a tener tendencias suicidas; me decía que si yo no lo dejaba ir con el papá, se iba a matar. Muchas veces lo encontraba con un cordón amarrado, colgado en las ventanas, que se iba a tirar, que él quería estar con el papá y que yo no valía nada. El papá le decía que yo era prostituta y muchas cosas. Llegué a tiempos de crisis muy duros. No tenía el apoyo de mis padres; no tenía apoyo de ningún familiar; no tenía el apoyo de nadie. Caí en depresiones porque muchas veces escuchaba a mis hijos decir, "Mamá tengo hambre, no aguanto más." Y yo no sabía de dónde sacar algo. Y empecé a ir a salud mental en el hospital.

Fui muchas veces al IMAS y nunca me hicieron caso. No me decían nada. En ese entonces yo no peleaba por mis derechos; me rechazaban y me daba por derrotada. Era un tiempo muy difícil, al punto que dije que iba a entregarlos al PANI porque yo era una mala madre al no poder alimentarlos. Pasado un tiempo, me decía que yo no era mala; simplemente no tenía apoyo; no sabía cómo hacer las cosas. El doctor me dijo que le entregara mi hijo al papá porque era el bienestar de él y el bienestar de nosotros. Entregué mi hijo a los 9 años.

Fue duro; fue muy duro, pero salí con ayuda del psicólogo. Bueno, empezó lo del trajín de mi otro hijo: la enfermedad; cosas nuevas que tuve que vivir, sin saber a lo que me estaba enfrentando. Sin dinero, sin nada. Pedí apoyo muchas veces a mis padres y lo que me decían era: "Nadie te mandó." Nunca me ayudaban. Pero los vecinos me ayudaban mucho; mis amistades también.

Cuando el segundo nació, no lloró. Después no sé qué hizo el médico, reanimación o qué, y lloró ahí, pero no volvió a llorar más. Yo podré ser primeriza, pero soy la segunda de las mayores; entonces, sí sabía lo que era crianza de niños porque me tocó ayudar a mi mamá. Yo decía: "Esto no es normal." Pasaron dos días, yo internada en el hospital con mi bebé y yo le decía al médico: "Esto no es normal." "¿Usted qué va a saber? Usted no sabe nada. Eso es normal. ¿No ve que él es un angelito?" Eso no era normal porque se hacía, se orinaba, no se levantaba. Todos los bebés llorando; lo bañaba y no se levantaba... Hice un escándalo en el hospital al punto que el guarda llegó para calmarme y pedí por un especialista. Ahí fue que llegó el doctor de la O, médico pediatra, y me dijo: "Este niño

está en coma”. Lo llevaron a un cuarto donde no me permitían a mí entrar. Cuando lo trajeron estaba envuelto y no me pudieron dar cuentas de lo que pasó.

Cuando salí del hospital, que tuve el alta de mi hijo, por sonda le metían un tubo por la nariz hacia la garganta porque mi hijo tampoco movía la mandíbula: era como un vegetal. Se le metía el dedo, se le metía el chupón y él no sabía succionar. Llegó un punto en que empecé a darle con cuchara, sacaba la leche y le daba con cuchara. Empecé a ver que cuando mi hijo dormía casi le tocaba la cabeza en la espalda; tenía meses y no sostenía la cabecita, no rasgaba, no acataba órdenes cuando se le llamaba, no miraba; nada. Yo decía: “Señor, esto no es normal”. Lo llevaba con convulsiones al hospital. Después de tres días de nacido, ya iba con convulsiones al hospital. Los médicos me decían que yo exageraba como madre. ¡Lo llevaba casi muerto, los ojos en blanco y me decían que yo exageraba! ¿Por qué eran las convulsiones? Nadie sabe.

Un día mi hijo cayó con bronconeumonía en el hospital; estaba muy mal. Ahí a mi hijo le dio un paro cardiorrespiratorio. Cuando me dijeron que mi hijo murió, yo escuchaba como si estuviera aquí y ellos estuvieran muy lejos; yo no me movía. Cuando reaccioné, después, estaba en la cama acostada y después me dijeron: “Logramos salvar a su hijo. Volvió a vivir.” Un día me metí al consultorio del doctor Reid, que es psiquiatra y me le hiqué y le rogué por mi hijo. Le pedí llorando que por favor me ayudara. Él me dijo: “No, no se me hínque. Levántese. Dígame cuál es su problema a ver si puedo ayudar.” Le expliqué y el doctor me dijo: “Yo no puedo; pero lo voy hacer.” Hizo una referencia y me mandó al Hospital de Niños. Cuando lo llevé al Hospital de Niños, al revisar los doctores a mi hijo, me regañaron: que por qué esperé hasta ahorita y no lo traje recién nacido. ¿Pero por qué fue? No se permite recibir niños sin referencia; una vez lo intenté y se me negó en la puerta. Entonces, fue cuando empezaron a hacerle diagnóstico: fue a la Unidad de Desarrollo y ahí empezaron a hacerle análisis, estudios.

Encontraron un poco de líquido en el cerebro, no dañino, pero no lo pueden remover porque no le está causando daño. La doctora me dijo que de milagro él está vivo y está bien. Fueron seis a siete médicos evaluándolo día con día. Yo pedía dinero y lo conseguía de vuelta con lo que me daba la Caja, y pagaba de nuevo lo que me daban. Para ir a San José pedía ayudas de gentes porque mi familia no lo hacía. Una vez que iban a darle el diagnóstico, le pedí a mi papá, pero de tan herido que él estaba, me dijo: “Yo no tengo que darte nada porque yo no soy el padre de tu hijo.” Ese día mi hijo no fue a ser evaluado. Llamé al hospital llorando y les expliqué y me dijeron: “Bueno, está bien. Cuando pueda haga otra cita”. Logré hacerlo y fui. Lo diagnosticaron con espectro autismo.

Mi hijo tiene derecho a una pensión; pensión que voy a empezar a pelear. El problema es que tenía que estar yendo a buscar el dictamen a San José y no tenía el medio económico. Lograba ir, solicitarlo, pero ya para ir a recogerlo no podía. Yo les decía a los doctores, “¿Por qué no lo mandan de hospital a hospital?” “Es prohibido; no se puede....”, me decían. “Bueno, ¿por qué no me dan el derecho a que otra persona lo pueda recoger?” “Que no porque él es especial”. Hace poco estaba en el trámite de la pensión; ya pude conseguir el dictamen aquí, pero el dictamen no decía algo concreto. A veces me siento muy baja porque si para el IMAS el espectro autismo no es una discapacidad, imagínese qué será para la Caja. Pero yo voy a ver qué hago, qué pasa, primero Dios.

Y si no me la dan, diay, sigo luchando como siempre porque muerta no voy a estar; ahí voy a seguir.

Yo le doy gracias a Dios porque nunca tuve en el objetivo prostituirme para conseguir mis cosas. Siempre tuve una mentalidad que el cuerpo no se vende, es sagrado, que uno se sujeta al Señor y Él te da las cosas. Vivía aferrada a la fe. Había veces que en mi familia se compadecía de mí a y me daba algo.

El padre de mis hijos desapareció. Yo firmaba como bruta en la Corte y como él es amigo de los policías, le decían cuando tenía orden de captura. No iban a buscarlo, yo tenía que estar montada en patrulla buscándolo. Eso no es para mí. Si él tiene una orden de captura, es obligación de ellos buscarlo, traerlo y hacerlo pagar la pensión. Nunca se dio. Ocho años después, yo dije: “¡Soy tonta, firmando como una estúpida y nada...!” Y decidí parar de firmar.

Yo recibía ayuda de una señora que está con cáncer terminal; es mamá de un compañero que se compadeció de mí. Ella trabajaba para una abogada y un día me dijo: “Tráigame sus papeles y usted va a saber de mí...” Yo no sé qué hacía ella en el IMAS, pero de repente me decía: “El mes entrante te depositan.” “¿Cómo? Tantos años yo luchando y nada... ¿Cómo lo conseguiste?” “Yo sé cómo conseguirlo” La primera vez me dieron por dos meses, aunque es por seis. Cada vez que se acababa, tenía que buscar a esa señora para ver si me podían dar dos meses más. Hasta el punto en que yo dije: “Estoy cansando mucho a esta señora” y ya paré de molestarla porque cuando más la necesitaba, era cuando estaba internada para una operación...

Yo seguía yendo al IMAS y nunca se me daba. Una vez fui donde señor llamado don Rogelio; él trabajaba antes en el IMAS; le lloré a y le conté la situación que estaba viviendo y que mis hijos necesitaban comer; le dije que no me diera dinero, que me diera trabajo porque yo puedo hacer algo. El señor me dijo: “Si yo pudiera, te ayudo. Vaya busque sus papeles.” Yo vine toda emocionada, busqué los papeles y el día estipulado fui al IMAS. Me senté, hice fila como todo el mundo; cuando me tocó la hora se pusieron a reír entre él y otra, se pusieron a hablar y me dice: “Venga acá... Este apellido... ¡Usted no necesita!” Le digo: “¿Por qué?” “Todos conocemos a este hombre. ¿Qué hace usted aquí?” Le digo: “Una cosa es mi padre y otra cosa soy yo. Yo no recibo apoyo económico de él; no recibo nada”. Y lo que me contestaron fue: “No te podemos ayudar....”

Cuando se terminó de disolver la primera unión con el papá de mis hijos, el menor ni siquiera había nacido, el segundo tenía casi 2 años y yo estaba a punto de dar a luz. Me fui a una casa sin agua y sin luz, viviendo en la miseria; una casa abandonada en Limón 2 mil. Empecé a trabajar cuidando a una señora con Alzheimer; es hija de médicos y lo que me pagaban por quincena era 30 mil colones, sabiendo que eso no es lo que estipula la ley, pero no podía quejarme: tenía a mis hijos y tenía que agarrarlo. Vivimos por bastante tiempo a puro pan y “Tang”; yo no sabía lo que era cocinar; solo tenía un colchón viejo que encontré ahí.

Cuando mataron a un señor por ahí cerca, yo no me di cuenta de que había salido en la televisión, pero había salido de reflejo. Mi papá me vio, se compadeció y me prestó esta casa en la que ahora vivimos... Esta casa ahora es de mi hermano; él está preso y cuando él salga, tengo que ver qué hacer. Como yo trabajaba, tenía que pagar alquiler porque con mi papá el negocio y la familia no se

mezclan. Aunque yo sea hija, soy tratada como extraña porque él no consiguió las cosas del aire; él sufrió por obtener sus cosas; entonces, él dice que nosotros tenemos que saber lo que es ganarse la vida, como él sufrió. No tenía cómo pagar una niñera y me iba a trabajar cuidando a la misma señora. Enseñé a mis hijos cómo ser independientes, cómo ayudarse mientras yo no estaba.

Fue ahí –tenía como unos 26, 27 años–, cuando conocí a mi segunda pareja. Él es colombiano; no puedo hablar mal de él: es un excelente hombre porque me dio tanto apoyo emocional, físico, apoyo económico y trató a mis hijos a como si fueran hijos de él... No era paternal de jugar y vacilar, siempre el respeto y un muro; pero no les faltó nada.

Cuando empecé a andar con el colombiano, él me apoyó; me dijo: “No más. Vaya y termine su carrera. Estudie porque usted no puede estar así.” Él me apoyó en ese punto; me mandó a estudiar. Terminé mi quinto año en el colegio nocturno. De ahí me dijo: “Bueno, voy a apoyarte en lo que es la universidad.”

Seguí trabajando hasta el punto que él me dijo que no podía trabajar más porque me arriesgaba a que me quitaran a mis hijos. Tuve que dejar mi trabajo; enojada y todo, tuve que dejar toda mi vida atrás.

Él trabaja en el muelle; en el muelle no se gana mucho. Él fue y habló con mis padres, como un hombre. Habló con ellos y estipuló todo. Ahí mi padre dijo: “Bueno, está bien. Voy a apoyar.” Yo dije: “¡Wow! ¡Va a apoyar!” Mi papá me apoyó en lo que se podía: pagarme la universidad, pero lo que eran materiales y todo, lo hacía mi compañero. Yo entré a una universidad privada, la ULICORI. Empecé a ir, toda emocionada: “Voy a la universidad, ya voy a ser profesional, ya voy a tener todo, voy a tener a mis hijos bien.”

Empecé a ir, pero mi hijo volvió a decaer. Yo decía: “No Señor, no voy a parar aunque él decaiga. Yo no es que no lo quiera, pero voy a seguir; voy a ver cómo me divido.” Paré de estudiar de día y fui de noche para atenderlo. Entonces, ha sido difícil pero no imposible. Por un año y medio estudié Trabajo Social. Escogí esto por mi vida, por lo que viví, por apoyar y ayudar a los que necesitan y por el abuso que reciben muchos que necesitan y se les violan los derechos; por eso agarré esa carrera, más que todo para el adulto mayor y los niños, porque los jóvenes ahora tienen ayuda, apoyo... Mi compañero asistió a mi graduación del colegio, yo contenta; hizo que mi madre fuera y me sentí bien. Mi padre no se acercó porque sigue dolido; entonces, a veces trato de hacer una muestra de acercamiento, pero él sigue con el rechazo, sigue dolido a pesar de los años.

Viví casi siete años con mi pareja hasta que me fue infiel. Fue algo devastador para mí porque a quien yo le deposité confianza y amor, con quien siempre fui correcta, me falló. Soy de las personas que si me fallan, me desmoralizo totalmente. Caí en depresión tres meses en cama; quería morirme. Los tres meses que estuve en depresión, él me cuidó aunque ya no convivíamos, me llevó a citas médicas y me llevó a salud mental... Él quería seguir conviviendo, pero yo ya no podía porque fue con mis amigas y con mis vecinas: la misma que comía de mi plato se acostaba con mi marido mientras yo iba a estudiar.

Tuve que parar de estudiar otra vez porque ya no podía; el sufrimiento era tan grande, tan devastador, que no podía. Ahí fue cuando dije: “Bueno, Dios, me aferro a ti otra vez” y me levanté de la depresión.

Eso pasó hace dos años y medio. Mi hijo, el menor, lo veía como un papá. Para él fue devastador separarse de él; cayó en depresión, ya no podía estudiar, se quedó en primer grado, fue dando retrocesos, constantemente llora y sigue llorando. Tuve que llamarlo a él para que viniera a acostarlo a dormir. Todos los días tenía que estar hablando con él para que no llorara. Yo me miré ahí: seis años mi hijo sufriendo por la ausencia de un padre; me miré ahí y dije: “Señor, ¿estoy aceptando otra vez a este hombre para tener a mi hijo bien?” No. Él nunca me golpeó; él no es de esos colombianos que golpean, pero sí me insultó verbalmente. Cuando él venía enojado o algo así, o no quería estar con él, me decía que no valía nada. “Tú no vales nada; yo te recogí.” Y me decía cosas muy feas y yo tenía que ceder.

Por eso yo dije: “Yo valgo mucho; valgo demasiado para que un hombre me esté tratando así...” Y fue por el apoyo de un amigo, de mi mejor amigo, que me decía: “¡Levántate! porque tú vales mucho, mi negra, ¡levántate! No dejes que nadie te ofenda porque no has caído tan bajo para que un hombre te diga que no vales nada; lo único que has caído es en la miseria”. Entonces, fue ahí que me aferré nuevamente a Dios y empecé a ir de nuevo a la iglesia y fue cuando dije: “No más. Nadie más me volverá a tratar así.”

Pero fue muy duro porque casi pierdo a otro hijo; el menor. Él optó por querer irse con el padrastro, que para él es el padre.

El segundo, el que es especial, siempre me decía: “Mami, no se preocupe, no llore; más bien nos hacemos fuertes los tres juntos; no lo necesitamos a él; no llore, aquí estoy yo.” Él siempre fue mi apoyo. A veces yo decía: “¿De dónde saca él las palabras?” Él tiene un vocabulario que yo no sé de dónde lo saca. Entonces a veces digo: “Señor, ¿eres tú hablando a través de él?” Porque me dice cosas que no son de un niño. Entonces fue cuando con más fervor tuve de estar yendo a la iglesia. Conocí a una amiga; ella fue mi madre, mi apoyo, mi hermana, mi todo, y hasta el Sol de hoy, en lo que puede me apoya. Ella me decía: “¡Levántate por tus hijos! ¡Lucha!”. Y me *jalaba* de nuevo para la iglesia. Ya no soy metodista; ahora soy cristiana. Voy a la iglesia Portador de tu Gloria. Esta iglesia me ha sanado muchas heridas; las heridas del pasado las sané. Puedo hablar de ellas sin sentir dolor porque antes yo era una magdalena; ya no. Le pedí perdón a mis padres, a todo ser que me hizo daño y ya no siento rabia, pero trato de no hablar de lo sufrido, del pasado. Hasta el Sol de hoy baño a mi hijo, lo atiendo y él tiene casi 10 años.

Unos vecinos una vez me echaron el PANI, pero por dicha ese día no fui a estudiar; me quedé aquí: estaba enferma. Yo veo esa luz grande que está entrando por la ventana y salgo: “Es que se nos llamó, dicen que dejan unos niños solos porque la mamá se dedica a estar todo el tiempo en la calle de noche.” Ellos no sabían que yo estudiaba; entonces, yo les dije: “No, no estoy agrediendo a mis hijos; no estoy haciendo nada malo; revíselos...” La policía los revisó. Me hicieron firmar y se fueron.

Yo quise darles un mejor futuro a mis hijos, pero no se podía. Mi papá me decía: “Termine de

estudiar. Vaya estudie”, “Pero pa’, me van a quitar a mis hijos; yo no puedo seguir estudiando; necesito un apoyo de ustedes.” Me dice: “Nadie te mandó, ya te dije, y si te los quitan mejor; así con tranquilidad terminás de estudiar, te hacés profesional y cuando ya ellos son mayores de edad, vuelven a ti.” Yo le decía: “Mis hijos vienen primero, antes de cualquier cosa. ¿Cómo usted, siendo padre, me va a decir que mejor se los lleva el PANI y después, con el tiempo, los recupero?” Dejé el estudio y me dediqué a ellos.

Un día no teníamos nada otra vez. Yo dije: “No aguanto más”. Llamé a mi expareja –no el padre de ellos porque él brilla por su ausencia– y puse a mi hijo; se puso a llorar y le dijo: “Papi, tengo hambre. Te necesito, papi.” Y fue ahí cuando él cambió, hasta el Sol de hoy él es el que me ayuda apoyándolos a ellos. No me da un dineral: son 30 mil colones por mes. ¿Qué uno puede hacer con 30 mil colones? De eso es de lo que yo vivo. A veces son 10 mil colones a la quincena. Pero vivo por la obra y gracia del Señor.

Pasé tres meses sin comida en mi casa, pero todos los días tenía comida. ¿Cómo lo hacía? Doblar las rodillas y pedirle al Señor. Venía caminando por la calle, pasaba un vecino: “Vecina, venga acá, ¡tome!” “Yo no quiero nada; no les he pedido.” “No, ¿pero sabe por qué lo hago? Porque eres una madre esforzada y no has incurrido a vender tu cuerpo para darles las cosas a tus hijos.” Yo no soy de las personas que me gusta vivir de las personas, pero si es por medio de Dios que recibo las cosas, así me ha tocado vivir.

Un tiempo me enfermé fatal tres meses de las glándulas. Estaba mal; no podía ni moverme; pasé en cama. Mis hijos vivieron a lo que tenían, como podían, atendiéndose solos. Tres meses sin ir a la escuela... A ninguna escuela cerca de aquí pueden ser referidos mis hijos porque necesitan educación especial; los mandaron a una escuela en el centro de Limón; a veces me tocaba caminar desde aquí, de mi casa, hasta el centro. Para mí no es largo, pero para ellos sí. A veces pasábamos con lluvia y mis hijos son asmáticos de nacimiento; se me enfermaban a cada rato. El IMAS brilló por su ausencia de nuevo porque a mí nunca me han dado más de dos meses.

La escuela me denunció; el PANI me llamó. Pero como ya yo tenía un año ganado en la universidad, me aprendí algunos artículos de la legislación. Estudié primero los derechos y fui como mi propia abogada. Llegué, me senté, enseñé el dictamen que me dio el médico, decía que después de los tres meses, yo necesitaba reposar 15 días más porque todavía no tenía fuerzas.... Entonces ella me empezó a decir que yo violenté el derecho de mis hijos. Y le digo: “Sí, está bien; pero solo una cosa: yo soy madre soltera ¿y si yo me enfermo, quién va a apoyarme con ellos?, ¿quién los va a llevar a la escuela?, ¿quién los va a atender? No hay nadie; no tengo a nadie.” “¿Y el padre de ellos? ¿por qué no lo busca?” Ellos no tienen por qué preguntarme por qué yo no busco al padre, si le estoy diciendo que no me ayuda en nada. Él se perdió y punto. “Es que no: se le pueden quitar los hijos porque es por negligencia...” “Vea, artículo 1 del *Código de Familia* dice que el Estado costarricense tiene que velar por el derecho de las familias...” Se me quedó viendo. Ahí estaba el abogado. “El artículo 5 del *Código de Familia* dice que toda institución debe velar por la familia. Y ni el IMAS ni ustedes, el PANI, ni nadie está velando por mí ni por mis hijos porque el PANI puede dar un apoyo económico, puede dar una ayuda hasta de buseta o de cualquier cosa.” Y les dije: por último: “Por

pobreza no se le quita un hijo, si no por descuido.” Ahí el abogado me miró y me dice: “Usted sabe...” A mí nadie me quita los hijos tan fácilmente.

La señora me dijo: “Bueno, está bien; es cierto: tiene razón...” El abogado me hizo una carta. Me dijo: “Antes de que la escuela te denunciara, si ellos sabían el problema, ¿por qué no te apoyaron?” Llevé la carta al IMAS, llevé al dichoso IMAS la carta y una señora, no me recuerdo del nombre pero la cara no se me olvida, llego yo y le digo: “Buenas tardes, es que yo vine referida del PANI...” Y dice: “¡Es que yo no entiendo por qué todo el tiempo, cuando es problema económico, los mandan aquí, como si no hay otras instituciones para darles a ustedes que necesitan...” Todo el mundo se me quedó mirando. ¡Qué vergüenza sentí! “Mire, yo hago esto por mis hijos; si yo no vengo aquí, ¿quién? Este es un instituto de ayuda; si no, dígame cuál más va a ayudar...” “No, es que estamos hartos de que todo el tiempo vengan a estar pidiendo dinero...” Le digo: “El dinero no es de ustedes; el dinero es para ayudarnos a nosotros”. “Bueno, traiga los papeles”. Llevé los papeles. El año antepasado y el pasado, en todo el año, no supe qué era la ayuda. Igual seguía caminando yo con mis hijos. Cuando no podía, decía: “No voy a ir, aunque me echen el PANI; yo no voy a ir”.

Vino otra vez un tiempo duro. Fui al INAMU a pedir ayuda. El INAMU no me cerró las puertas; me recibió, pero no me podían dar ayuda económica porque ellos no son de brindar ayuda económica. Pero ingresé a muchos programas y los programas me han ayudado. Tenía que ir a “Avancemos mujeres” a aprender sobre mis derechos; talleres sobre liderazgo, ciencias políticas... Saqué varios títulos. Hasta me volví feminista. Hago valer mis derechos y no me dejo de nadie. Por un tiempo me ayudaron, por ocho meses me ayudaron, una ayuda buenísima. El INAMU siempre estuvo ahí para ayudarme.

Decidí volver al IMAS. Por cierto, se robaron en ese entonces mi medidor; pasé tres meses en la oscuridad; mi hijo llorando porque él le tiene pavor a la oscuridad. Fueron unos meses terribles, sin luz. Llegué llorando, me le hincué y le rogué a la señora en el IMAS y le dije que me ayudara. “Es que usted no ha traído ningún documento” “Sí, claro. Aquí consta la carta” porque yo firmo recibido y entregado. Cuando fue a buscar los documentos para entregar dinero -eso fue el año pasado yo no aparezco. Y yo exigí que dónde estaban mis documentos. En eso empezaron a movilizarse las de las otras oficinas... Mis documentos estaban en archivos por botar. ¿Por qué? Ella nunca me supo explicar. Me dice: “Bueno, vamos a ver qué se puede hacer...”

Recurrí de nuevo a la señora, le pedí. Le digo: “Bueno, yo entiendo que usted está enferma; pero necesito su ayuda.” La señora me ayudó. Finalizando octubre, noviembre, se me dio la ayuda. Ya de ahí hasta el Sol de hoy, no sé lo que es, y la carta del abogado que decía por un año, hasta que yo pudiera levantarme o ver qué hacía, y no se cumplió...

Cuando volví, le dije a la señora: “Vea, es que la carta así y así; vea usted lo que dice el abogado: es por un año...” Ella me dijo: “Agradezca que se le diera, más bien.” Y solo dos meses me dio, a pesar de que en el IMAS hay personas recibiendo ayudas hasta por dos años consecutivos, tres, hasta cinco años, con negocios, sin necesidad, siendo amigos y familiares de ellos. Conozco a muchas personas que por amistad reciben constantemente ayuda, sin parar de recibir y no necesitan porque tienen negocios.

Fui a buscar de nuevo al IMAS. Les expliqué que vivo en una casa prestada; nada es mío; solo mi ropa. Mandaron a alguien a ver, y les dije, les hablé, hice una declaración jurada y me pusieron como que yo no necesito; yo no estoy en pobreza extrema. ¿Así que tengo que irme a un lugar marginal para que me tomen en cuenta? En este barrio hay mezcla de pobreza extrema con gente de nivel medio, hay gente de la Corte, hay gente de la organización, del OIJ, hay abogados, hay de todo... También hay gente que limpia calles, hay gente que tiene que robar para alimentarse y hay gente que hace trabajitos que se le aparezcan.

Llevo años peleando y nada; mis hijos no reciben nada. Le dije a la señora que por qué yo no califique para pobreza extrema, y me dijo que a como me ve y a como ha investigado mi familia, yo no necesito. Le digo: “¡Pero entiéndame! ¿Qué tienen que ver mis padres con mi situación?” Y dicen que tienen mucho que ver porque si mi familia fuera de vivir en calles o en pobreza extrema, a mí se me da. Pero como no tengo familia así, no tengo derecho. Le digo: “Tenemos vínculo sanguíneo; pero después de ahí ya no hay nada.” Y se me negó; no se dio.

He intentado varias veces con FONABE y ha sido difícil; siempre falta algo. Una vez llené la solicitud con la directora. Yo dije: “Tal vez soy yo la que lo estoy haciendo mal.” Entregué todo, se mandó y supuestamente no era el documento correcto y hasta el Sol de hoy, mis hijos no reciben ningún tipo de ayuda. Yo sé que la municipalidad da becas a niños especiales... Llego a la municipalidad queriendo saber cómo recibir una beca. La señora me dijo así, bien claro: “Si tú no conoces a nadie importante, no tienes a un amigo regidor, no se te puede brindar la beca...” Bueno, yo no conozco a nadie importante más que a Dios. Yo digo: “¿Entonces para recibir una ayuda de cualquier institución tengo que conocer a alguien importante? Me dice: “Lastimosamente, es así.”

Después de lo del PANI y la policía, no he vuelto a trabajar. He ido a San José a meter papeles; he metido aquí año con año, mes a mes, y nada. De San José sí me han llamado. ¿Pero cuál es el asunto? No me permiten llevar a mis hijos. Me van a dar lugar donde vivir a mí y yo tengo que ver dónde pongo a mis hijos. Llamé a mis padres; les supliqué; les dije: “Vean, mis hijos están pasando necesidad y por ser un niño especial tiene que tener buena alimentación y buen cuidado...” Se me cerraron las puertas tres veces y no me han vuelto a llamar. Entonces mi papá me dijo que él prefiere que yo pase necesidad y pelee aquí porque él no va a cuidar de mis hijos. Yo tengo que ver cómo lucho con ellos.

Aquí se come lo que hay. Yo salgo a buscar, pero cuando no se puede, no se puede, y yo no quiero que nadie me tenga lástima. No estoy buscando lástima. Déme qué hacer y yo me esfuerzo para traer el sustento; yo no necesito a un hombre para sostener a mis hijos. Solo necesito mis fuerzas y a Dios; nada más.

Eso es lo que he estado haciendo y ha sido duro; no ha sido fácil, pero ahí voy. Me mantengo sola por esa misma razón: porque decidí que si el día de mañana tengo que vivir con alguien, es cuando esté casada. Eso es lo que quiero, y darles un ejemplo y mejor vida a mis hijos.

Pero no paré de estudiar; seguí estudiando otras cosas. Saqué informática en el INA. El INA me apoyó un cierto tiempo; incluso con recursos económicos, mientras duró el curso. Me apoyó y eso

me ayudó mucho. Saqué inglés para el área de turismo y saqué salud ocupacional.

Una vez me acerqué a JAPDEVA porque supe que necesitaban personas para trabajar, y más con título de salud ocupacional. Llegué con el título y el señor que se estaba encargando de recoger los documentos me mira de pies a cabeza y dice: "Bueno, sí necesitamos; ocupamos personas así..." Entonces yo le digo: "¡Ah bueno! ¿Entonces puedo conseguir el trabajo?" "Sí claro, puedes conseguirlo..." Y me mira de pies a cabeza y me dice: "¿Pero usted sabe cómo funciona el sistema aquí? Si usted *me lo presta* y se lo presta a varios, usted queda trabajando..." Entonces vengo yo y le digo: "No, prefiero morirme de hambre..." Así se lo dije: "Prefiero morirme de hambre antes que prestar mi cuerpo..." Y llega una señora y me dice: "Con tanta ínfula, tanta dignidad, ¿dónde te queda eso? ¿Cómo cree que entramos muchas aquí a JAPDEVA, si no es por el cuerpo? Así entramos, así es como funciona JAPDEVA de Limón, a través del cuerpo..." Muchas lo pueden hacer constar, las que trabajan aquí tienen que dar su cuerpo.

Por cierto el otro día la vi y me dice: "¿Dónde te quedó esa dignidad? Porque con la dignidad no se come y yo tuve que prestar mi cuerpo para darles de comer a mis hijos..." Pero yo prefiero guardar mi dignidad.

Yo fui y se lo comenté a una señora del Ministerio de Trabajo y después fui a la Defensoría de los Habitantes, pero fue algo que comenté así no más; entonces, a él lo despidieron. Y lo que pasó es que, ¡diay!, por eso se me cerraron las puertas. El señor quedó sin trabajo, pero a mí se me cerró completamente.

Para no quedarme aquí sentada, estoy estudiando otra cosa sin que nadie se dé cuenta; estoy estudiando secretario ejecutivo, un técnico medio en el vocacional de noche. Lo que dejé años atrás, lo que no terminé, lo estoy volviendo a tener. Mi vida pasada está volviendo a presentarse con las cosas que no terminé porque cuando estuve en el liceo vocacional, en el 2 mil, estuve sacando secretariado, y fue cuando decidí salir por mi embarazo. No lo terminé y me encontré este año sacando lo que dejé perdido y lo voy a sacar; voy a seguir adelante hasta donde pueda -son casi tres años--, pensando que si saco eso, puedo encontrar un trabajo. Tengo la fe y a ver qué pasa, porque si trabajo, puedo seguir estudiando; porque no quiero soltar mis estudios... Yo siempre he sido así; voy para adelante.

Ahorita estoy buscando cómo conseguir bono de vivienda para ir a comprar una casa en San José; yo me quiero ir. El año pasado había tomado la decisión de irme, aunque sea debajo de un puente ahí en San José, pero miré a mis hijos y dije que no.

Al llegar a la iglesia sí siento el apoyo porque las pastoras me *chinean* como que si tuviera seis años porque han visto y conocen mi dolor y me dicen: "Aunque no tengas mamá, aquí estamos nosotras. Tienes siete mamás..." Y me dan el abrazo y el apoyo que necesito; por eso me siento bien. Pero las instituciones no hacen nada, no hacen nada y peor si usted tiene un apellido que conocen. Si yo pudiera me cambio el apellido porque tal vez a raíz de eso no consigo trabajo en el hospital porque la mayoría de mi familia trabajó ahí; y todos los amigos y amigas de mi familia son de ahí; y para ellos, yo no necesito. Aquí en Limón hay mucha, mucha pobreza y necesidad, y los que no necesitan,

reciben; y a los que necesitan, se les da la espalda.